



**IRIS**  
**ENTRE**  
**D O S**  
**SIGLOS**

ediciones **ercilla**

## «ENTRE DOS SIGLOS»

por IRIS

10/270A-73

El tema de este libro — un viaje por España — es de los inagotables. La riqueza espiritual, la cantidad de bellezas y de obras de arte, lo original del temperamento de sus habitantes hacen de España un venero siempre propicio. Y si el temperamento del que escribe sus impresiones es tan rico como el de Iris, los resultados de la visión están ahitos y resplandecientes de belleza.

En la España eterna, que presenta a los ojos del visitante aspectos invariables, de una pintoresca permanencia a desmedro del tiempo, hay, por supuesto, matices temporales que ceden a la curiosidad aspectos desconocidos o característicos. Este libro reúne, a su clara comprensión del país, el interés de pintar una época en la que los acontecimientos y las costumbres tuvieron un sello especial, que a ratos se antoja muy alejado de nosotros; parece como que fuera una época adornada con la pátina y el prestigio de muchos años y es, empero, tan cercana, tan inmediata, que de ella ha salido directamente la vida actual, tan aparentemente distinta.

Libro éste rico en colores y sentimientos, variado y entretenido, profundo en el análisis y agradable en la expresión, que viene a añadir un nuevo cariz a los que ya vieron otros ilustres viajeros al pasar por la patria del Cid, en la que hoy se fijan, ansiosos, los ojos del mundo entero.

EDITORIAL ERCILLA.

IRIS

# *Entre Dos Siglos*

*(Diario Intimo)*



EDICIONES ERCILLA

Santiago de Chile

1937

Es Propiedad.  
Inscripción N.º 5395

COPYRIGHT by  
Edit. Ercilla, S. A. 1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

## Entre Dos Siglos

(*Diario íntimo de Iris*)

*Lector: este es el pueblo peregrino  
que con su espada fatigó a la tierra  
y abrió surco en el mar; pueblo de guerra,  
de casta mora y de blasón latino...*

*Leyó en los astros su caudal destino,  
ganó la cumbre, traspasó la sierra  
y aún forzó el alto término que cierra  
de la humana ambición todo camino.*

*Pueblo orgulloso, apasionado y fuerte,  
o batalla sin pulso y sin medida,  
o se abandona a la pereza inerte.*

*Nunca acertó a vivir: es un suicida  
que, abrasado en las fiebres de la vida,  
para saciar su sed busca la muerte...*

RICARDO LEÓN.

## Prólogo

*Desde pequeña sentí urgencia de guardar la huella de mis días. Me apremiaba el ansia de expresión para retener la vida fluxionaria. Surgía este anhelo del abismo interior, cuya ebullición torturante o deleitosa se me escapaba, sin logro de posesión ni de permanencia. La expresión aclara y otorga derecho de propiedad, con conquista de conocimiento.*

*... Me impulsaba a escribir el amor de la vida— la mía —, que mi sensibilidad y mi novedoso goce de niña ingenua hacían única y diferente de las otras vidas que veía transcurrir en mi redor.*

*Nací provista de cierta capacidad transformadora, para convertir realidades en belleza. Mi sensibilidad teñía de cierto tinte especial personas y cosas, vitalizándolas en mi clima espiritual.*

*Emoción poética y aguijón de tiempo, cuya fugacidad traicionera me punzaba, aun cuando no marcaba huella en mí, me forjaron escritor.*

*Me urgía apresar el tiempo, por la fragilidad de la memoria, en que los recuerdos caen como agua en cesta*

de mimbre. Quería conservar mis horas, que aun descoloridas y monótonas, eran mías, y jamás se repetirían iguales.

En escamoteo de las ironías del Tiempo, hice un pequeño Diario — espejito de mano para tomar bellas posturas, dejándolas estampadas. Podía así mirarme a todas horas en esa luna plateada con que mi sensibilidad le hacía fondo. Nací abrumada por el paso rápido del tiempo, que no abruma a los jóvenes. Amor me dió aún más angustia de duración y permanencia.

Transcurría monótona la vida en las rutinas de mi casa ancestral. Se sabía desde junio el día y hora en que partiríamos a Valparaíso el año próximo.

Escribía mi diario como una niña circunspecta, que se peina bien, no hace gestos y se retrata en su mejor postura para salir bonita.

«No me atravesaba la vida», como dice mi admirado amigo Cruz Coke, que traspasaba al malogrado poeta García Lorca, cuyo pecho devino volcán en permanente erupción.

La Vida es Espíritu y sólo traspasa las almas permeables, hiriéndolas con la fulgurante espada de la iluminación.

El Espíritu nos cuele a Dios pecho adentro, cargándonos de cierta divina electricidad que nos torna en dinamos vivientes de asombrosa fuerza y trasmisión psíquica. Estas penetraciones vitales nos arrancan de nuestros estados de conciencia o de sensibilidad normales.

Mis pobres diarios de niña, quemados en un incendio, no conocieron la gloria de estas fulguraciones instantáneas en que nos visita el Espíritu Santo.

No me rozaba ningún acontecimiento. Yo no conocía a nadie, ni ninguno reparaba en mí.

Iba embarcada en un tren de itinerario fijo, que recorría las mismas estaciones, con los mismos pasajeros...

Cuando cumplí catorce años, algunos peregrinos tan solitarios como yo, encendían antorchas a mi paso y trataban de descubrirme el rostro, mirándome a los ojos míopes, que permanecían mudos.

En las páginas del «Diario» sólo asomaba la caruca impasible de una muñeca de cera, con ojos tristemente dilatados, que miraban sin ver...

Permanecí enclaustrada, cual virgen necia que no supo proveerse a tiempo de aceite para su lámpara, dentro de un estrecho credo religioso y no sabiendo de amor más que el goce egoísta de dejarse amar...

Así pasaba mi pequeña existencia, hasta que irrumpió el «Otro», mi «Yo» profundo. Supe así de la vida trascendente, que corre en hondos cauces venidos de lejos, y que raras veces aflora a la conciencia ordinaria. Conocí otra vida con sentido nuevo y alta finalidad, en que la pequeñita que yo vivía, clausurada en patio colonial, no era más que la movible y engañosa superficie.

Había aparecido tras de mí un nuevo «yo». Era un anciano con sabiduría milenaria, que se iba nutriendo de mis esfuerzos, dolores, desengaños, entusiasmos, esperanzas y conquistas, con promesa de devolvérmelos al fin de quiméricas lejanías de tiempo, convertidos en victorias, luces y tesoros...

*Este anciano, solterón empedernido, que no conocía siquiera a mi esposo, que nunca debió tener hijos por su desvinculación con la humanidad, es mi testigo permanente y mi juez implacable.*

*Nada puedo ocultarle ni esquivar de su mirada. Mis penas no lo entristecen, ni mis derrotas lo inmutan.*

*Me arrancó de mi plácida inocencia y me lanzó a la vida. Sólo en momentos de desesperación sabe serenarme avivando mi conciencia de la inmortalidad y mi fe en la soberana ley de amor y de justicia que rige el mundo.*

*Su presencia trajo interés a mi diario, dando sentido y alcance a las menudencias del vivir. Me entregó la clave de la vida por justipreciación del tiempo, que deviene omnipotente en acumulación de lágrimas.*

*Me enseñó sobre todo a atesorar el dolor, como la moneda espiritual del más alto tipo, cotizabile en todas las esferas de la vida universal.*

*Quemados mis cuadernos primeros, escritos en bonita y menuda letrita, desprovista de carácter, como yo misma, traté de rehacerlos en sus líneas generales, aunque sin esos detalles acusadores ya perdidos, pero con más despiadada verdad, cogiéndome en las posturas feas o descuidadas, que había omitido voluntariamente.*

*Por desgracia, los «mennes faits» que pintan fisonomía a los seres, o dan tono a los sucesos, estaban ya borrados de mi memoria. Y aun así, con todo mi ardor de sinceridad, me veo actuando, menos en la verdad seca, que en la memoria sentimental guardada de la vida, en que ya el pincel del artista ha relocalado la imagen, con cierto mal gusto de pequeña mezquindad.*

Preferí entregarme a mi memoria emotiva, y no a los escasos cuadernos tiesos y convencionales escapados del incendio, sirviéndome de ellos sólo como hilo conductor de fechas.

Me sentí humillada al descubrirme infantilmente acicalada, en sus páginas, de una verdad tan estrecha como simple.

En la primavera de 1900 hice una peregrinación a Tierra Santa, que marcó rumbo a mi vida. Y sin imaginarlo yo misma, mi primer libro, «Hacia el Oriente», tuvo un título profético.

Desde aquel viaje mi vida se orientó para siempre, y de sencilla que era se hizo complicada. Actuaba ya en mí el «Otro», ese anciano omnisciente, tiranizándome desde la sombra.

De dúctil y mimada, me torné altiva y enérgica, con coraje y osadía desproporcionados a mi fuerza.

Mi diario, desde esa época, es interesante. Guardo varios centenares de libros, en que pasa mi vida interior con los personajes grandes o pequeños que me han cruzado el camino, y la sociedad observada y sentida por un corazón femenino, un alma mística y ojos míopes.

He tenido el raro privilegio de ver un mundo cerrado a los hombres — únicos escritores del siglo pasado — entrando a los patios coloniales y a las alcobas secretas del alma femenina, que estaban defendidas por gruesas rejas y cerrojos de hierro. Mi sentido místico ha traspasado los muros de los más clausurados conventos y conozco secretos del alma con su Dios.

*Miré y sentí la Colonia en mis dos abuelas; con ternura en mamita Lolo y admiración en mamita Reyes, que pertenecieron, respectivamente, al hogar la primera y al mundo político y literario la segunda.*

*Asistí a la transformación mayor que registran los anales del planeta, viviendo entre dos siglos, o sea, más propiamente, entre dos civilizaciones.*

*Pasé infancia y juventud en el pasado siglo XIX, de feliz memoria, y he alcanzado madurez y ancianidad en el actual siglo, de vertiginosa transformación.*

*Sin duda, éste es el cambio más radical que ha experimentado la tierra, pues los anteriores fueron siempre guerras o conquistas nacionales o continentales, hasta ahora que la convulsión mundial sacude, no ya a varias razas, sino a la humanidad entera.*

*Pelean los desheredados contra los intereses creados y la destrucción contra la conservación.*

*He venido testimoniando en mis diarios las fases del tiempo, pues quiero dejar tras de mí las diversas fisionomías con que la vida se me ha presentado, en las distintas épocas de mi viaje por el mundo.*

*El cambio de civilización se va operando por mutación paulatina de sensibilidad, que ha creado nuevos conceptos. No son las ideas, o sea, la inteligencia, la gran transformadora de la vida, sino el corazón, por emotividad diferente.*

*La ciencia también ha contribuido trayendo descubrimientos que han abierto zonas insospechadas, de milagrosas posibilidades, a la vida.*

*«Mi Diario», tan necio al principio, se ha tornado interesante por la rápida evolución y revolución del mundo.*

He comenzado desde hace ya tiempo la ardua tarea de extraer mis borriones, dejándolos listos para la publicación después de mi muerte, cuando ya todo haya prescrito, con esa claridad y justicia venidas del más allá, que alumbra los hechos tras la desaparición personal.

Las miserias, los errores y los intereses consiguientes, toman su sentido real cuando partimos.

Me hallaba en este trabajo, de poner mis cuadernos en limpio, a fines del año pasado, y llegué así por orden cronológico a los diarios hechos en el otoño de 1900, durante mi primer viaje a España con mi esposo.

Me sorprendió hallar un cuadro vivo del pueblo español, en que ya estaba cuajada la revolución, y más que todo me asombró la fe que «El» tenía en la resurrección de esa tierra que yo creía irremisiblemente perdida.

No me acordaba de nada. Lo escrito se borra de mi memoria. Fué tan grande mi sorpresa, como completo era mi olvido.

Me pareció encontrar joyas que yo creía robadas, dentro de una caja sellada y olvidada en un desván.

Por la actualidad palpitante que esas páginas entrañan, me decidí a publicar un trozo del diario de mi vida entera, o sea, cuarenta días de viaje.

Lo copié textualmente, pero añadí las reflexiones posteriores y necesarias a su mayor comprensión.

Aparezco retardada, ignorante, simple y candorosa como fuí. No alteraré la verdad por motivo alguno.

Todo eso, tan lógico en el total de mis cuadernos, que siguen paso a paso mi lento desenvolvimiento, aparece ridículo en un trozo aislado. Nada de eso importa. ¡Válgame la verdad de mis sentimientos!

*Las pocas supresiones que he hecho por rubor, quedan incluídas en el original para su completa publicación cuando yo haya partido de este mundo.*

*Lego esos rubores a mis nietos, para que los padezcan en sufragio de mi alma, cuando no pueda yo tener ninguno, y la afectuosa trasmisión de mi experiencia, que, desgraciadamente, nadie aprovechará, pero que es purificadora, convertida en remordimiento.*

*Sé que daré consuelo a algunas almas y luz a muy pocas, pero eso me sobra.*

*El magisterio de la pluma, esta sagrada vocación que obliga a desnudarse frente a miradas impiadosas, destina también con implacable fatalidad al artista, y especialmente al escritor, a quemarse impúdicamente ante sus lectores.*

*Es martirio y es gloria; martirio de vencer el amor propio que nos defiende como una coraza, y gloria de que el anciano milenarista haya superado a la débil personita que revestimos por breves años, o sea, que el Espíritu impere, se enriquezca y triunfe en el dolor, la humillación y la derrota de nuestra pobre humanidad, elevándola a la permanencia de otra vida sobrenatural.*

I R I S.

*Pucón, marzo de 1937.*

... En San Juan de Luz descendiendo a un pequeño hotel, cuyo blasón es haber hospedado a la Emperatriz Eugenia. No cuentan que fué a causa de un temporal, que le impidió llegar esa noche a Biarritz.

... ¡Cuántas honras de la vida se deben sólo a simples casualidades! No se encontró medio ni de darle a la soberana agua caliente para su baño.

La sociedad del hotelito es de damas linajudas y pobres, de menuda gente del comercio, de burgueses enriquecidos y de buenas personas venidas a menos, que no pudiendo ir a Biarritz gozan del mar Cantábrico, desde este rincón de playa.

Aquí se casó Luis XIV con la princesa española. Se escogió esta aldea por ser fronteriza entre España y Francia. Consideraron los españoles vergonzosa mesalianza este matrimonio e hicieron desaires a los personajes que formaban el real cortejo. Dentro de la evolución que llevan siempre las humillaciones, Francia empezó en el Rey-Sol, y España decayó desde entonces en igual proporción.

El país vasco español que no conocía, me sorprende con su lengua *éuskara*, dura, como mi apellido, en que chirrían hierros de longitud kilométrica.

Las mozas pregonan sus mercancías en tonos desapacibles y ni siquiera las claras y juveniles voces lo-

gran dar a la lengua acentos hermosos. Se siente una raza grande en su altiva independencia y entereza moral. (Se atribuye a Unamuno este dicho: — Dos cosas admirables han hecho los vascos, la República de Chile y la Compañía de Jesús ¿¿??). —Pueblo viejo y joven, que se conserva y se renueva en lengua propia. Es la única raza que en la continua mezcolanza europea de invasiones y conquistas, se mantiene pura. Si se logra probar sangre vasca, en los cuatro cuartel del escudo, se puede también acreditar la más auténtica nobleza europea.

Aunque así sea, no me halaga esta pureza de sangre por carencia de *alliages*. Prefiero la sangre mezclada con otras razas, enriquecida, complicada, plena de contradicciones y conflictos, que esta pureza sonante a simplicidad y empobrecimiento. Me gusta la sangre filtrada por diversos alambiques, que se revuelve acusando características nuevas, que brota impetuosa de novedades, y que trae en sus candentes burbujas pasiones, secretos, cóleras, sorpresas, perdones y venganzas.

Si la sangre es archivo de experiencias, y si vivimos para experimentar, vive más y sabe también más, el que lleva sangre vieja, remozada, cruzada y enriquecida.

Muchos tipos hay en la mesa larga, en que diariamente aparecen y desaparecen rostros. Las *villes d'eaux* y de agua marina tienen, durante el verano, los hoteles llenos. En éste, donde he bajado, la sociedad es amena. Se codean personajes llegados de Burdeos o de París, pero estos últimos son nobles venidos a menos, que no pueden ir a Biarritz, balneario lujoso,

ni a San Sebastián, igualmente caro. Llegan a San Juan de Luz, menos pretencioso y muy agradable. Ahí conocí marquesas arruinadas, que lucían en distinción y catolicismo, sus blasones nobiliarios. La religión ofrece manera indirecta de acusarse salido del Faubourg Saint-Germain, como si se dijera del Santuario de la *élite* francesa.

La monarquía se venga, con aristocrático y acendrado refinamiento actual, de la guillotina de sus ancestros.

Entre los pasajeros del hotel hay un bordelés, tipo clásico del *siútico* europeo, mil veces más pintoresco que el chileno. Los otros franceses se burlaban de él, llamándole *blagueur*. A mí me incomodó en la susceptibilidad de mi amor propio nacional que tenía muy vivo entonces. (Siendo quizás tan provinciana como el mismo bordelés). Estaba engreído de Burdeos, de sus vinos, del Gironda, etc. París le parecía centro del «rastacuerismo» de que no estaba plagado Burdeos. Despreció mi país pequeño, en que se producía una revolución semanal, con calor tan infernal, que mantenía a la gente desnuda entre las ramas de los árboles.

...Para mí fué cuestión muy seria, en que lamentaba por vez primera ser mujer y tan nerviosa, con mi horror a los tiros, y además católica, para retar a duelo a tan atrevido sujeto.

Había hecho viaje por salud. Tomaba baños de mar. Los médicos nunca vieron al enemigo emboscado en mi organismo, que era la lucha entre un cuerpo frágil y un Espíritu fuerte, que había de someterme, para el desarrollo de mi *Psique*, a todas las prue-

bas, conflictos, depresiones, entusiasmos, dichas y melancolías. Mi alma sería un continuo campo de batalla, entre las imposiciones que yo reconocía como mis *deberes* superiores, mi corazón apasionado, mi robusto temperamento nervioso y mi sensibilidad delicadísima.

Este mundo gigantesco debía ser sostenido por un físico pobre, de niña anémica y frágil.

Los *veterinarios*, como llamaba mi gran doctor Orrego Luco a los médicos, no supieron nada de esto. Se contentaban con auscultarme los órganos sanos y recetarme tónicos, temperamentos de mar y de montaña. Ignoraron la desproporción de mi fuerza física con mi temperamento nervioso. Aparecía exteriormente alegre, suave y delicada. Nadie sospechaba la violencia de mis cóleras y la robustez y tenacidad de mis propósitos. Era dominante y parecía sumisa, altiva y me mostraba humilde. Despisté a esos obreros de laboratorio, que no descubrieron la *Psique* en lucha con el Espíritu Eterno, dentro de la fragilidad de la carne breve. De tanto medir cantidades no descubrieron calidades y se quedaron, como dice en su valioso libro, de humilde confesión científica, Alexis Carrel, con pesos y medidas, sin valorar el alma ni las fuerzas espirituales, de que los otros factores no son más que expresiones. Permanecí desconocida para los médicos. Mi único remedio o evasión, fué el misticismo.

En San Juan de Luz tomaba baños de mar, buscando fuerzas en la naturaleza para suplir mi desgaste psíquico y mis emociones excesivas. La potencia salvaje del mar y su hálito gigantesco me comunicaban algo de su inmensidad. Siendo muy traicionero

el Golfo de Vizcaya, ya que sus furias marean hasta a los más intrépidos navegantes, ofrece guías a los bañistas, como también hay guías montañeses en los Pirineos. Nunca entraba al mar sola, porque le tengo horror. Desafío con mayor bravura a cualquier hombre enfurecido, que las traiciones de las olas.

Una de esas tardes fuí a tomar mi baño. El guía me esperaba. Entré al mar segura como siempre en la destreza de esos hombres, que sacan quites y lances a las olas, como a los toros, y que además son perfectos nadadores. No sé por qué, después de haber tomado mi baño con el guía y estando ya cerca de la cabina, se me ocurrió volver a entrar sola al mar.

Son ímpetus inexplicables, voluntades oscuras, en que nos coge el Destino. Arreglamos perfectamente nuestros planes, tomamos todos los hilos de la madeja, que nos dan las oportunidades, pero se nos queda un hilito suelto y esa sola hebrita es más poderosa que la madeja entera que tenemos cogida en nuestra mano. En el momento de realizar un acto decisivo y que puede traernos pésimas consecuencias, desaparecen los inconvenientes, se borran los motivos que podrían detenernos y procedemos con el impulso del instante, — impulso ciego de que nos arrepentiremos durante la vida entera. ¿Dónde estuvo nuestra voluntad? En ninguna parte de nuestra conciencia. Hemos procedido a espaldas y como a traición de nuestro *yo* verdadero y esencial.

Procedí sin saber por qué. Iba aproximándome al mar que estuvo tranquilo mientras me bañé con el guía, y súbitamente veo avanzar una montaña de agua, murallón sombrío y verdoso, formidable en su

pujanza, formando obscura barrera al horizonte marino... Me sobrecogió inexplicable pavor; extraño anadamiento de la voluntad, ante un enemigo que no ofrece alternativa de lucha.

He pretendido, sin duda, huir, pero el monstruo me hipnotizaba, o quizá también la resaca debía ser tan fuerte, que mis pies resbalaban hacia el peligro, sin poderme retener... Instante de horrorosa expectación, en que vivimos otra dimensión del tiempo — ¡su abismática hondura! Me hallé desarmada ante un elemento mudo, potente y ciego, que me venía fatalmente al encuentro. Se acercaba sigiloso, obscuro y alto... Línea divisoria que separa tiempo de eternidad...

... ¡Avanzaba impertérrita la mole glauca, hacia mí, tan indefensa como una piedrecita de la playa! Cuando me cogió el monstruo, no creo ya haber sentido ni pensado nada.

Mi último recuerdo fué la visión de aquella montaña silenciosa, gigantesca y verdosa, de que me era imposible huir. No tenía tiempo de sacarle lance, ni posibilidad de resistencia. ¡Nada! Yo era hoja de árbol, envuelta por el huracán... No me encomendé a Dios... ni pensé en algo superior. ¡Pavor! consentimiento y abandono a lo irremediable...

Toda la tragedia se condensó en el momento que la precedió, en que iba yo avanzando tranquila por la playa vacía y de súbito el agua escasa que tenía bajo los pies, fué a engrosar el muro transparente y sonoro de que ya no podía escapar volviéndole la espalda y corriendo enloquecida a buscar refugio en la playa.

¿Qué sucedió después? No sé. Me arrollaron varias olas terribles; me levantaron, me arrastraron, me llevaron hacia dentro y me arrojaron... dejándome un instante a descubierto en sus violentos y furiosos remolinos de bestia apocalíptica... El guía bañero, que no se había marchado, me vió, se echó al mar y me salvó. Salí tan aturdida como inconsciente. Mi despedida del mundo de los vivos fué la horrible sensación de peligro...

Sólo se imprimió en mi memoria aquella visión del formidable muro, que iba a tragarme en su masa para no devolverme nunca. Me quedé aterrada. ¡Tanto me había dañado esa pesadilla, en que se me hicieron sensibles las fuerzas ciegas y destructoras, que el recuerdo de aquel momento me era insoportable!

La naturaleza, que yo amaba como a la Virgen Madre, que anima con su hálito fragante, de tierna maternidad, el universo, se me convirtió en visión infernal, especie de cárcel, que encierra el alma humana dentro de la infinita soledad de un mundo enemigo, en donde nos hallamos eternamente solos!... Sin posibilidad de clamar, pues no devolverá ni el eco de nuestra voz, la muda majestad de los elementos salvajes...

Me duraba a través de los años el sobrecogimiento empavorecido de haber vivido uno de esos instantes eternos que no conocía mi vida de niña.

En mi conciencia recobrada lo encontré a «El», como si el peligro nos hubiera reunido a través de la distancia. Hallé que «Amor» es cielo más auténtico, que cuanto, por negaciones, quiso sugerir San Pablo,

y que el infierno también será esa desolación infinita del supremo abandono ante las fuerzas desencadenadas del Universo.

Todo San Juan de Luz se fundió para mí en el recuerdo del instante en que, ya lejos de la cabina, advertí que se había alzado un muro, que resbalaba traicionero y vertiginoso hacia mí, hipnotizándome de terror.

Me pregunté: ¿acaso hubiera sido más hermoso que mi vida terminara ahí, sola, en horrible abandono? Sin duda que en mi sentir de entonces, tal *fin* me parecería desastroso, pero ahora que mi porvenir de aquel tiempo es mi doloroso pasado, creo que tal vez me hubiese convenido morir, en ese momento de felicidad inocente, suprimiendo conflictos y dolores, que si no menguaron *Amor*, lo empañaron, para que más consciente, tras la prueba, saliera del crisol... purificado y eternizado.

Estaba muy pequeña para afrontar el Dolor, que Dios nos oculta, pero que en su infinita sabiduría nos evidencia después, cual ineludible destino, en que trocamos el amor infantil y obscuro en amor integral infinitamente luminoso. El mismo dolor es antorcha, crédito de pago y certidumbre de futuro encuentro.

En mis amistades de la temporada, o acercamiento a desconocidos, de esos que me inspiran curiosidad o novedoso deseo de cambio, me encontré mal entre los franceses, que me aplaudían o me cortejaban.

No tuve la previsión de ocultar que mi esposo estaba en las maniobras alemanas del Káiser, y que era adicto militar...

Causó indignación también que se alojase en casa Krupp. Furioso, el bordelés aseguraba que allá no nos venderían a nosotros, infelices del último rincón del mundo, más que balas de chocolate. — «*Oui, Madame! Du chocolat! Quelle blague!*»

Yo tomé fuego y dije lo que no debía; la inferioridad del ejército francés, junto al alemán; la penosa impresión que en el entierro de Félix Faure produjo la comparación entre los oficiales franceses, frente a la brillante delegación alemana, que puso en sombras a todos los ejércitos europeos. Hablé de nuestros instructores militares, etc. Se me soltó la lengua en sorpresiva elocuencia y les anuncié una próxima guerra, mil veces más desastrosa que la del 70. Lo fué en verdad. No la ganó Francia ni la perdió Alemania. Sucumbió nuestra civilización.

Pronto llegó «El» a buscarme, para seguir a España, viaje que nos tentaba mucho.

Para que yo pudiera comprender a Joaquín, me fué necesario sentir la impresión que producía entre gentes de todos los medios sociales y razas, desde el Káiser hasta los porteros.

Imperaba con la sola irradiación de su persona. Nunca, que yo sepa, se manifestó mejor un hombre, por su sola atmósfera espiritual, en silencio, con profunda modestia y sin ninguna marca exterior que lo colocara en situación mundana. Llegó y venció, en el hotel, ese maldecido adicto de Chile en Alemania, que venía directamente de Essen, a donde fuera a comprar cañones, en casa Krupp. Su procedencia era de lo más antipática, en el medio francés, pero su sola persona cambió la hostilidad del ambiente. Hasta me colocó

su aparición en una categoría que no tomo sólo con gracia, aunque es comunicante y demoledora cuando quiero ejercerla.

Permanezco siendo persona inubicable, hasta que «El» me envuelve con su prestigio de gran señor, que no necesita credenciales.

En San Juan de Luz resolvimos el viaje a España. Joaquín pasó, durante mi estada en Lourdes y en el mar, cumpliendo su comisión militar en Essen (Casa Krupp) y también en Berlín.

Essen era el laboratorio militar para los materiales bélicos de Europa. Los comisionados que iban allá, se alojaban en la misma casa Krupp y se les trataba como a huéspedes de honor. Me contaba Joaquín del magnífico hospedaje que se les daba, sin descuidar el menor detalle, hasta ponerles en el velador los libros sensacionales y recién aparecidos, en francés, si aún no estaban traducidos a la misma lengua del huésped o cliente.

Después Joaquín debió ir a las maniobras de otoño. Eran muy interesantes, con simulacros de batallas y planes estratégicos, entre grandes militares y adictos de Embajadas, que representaban lo más conspicuo de cada nación.

La sociedad en que actuaban era tan distinguida, como provechosa la enseñanza.

Joaquín ha debido apreciarse sólo por comparación; y a causa de vivir más *alto*, era de una justicia elevada hasta en las pequeñas apreciaciones.

Esa estada en San Juan, habría sido para mí iluminadora del porvenir en que iba a caer el mundo por la guerra mundial, si no fuera que vivía y pensaba como un niño.

En ese centro francés meridional, entre unos cuantos nobles empobrecidos, (pero no *venidos a menos* como en mi país, donde pobreza en familia linajuda es sinónimo de anonadamiento), ardía ya en 1900 la guerra de 1914.

La tea del odio estaba encendida. Fué para mí sorpresiva la mecha que prendí entre ellos, haciéndome interesante a la vez que pavorosa, sólo al nombrar a Krupp y decir el cargo que mi esposo ocupaba: ¡comprador de cañones!

También fué una sorpresa la impresión de soberanía incontestable que el *Adicto* con su sola presencia ejerció sobre ellos.

La derrota del 70 me la tornaban despreciando a mi país, por lejano, pequeño y desconocido — país niño —, como también solían decirme — y yo me vengué mostrándoles, en nuestra única guerra exterior, que éramos los alemanes de América, como también fuimos en nuestra única guerra civil los más idealistas y románticos.

Con la llegada de Joaquín a San Juan, mi país quedó compensado de desprecios y burlas, más que por mis convincentes argumentos de hechos. «El» hizo, ante esos nobles y burgueses, más formidables los cañones Krupp y más temible a esa Alemania de donde venía.

Pocos días permanecemos ya en San Juan y partimos a España, que era uno de mis sueños. Estaba tan enamorada de Italia, que nunca imaginé lo que el alma hispánica diría a mi alma. Joaquín me dijo: — Ahora te encargas del viaje. En Alemania y siempre en todas partes te conduzco yo. Te va muy bien. Quiero saber ahora, en esta tierra de nuestra lengua, cómo te arreglas.

Me gustó el programa de ser yo la Directora, y me proponía brillar en el desempeño de mi empresa.

Haría un itinerario interesante, combinaría el tiempo con la importancia de los sitios y calcularía el dinero, para emplearlo bien. Era estrecho nuestro *standard* de vida; pero gastando con tino, llenaríamos nuestro propósito.

Me advirtió Joaquín, que en la frontera de Irún debía tomar un billete circular, para obtener la rebaja del recorrido kilométrico.

Nos pusimos en viaje, y ya en Hendaya, frontera francesa, nos despedimos de los empleados bien uniformados y de los trenes limpios, pues en Irún los guardias civiles nos parecieron ridículos, vestidos de fantasía con gorros de plumas caídas, aun más feas que las de los *Bersaglieri* italianos.

Mi primera actuación desgraciada comenzó en Irún. Ibamos especialmente, según creo, no de tren a tren. Queríamos conocer la región vasca española. Fué mi primera diligencia obtener el consabido billete circular.

Yo creía que bastaría presentarse en el *guichet* del boletero de la Estación y decir, muy entonada:

*Boleto Circular*, en vez de *Boleto Corriente* para una simple destinación. Estaba la ventanilla de la boletería llena, porque iba a partir un tren.

Las inglesas de siempre, en su jira *abroad*, pedían boletos con nombres de ciudades que no se conocían en España. . . El boletero, urgido de tiempo y apremiado de pasajeros impacientes en los minutos que preceden a la partida, estaba desesperado con aquel tropiezo de dos gringas de *taco* en la boquilla del expendio.

Intervine de lástima, no obstante el propósito bien fundado, y que ya formaba parte de mis normas vitales, de no ayudar nunca a los ingleses, egoístas e ingratos, por el necio orgullo de creer que se les debe todo, en razón de ser la flota británica dueña de los mares.

Compadecida del boletero, dije a la inglesa que se desgañitaba sin ser comprendida, con su acento cerrado y destructor de nombres: *Where are you going?* Me miró sobresaltada; se repuso; se recobró del hecho insólito de ser hablada por una desconocida e intrusa. Entendió que se trataba de una ayuda y me repitió una palabra inverosímil que no designaba nada en la tierra. *You must write the name of the town, where you are going.*

Joaquín, que me espaldeaba, alargó una tarjeta y un lápiz. Ella apuntó: *Zumárraga* y decía: *Ciudad de Merregui*. Iba a Loyola.

El boletero dió un suspiro de alivio y tiró nervioso los cartoncitos sobre el mostrador.

Se precipitaron los demás, ya temerosos de no alcanzar el tren, y nosotros aguardamos que se despejara para pedir nuestro boleto especial.

El boleterero me atendió con suma complacencia; lo había librado de la *horca*, que era la gringa, suspendido entre el público y la partida del tren, bajo los minutereros indolentes del reloj, avanzando sobre la esfera.

Los trenes que parten desarrollan una nerviosidad especial, que hace crítico al pausado e indiferente tiempo de los relojes, para alcanzar otras dimensiones en nosotros. Cuando se restableció la calma, entoné mi voz y pedí:

— Necesitamos un boleto circular...

El hombre se pasmó. Nunca había oído tal novedad... No se conocían en España.

— ¿Boletos de circulación...? — inquiría con aire de haber caído de una nube. — Los trenes son para circular por los países — comentaba —, pero Ud. debe tomar su boleto en cada sitio...

Expliqué con cierto prematuro cansancio, el que ya tengo metido adentro, por todas las inútiles explicaciones que he dado en mi vida, que esos boletos daban derecho a una rebaja por el kilometraje andado y evitaban la repetida compra de boletos en cada salida.

El hombre movía la cabeza con descontento y duda: — Esas novedades no llegan aquí. Quizás allá en Madrid, la capital, sepan de esto. Aquí no.

Sonreía el buen hombre deseando serme grato, en recuerdo de la liberación reciente, pero se hallaba en la imposibilidad de convencerme. Como última solución dijo:

— Suba Ud. hasta el Jefe y puede que la entere...

No supe si aquel'o de *subir* era en jerarquía, o por una escalera vulgar. Fué lo último.

— Tome Ud. el pasillo a la derecha, suba y verá la inscripción que apunta: *Jefatura General*. Don Agapito la atenderá bien. Es hombre de mucha palabra y más letra.

Joaquín me miraba con sorna. ¡Tan fracasada al primer lance! No dí señales de impaciencia, aunque ya mis nervios empezaban a agitarse, pero me retenían el amor propio y aquella burlilla con que «El» se mofaba de mis enredos diciéndome: — Hijita, no complique, no complique...! Me encontraba poco práctica, y enredadora de asuntos que precisa simplificar.

Fuí llena de fe en Don Agapito, hombre que parecía importante. Entramos a una oficina en que un señor con gran nariz engranujada, escribía con ceño fruncido y puño nervioso.

Anteojos grandes le cabalgaban la parte gruesa de la nariz. Estaba tan concentrado que daba miedo interrumpirlo, y su letra gorda se derramaba sobre el papel como un generoso chorro de tinta.

Al pasar tan inadvertidos, hablé. No había otro medio de hacernos presente... — Veníamos, señor, — dije con timidez casi balbuciente, temiendo cortar una inspiración con resonancias cósmicas. — Veníamos...

Joaquín, con voz grave y sonora, rompió la mía cristalina, en hilito de agua, y dijo: — Necesitamos saber dónde se toman boletos circulares para recorrer la Península.

Don Agapito, espantado, clavó la pluma en seco y miró al osado con ojos que venían de muy lejos y que la sorpresa desorbitaba... Así, recobrándose apenas, se llevó la mano a los anteojos, se los caló más hondo y algo atónito: — ¿Decía Ud?

Mi marido repitió:

— «*Boleto circular*» — machacando su poquitín las sílabas.

— ¿Quiere Ud. un boleto...?

No acababa de enterarse.

— Sí, señor, circular.

Don Agapito estalló de cólera contenida, con este señor que lo venía a molestar por un capricho de forasteros.

— Pues, hombre, ¿y por qué no va Ud. directo? Joaquín lo miró como desde una torre.

— Respóndame que no los conocen en España. Yo intervine:

— Señor, es que se obtiene una rebaja en el recorrido...

Mientras tanto Joaquín miraba las hojas diseminadas por el escritorio y descubrió que Don Agapito escribía un drama que se titulaba: «*El Nudo Gordo*».

Viéndose el buen señor cogido en la tenaza de esta pareja, que le aventaba la inspiración, nos aconsejó ir al *expendero*. — Vayan Uds... eso es de la cuerda del expendedor; esta es una oficina superior que no se ocupa más que de la alta administración.

Ya bien descendido a la tierra y ante los personajes que tenía delante, Don Agapito olvidó el drama, se irguió con dificultad por el reuma, se sacó la gorra, la batió al aire...

— Vayan Uds. con Dios, el expendedor los servirá bien.

Joaquín iba de buen humor, entretenido de conocer los servicios públicos españoles; yo menos con-

tenta de la experiencia que me mostraba las dificultades de este viaje, en que estaba cargada por primera vez de responsabilidad.

Al *expendero* hubimos de encontrarlo en su oficina. No partía ningún tren.

Volví a la carga:

— Necesitamos ese billete circular, porque vamos a recorrer España.

— ¿Adónde van Uds.?

Yo respondí así, ligero, como una lección bien aprendida:

— Burgos, Madrid, Córdoba, Sevilla, Granada, Toledo...

Al buen hombre, que estaba tranquilo y contento de permanecer sentado en su puesto, entre tanto tren en movimiento, le parecimos raros. Creía que sólo las inglesas, y por ser maniáticas, tenían esa curiosidad de andanzas, y encontraba esta *rareza* hasta en nosotros, gente de buen vivir y bien trajada.

Ante tan complicado problema, en que yo seguía aún echando nombres, Avila, Valladolid, Salamanca, Zaragoza y Barcelona, el *expendero* dejó su asiento y trajo un mapa de España.

— Explicaos, que sepa yo lo que queréis.

Yo le mostré la ruta y como él buscara Granada por el norte, con mi mano le tomé el dedo y se lo bajé hasta el sur.

Nos miramos sonriendo.

Mi gesto no lo incomodó, como temía, por la leve resistencia que opuso, y que no fué más que la incertidumbre del movimiento que yo le imprimía.

— ¡Granada está aquí!—dije plantándole el dedo.

— Con esa manecica se puede ir a todas partes, hasta a tierra de moros — díjome, con una gracia zumbona.

Joaquín se reía entre los bigotes.

— ¿Ud., mi amigo, no ha viajado; no lo ha tentado la Andalucía...?

— ¡Ca! ¡Si no conozco el camino de mi casa a la fuente en que me bautizaron!

Repetimos nuestra lección, explicando que necesitábamos ese *billete circular* de ferrocarril para realizar la vasta jira peninsular.

El expendedor se puso en jarras y nos miró a la cara.

— Vamos, que sois andariegos. ¿Qué bicho os ha picado para convertiros en judíos errantes?

No hallábamos cómo ponernos en buena postura.

— Sólo en los ingleses habíamos visto este furor caminero, y vosotros, ¿de dónde sois?

— Somos chilenos — dijo Joaquín con orgullo de venir de tan lejos a conocer la Madre Patria.

— ¿Y cómo habéis aprendido tan pronto el español?

— Es que somos listos — salté yo — y de cada tierra aprendemos la lengua.

Pasmo del *expendedor*...

Joaquín dijo lentamente:

— Somos de las Colonias.

— ¿Filipinos, acaso?

Con más gravedad «El» continuó:

— De las Colonias de América...

El buen hombre sintió crecer en nosotros el viejo poderío de España, que producía gente tan granada... Nos observó más y dirigiéndose a «El», añadió:

— ¡Querrían en la familia real de España tener un Rey o un Infante con esa bizarría, con esa guapeza...!

— La verdadera reyecía— dije yo — no es jerárquica: es individual...

Se lanzó el *expendedor*, en alta indignación, contra los pésimos gobiernos de España, por cuya culpa se perdieron tan valiosas colonias.

— No nos quedan más que piltrafas; esos negros africanos y los filipinos, que según me he enterado, son *canacas*.

Tomó vuelo y desahogó su cólera, en invectivas contra ese trono de España, al que Dios no agraciara, en siglos, con un solo varón, y ahora, ¿qué va a salir de ese mono sabio que incubaba la Regente?...

Perdimos la mañana, sin ninguna esperanza de ese billete circular, que nadie conocía en la frontera.

— ¡¿No te parece— me dijo «El» — que ya hemos hecho el «viaje circular» con el expendedor? Nos ha pasado por una España que ignorábamos.

Yo, práctica por primera vez en viaje, lamentaba mi fracaso en la dirección y programa que se me confiara.

— ¡No importa! Yo te he dejado que tomes la iniciativa del viaje, aunque creo que en estaciones intermedias no se encuentran estos billetes; debimos tomarlos en una agencia de París.

— ¿Lo encontraremos en Madrid?

— Pero ya habremos perdido muchos kilómetros de recorrido.

Si no conseguimos nuestro objeto, esta búsqueda inútil fué la iniciadora de nuestra ruta por España.

Penetramos el alma ya cansada de esa gran Madre, generosa y fecunda, que desangrada en América por la nutrición de tantos hijos, ahora debilitada, casi exánime, envejecía sobre sus muertas glorias.

Siendo tan ignorante de la política europea, me explicó Joaquín que la falta de hombres, en el gobierno, era causa de la languidez que se notaba en el país. Me nombró a Cánovas, a Sagasta, a Maura, que apuntalaban la Monarquía.

España, para los que llegaban de Alemania, de Francia y de Inglaterra, era una nación decadente. El pueblo no creía en sus hombres.

Frente a la férrea organización militar y civil alemana, se ofrecía aquí por contraste una pereza desconfiada. Frente al optimismo y amor de sus reyes que tienen en Inglaterra, aquí se sentía el desprecio.

Gran Bretaña extendía sus conquistas por el mundo, y España iba perdiendo sus colonias.

En oposición al refinamiento de París, ya veíamos, desde los guardias civiles hasta los vagones del tren en que entrábamos a la península, heraldos anticipados de desorden, miseria y ruina de los valores.

Nos encantaba, ¡sí!, esa franqueza sencilla; esa facilidad con que se abren al recién llegado y esa simplicidad de alma, ya desterrada de Europa y que es sello de nobleza.

Nuestro episodio con el expendedor nos había mostrado el alma española como un alma dormida en el bosque de la civilización, que se acrecentaba en el mundo, cada vez más materialista y desalmada. ¿Fue desilusión este primer encuentro? Sí y no. Aquella

retrasada mentalidad casi nos complació, por ingenuamente sana, en un mundo tan alerta, duro e impermeable en su frío egoísmo.

Tomamos el tren para Biarritz, ya sin esperanza de ese «Circular» que hipotéticamente podríamos encontrar en Madrid.

Mientras en todos nuestros viajes observábamos mudos la corrección de los viajeros, ahora en España callábamos sólo para escuchar y deleitarnos en los personajes pintorescos, en las conversaciones vivas y sabrosas, que nos explicaban nuestros modos y maneras con tan hondo arraigo en nuestra sensibilidad.

En Biarritz concluía la estación veraniega. No era, por cierto, la ciudad de ahora, pero tenía espléndidos hoteles, una playa deliciosa, y estaba el balneario frecuentado por una sociedad cosmopolita, venida hasta de Rusia.

De todos los países de Europa llegaban a asomarse al Atlántico, donde florecía la elegancia francesa, las magníficas cocotas, y llegaba el estruendo de París. Biarritz tenía un mundo más variado que Trouville — famoso en aquel tiempo. Mucho después se añadió Deauville, sin que Biarritz perdiera el cetro de playa frecuentada por la Emperatriz Eugenia y las aristocracias de Francia y España.

Nos encantó el sitio, como configuración de terreno y vista de mar, y además con el interés que añaden los nombres de las personalidades más importantes del mundo europeo. Bismarck, grandes duques

rusos, lindas mujeres, actrices en boga; en fin, allí estaban las cartas más altas del juego de naipes que se tiraba sobre el mapa europeo.

De Biarritz partimos a San Sebastián en plena estación. El calor de Madrid es insoportable, en su temperatura africana. Todos salen y sólo quedan los porteros y los gatos. Tan fuerte es el calor de la capital, que obliga a cerrar ventanas y celosías, renunciando a la luz del sol. Alumbran las habitaciones en pleno día con gas por ser luz piadosa, comparada con aquel sol de fuego.

Ya empezaba a vislumbrar lo que me dijera en Chile un Ministro español: «Excelente es el clima de Santiago, como que sólo el de Madrid es peor».

San Sebastián estaba animadísimo, con la atracción de la sociedad madrileña y las visitas frecuentes de los *habitués* de Biarritz, que hacían del balneario español su mejor excursión.

No conocíamos a nadie. ¡Qué descanso!

Precisa la experiencia de la vida provinciana, mirona, escandalizable y comentadora del pequeño pueblo, para gozar de ser *nadie*, con puestecito de observación en este vasto escenario de una raza venida a menos desde tan grande altura. Miramos en plena libertad. Yo había conocido en París, de muchacha, algunos nobles españoles. No me enteré de la decadencia racial.

La lengua, sonora, de abundante léxico y sabrosa, me lució un idioma que entre nosotros padecía de anemia y arteriosclerosis.

En San Sebastián se reunía la cúspide de la nobleza.

Los grandes de España eran pequeños de cuerpo, feos, *snobs* y galantes, con una galantería mundana, fin de siglo...

Tenían aspecto de viciosos o estropeados por muchas taras. ¡Gran desilusión! Estos son los bisnetos del Cid Campeador, de todos esos bravos aventureros, conquistadores, héroes, santos y artistas!

No quedaba nada; jovenzuelos dedicados a gozar de la vida, sin ideales, ajenos al progreso del mundo, al esfuerzo de las naciones jóvenes, que contempláramos en Alemania.

Los españoles ricos tomaban la vida como un pasatiempo y los pobres como carga abrumadora. Inconscientes los primeros de la necesidad de merecer sus privilegios y de la obligación de ejemplarizar que incumbe a las aristocracias, se divertían en San Sebastián, con cabezas vacías de ideas y plenas de alcohol, ante un pueblo mísero, ignorante y sobrio.

El progreso del mundo, la industrialización, la militarización de las potencias, el *Struggle for life* de los Estados Unidos, no impresionaban a la decadente aristocracia española.

Se dejaban vivir muellemente, escatimando el precio con que se pagan los privilegios.

Interrogué a Joaquín, que observaba y permanecía en su habitual silencio.

Yo sabía que mientras callaba, más activo era el proceso que su alma de juez iba levantando contra la sociedad.

— ¿Qué te parece todo esto? — pregunté al final de un almuerzo, mirando la maravillosa concha azul en que se redondea el mar, entre las rocas de San Sebastián.

Se sonrió y luego, sin contestar, me interrumpió:

— ¿Y a ti?

Yo, menos observadora y más superficialmente impresionable, dije que San Sebastián era una delicia, con esa concha preciosa y esa animación y esa lengua tan hermosa — la mía —, que yo ignoraba, por la pobreza imaginativa de mi tierra y por la aridez de los temas que nos reducían el léxico a la última indignancia... Como escritor en ciernes, más que las personas me deleitaba la música de las palabras, el acento robusto, la sonoridad bronceada.

Me concretó la pregunta:

— ¿Nada más te llama la atención?

— ¡Ah! Me sorprende que sean tan feos los grandes de España y tan chiquitines. Tú pareces grande de España y ellos los chicos de España.

— La cuestión está en que el antiguo caballero ha sido suplantado por el señorito. El caballero era un hombre cabal, pero éstos son muñecos de cuerda! Ni hombres, ni guerreros, ni señores; no tienen pasta para nada grande. Puede que del pueblo se levanten hombres, y si no España estará condenada a desaparecer.

Sin nuestro codiciado billete circular, tomamos el tren para Burgos.

España es el único país en que el viajero se pone en contacto con los nacionales. El episodio de Irún ya nos mostró esa pintoresca vida del pueblo español, sin *pose* alguna para el extranjero, que desde el primer momento asocian a su intimidad.

Esta llaneza simplista es propia de gente bien, que no necesita engalanarse y que guarda su sencillez en todos los medios.

Habíamos salido recién de San Sebastián, esa hermosa portada de España, y el tren se internaba en la península.

Yo llevaba ese ardor del viajero, que anhela conocer una tierra en que va a hallar la explicación de sí mismo y de los suyos.

En España, tierra de mi sangre, hallaría razón de mi sensibilidad. Iba a una patria de mi alma, en que me plasmara no ya el suelo, sino la sangre, elemento más espiritual, como archivo que es de experiencias raciales. Keyserling dice que sabe más el que tiene sangre más filtrada y cruzada, por estar penetrada de más secretos de civilizaciones y de almas.

España es la tierra de mi temperamento sensitivo, emocional y ensoñado, así como de mis melancolías inexplicables, y de mis torturas místicas.

Se me anunció que el campo era feo, pero yo iba en disposición de encontrarlo todo hermoso y ya me deleitaba en la vegetación espléndida, en las profundas y atrevidas quebradas, espesas de follaje, por donde pasaba el tren.

Atravesamos la provincia de Guipúzcoa, que si es de las más pobres de España, en cambio es la más linda. Tierra accidentada, montañosa, con frescas frondas, aguas y hondonadas.

La naturaleza se renueva en verdura y oculta ese cansancio de la tierra, lisa y monótona.

Notamos que la locomotora jadeaba, arrojando grandes bocanadas de humo. Trepidaba, se detenía casi, continuaba... con esfuerzo.

Por fin se detuvo decididamente. No era cosa de vacilar, sino de quedarse.

— ¡Máquinas viejas! — exclamó Joaquín.

Para nosotros que admirábamos a Alemania, en donde todo funciona con primor, y que al instalarnos en un tren sentíamos, en la seguridad y *confort* alemanes, el alivio de haber puesto nuestra vida en salvo y de no tener que responder ya ni de nosotros mismos, el contraste era grande.

Joaquín tenía una frase hecha para el caso. Después de verificar el equipaje, disperso en las rejillas del vagón, y ajustar el precio, se sentaba con fruición de perfecto *confort* y decía: — «Estamos en brazos del Imperio Alemán», lo que equivalía a sentirse en completo resguardo de lances desagradables.

Vuelve la locomotora a hacer esfuerzos inútiles por avanzar; cruje, se sacude, se mueve, retrocede, avanza y entra por fin en un terraplén, que abre abismos a ambos lados, pero abismos de vegetación, fresca y ondulante. Encantadora soledad en que era grato suspender un viaje y permanecer...

Sacábamos la cabeza por las ventanillas del vagón, gozosos y absortos, en aquellos bosques umbrosos y virginales.

La locomotora seguía haciendo inauditos esfuerzos para continuar, pero en el estremecimiento convulsivo de su rodaje de hierro, y en la vibración e impotente rechinar de su ferretería, se temía que no anduviese...

Los pasajeros se molestaron. Comenzaba la inquietud: «¡Estamos plantados!» — decía uno. — ¡Pues es claro! — replicaba otro —, si en estas empresas ferroviarias no entra ningún técnico... ¡Qué administración puede haber en España, empleando a los perezosos, a los inútiles y a los buenos para nada!

Joaquín me dijo, por lo bajo:

— Sin duda, esto no pasa en ningún país organizado!

Yo contesté:

— En Siria y Palestina se viaja mejor que aquí.

Un señor que me escuchaba era español y, ¡cosa rara!, callaba, mientras los demás culpaban de la locomotora inservible a la monarquía. Otro dijo: — ¡Qué menos, con estos *pindangos* de la administración pública!

Al fin la locomotora, bufando, jadeando, echando bocanadas de humo espeso, avanzó con rapidez y entramos en un túnel. El movimiento se hace ya lento, ya acelerado, disminuye o aumenta; por último nos quedamos allí definitivamente parados... El humo se espesaba de manera alarmante y nos sofocaba.

Aunque Joaquín callaba y se mantenía sereno, yo tuve el tremendo recelo de que nos cogiese ahí otro tren.

Estando al lado de «El» yo nunca conocí el «Miedo», ni menos el «Pavor». Me encontraba defendida contra todo evento de este lado y de todos los mundos posibles.

Era una impresión de seguridad a *outrance*. El compañero de vagón, que había callado, se animaba ahora:

— Estamos muy cerca de una estación. —

— Seguiremos a pie — dijo Joaquín —, aunque lleguemos atrasados a Burgos...

La máquina se agitaba, resoplaba, daba bruscos enviones, con sonajera del material y chillidos de fierros. ¡Nada! No podíamos salir del túnel. La atmósfera se tornaba más y más pesada. Necesitamos abrir los vidrios para respirar y el humo nos ahogaba — un humo negro, espeso, como carbón de piedra volatilizado... Se escuchaban gritos angustiosos: — ¡Jorquera! ¡Jorquera! Pero Jorquera no contestaba.

— ¡Aquí nos ahogamos!

Se oyó una voz ronca y yo me sentí asfixiada. Esa sensación traducía mi angustia. Los empleados encendían faroles en la obscuridad, corrían, daban órdenes... Los temores de todos se añadían a los míos, callados.

Lo único que me sostenía como siempre, era su resuelta y serena actitud. Por lo menos estando con «El», yo no tenía nada que cavilar, trepidar, decidir... No necesitaba tomar resolución en ningún sentido, pues su silencio era pródigo. Y lo peor en esos casos es

la incertidumbre: ¿qué haremos para escapar al peligro? En cambio yo contaba por seguro con que todas las posibilidades buenas y malas estaban advertidas y que la decisión necesaria la tomaría Joaquín en el momento preciso.

Respiraba humo, terror, y a la vez confianza y seguridad de escapar a la muerte de asfixia.

— ¿Bajamos o nos quedamos? — se preguntaban angustiados los otros viajeros. — ¿Habría espacio suficiente para permanecer de pie? — ¿Qué haremos en la obscuridad, si se nos va el tren?

— ¿Nos atropellará, acaso, otro convoy? ¿O nos atraparé por atrás? — preguntaba acongojada.

Joaquín me contestó:

— Es más prudente aguardar.

Siempre tomaba su tiempo, sin esa precipitación nerviosa que a mí me confunde. No sabría precisar la duración de tales zozobras, pero largo, muy largo se me hizo el tiempo con la falta de aire y el miedo de un posible choque dentro de aquel túnel negro, encrucijada infernal en que nos detenía España.

También el buen señor con quien cambiamos temores me seguía alentando.

Al fin, debido a no sé qué maniobra, o cambio de locomotora, según presumimos por los pitazos y rechinamientos de ruedas, estrépitos y crujimientos, empezamos a movernos lentamente.

Nueva paradilla. ¡Pánico! ¡Nos quedamos de nuevo!

Pero mientras se nos corta el aliento, sigue la marcha lenta, muy lenta, pero continua... y al fin divisamos ese pálido amanecer de las salidas de túneles y, a Dios gracias, la luz, el aire, el día, el sol!

Volvemos a la vida, y sobre un pequeño cerro que bordeamos se presentó la vieja iglesia parroquial de Zumárraga y una multitud de lugareños, hombres y mujeres, niños y ancianos, en trajes de día festivo, apoyados en una baranda de madera, contemplando la entrada de ese tren que había puesto en tan vivos aprietos a empleados y viajeros.

Estamos en Zumárraga. Es nombre de mala suerte. Ayer el tren casi dejó a todos sus pasajeros por aquellas dos gringas fruncidas que decían «*Ciumeregui*». ¡No haberle tocado el chasco a esas pesadas, que molestaban a medio mundo, por no darse la pena de hablar otra lengua que la suya!

Desde esta aventura quedamos en trato con el compañero que me alentó en el mal trance. Es un señor vasco, orgulloso de sus provincias, que tienen la mejor administración de España.

Algunos de sus «*Fueros*» suprimidos durante las derrotas carlistas, se los devolvieron más tarde. Nos encomió la moralidad administrativa de las provincias vascongadas, y nos refirió anécdotas que me completaban la impresión que veníamos recibiendo.

Era un hombre joven, amable y culto, — el único que durante la descompostura de la máquina no maldijo al Gobierno.

Al comenzar nuestra jira, ya teníamos un conocido en España, lo que nunca nos había ocurrido en nuestros largos viajes en ferrocarril por el Continente.

## BURGOS

Empezamos por visitar la Catedral. Estos monumentos españoles — las Catedrales — están enclavados dentro de las ciudades y no ofrecen perspectivas para dar un golpe de vista digno de su magnificencia.

Adentro la robusta pujanza, el vuelo de las naves, produce arrebató y transporte, dando esa emoción del sublime arranque de la fe, que labra en piedra un grandioso símbolo de lo más altamente tremebundo, e inaprehensible a nuestros cortos sentidos.

La arquitectura me parecía la menos sugerente de las Artes, pero desde que he conocido el misterio de las Catedrales góticas, se me ha revelado esa fuerza religiosa del Medioevo que construyó tales sinfonías de piedra.

Las Catedrales son el himno triunfal de la esperanza cristiana. Hallo indecible encanto en sumergirme en sus penumbras y contemplar las irisaciones de la luz a través de sus vitrales.

La Catedral de Burgos me sobrecoge. Es más grandiosa y menos inquietante que la Catedral de Viena. Traducen todas la obscura Edad Media, los terrores sublimes del alma acongojada, tímida y vacilante, que busca a su Dios crucificado, para aliviar el pavor de la muerte y el espanto de la eternidad. Esas zozobras angustiosas se han simbolizado en estos monumentos. La vieja y abandonada ciudad de Burgos, posee el blasón de su magnífica Catedral.

Poema que canta en piedra, por audaz elevación, la heroica y religiosa humanidad castellana.

Son también, las Catedrales, poemas de almas silenciosas, que trabajaron anónimas, sin dejar nada propio ni personal en sus laboriosas y tenaces obras. Esos obreros son músicos de una orquesta invisible que sigue tocando a través de los siglos, en las cuerdas de nuestra sensibilidad.

Admiro la belleza soberbia de esta Catedral que se yergue solitaria y pujante por sobre los tejados viejos de los chatos edificios en ruinas que la circundan y que se caen de frío, de desnudez y de tristeza.

A más de las cuatro columnas gigantescas que sostienen la cúpula sobre esas naves orgullosas, que se elevan con tan vigoroso empuje, hay capillas preciosas, que corren a los costados.

En la de Santa Tecla encontramos un guía, único — entre los muchos que se brindan — con nociones artísticas y que no era un catálogo verbal.

Me sorprendió en otra capilla la Virgen de Sebastián del Piombo, en el acto de envolver al niño en un cendal de gasa tan transparente como si fuera pintada con aire condensado.

Insiste el guía en que contemple el sarcófago de un tal *Don Gonzalo*, que me parece muy feo. Atribuye la fealdad al desfiguramiento natural de la muerte.

— ¿Qué difunto guapo ha visto Ud?

Debe ser un gran Capitán (El Cid Campeador), que ignoro en mi deficiencia de conocimientos históricos, pero lo desprecio, para no acusar mi ignorancia.

Nos colocamos debajo de la cúpula, que las columnas sostienen con tan audaz atrevimiento, — cúpula que es un prodigio de riqueza ornamental, en que florece la exuberante fantasía gótica.

... Aunque mi diario da muchos detalles, los paso por alto.

Perdí tiempo entonces en describir monumentos, que sólo interesan por la reacción emotiva que producen en nosotros.

Me servirá este extracto, menos para describirlos, que para analizar mis impresiones, al ponerme en contacto, por el Arte, con las almas del pasado y con la civilización antigua, que nos hablan por ellas.

El hermoso claustro gótico está en refacción. Ahí se encuentra la sala capitular.

En otra sala contigua, suspendido del muro, se halla el cofre que el Cid, según reza la tradición, dió en prenda a unos judíos de Burgos, lleno de piedras, para obtener con qué realizar sus proezas. Al abrirlo, dijo:— «Aquí estaban las esperanzas, pero Uds. fiaban en la palabra del Caballero, que vale más que todo». ¡Con qué sonora entonación pronunció estas palabras el guía! «El Cid» — Rodrigo Díaz de Vivar! Reside aquí todo el orgullo castellano.

Me explica también las grandes prerrogativas de las monjas llamadas *Huelgas*, añadiendo, para justipreciar su rango entre las órdenes monásticas, que un notable escritor decía: «que si pudiera casarse el Papa, la más digna consorte sería la abadesa de las *Huelgas*».

— ¿Verdad que ahora no te interesa ser Papa? — dije a Joaquín, algo temerosa de escandalizar el espíritu jerárquico del guía, con mi sacrílega feminidad, a lo que el otro, muy listo, replicó:

— Ni sería tampoco de extrañarse, dada la miseria humana, que si la abadesa de las *Huelgas* pudiera escoger, prefiriese al señorito de Ud. y desdeñase a Su Santidad, León XIII.

Más tarde visitamos el famoso monasterio de las *Huelgas*, donde no entraban antes sino damas de casas reales — probablemente las que no tuvieron opción a trono.

No hacían vida de comunidad y tenían derecho a tres o cuatro domésticas. Ocupaba cada cual una casa rodeada de jardín.

La gran iglesia de cinco naves está cortada por el monasterio, reservando al público sólo la cabeza y brazos de la gran cruz que la forma.

El viejísimo convento me sugería pavorosos secretos de vidas descentradas, anormales, trágicamente silenciosas, en criaturas nacidas en gradas de trono, que no tuvieron el lote de felicidad a que aspira cualquiera aldeana.

Desde la iglesia oíamos, como lamentos de naufragos perdidos que vienen a morir a una playa, las voces gangosas, desabridas y desalentadas con que desde el coro entonaban las preces litúrgicas... Esas voces me traen ecos de ultratumba, acentos de eternidad... Son almas, ya fuera de la vida, que anticipan el purgatorio a la muerte. Dentro de mi sentimiento místico, comprendo la dicha de la soledad en Dios, pero estas religiosas sólo me producen espanto de

abandono y de muerte en vida. Para que sus voces me traigan esta tristeza, precisa que la Comunidad esté abandonada del Espíritu Santo.

Me aproximé a un viejo sillón donde el sacerdote escucha confesiones por la ventanilla del muro. Imagino la pobre relación de esas vidas, miserables o tempestuosas, que cuelan por la rejilla. Me produce una mezcla de miedo y de melancolía. Se me hacían sensibles miserias, vergüenzas y dolores que no me rozarán en la vida.

Burgos se resume, después de hacer las excursiones, de visitar la Cartuja de Miraflores, etc., en honda emoción de vejez, que fué noble, pero que, degradada y envilecida de tiempo, es ahora pobre y triste.

Está vacío el teatro que sirvió a las proezas del Cid, a ese espíritu batallador y caballeresco, que hizo la gloria de España y que hoy se extingue por mengua de hombres y de ideales.

La ciudad vieja (no sólo antigua), con calles desiertas que ningún vehículo anima, transitadas por mendigos o gentes de mala traza, averiados los rostros, raídos los trajes, muestra su irremediable miseria.

No hay porvenir, sino pasado, y un pasado que subsiste esplendoroso sólo en la Catedral.

Las casas están habitadas por pobres gentes, que las ocupan sin llenarlas; lo digo en el sentido de calidad.

Los edificios, blancos, chatos, igualmente lisos y monótonos, con balcones salientes hechos con barrotes de fierro, producen tedio. Nada halaga la fantasía, ni seduce el ojo.

Vastas salas desnudas, heladas, con escasa luz, dan, en su inhospitalario abandono, sensación de que sus habitantes no viven, ni esperan ni sueñan — ¡pobres gentes que aguardan la cuenta final, ante un tribunal supremo!

Impresión de pueblo muerto para siempre, donde todas las energías raciales se han extinguido, por carencia de alicientes y de renovación de ideales.

Tras de sus grandes conquistas y de colonizar continentes, España duerme. El progreso continúa en el mundo, se acelera y alcanza potencia de vértigo. Lo hemos sentido en Alemania, en Francia, en Inglaterra, países activos, prósperos, optimistas. España ha perdido la fe y se ha aletargado. Ellos no sienten su atraso, por falta de punto de comparación. Europa concluye en los Pirineos. La distancia entre España y Francia no es kilométrica, es espiritual; y la diferencia entre esta tierra y los demás países europeos, consiste en que el español se ha quedado mirando hacia atrás, mientras los otros pueblos no sólo miran, sino que caminan con entusiasmo hacia el porvenir.

Ya el camarero del hotel nos dijo: Lo único que importa aquí en España, es *pasarlo bien*. Joaquín observó que, por gozar el buen rato, se sacrifica la vida entera y se pasa muy mal.

Aun no sabía yo que los peores ratos vividos en este mundo, serían los más fecundos en felicidades, así como los más dichosos instantes suelen traer pesares irremediables...

Visitamos la casa de Miranda. Muestra lo que fué un solar de la vieja nobleza castellana. Aunque está

perfectamente conservada, da en su vacía antigüedad, ya sin conexión con el presente, la impresión de ruina. Gran patio cuadrado en dos pisos, con corredores sostenidos por magníficas columnas de piedra. Aspecto severo y monumental. Linda cornisa esculpida. En el piso superior, han cegado la galería de columnas, para hacer aposentos u oficinas.

El noble palacio ha perdido con este ultraje la unidad de su clásica belleza.

Por lo demás, todo está sucio, roto y deteriorado. Brotan mujeres, hombres y chiquillos asquerosos, que rodean a los viajeros, gritando palabras soeces. Miran con ojos ávidos de «perras gordas» (moneda) y estiran manos esqueléticas. Un cuadro de miseria que lastima el corazón. Subimos la magnífica escalinata de piedra, cuyos peldaños gastados evocan tristemente los tiempos idos.

En las galerías nos salió al encuentro otro grupo de criaturas infelices. Averiguamos si todos esos seres vivían allí, y se nos respondió que habitaban aún muchísimos más de los que estábamos viendo. Joaquín deseaba saber por qué estaban agrupados en el Palacio y de qué se ocupaban. . . — ¡Ca! ¡Qué quiere Ud.! Buscan techo. . . Están muy embrutecidos y eso ocurre porque no les enseñan nada!

La impresión de Joaquín era más penosa que la mía. ¡Castilla! tierra de honor y de gloria! Yo sentía compasión y pesadumbre de hallar seres tan envejecidos, que sólo piden a la vida techo y pan. Impresión penosísima de ruina definitiva.

Los países siguen, como los hombres, etapas de crecimiento, plenitud y decadencia. España, por haber vivido más, ha envejecido más pronto, pero ¡qué horrible es su vejez y qué triste su decadencia!

Tengo ansias de irme. El hotel nos entristece. Desmantelado, feo, inconfortable. Nada es antiguo, todo es viejo y ordinario.

La comida pésima, pero los mozos entretenidos. Conversan con el pasajero y echan pestes de España, que consideran la tierra más privilegiada de Dios y peor gobernada del mundo. Culpan a la Monarquía de todo, sin entender que cada uno ha de poner algo de su parte. La desorganización es completa, la pereza enorme y el desaliento mayor.

Frente a nuestro hotel, en la calle sin tránsito, salió al balcón y se apoyó en la baranda de barrotes negros, lisos, una señora de rostro fino y ojos oscuros, vestida con modas que usaba mi abuela cuando yo nací, allá en mi rincón de mundo...

El peinado, en *bandeaux*, se abulta en morcillones sobre las orejas; todo en su indumentaria me marcaba el tiempo de mi primera infancia. Miraba nuestro hotel en la calle vacía, con ojos aburridos. No teniendo, sin duda, nada que hacer adentro, observaba hacia afuera... Tal vez su único espectáculo sería, cada mañana, ver salir a la hora del tren algún pasajero del hotel y conocer así los usos de Francia en mujeres vestidas con trajes del año, y no del ropero ancestral.

En este Burgos sin movimiento, sucesos ni prensa, vivirán de lo que pasa allá en la corte de Madrid, vegetando miserablemente en el pueblo olvidado de la vida, que urge y pasa...

De contemplar aquella mujer de balcón a balcón, supe más de Burgos que cuanto pudiera averiguar en conversaciones.

Ella era la ilustración viviente de la *provincia*.

Se la sentía víctima de un tedio incurable, sin objetivo alguno, sin recuerdos, sin esperanzas, pasando el rato y matando el tiempo, sin vida alguna que no fuese la orgánica y miserable de la materia, ignorante de cuanto hace el precio de la existencia. ¡Pobre animalito de costumbres!

En aquella mujer, que era una dama por el tipo, pude medir la distancia entre Castilla la Vieja y París. No son días de viaje los que separan un país del otro; son siglos de pensamientos, de sentires, de emociones y de actividades.

Casi diría que hay abismos de diferenciación entre las almas. Estas se han apartado de la vida, dejando vacías las zonas más valiosas del alma humana, y aquéllas valoran cada día mejor sus dones, y avanzan en la conquista, también cada vez más honda, de su conciencia; limitados aquí todos los horizontes, y abiertos allá en sucesiva progresión infinita...

No sabe esta buena señora, asomada al balcón, qué interesante mensaje ha traído a mi alma, y todo lo que me ha sido dable leer de la decadencia española, sólo de mirarla en 1900, peinada como mi abuela, asomada a un balcón de barrotes de hierro negro, mirando el suceso del día — de su triste día humano —, que es la salida de los pasajeros, y una que otra mujer vestida con traje de comienzo y no de fin de siglo...

La observaba tras del vidrio, pero para darle mayor

menos, me traían reminiscencias vagas, o más bien atmósfera de cosas melancólicas, no vividas en mi actual conciencia.

También es vieja la Italia, pero su vejez difiere de ésta que me penetra en España.

La noble antigüedad italiana me es extraña, y la de aquí, sobre todo esta vejez decrepita y ordinaria de Burgos, me pertenece, no sé cómo ni desde cuándo. Es una merma, un resbalar hacia abajo, que conozco, y en cuyo secreto de miseria y melancolía entro naturalmente, sin esfuerzo imaginativo alguno.

Las emociones nos dejan una memoria vivida, de que están excluidas inteligencia y fantasía.

Los viejos conventos me dan esa sensación, aún más especializada que esta misma recogida en las calles de Burgos.

La penetración emocional en sitios que no conozco, en almas que ignoro, en vidas y maneras que me son ajenas, me indica que mi vida se ha extendido mucho más allá de mis experiencias conscientes...

Es curioso también verificar que una emoción tiene más verdad vital que los recuerdos más claros y precisos de situaciones que hemos vivido y pasado por el tamiz de nuestra inteligencia razonadora.

Estas existencias de los castellanos de hoy, me sorprenden y me inquietan. ¡Son vidas quedadas al margen del progreso, estáticas y paralizadas!

La dama asomada al balcón me pareció figura vista en vitrina de museo, pero es mujer como yo, tiene sangre y tal vez más filtrada, anhelos, ansias de

interés, salí al balcón, con mi traje de turista. Debí parecerle un anacronismo: mujercita bien encorse-tada, con traje ceñido y sombrero coqueto.

Yo me dejaba observar para que supiera algo de las mujeres modernas y cómo es necesario asomarse a muchos balcones y a muchas almas para tomar el puesto que nos corresponde en el mundo.

Ahondando más en mi emoción de Castilla la Vieja, en este Burgos, que no conserva más que el cascarón del pasado, ocupado por un hormiguero de seres, que me parecieron detritos de humanidad, encuentro, mucho más adentro del cuadro actual que registran mis ojos nuevos en el mundo, sensaciones confusas, de aspectos que corresponden a vidas pre-teritas.

No han podido dejarme recuerdos precisos, sino emociones... como ese perfume que restaba en los saquitos de mixtura de las abuelas... Las flores que contuvieron, ya reducidas a polvo, habían dejado algo de su almita vegetal — el perfume —, como a nosotros nos resta *emoción de ambiente*, que es alma de sucesos sin memoria y de vidas vividas, en que han desaparecido los personajes.

Esa vejez de Burgos y ese estilo de ciudad no me son desconocidos, ni pueden sorprenderme... Pertenecen a muy viejas sensaciones de un *yo* que no era el de *hoy*.

La casa de la *Compañía* (mi hogar de infancia y juventud) me fué nueva, pero algunos rincones coloniales de Santiago, caducos, tristemente venidos a

amor, y la vida avara le suministra ese triste mirador — los pasajeros de una fonda que vienen y van a la vida —, mientras que ella permanece sin esperanza alguna, solitaria y anónima...

En París hay una Exposición Universal, que ha sido visitada por el mundo entero; yo vengo de allá y ella está tan lejos, que apenas le habrá llegado la noticia, y al ir por las tardes a pasar su rosario, bajo las tremebundas naves de la Catedral magnífica, se encontrará más privilegiada de Dios que aquellos seres que se agitan en diversiones y placeres.

Más que todos los monumentos castellanos, esta mujer, que ignoro, me ha hecho cavilar. ¿Es posible que tan mezquinos lotes de vida toquen a ciertas almas, una vez y para siempre? Me asaltan continuamente estas ideas. ¿Estará dentro de la Justicia divina el que yo lo posea todo, dentro de esta única vida, y que aquella mujer, joven también, permanezca desposeída de todo? Es para mí un enigma. ¿O será, acaso, que la tierra es el purgatorio de las almas que ya existieron y que van a unirse con Dios? ¿Les tocará volver a los sitios de cuyo esplendor gozaron, para vivir la ruin miseria de su anonadamiento, por lenta decadencia? ¿Habrá sido esta mujer una Reina y ahora, pobre, infeliz, vive en un pueblo muerto, sin situación, confundida con los miserables?

En París, durante la noche, al pasar por alguna calle solitaria, se desprendía como sombra del muro a que estaba apegada, una mujer que nos alargaba una mano cansada y triste.

Yo decía: — ¡Sabe Dios si es alguna de las queridas de Luis XV, que pena en este París de 1900 las glorias versallescas! «El» me escuchaba sonriendo, pero nunca daba menos de diez francos.

Nos vamos esta tarde al Escorial, que nos queda sobre el camino de Madrid.

No obstante su nombre de tan bajo sentido: *Escorial*, yo me he formado del Palacio o Monasterio una idea brillantísima, debida sólo a mi fantasía, que pone un contenido de mi creación y cierto brillo mágico a palabras pronunciadas por seres muy opacos. Cuando volvió de su jira por Europa un pariente, me habló del *Escorial* y la palabra resonó en mi alma de niña con brillos de piedras preciosas, de oros y de mármoles.

Mi ignorancia, sobre todo con relación a España, es profunda.

En Burgos, según leo ahora en mi Diario, yo no supe quién era «Gonzalo de Córdoba», el Gran Capitán.

Ocultaba mi ignorancia de vergüenza y hacía juegos malabares en la conversación, para no ser atrapada. ¡Cuánto me hubiera valido la sencillez! Habría llenado la enorme laguna de mi cabeza vacía, pero parapetada en mi amor propio, dejé pasar las más bellas ocasiones.

Muchos años más tarde, tuve gran cólera al oírle a mi hija exclamar ante la tumba del Dante, en Santa Croce, de Florencia: — «Yo creía que el Dante era personaje de novela». Me enfurecí de que, una ge-

neración después, se repitiera mi «caso» ante la tumba del Gran Capitán. Mis cóleras son muy complicadas; entran muchos elementos antiguos y diferentes que explican su violencia.

La ignorancia de mi niña me duele por los esfuerzos hechos para instruirla, hacerla viajar, etc., pero hay algo más hondo, y es que yo atribuyo mi atraso e incultura a haber caído, por la pérdida de mi madre, una generación más atrás de lo que me correspondía. Y me duele que, siendo hija mía y habiendo vivido entre intelectuales, permanezca ignorante.

... En mi cólera contra ella, yo fuí consciente del aburrimiento que me daban las conversaciones de mi rincón de mundo, de los esfuerzos hechos para instruirme, de las ventajas que ella había tenido sobre mí y del abuso cometido en las bellas ocasiones perdidas.

Todo eso se agolpó a mi mente y me encendió en ira.

Me duele que mis esfuerzos constantes por vivir una vida superior, aprovechando todos los medios y ocasiones, no enseñen a mi hija y la saquen de su inercia.

Vine a España en 1900, como Inesita fué a Italia en 1912. No sabía nada de historia. Mi única cultura era francesa.

... Fueron franceses los libros que leí... Conocía los poetas, los reyes, los escritores. Nunca había leído el castellano y hablaba la lengua anemiada de América — lengua de cocina, puede decirse, comparada con las donosuras del idioma español, tan poéticamente caballeresco.

Joaquín, durante el noviazgo, largo de siete años, trató en vano de interesarme por los poetas españoles de nuestra generación.

Me los recitaba continuamente. Zorrilla, Espronceda, Núñez de Arce. Los escuchaba complacida, porque me los cantaba el «Amor», pero mi gusto estaba lejos.

Yo me embriagaba en Lamartine, Vigny, Musset y Víctor Hugo. Llegué a amar la lengua francesa, con exclusividad de todas las otras, y a no sentirme expresada más que en sus concisos, claros y elegantes giros.

Era que yo venía encontrándome a mí misma en belleza — «*beauté*» —, que necesitaba como elemento de vida, a través del francés. En cambio, del castellano escuchaba la vulgar lengua hogareña de las conversaciones aburridas, por estrechas y provincianas, de mi país lejano y nuevo.

Conocía el *Año Cristiano* de mi abuela — una sarta estúpida de historias de Santos, escritas para niños — y los sermones huecos de los curas de mi tierra. El español me sabía a rancio y acartonado. Carecía de originalidad, de pensamiento vivo y palpitante... Estaba compuesto de fórmulas vacías que no resonaban en la frescura de mi alma juvenil. Hasta cuando Joaquín me cantaba:

«Doña Inés del alma mía,  
Luz de donde el sol la toma»,

me sabía más a ironía que a admiración.

En esta indigencia espiritual de mi lengua vine a España, y si por ignorancia estuve desprovista de medios para valorar esta noble tierra en su gran pasado de conquistadora de dos mundos y país de prodigios en arte, dominación y misticismo, en cambio recibí impresiones absolutamente puras, libres de literatura y fantasía.

Penetró en mi virgen sensibilidad, de criatura desnuda en inocencia bautismal, el alma de España poderosamente vieja, apasionada y heroica.

Mis emociones serán ingenuas y sorprendidas. Va a despertarse mi raza y vibrarán cuerdas que permanecieron mudas mientras me embriagué en copas francesas.

Con esta alma de niña retardada, pero con ansia vehemente de heroísmo, entré a España en 1900. Moría el siglo y comenzaba nueva *Era* en el mundo.

## ESCORIAL

No dí a la dama del balcón el espectáculo de mi partida. Estaría en la Catedral.

No se conocían los *wagons lits* en España. Llegamos al Escorial por la mañana, sin dormir en cama.

Recuerdo que divisé el Monasterio desde la ventanilla del carro y que se desvaneció como un soplo aquel palacio de mi fantasía, en que la sola palabra *Escorial* evocaba la opulencia de una mansión oriental.

El pétreo y colosal edificio se confundía con la escueta y desolada montaña, de que parecía formar parte.

...Severamente cuadrado y monótono en su forma, semejaba la parrilla en que fué quemado su patrono, San Lorenzo.

Las torrecillas de las esquinas serían las patas volcadas de aquel instrumento de suplicio, y el mango, la única parte saliente del rígido cuadrado.

El Escorial sorprende. Es una extraña y singular residencia.

Imaginamos un palacio y es un grandioso y triste convento. La construcción es de austera uniformidad en sus enormes proporciones. La masa mural está rota por tres series de ventanillas pequeñas, enfiladas en los tres pisos con que se levanta el edificio, sobre la montaña parda que lo domina.

En cada extremo del cuadrado se eleva un torreón, y las ventanillas se continúan en la misma monotonía, hasta el capitel que lo corona.

La fachada principal — mango de la parrilla — está decorada por gruesas columnas y una cornisa por único ornamento.

Su grandeza y su rígida severidad hacen del austero monumento algo tan imponente como fuerte.

En esta parrilla que representa el edificio, las habitaciones reales forman el único saliente, o sea, el mango del riguroso cuadrado.

Aunque no impresionara por su grandeza austera, habla por el símbolo que constituye. Es un monasterio y a ese único objeto fué destinado por Felipe II.

... La parrilla de hierro sería la *Regla* monástica, en que esos monjes quemarán el fuego voraz de sus pasiones, con ese otro fuego también destructor que es la mortificación.

Nada sé de Felipe II, y me avergüenzo como en el caso del Gran Capitán, pero aquí en el Escorial encuentro hecha en piedra, como en un gráfico, la personalidad del terrible soberano. Antes de entrar, ya sé quién es ese sombrío Rey de España. Lo representa su obra. El arte lo ha mostrado hasta en sus íntimos repliegues.

Lo más interesante del alma humana no son las acciones realizadas y que llevan la complicidad de las circunstancias, sino la ubicación que el alma trae en el programa divino, sus relaciones con ese mundo invisible de las causas ocultas, que determinan, desde lo hondo del ser, su puesto y su actuación en el mundo.

El Escorial cumple con esta delación del individuo.

Sin conocer la historia, sin haber leído nada de lo que sobre el más misterioso soberano español se ha escrito, ya lo tengo ubicado en su obra y auguro su trayectoria... Conozco el instrumento que va a tocar en esta gran orquesta que es la vida — divina sinfonía que dirige un gran Maestro invisible—. Me complace también pensar que en esta sinfonía del universo, yo no soy ni cobre ni trombón; tal vez una cuerdecilla de violín, que gime y llora de incurable y desconocida nostalgia.

La impresión que me da el exterior del Escorial, me muestra en Felipe II un carácter de hierro, dominado por fría razón y severísima disciplina.

Penetramos al Monasterio por el costado que enfrenta el hotel Miranda, donde habitamos. Nos en-

golfamos en un dédalo de patios helados y de galerías tristes que aumentan el temor producido por la gran masa gris, tan pálida como fríamente simétrica.

Tras muchas vueltas hallamos el soberbio patio, que encierra la magnífica fachada de una iglesia. Me recuerda a San Pedro en Roma. Su noble majestad es pavorosa. Las robustas y nobles proporciones, la elevación de sus muros, el color obscuro de la piedra, todo impone y atemoriza. El sentimiento religioso que ha inspirado ese monumento no infunde confianza, ni da consuelo, sino miedo a una justicia implacable.

Guardo impresionante recuerdo de las tumbas reales — tal vez por ser esas tumbas lo más regiamente característico del gran cementerio que es el Escorial, cementerio de ideas, de régimen, de civilización y de almas.

Descendimos a un subterráneo decorado con mármoles rosa y negro, obscurísimo. ¡Temo que se levante aquí Felipe II! — decía chanceando a mis compañeros, para desvanecer la lobreguez del sitio, aunque creo que el Monarca siniestro, es un muerto sin posible resurrección en este planeta.

Trajo una grave misión, que cumplió con escrupulosidad, dando a las almas de su época las oportunidades de desarrollo espiritual que necesitaban, y se fué aterrado él mismo por la eternidad en que iba a sumergirse.

...La luz de la entrada, reflejándose en mármoles negros, me asustó. Termina la escalera con una suntuosa cripta circular, en donde se hallan colocadas las urnas funerarias. Es tan rica como lúgubramente armoniosa.

Del techo abovedado cuelga un lustro de bronce, a donde convergen las listas de mármol y los ramajes de bronce. Frente a la entrada se suspende un gran Cristo de tamaño natural. Todo es rico e imponente.

Felipe II comenzó este mausoleo, pero fué terminado por su sucesor.

Sobre la urna del Rey Alfonso, está la otra urna vacía de la reina madre, y abajo, la que aguarda a Alfonso XIII, que es todavía adolescente.

La España nos da la impresión definitiva de decadencia, de estancamiento al margen del progreso, aplastada por su gran pasado y ya caduca en su raza de almas-niños. Pasada la pubertad que hizo su gloria, chochea en una senectud que torna a la puerilidad.

Al contemplar los regios sepulcros, no dudamos que contienen la verdad integral de España, en esa suntuosa muerte, digna de sus glorias irrenovables.

Tierra de amor, de pasión y de crueldad, sucumbe lentamente al *Sino* de los pueblos. A gran vida, corresponde más muerte.

Joaquín observó al guía:

— ¡No veo sitio para el sucesor del Rey!

— Después tendremos la República — respondió impávido.

España tenía derecho a envejecer, a dormir, a desentenderse de un mundo al que había aportado otro nuevo mundo y el mayor acervo espiritual que registran los anales de nuestra época.

¡Noble anciana! Amamantó tantos hijos; educó con severidad excesiva; luchó cruel y denodadamente por la pureza de la doctrina cristiana, según su estrecha conciencia, y es respetable en este último sueño de

sus siglos cansados...

Cumplida su tarea, tenía derecho al reposo.

Contemplé las urnas ocupadas y las urnas vacías, que aguardan a los vivos, a Isabel II ya anciana en París y a su nieto el *Reycito* de Borbón, en quien Francia atenúa los rigores del fatal destino de Felipe II. Mi traviesa imaginación no jugueteó siquiera con la posibilidad de que ese *Niño* no llegaría, como sus grandes abuelos, a ocupar el sitio que le estaba reservado en la Real Necrópolis.

Creía que nada turbaría el sagrado sopor de España, y que los Pirineos eran barrera suficiente para aislarla del Continente. El Atlántico y el Mediterráneo velarían dulcemente el sueño de la Península.

Joaquín no compartía el *Requiem* que yo entonaba a España en sordina. En su sangre castellana y navarra, sentía todavía bullir heroísmos, que no apagaba el ruido de las maquinarias de la industria europea, ni los progresos de la civilización.

Me concedía, en último término, que España dormía siesta — ¡nada más! —, pero convencido de que no era mortal su letargo, sino pausa en el fragor de las luchas, compás de espera en la acelerada evolución de los otros países. Su serena visión de hombre que mira largo y sabe aguardar, me molestaba.

Pregunté por el sepulcro de la Reina Mercedes, cuyo romance impresionó mis años mozos, admirando la fuerza de amor, que llega a imponerse a la razón de Estado. No estaba sepultada en la cripta real por carencia de sucesión. Se la consideraba sólo Reina consorte, y Alfonso XII le había hecho un mausoleo en la iglesia del Escorial.

La Cripta Real me revela esa siniestra visión de la muerte con el terrorífico concepto de las postrimerías en que la imaginación medioeval plasmó las mentes.

Aun no sabía que los regios despojos pasan a un *pudridero*, antes de ocupar el nicho que les aguarda en la cripta. Lo supe en un viaje posterior. Ya había muerto Isabel II. Al visitar nuevamente la Cripta, hice alusión a la urna de la Reina, y el guía, muy entonado, me dijo: ¡Ca, si está en el pudridero! A esta palabra de tan crudo realismo, corresponde la impresión de la Cripta.

En vano se ha querido disimular entre oros, bronces y mármoles el fatal proceso de la naturaleza. Esos despojos parecen aplastados por un peso de riqueza y de poder humano que ha tronchado las alas del Espíritu.

Más tarde me he enterado de que el llamado *Pudridero* es un subterráneo, donde se colocan los cadáveres, atravesados continuamente por una corriente de agua, hasta que los huesos quedan pulidos y blancos como marfil. Pasan entonces a la Cripta Real.

La fase de la muerte en destrucción, en grosera realidad, y en justicia a secas, más que en amor y misericordia, se recibe en los sepulcros reales.

Felipe II ha extendido su nefanda sombra, de vida enfocada a la muerte, en toda esta montaña.

Yendo de regreso hacia la luz, cambia todo de aspecto. Pasamos a las tumbas que se han hecho para los Infantes y Príncipes.

La sensación de claridad y alegría que dan estos sepulcros, contrasta con la impresión que traemos de

la Cripta Real. Son capillas de mármol blanco reluciente, sobre fondos también de mármol, amarillos y rosados, y techos de *caissons* abovedados.

Vidas alegres tienen ya marcado su sitio, y el prestigio de la juventud pone en el nombre de la urna que a tal *Infante* corresponde, un llamado de eternidad, que hace grave la existencia más liviana.

Ahí encuentro la urna de la Infanta Eulalia — mujer única en la severa corte de Madrid, que rompía el protocolo e inquietaba con su espíritu, no diré sólo moderno, porque tiene sentido de avanzada y de vanguardia.

Años después la veía pasearse por el Bosque de Bolonia, en un crudo invierno parisiense, a la hora de las lagartijas (*après midi*), o sea, después de mediodía, para coger el esquivo rayito de sol que a esa hora suele apiadarse del mundo congelado. Iba envuelta en sus pieles, acompañada por el conde de C... Todavía joven, graciosa y simpática, yo la miraba con ternura, pues me evocaba esa urna fatídica del Escorial, en que se quedaría para siempre tendida y que un destino cruel le impediría ocupar. Así alegres y claros como son esos sepulcros, que disfrazan la muerte, ponen sobre todas las vidas una trágica incógnita.

(Recuerdo que en cierta reunión, en un Palacio de Londres, la Infanta Eulalia dijo al Nuncio de Su Santidad, a propósito de la certidumbre de nuestro fin: «El que me puso aquí dentro del cuerpo, sin que yo lo pidiera, sabrá cómo me va a sacar, sin necesidad de que yo me afane».)

La muerte en esta decoración de las capillas blancas, me parece casi una ironía. En la Cripta Real me

acerco más a los terrores que me ha plasmado — quién sabe cuándo, en una alma secreta anterior a ésta, sobre la cual no actúa mi conciencia — esa España Negra, que ha infundido su siniestro pavor a la Religión de mi país.

Me resta complacencia de la visita a estas alegres capillas, que hacen tan fuerte oposición a la Cripta Real severísima y en armonía con el alma terrible del Escorial.

La iglesia es tan atrevida y monumental como la de San Pedro de Roma. Fué hecha, según el guía, sobre el primer plan de la Basílica Vaticana. Tiene la forma y la proporción, sin la gigantesca dimensión de aquélla. Suple quizás la uniformidad del color gris oscuro, contribuyendo a resaltar la sombría grandeza lo que en San Pedro, no obstante la potencia, rompe la riqueza de la ornamentación.

Los mármoles, las incrustaciones, las estatuas no refuerzan sino que atenúan la robusta unidad del conjunto, que el Escorial mantiene en su audacia atrevida.

Imponente es el gran patio y la soberbia fachada de la iglesia, pero el interior sobrecoge. . .

La luz cenicienta que vierte la cúpula, sobre las cuatro enormes arcadas que sostienen las columnas, la semiobscuridad, el altar mayor ricamente ornamentado, todo reunido produce un sentimiento de divina majestad.

Pasamos del coro, bastante largo, que obscurece esa parte del templo, como preparación a la sorprendente claridad en que se abre la cruz, cuyo centro forman las columnas.

Por ambos lados, arrancando del coro, corren galerías en arcadas que forman un segundo piso, en los costados, y que permiten observar el templo en su conjunto. Desde allí se muestra con mayor atrevimiento la elevación de las columnas.

Estas mismas galerías llevan a un soberbio coro iluminado por un gran vitral. Entre filas de sitials ricamente tallados, nos muestra el guía la silla en que se sentaba Felipe II, para seguir los oficios de la comunidad. Entraba por una puerta secreta, que está disimulada en los tallados del zócalo.

Desde ese rincón se enfoca la extensa nave gris, abriéndose en soberbia perspectiva, sobre el gran altar del fondo.

Un lustro de cristal, formado por cuatro pavos reales, cuyas colas desplegadas dan irisaciones cristalinas, cuelga al centro del techo.

Desde esta parte, el aspecto de la iglesia impone su orgullosa soberanía.

Entramos a un camarín tras del coro. Un precioso Cristo de mármol, obra de Benvenuto Cellini, se exhibe por un balcón al gran patio. Allí se oficiaba la misa de campaña a las tropas.

Dejo en mi diario las menudas descripciones y me detengo en el patio de los Evangelistas, cuyo precioso claustro, pintado al fresco con episodios de la vida de Jesús, y su techo gótico abovedado, dan acceso al piso superior, por una doble escalinata monumental, que se reúne en un descanso y que vuelve a abrir sus brazos hacia arriba.

Deseaba ver el claustro y conseguí que un mochito me abriese la puerta, mediante una picadura de amor propio, que en el país de la hidalguía suple al *sou* francés.

— ¿Te fijas — dije a mi esposo — que aquí no tienen ese orgullo de todas las tierras, en exhibir sus bellezas artísticas?

— ¡Sí! Somos muy orgullosos de nuestras riquezas — saltó el frailecito — pero no andamos como en esas tierras de Dios, en busca de lisonjas... ¡Con poseerlas nos basta!

Sacó su llave y abrió la verja de hierro. Me sentí en deleite de plenitud por la belleza de ese claustro en que se unía la pureza impecable de las líneas con la clásica elegancia de las formas.

Doble piso de arcadas con columnas dóricas en el primero y jónicas en el segundo.

El patio de piedra desarrolla su severo cuadrado en torno de un jardín de dibujos simétricos, con sombría verdura recortada, en que los senderillos convergen a un templete romano, elevado al centro, y que apoya sus ángulos sobre cuatro fuentes de agua cristalina y murmurante.

Nos quedamos reposando en esa quietud que produce la armonía de una conquista alcanzada sobre el desorden, en ese tranquilo patio de un convento de frailes, cuyo hondo silencio era sólo interrumpido por el chapoteo alegre del agua que en las fuentes apremia su viveza y por la ronca y sonora campana de la iglesia que tocaba a difuntos... ¡Majestuosa solemnidad, hondo reposo!

A cada ocasión en que la belleza me da esa distensión del sistema nervioso, que sigue al deleite, siem-

pre urgida como estoy de hallar armonía o descubrir coincidencia o aun de descifrar un símbolo (que es mi subconsciente trabajo interior), cuando hallo la satisfacción producida por el *chef d'oeuvre*, que coge el instante supremo, esa emoción que reboso la desbordo en «El».

Me alivio de su peso, compartiéndola. En mi fondo secreto, la belleza me produce pesadumbre de carga. Me compromete conmigo misma a sentirla en idealidad superior, o en símbolo de un orden de cosas pertenecientes a un sistema que me queda alto.

En ese momento lo miro a «El», abrumado como yo misma en su exquisita sensibilidad, y nos comunicamos aquella intensa satisfacción, sin palabras, para liberarnos recíprocamente. Era demasiada pesadumbre para mí sola y compartiéndola quedo aliviada por este tesoro que hemos adquirido y conservaremos entre ambos.

La emoción artística, grande para mi pequeñez, es deliciosa llevada por dos. En amor precisa compartir. Es una mutua responsabilidad que dividimos.

Además nunca me sentí colmada, sino cuando le transmitía mi conquista de aquel nuevo aporte espiritual con que la belleza enriquecía mi alma. (Ni me daría la pena de extraer estas memorias, si no fuera por la felicidad de viajar espiritualmente con «El», en esa España que se despedaza y arde).

Buscamos al portero que debe mostrarnos las habitaciones reales.

Es filósofo y grave: — «No puedo mostrarles nada, porque el llavero — lo nombra con unción —,

bién explicable en mi criterio de entonces, pues el fanatismo religioso reduce la vida a ese solo punto: la salvación del alma, por una eternidad. Enfocada la cuestión de esa manera, es hasta santo matar para salvar, quitando la vida, que es un accidente, para obtener lo esencial.

Mi estrechez de beata, mi horizonte tan cerrado de entonces, me ha hecho tornarme comprensiva de esas almas oscuras, que incapaces de sentir ni de pensar, viven como autómatas movidos por secretos resortes.

Comprendo a esos seres; yo fui uno de ellos, pero no me interesan, ni los amo. Sé que están en un túnel y el recuerdo del túnel me desagrada.

Felipe II no me escandalizó. Me expliqué la triste y pequeña devoción de mi tierra, con lástima y sin simpatía, hallando que esas almas no han nacido a vida espiritual; que vegetan en los limbos de una incertidumbre; que en fuerza de no tener luz propia ni creencia alguna, encienden en su lóbrega noche esos pálidos cirios del sometimiento, de la renuncia y el rechazo de las dudas que las asaltan. Son almas aún prisioneras de las sombras, que están muy abajo en la escala de la vida.

Ahora yo ubico a Felipe II en el puesto anímico que le corresponde. Sé que venimos en muy distintos grados de luz, y que está determinado en el plan divino, que tal Monarca traiga el régimen que necesitan para progresar las almas de su pueblo. Esa España Negra fué necesaria a la evolución de la raza, y su Rey cumplió en la medida de sus fuerzas con lo que su conciencia le exigía. Es digno de admiración desde

está en confidencias con un señor regidor o gobernador, qué sé yo, ¡vamos! un personaje de categoría!»

Ponderaba su puntualidad para llegar al puesto y la desidia de los otros empleados.

El español es quejumbroso. Si no puede culpar al gobierno o a los frailes del mal de España, reconoce que el carácter nacional es dejado, y que si faltan cabezas para el gobierno, también faltan personas que secunden. «No hay aquí quienes manden, ni menos quienes obedezcan».

El portero concluyó sus confidencias y se presentó con su llave. Se inclinó cortésmente y solicitó nuestro permiso para vestir el uniforme, con que era de regla entrar en las habitaciones reales.

No tardó en presentarse con una vieja casaca azul galoneada de oro, que le daba un aire aún más grave.

Nos introdujo solemnemente, cual convenía a las augustas habitaciones. Recorremos vastos salones, con preciosos gobelinos tomados de los cuadros de Goya, que visten los muros.

Antes de conocer la tapicería del Escorial, se ignora la viveza que toman las pinturas puestas en gobelinos. Recuerdo especialmente la tela que representa a la Duquesa de Alba, vestida de maja, yéndose con su amante, mientras el marido, embozado, la acecha, con ojos llameantes.

Se admira el guía de que yo conozca a Goya, por creer que éramos señoritos venidos de Francia:

—Pues ¡vamos!, por la facha que se gasta el señor, y por todo lo que la señorita muestra y tapa, ya veo la guapa figura que hará la pareja en la corte de Madrid.

¡No conocemos Madrid! Gran sorpresa de que conozca a Goya e ignore a la capital del Reino.

— Es que Goya pasa los Pirineos — agregué.

— Siempre he oído decir que es cosa que vale.

Nunca el español afirma la propia opinión, sino que se refiere al testimonio general.

Estos salones son muy posteriores al reinado de Felipe II, a cuyo departamento llegamos en seguida. ¡Qué sorpresa! ¿Me esperaba acaso el esplendor de Versalles? No sé.

Entro a un modestísimo cuartito blanqueado con cal, con muebles ordinarios y que el guía nos presenta con énfasis: ¡Sala de los Embajadores!

Más aún que el edificio del Escorial, esta sala retrata a Felipe II, alma seca y terriblemente austera en su fanatismo inquisitorial y en su renunciación a la vida, que toma como un deber o como una condena fatal, pretendiendo someter a los demás a su estricta creencia y a las imposiciones de su *Sino* tremendo.

De los muros pende una preciosa Virgencita, que besa a su Niño con toda la virginal idealidad con que Rafael compone los grupos de la Madona y el Bambino.

La pieza contigua, dormitorio del Monarca, es un cuartucho obscurísimo y pobre. Allí está su trono, un viejo sillón de marroquí gastado y desteñido, y la silla en que apoyaba su pierna enferma, con un lado más deteriorado que el otro.

Todo lo que contemplamos acentúa los rasgos de la extraña fisonomía moral del siniestro personaje.

De esos pobres muebles, de esas estancias tristes y oscuras, se escapan revelaciones del hombre singular cuya austeridad me complazco en oponer al fausto de Luis XIV.

En otro cuartucho contiguo — cueva oscura que se abre súbitamente sobre el Altar Mayor de la gran Iglesia — murió Felipe II.

Allí, desde su lecho, el Monarca moribundo rezaba la Santa Misa y se complacía seguramente en la magnificencia de su obra. En sus terribles escrúpulos de las últimas horas, con aquel espíritu religioso amasado de terrores y de amenazas, frente a la eternidad en que iba a caer, se aquietaría quizás, recordando la misteriosa respuesta del Señor a un Profeta, sobre la presunta salvación de Salomón, que había recibido todos los dones, y el muy especial de sabiduría, negado por Dios a los poderosos de la tierra y a los concupiscentes: — «*Me edificó Templo*».

Quédame, de la austeridad de las habitaciones reales, una impresión de fuerte contraste con la augusta grandeza del Escorial.

... He copiado textualmente de mi Diario y ahora trato de leer en mí misma, para extraer el juicio que no he dado, reduciéndome como siempre a meras impresiones.

Desde luego me es fácil con mi criterio de entonces — criterio de beata, que no juzga para no pecar — comprender al Rey, puesto que la religión de mi país, los sermones y mi propio fanatismo, están

inspirados en la ideología de esa Corte, y en los terrores de esa creencia, que excluye la misericordia y que explota las terribles amenazas del purgatorio y del infierno.

Convencida, como estaba, de que en esta vida única y brevísima, apenas nos despertamos de un sueño infantil, ya caemos por toda la eternidad en poder de un terrible Juez que sin apelación posible nos arroja a un infierno eterno, por culpas chicas como nosotros, la vida de Felipe II debió parecerme de férrea lógica.

Raro era que yo no siguiese su saludable ejemplo y no compadeciera ni tratase de convertir a todos los descarriados. Debía tener dura la entraña, ya que me era posible dormir, creyendo que estos horrores estaban sucediendo en torno mío.

Tal creencia, bien ajustada a mi conciencia, no producía en mí, ni en los otros, los correspondientes efectos, como si más adentro, en una región inaccesible a mi sana razón, se establecieran otros acuerdos, con verdades presentidas, pero rechazadas voluntariamente.

Estaba, por lo tanto, bien preparada para comprender a Felipe II, que menos místico y más oscuro que yo, actuaba ajustado a la lógica de su fe.

Aquella renunciación y dureza consigo mismo, me parecieron ejemplarizadoras, pero poco dignas de imitarse, pues que la vida, en vez de ser un don, se convertía así en cárcel.

La Inquisición misma, tan atentatoria contra la libertad humana — sagrada libertad que Dios otorga al hombre hasta para el mal —, la encontraba tam-

ese punto de vista en que ahora puedo enfocarlo. Su figura humana es antipática, está reñida con la naturaleza y con lo más sublime de la humanidad: ¡el amor!

Alma de deber, de terror y de penitencia, tuvo un rostro ceñudo y dió a la vida obscuridad y pavor. Adoró a Jehová y desconoció al Dios de los cristianos.

El Escorial es su imagen. La religión española, por carencia de Espíritu, tornó a la materialidad del paganismo, en sus procesiones — Los Pasos —, en sus imágenes, en sus devociones exclusivas, y en las orgías y lubricidades de que van acompañadas sus prácticas. (Pedro de Valdivia entrando a Santiago a caballo, con la estampa de la Virgen clavada en el arzón de la montura y su hembra a la grupa, representa el sentido de la religión para un español.)

Estos fanatismos, como el fanatismo ruso, llevan a una degradación, en que el sentimiento religioso vacío de Espíritu, conduce a las más viles aberraciones.

Desde los jardines del Escorial pudimos admirar el soberbio golpe de vista que da el conjunto de ese Monasterio, majestuosamente adusto y que parece formar parte de la misma montaña a que se acoge.

El jardín, con su verdura de boj recortado en dibujos, se alza sobre una terraza que domina las huertas extendidas abajo, pero suspendidas sobre el valle luminoso y sobre las montañas azuladas de la Sierra de Guadarrama.

Soledad perfecta y deliciosa quietud en que se eleva el convento colosal, flanqueado por cuatro torres macizas en los ángulos.

Saliendo del Escorial, por el lado de las Arcadas, cogimos una avenida campestre, entre dos grandes filas de árboles, que nos condujo hasta la llamada casita del Príncipe. (No dice mi Diario quién era).

Es un estuche de preciosidades artísticas, que llenan sus salones, exquisitamente decorados. Los techos son abovedados y pintados con motivos pompeyanos. La principesca casita está llena de cuadros, de estatuas y porcelanas, escogidas con ojo de maestro.

Nos sentamos en un banco de la avenida a meditar en este contraste del Escorial con la casita del Príncipe, que nos muestra a dos hombres que enfocaron la vida por lados opuestos.

El Monarca solitario y taciturno, hizo del mundo su purgatorio, y este Príncipe, incógnito para mí, pretendió hacer de la tierra su paraíso.

Los dos han pasado, y tal vez a la hora de partir, el rey sombrío tuvo más satisfacción de su vida que el Príncipe romántico, que construyó esa casita de hadas para compensarse de la austeridad del Escorial.

Observamos desde nuestro asiento a una deliciosa chicuela del pueblo, con expresivos ojos negros. Se llama Lorenza y está cuidando a una hermanita pequeña.

Nos refiere, con encantadora naturalidad, lo que hace su muñeca, que es la guagua entregada a su cuidado, y luego añade con suficiencia: «La hemos des-

pechado ha poco con vino y bizcochos, porque mamita se entró a criar en Madrid al niño de una señora principal, que llega hasta la Corte...» Temerosa de que no entendamos, acentúa y golpea la frase: «La Casa Real de Madrid, donde vive el Rey, y las Infantas».

La hermanita alimentada con vino y bizcochos, estaba muy raquítica — flor de sombra, que no conocerá sol.

Mientras la chiquilla habla y se anima su caruca fresca, en la pintoresca gracia de la lengua pronunciada con soltura, en términos lugareños y sonoridad cristalina de voz, yo sentía en mi entraña a la criatura desnutrida, candidata a tuberculosa, a causa de que una señorona robusta se da el lujo de rehusar sus pechos al hijo suyo, tal vez por la vanidad de conservar los firmes.

Me duele como ultraje a la vida y delito que ha de acarrearlos castigos, la inconsciencia de condenar a muerte al hijo del pueblo, por mantener regalías o vicios.

Tiene la pequeña un hoyo en la dentadura. — ¿Vas a mudar ese diente? — pregunto. — No, señora; lo que Ud. ve, es sólo un *rascacho*.

Estos encuentros con el pueblo me ponen en mayor contacto con el alma española, (la auténtica, que no falsifican las conveniencias sociales, ni deforma el mundo elegante) que todos los libros y las conversaciones de los salones. Son almas rústicas, pero sabrosas, que traen un aliento vital no contaminado de mentiras; ignoran el buen tono — barniz que cubre las deformidades morales.

La fonda a donde bajamos en el Escorial, se llamaba *Casa de Miranda*, señor a quien nuestro guía recomienda como persona muy complaciente.

Por desgracia para nosotros, hace diez años a que murió, según nos cuenta, en tono aun dolorido, el *maître d'hotel*, un bajo profundo, de primera fuerza, que hacía resonar la sala con sus graves sentencias.

Se nos acerca para tomar órdenes. Siente su noble función, dirigiendo el comedor de fonda tan renombrada y con numeroso personal a su disposición.

Habituado a otear a los ingleses, que pagan con relucientes libras esterlinas, de cambio complicado y provechoso, a nosotros nos observa sin ubicarnos. — ¡Vamos! ¿De dónde han caído estos señoritos de marca? ¿Españoles de ultramar, acaso?

Esta expresión nos adorna, sin diferenciarnos en el concepto del *maître*. — Pues me lo decía yo, hallándoles el *habla* más flojita que en Castilla, y más tirante que en Andalucía. Allí, mire Ud., se les caen las palabras; no pronuncian de bien avenidos que están con la tierra y los jaleos.

Joaquín cortó la amena charla, pidiendo la lista, que de lo contrario no habríamos almorzado, sino cenado. — ¡Merluza frita en aceite! — se me encoge el estómago de recordarlo —, presentada con un énfasis de importancia en que el *modo* disimula el plato.

Vuelve el *maître* a charlar. Somos esa mañana los personajes de calidad que merecen su atención mayor.

— ¿Suele venir por acá el Rey?

— ¡Vamos! el reycillo es un mono sabio... Aquí lo traerán muerto, pero vivo, va a San Sebastián; allí hay diversión, cortesanía, mujeres, jaleo... El chico promete... No le harán tragar un bagre por razón de Estado. Ahora está sumiso a la Regente, pero se encabritará, para la boda. Alfonso XII, que ya se había dado «gusto» con la prima, tuvo que quedarse con el pejerrey vinagre de la austríaca.

— ¿Cuáles son aquí las profesiones lucrativas? — preguntó Joaquín.

— ¡Pus hombre, no hay que averiguarlo! Son dos: fraile y torero. Es lo único que produce... Al fraile se le da de miedo a la cuenta gorda, y al torero de puro gusto, ya que expone su vida para jolgorio ajeno.

No tenemos nada que añadir a convencimiento tan profundo...

— Ya no va quedando hombre en España que tenga vergüenza — continúa —. Bien hizo el «italiano aquél» en despachar al señor de Cánovas, que también robaba gordo...

Supongo que el *italiano aquél* sería Napoleón, aunque en mi ignorancia temo que no coincida con el tiempo de Cánovas. (Amadeo de Saboya no entraba todavía en mis libros).

— ¡Qué sensible fué la pérdida de Cuba! — dijimos para convenir en algo, aunque es natural que cada pueblo reclame su autonomía.

— ¡Ni falta que hace! ¡No daba nada! Sólo servía para que fuesen a enriquecer los perdidos, con quienes no hallaban qué hacer en España. No pudiendo mandarlos a presidio, iban a Cuba...

## ¡MADRID!

Estaba dispuesta a que Madrid no me interesara. Ciudad moderna, banal, sin historia, ni monumentos árabes, no había de sugerirme nada. No era ciudad de Caballeros, sino de ridículos Señoritos. No tuvieron trono en Madrid las grandes Reinas, como doña María Pacheco, la Leona de Castilla, ni la Brava María de Guzmán, ni los grandes Capitanes. No se jugaron allí nobles destinos, ni se vivieron pasiones, de esas que trascienden y forman la trama de los pueblos, anudando o rompiendo corazones. En mi programa había puesto tres días para Madrid; sólo el tiempo de conocer el Museo del Prado, Recoletos, la Fuente Castellana y de sentir el ambiente — alma de las ciudades que nos penetra fuera de palabras, de libros, personas y hechos.

Keyserling gusta más de tomar ambientes que de conocer personajes, y es que el *yo* superior está fuera de circulación mundana y sólo se puede coger en la sutil atmósfera espiritual.

Desde el tren ya sentimos que España nos introduce a zona distante de ese mundo efervescente y vivo que progresa y mira al porvenir. Me imagino aún que en la Coronada Ciudad de Madrid, vuelvo al mundo inerte, lánguido, que torna la vista atrás y se lamenta, culpando a todos. No existe la esperanza de un mañana mejor, sino fatalidad de destinos cumplidos, en que se adormece la raza.

No es tampoco el noble reposo de Inglaterra, fundado en adecuación armoniosa de las almas al momento, sino que es un estéril cansancio que busca la manera de *pasar el rato*, sin aspiraciones ni necesidades.

En el vagón que tomamos en Escorial, lloraba una dama con toda soltura, ante extraños. Nos chocó. Veníamos de países donde existe la compostura social y hay un rostro de circulación mundana cerrado al fondo emocional. Estas impudicias sentimentales me disgustaron como primitivas, aunque me interesa viajar en donde almas y corazones van desnudos por trenes y caminos.

Un militar que entra en nuestro vagón con gran sonajera de sable, participa que va a Huesca y a Lérida... Nos mira con cierto respeto, al vernos así forrados en reserva.

El tren siempre atrasado. Pasa de largo sobre la hora de itinerario. El militar consulta su reloj y murmura. Tiene prisa de llegar a Madrid.

La tardanza enervante nos asocia en silencio a todos los que maldicen de la administración ferrocarrilera, deshacedora de programas. Nosotros los dejamos murmurar en familia y nos abstenemos de comentarios.

El silencio nos hace sospechosos, y apenas me sonrío con el militar— que a Joaquín le parece de ópera, comparado con los rígidos prusianos —, éste me dirige la palabra: — ¿Molesta el aire a la señora? — Agradezco y ruego dejar la ventanilla abierta.

Luego dice a Joaquín: — Nos acercamos a Madrid... ya se siente esa alegría única, sandunguera y di-

charachera... — Vamos por primera vez — contestó «El». Le merecimos lástima.— ¡Ca!, ¿que no conocéis Madrid? Pues buenas se os esperan...!

Nos envidiaba con lástima. — ¿Pues de dónde venís? — Del vecindario... — añadió yo.

Fué un enigma, tan lejos se siente España de Francia. Parece otro continente, al que, por esa quimérica lejanía, no tienta ir — lejanía no ya de tierra, sino de civilización, de almas... o sea, de total incompreensión...

— Pues ya me entero — dijo nuestro desconocido — y así lo pregona el traje de Madame: venís de París de Francia.

Nunca había oído nombrar así a París. Sentí que la capital del orbe disminuía; restábase prestigio a Francia y recibía favor.

Se lanzó el militar en ardientes loas a Madrid...

—La alegría que hallaréis aquí no se parece a la de ninguna otra ciudad... Por el gusto de estar en Madrid la gente no duerme, pasa la noche en vela, andando, hablando... Se descansa, se goza, sin afán, sin prisa... Mire Ud., en la Puerta del Sol no cesa nunca el bullicio, pues entre la recogida de unos y la levantada de otros, hablan los barrenderos...

Llegábamos...

— ¿Son Uds. diplomáticos que vienen a la Corte? — preguntó apresurado el militar.—Somos viajeros únicamente— contestó Joaquín —. Yo no pude retenerme y dije: — No tenemos misión alguna aquí; pero mi esposo es militar...

Abrió ojos desmesurados... Y habría dejado su equipaje y todo para seguir averiguando, cuando ya

el tren se detenía, lo que no impidió que se cuadrara ante Joaquín:— Capitán de Artillería, un tal, a su servicio; ¡mande Ud.!

Ni mozos de cordel, ni nadie en la estación. Aguardamos. Los demás pasajeros cargaron sus pequeños bultos y se marcharon.

Pasó un cojo y tuerto. Nos ofreció buscar a alguien que nos ayudara. Vino un muchachón.

— ¿No hay quien cargue bultos?

Nos miró con extrañeza:

— Buena ocurrencia tuvisteis de veniros con carga por un tren como éste, en que no llegan forasteros.

Caímos en la cuenta de que era un tren regional, y que el único que merece honores es el «*Sud Express*», que viene del otro lado de los Pirineos.

Este mozo era el conductor del único coche que se encontraba en la estación. No había elección posible.

Subimos a un semi-faetón destartalado y con sonajeras estridentes. Sentí vergüenza de entrar a Madrid en semejante vehículo, pero a trueque de quedarnos hasta la llegada del Expreso de Francia, nos decidimos. . . — Hotel de Embajadores, Carrera de San Jerónimo. La dirección dada, no correspondía al carrromato que nos conducía.

El camino tenía pendiente y los caballos flaqueaban en la resolución de continuar. Tornóse el auriga en el pescante y a modo de aliento dijo: — Estas cuestecitas son malas pal ganao. Felizmente pasó el peligro, y llegamos a la altura. Orgulloso el muchacho y deseoso de lucirse con estos señoritos que iban a Embajadores, nos mostró:— ¡Miren Uds. la novedad!

No nos sorprende nada en la calle... — ¿Y qué? — Pues que caminan solos...! — y apuntó con el dedo un tranvía eléctrico. — Es claro, no os enterabais, aquí también pareció brujería... ¡Madrid es un pasmo pa los que llegan...!

Nos miramos atónitos; corrían por esos días los primeros carros eléctricos en la capital del Reino, y ya eran antiguos en Chile.

No me extrañó, por eso, que en 1914, yendo de París a Sevilla en automóvil, salieran de todos lados en Andalucía a mirar la máquina, y aun que los chiquillos nos tirasen piedras.

El Hotel de Embajadores era una fonda, y la Carrera de San Jerónimo, una calle angosta, fea y bullíciosa.

La gente no va con destinación a parte alguna. Salen por el placer de moverse. El paseo no tiene más objeto que el solaz, y la charla raya en exquisita voluptuosidad.

No se necesitan ideas, ni se busca expresión. El goce en sí mismo es «hablar», murmurar, echar flores a las damas, mirar... sentirse habitante de Madrid, lo que impone deber de alegría, jolgorio infantil; ¡porque sí!

Damos una vuelta y nos acosan los pregoneros de lotería. ¡La suerte sale mañana!

Me sorprende que la gente no va de camino por las calles. Asisten a un espectáculo... Cumplen función de solaz y practican la alegría de saberse en Madrid. Disfrutan, eso sí, de un goce desconocido en el resto del mundo, que es el de vivir sin afán. No les urge nada. No les apremia acumular dinero, ¿para qué?

La calle les pertenece a todos, no se paga el aire ni el sol. No cobran contribuciones por hablar y sería caro pagar impuesto por palabras, siendo que se conversa a 150 kilómetros por hora.

Un cuartucho para dormir, un chocolate espeso, una caña de manzanilla, hacen la vida amable. Auditores sobran y también mujeres de esbelto palmito, que se cimbran sobre las caderas y que miran con ojos de franca invitación a la lujuria. ¡Eso es Madrid!

... Insistentes, los pregoneros gritan: «¡La suerte sale mañana!»... Mañana, y se vive en la dulce espera de que si no es mañana, será pasado mañana en la próxima lotería.

No comprendí entonces el lujo que importa, por la época que venía, disponer de tiempo para *vivir*, o sea, para andar, hablar, mirar y requebrar damas...

La camarera de la fonda se admiraba de que, viniendo a Madrid por primera vez, no bailara de gusto y no pasase asomada al balcón, de carrera tan transitada como la de San Jerónimo.

Nos acostamos, ¡pero de sueño, ni esperanza! A medida que el tránsito de coches disminuía, aumentaban las conversaciones, el vocerío de los pregoneros y vendedores de diarios. Gritaban el «Imparcial», y con machacante porfía: «¡La suerte sale mañana!».

Me entristecía que tantos seres esperasen esa «Suerte», que a mí me había salido al nacer, en aquel hombre tan mío, que se llevaba los ojos de las mujeres y las envidias de los hombres.

Con el excelente sueño de su raza «Alcalde», ya dormía, mientras yo, siempre en vela, no cerraba mis ojos.

En el transcurso de la noche cesan las conversaciones de transeúntes y continúan charlando en grupos aislados, estacionados bajo mi balcón.

Hablan de política, de teatros, hacen burlas del Gobierno, comentan artículos de diarios... Antes que se moviesen esos grupos y se extinguiesen las conversaciones, vinieron los barrenderos.

Los faroles continúan encendidos. No barren con escobas; barren con la lengua reputaciones, y hacen todos los comentarios del barrio, del señorito tal, y de la moza cual, que iba de farra...

Un nombre se repetía sin cesar a nuestro arribo: «Dominguín» y más «Dominguín»...

Salimos por la mañana en dirección al Museo del Prado. El arte es la más alta expresión de raza. Tampoco sabía yo entonces que en el arte se expresa, por el subconsciente, nuestro yo integral.

A nuestra gran sorpresa estaba la ciudad vestida de gala, — balcones adornados con brocados rojos colgantes, banderas y gallardetes.

— Debe ser una fiesta nacional.

— No—me aseguró Joaquín.—Es un entierro.

— ¡Bonita manera de hacer duelos!

— En todo caso es manera de rendir honores...

Leí en el periódico que ha muerto el General Martínez Campos, y el cortejo fúnebre debe pasar por esta calle.

Estábamos en Alcalá y creímos que vendría de la iglesia de Atocha.

Seguimos al Museo.

— Me gustaría ver las tropas—insinuó Joaquín.

— ¿Que no te sobran ya los prusianos? — protesté yo temerosa de quedarnos sobre una vereda, para ver desfilar un ejército ridículo, por la muestra del soldado con quien llegamos.—Aprovechemos la mañana en el Prado.

«El», condescendiente y además aficionado a la pintura, consintió en seguir al Museo.

Lo que más me indispone contra la pintura española, son las copias, vistas desde que se abrieron mis ojos a la luz de este mundo. Los Velázquez y Murillos de mi casa no me produjeron otra impresión, en el original, que la de ser conocidos antiguos, que me traían muchos aburrimientos prendidos en sus colores. En fuerza de haberlos mirado tanto, no me decían nada.

La sala de Goya, en que no me perseguían las copias de mi casa ancestral, me fué grata de colorido y de atmósfera chulesca o maja.

Mujeres de mantilla alzada sobre gran peina, que parecen formar parte de una lidia toril, en hirviente redondel, embistiendo al hombre, como el torero a la res brava. Da la sensación de esa lucha sexual, fuertemente apasionada, deliciosa y cruel.

... Ahora lo defino; entonces recibí la sensación de eso que llaman por mal nombre «Amor» en el mundo y que no es ese dulce transporte a otras regiones, la mano en la mano, los ojos en los ojos y las almas fundidas y dobladas de potencia milagrosa de vida y hasta de divina creación.

Los grandes Velázquez, las «Meninas», la rendición de Breda, me parecieron un prodigio de transposi-

ción de la realidad en pintura. Me permití proferir una herejía artística: — Creo que si se descubre la fotografía con el exacto colorido de la naturaleza, nadie se acordará de Velázquez! Es la magia de la vida puesta en tela, por medio de los pinceles, sin idealidad creadora, ni menos traspaso de planos. (... Más que el Prado me emocionó el Museo de Arte Moderno. Estaba más cerca de mí con sus cuadros históricos realistas, que me enseñaban esa España con que yo hacía continuas acrobacias, embites, quites y desquites, para evitar que Joaquín me atrapase.)

Ignoraba el desenvolvimiento de la Península y me batía en retirada con nombres sueltos, sacados de mis desordenadas lecturas. Fernando VII, el idiota, Boabdil, rey moro batido en Granada, Felipe II, el taciturno inquisidor...

Ya había sufrido un desastre, confundiendo lastimosamente en Burgos al Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, con el mismo Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Esto me pasa—decíame contrita—por no haber querido leer ni las obras de Bello, en que un tomo se titula «Poema del Cid». Rezaba mi «*Mea Culpa*» cuando confundí en lo de «*aquel italiano*», que dijera el fondero, a Napoleón con don Amadeo de Saboya...

No obstante mis juegos de eximia malabarista en esquivaces para no ser cogida, junté a dos personajes que existieron a tres siglos de distancia. Merecí un grave sermón. Joaquín me demostró que mi desprecio por España, mis lecturas exclusivas en francés y mi preferencia tan porfiada por esos poetas, habían restado durante el viaje, a mi excelente máquina vi-

bratoria — la sensibilidad —, los hondos placeres y emociones que habría debido sentir, si esos personajes me fuesen conocidos en sus proezas heroicas.

Mi desprecio a España, mi pereza y terrible amor propio en ocultar mi ignorancia, eran las causas directas, pero había otras más indirectas o remotas.

En mi tierra hallé caricaturada la lengua y la religión en rancios sermones, en la apatía de raza y en las costumbres heredadas, faltas del colorido así como de la viveza y de la prontitud con que se habla y se replica aquí en España...

Fué mi destino venir a un mundo donde lengua y carácter destiñeron, perdiendo fuerza y gracia original. En vez de mejorar, la raza importada a América menguó en el trasplante, antes de acusar características propias.

Mientras recorríamos el Museo del Prado, oímos un rumor sordo que venía creciendo. Engrosaba más y más hasta atronar con vocerío de multitud y músicas de bandas militares. Bajamos rápidamente, y el boletero del Museo, que ya estaba en la puerta, nos explicó emocionado:— Es el cortejo de «*Dominguín*» que se aproxima. ¡Dominguín! Fué el nombre que se pronunció toda la noche bajo mi balcón y que a floraba a todos los labios desde que llegamos. Ante nuestra ignorancia, amplía la explicación: — Es el torero madrileño cogido en la corrida del último domingo en Barcelona y que van a sepultar...

No era un cortejo fúnebre sino hirviente catarata humana, en que se precipitaba todo Madrid enloque-

cido. Nunca vi a General victorioso, ni al mismo Baquedano después de la guerra del Pacífico, que produjera sentimiento comparable a este duelo, que hacía llorar desde los nobles hasta los baturros. La muerte de Dominguín agitaba y enternecía a todo Madrid. Era un duelo nacional. No se rindió tal homenaje ni en París al General Boulanger, montado sobre su caballo negro, atravesando la plaza de la Concordia, como a Dominguín, camino del cementerio. El General Martínez Campos no tuvo el cortejo del torero madrileño.

Guerreros y conquistadores, hicieron su época, cediendo su puesto a este nuevo personaje o héroe popular: ¡El torero!

— ¡Y esta apoteosis a un torero!—tuve la indiscreción de exclamar... Produje escándalo, primero; indignación después y profunda conmiseración a la forastera estúpida. Me miraron con ojos desconfiados y esquivos, fulminándome por extraña a ellos y necia.

El carro mortuorio era magnífico, tapado de coronas y seguido de una muchedumbre inmensa, clamorosa y acongojada. Entraban en este duelo todas las clases sociales. Era un verdadero luto ciudadano. Madrid perdía su gloria; ya no habría corridas con un torero propio, sino con los que enviasen de provincia.

El portero del Museo me miraba con inquina: — ¡Sí, señora, España quiere a sus toreros y Madrid a Dominguín, que es suyo...! Esta capital nunca hasta ahora había tenido la gloria de un torero, pa que se venga a malograr en los comienzos...

Una vieja, con los ojos clavados en el carro fúnebre, que arrastraban seis caballos negros, con capas, penachos y gualdrapas de plata, murmuraba: — ¡Pobrecillo, que Dios lo tenga en gloria! Otro exclamaba: — ¡Ya el Señor lo habrá recibido, en premio de profesión tan arriesgá...! ¡Qué pesar y pérdida para Madrid! Tener un torero suyo y al primero que enterrar!

— Comprendo — dije — el gran pesar...

— Pasan muchas pellejerías en los principios — me explicó una mujer muy decente—. Hambres, penurias, riesgos, malos tratos y cornadas, que dejan a muchos en el camino. Otra muchachona terció: — Los toreros son muy espabilaos y desaogaos para echarles flores a las damas. Dominguín se abalanzó sobre el coche de María Cristina para decirle: — Su Majestad es la más guapa de Madrid! Del grupo salió un vejete: — ¡Vamos! ¡Que llamar guapa a la Regente, es coraje sólo de torero!

Para que la muchedumbre no nos envolviera, nos metimos nuevamente por la Puerta del Museo del Prado... Todo Madrid se había dado cita; todas las clases sociales estaban confundidas en una masa formidable, que seguía a pie el féretro precedido por varios carros con flores...

Los balcones de todo el recorrido estaban engalanados y repletos de racimos apretados de cabezas humanas.

Aquí, en nuestro refugio, los empleados del museo nos cuentan del mucho dinero que ganan los toreros... Guerrita se retiró con millares de duros. Mazantini estaba riquísimo. Dominguín comenzaba ahora no más a ganar, y tuvo la mala suerte de ser cogido...

Estábamos asombrados del espectáculo y yo muy desencantada de la terrible significación que entrañaba...

Hay rasgos que retratan a un pueblo, y así el entierro de Dominguín nos muestra la España actual, más de lo que pudiéramos ver en años de trato social. La decadencia se acusa en el gran homenaje rendido al torero madrileño.

Han aparecido biografías del extinto y retratos innumerables que llenan las vidrieras de los almacenes de comestibles, emporios, cafés y tabaquerías.

Nos acosan por la calle con hojas volantes, gritando:

—Reseñas de las «corridas» que hizo Dominguín, y de las veces que fué cogido. Otros pregonan:—Ultimos momentos de Dominguín.

Es el héroe, el artista, el personaje ideal que se lleva el alma de la multitud. Se cuentan tiernas y trágicas escenas. La madre de Dominguín se precipitó al balcón desgredada, al paso del cortejo. Se refiere de unas damas misteriosas que lloraban bajo sus densos y amplios velos en el cementerio. Se recuerda al padre del extinto que iba tras del féretro.

La camarera del hotel llora al recordar tan tristes hechos:—Señorita, era de verse el pesar de toda la gente por la gran tribulación de que se malograra Dominguín.

Tuvimos gran sorpresa enterándonos, en la reseña de las corridas, de que nosotros también, tan forasteros y extraños al duelo, habíamos tenido la suerte, gloriosa ya, de conocer a Dominguín. Lo vimos en la corrida a que asistimos en Bayona.

Y no nos quedó duda, pues fué la última corrida de gala, en que una excelente compañía lírica cantó «Carmen» en el mismo redondel. Dominguín lidió ese domingo anterior (la fecha era inequívoca) a la fatal corrida de Barcelona. Inició allí su mala suerte. Estuvo poco diestro — las intentonas inútiles fueron tantas, que a las aclamaciones del público aburrido, sacaron a Dominguín de un brazo del redondel, para que le cediera el puesto a otro torero.

Pasó en España el tiempo de héroes, artistas, reyes, santos y guerreros. El alma pequeña de decadencia, de natural transición o de necesario reposo (según Joaquín), se aviene mejor con este ejercicio del valor, que divierte a la multitud, a falta de proezas, que no le ofrece la época.

España se había desangrado en América. Hoy el pueblo de pasiones violentas, de soberanía y de crueldad, que hizo de la conquista y de la doma de hombres su gloria, gasta sus últimas energías o las mantiene en lidia de bestias bravas.

Los grandes pueblos dominadores guardan reservas de crueldad. Los romanos hicieron esclavos y circos; los españoles, a falta de razas bárbaras que reducir a servidumbre, se entretienen en las corridas. Esto explica la apoteosis hecha a Dominguín, con gran desencanto de Joaquín.

El torero es el héroe actual. Córdoba produce los más bravos toros de Miura y da los toreros de ma-

yor nombradía. Madrid sólo tuvo a Dominguín, y esta gloria en ciernes, pues comenzaba a lidiar, se había malogrado.

Bien enterada ahora de la trascendencia del hecho, comprendo la pésima impresión que hice al suponer que enterraban a un General para explicarme la magnitud del homenaje. Joaquín quedó escandalizado de que un torero suplantase en la admiración del pueblo al Cid Campeador.

Por muchos días la capital vivió de Dominguín. Se le hacían artículos y biografías. La camarera de Embajadores continuaba, con los ojos arrasados de lágrimas, las lamentaciones de Jeremías. ¡Qué tal! — ¿Vió Ud. al padre de Dominguín, siguiendo la carroza fúnebre? — No llevaba letrero y no pude conocerlo. — Era el *canosito* que iba detrás de los primeros.

Empachada de Dominguín, exclamé por fin: — Bien dijo Chamberlain, en la Cámara inglesa, que España es una nación moribunda. Joaquín se enfadó: — Inglaterra decaerá, mientras España — ¡eso no lo veremos nosotros! — resucitará y tendrá un nuevo puesto en el concierto mundial. (Me reí de su optimismo a largo plazo. . .) Tomará el necesario tiempo para una resurrección que corresponda al letargo moral.

En verdad, su silencio acumulaba observaciones que parecían, en el momento de proferirlas, porfiadas aberraciones, que la vida se encargaba siempre de confirmar.

A esa testarudez que yo le atribuía y que me mortificaba, en ocasiones, refrenando mis fantasías optimistas, pertenece aquella terrible contestación dada a Carmen Morla, encargada por mí de presio-

nar su voluntad para que diese su consentimiento al matrimonio de Rebeca: «*Creo a X capaz hasta de matar*».

Mis amigas volvieron desalentadas a decir que Joaquín no estaba sólo terco y rígido, sino obcecado. La vida le dió, como siempre, plena y tremenda razón.

Esta manera de ser produjo su única molestia contra Rebeca Matte, a quien adoraba. Cuando Rebeca conoció a Joaquín en París — «conoció», pues ella sólo había asistido a nuestro matrimonio (existiendo entre la casa de las tías Matte, en 'Huérfanos esquina de Ahumada, y la de mi abuela, en Compañía esquina de Bandera, más distancia que entre Chile y Argentina, con la cordillera invernal de por medio)— lo llamó «*Profeta*». A Joaquín, muy joven entonces, debió parecerle irónico. Se defendía de este descontento Rebeca diciéndole: — Todo lo que anuncias se cumple. Eres profeta a pesar tuyo. No te digo que seas Isaías ni Jeremías, sino Profeta de la nueva Ley cristiana, ya que no te place ser hebreo.

Nos anunciaba con mucha anticipación nuestros descalabros, pero nunca aprovechaba e' desastre para humillarnos con esa frase cargante: — ¡Ya lo había dicho!

Esta misma manera tan suya de afirmar un porvenir, o de marcar con signos reprobatorios a personas que acabábamos de conocer y que me entusiasaban (aunque fatalmente terminaba por adoptar su opinión, ante los hechos consumados que la probaban), hizo que la primera vez que vi aparecer al dios Wotan, en la tragedia wagneriana — simboli-

zador del mantenimiento de las eternas leyes —, yo le dijera a Joaquín con mi habitual cortedad de vista: — Tú eres igual al dios Wotan: «*Trouble fête*».

Me miró con sus grandes ojos verdes, tan tiernos, como en ocasiones fulminantes de anatemas, y me lanzó:

— ¡Ingrata! — palabra que en mi conciencia femenina de traidora a pesar mío, me marcaba de infamia, como a hierro candente.

El museo de pintura moderna española me gustó más que el Prado. Desde luego, porque a los maestros clásicos españoles tuve la desgracia de verlos con mis ojos de niño — primitiva mirada que no siente el arte. Me quedé con el cadáver de esas obras — cuerpos sin alma, que ya no animaría nunca el Espíritu, mientras que en el Museo Moderno, los asuntos trágicos y dramáticos impresionaban mi sensibilidad, mucho más que los tipos de las majas goyescas, de los borrachos de Velázquez o de las Vírgenes de Murillo, ya tan familiares y hasta copiadas en innobles yerterías.

Recuerdo un cuadro que se titulaba «¡Dios mío!, qué solos se quedan los muertos!» La frase becqueriana está pintada en un cuadro que representa un cementerio, sobre gama de negro y gris, y si es hermosa la poesía, mucho más lo es la pintura, que contiene esa desolación del último abandono, presentada con ese grafismo sensual con que el Espíritu nos penetra la carne, juntando y amasando sensación con emoción, en estrecho maridaje de amor.

«Las hijas del Cid» es otro cuadro hermosísimo, de mujeres en un bosque, con golpes de luz en que cantan sinfonía los colores de los trajes.

«La conversión del Duque de Gandía» me impresionó mucho; el tema más que la pintura. Al abrir el ataúd, para certificar la muerte de la Reina, el Duque de Gandía, que la había amado con toda la fuerza con que el silencio de súbdito sella el amor a una soberana, tuvo tal conmoción ante el cadáver putrefacto, que abandonó la corte y se convirtió en San Francisco de Borja, para servir a un Amo que fuese inmortal. La falencia del amor humano es la última instancia con que el Amor Divino perfora los pétreos corazones.

También me impresionó el cuadro de Don Pedro de Portugal con Doña Inés de Castro. Los personajes históricos tomaban carta de ciudadanía en mi conciencia y se instalaban animados para siempre de la vida inmortal del arte.

Nunca tampoco he venerado Santo alguno que no sea sentido o pasado por el tamiz del arte. San José no entraba en el radio de mis Patronos. Me parecía obscuro, insignificante y adocenado.

Francis Jammes, en su «Livre de Saint Joseph», me lo animó una vez por todas. Es figura de penumbra. Pasa por el mundo sin pertenecerle, pues su actividad se escurre por entre los planos físico y psíquico — y su ministerio es tanto más hermoso y poético, cuanto es más oculto. A mi sensibilidad, sólo penetra el arte.

He necesitado de una fe a prueba, hasta de fealdad, para amar a Cristo, sin leer el Evangelio — desterrado de la literatura clerical y beateril, tan espesa-

mente ordinaria y de mal gusto, que en libracos españoles de ínfimo valor y de sermones que abofeteaban la belleza y hasta el gusto, fuera mi exclusiva nutrición mística.

Otro cuadro terrible de aquel museo se titulaba «La Campana de Huesca», con exhibición de cadáveres de ahorcados, etc. Era espeluznante, pero la rusticidad de mi gusto se complacía en esas conmociones.

En el Prado vi un cuadro de Murillo, «Sueño del Patricio romano», ideal de composición, de colorido y delicadeza.

Respecto a Velázquez, querría corregir mi herejía. Tienen sus cuadros incomparable fuerza vital. Así las «Meninas» son seguramente más «ellas mismas» en la integridad con que están cogidas, que como las registraría el ojo más escrupuloso de visión al detallar a las pequeñuelas vivas.

Olvidaba el cuadro de Pradilla, que pertenece al Prado. Representa a Doña Juana la Loca, sacando por celos póstumos el cadáver de Felipe el Hermoso, de un convento de monjas, en noche tempestuosa. Es de una admirable composición. De Doña Juana, con las ropas arremolinadas de huracán y con el fuego de la hoguera que los cortesanos han encendido y que pega en los rostros, logra extraer el artista la íntima tragedia de la insana. Yo me compadezco ante aquel delirio de amor, que continuaba entre las brumas cerebrales de la demencia. El guía, con su sancho-pancismo, me bajó a la realidad: — Señora, siempre Doña Juana fué «mema». Don Felipe, aun siendo reina, tuvo que pegarle dos veces!

No me convence el escudero, porque la verdad, que muestra el contacto de la humilde realidad, es sólo el burdo ropaje de la otra honda verdad espiritual, que simboliza la materia, o que encarna disfrazada, como nosotros mismos, en nuestro mundo.

Tal vez su pasión mal compartida, y temerosa de que el cónyuge no amase en ella a la mujer, sino que pagase tributo de vasallo a la reina, en el débito matrimonial, la enloqueció, y ya insana paseaba su lubricidad por el reino.

Los más bellos dramas de la vida quedarán siempre al margen de la historia, ya que el amor no necesita de testigos y vive en la cárcel del silencio.

Me pareció muy triste «El Buen Retiro». No llega allá la algazara madrileña. La «Fuente Castellana», a hora de paseo, es de un estilo diferente al Bois de Boulogne — reino de las cocotas. Aquí no impera la elegancia, el *chic* ni la notoriedad callejera, sino la majestad del pasado, que subsiste en las pesadas berlinas, arrastradas por troncos arrogantes, y en el brillo de los blasones castellanos.

En París, la «victoria» exhibe entre pieles, como encierra el estuche la joya magnífica, a la *cocota* en boga, con que *aficha* sus millones, dándoles circulación en el mundo, un potentado de la alta Banca o un marqués caprichoso y refinado.

Madrid, por el contrario, muestra las aristocráticas fealdades obesas y apergaminadas, entre las vidrieras de las berlinas o en oscuros landós, que semejan féretros.

Caballeros, damas, cocheros y lacayos tiesos y embutidos en casacas, pintan el cuadro con que el pasado acusa su bien ganada jerarquía.

En Madrid, todas las carrozas proclaman auténtica aristocracia. En París — «Cosmópolis» — se dan cita las celebridades del mundo entero: las mujeres, por sus caprichos, atracción o *chic*, y los hombres, por sus títulos, sus riquezas, sus extrañas modalidades o sus *poses* singulares.

París necesita admirar, reír y mofarse. Su espíritu liviano requiere hasta de personajes exóticos y novedosos. Todo va bien, con tal que el personaje presente originalidad, aunque sólo sea de manías.

Madrid, a ese respecto, está aplastado por la Monarquía anticuada y rutinaria; no toma el compás del tiempo, que se anuncia demoledor e impertinente...

Cuentan que las damas de la Corte salieron de romería, a cumplir una ceremonia oficial, y el pueblo, siempre tan galante, se permitió un desmán. Levantóse una voz al paso de las damas de honor de la Reina, exclamando: — ¡Qué feas son las damas de la Corte! A lo que una lista señora respondió: — Y bastante más que Uds. lo sentimos nosotras!

Por muchos días sigue Madrid viviendo exclusivamente de Dominguín.

El torero es el personaje popular en España, tanto como es odiado y vilipendiado el fraile. Le representa el valor y el desprecio de la vida, al heroico pueblo español.

No teniendo ya continentes que conquistar, ni pueblos bárbaros que reducir, ni almas que cristianizar, juega el hombre con la vida, en prueba de lo poco que vale, como afirmación de inmortalidad.

El pueblo siente que el torero pertenece a su sangre y a la calidad de la raza y que es su hermano, porque arriesga la vida cada domingo en alegre y excitador espectáculo, para impresionar y divertir a sus semejantes, más bien que el afeminado señorito, que vive para sus comodidades y sus vicios.

... El pueblo respetaría al «señor», aunque no trabajara, si diera pruebas de hombría o de coraje en cualquiera forma.

En el torero, la raza mira el pasado en un espejo, y se alimenta o recobra la extinguida confianza en sus fuerzas.

Vivíamos en gran disparidad de opiniones con mi esposo. El ve hondo y largo. Es hombre de eternidad; yo siento con violencia, pues la miopía me reduce a acerba emotividad todo lo que contiene la visión del instante. Mi sentido de las cosas es actual y no percibo lo que traerán los siglos. Esta manera mía, menos honda, pero más vital, nos trajo muchas amargas.

Yo no podría titular libros: *Lo que he visto*, pues solamente he sentido por aproximación.

La carencia de vista me ha replegado siempre en la región emocional, y mis escritos carecen de la visión directa de las cosas, que da tanto color a los sentimientos.

En esos días madrileños, sin más contacto que con fonderos, guías de museos y gente callejera, recogí un ambiente — atmósfera lugareña — que no encontré después en los salones ni en las amistades.

Lo único que restaba vivo en España, era el pueblo. La camarera del hotel me completaba las impresiones callejeras, con su verba pintoresca. Tan emocionada estaba con la pérdida de Dominguín, que se exhalaba una semi viudez ciudadana, del alma de la moza, fresca, con calor de animalito nuevo, bien ajustada en el corsé embarbado su carne ampulosa y domado el indómito pelo negro, por las tenacillas opresoras.

Entre las grandes cualidades atribuídas a los toreros, la galantería figuraba, para las muchachas, en línea principal. «Son muy desaogaos» para echarles flores a las damas. No se acortan ni ante la reina, que por algo las embisten contra los toros de Miura. (Se consideraban los más bravos que salían a redondel.)

Luego la muchacha me miraba los trajes de París y añadía:

— Mucho ha de oír la señora cuando va de paseo, con ese pelo de *sol a firme*, rebelde a tenacillas, por la soberbia de pararse a su antojo.

— Así es—decía yo, compungida.—¡Envidia a mi pelo, de andar por cuenta propia, mientras yo he de someterme a tantas leyes!

Por la calle, aun entre los piropos, sentía que me encontraban flacucha y que esa *línea* tan buscada en París, era menospreciada en el gusto madrileño.

—¿Por qué, siendo así tan salerosita, te has dejado robar las «hechuras» de Dios, en París de Fran-

cia? — me dijo un guapo mozo a la pasada. No entendí, pero Joaquín me explicó que las «*hechuras de Dios*» equivalen a *être avantagée*, como dicen en París por las mujeres caderudas y pechugonas.

En España, para ser apetitosa mujer, se necesita de esas redondeces y amplitudes, que los costureros parisienses suprimen, en trucos de hábiles cortes de tela, con sus mágicas tijeras.

Estaba encantada en aquellos días, que vistos desde mi soledad actual, me parecen inconscientemente vividos, por la inexperiencia juvenil incapaz de valorar mi felicidad.

Una preocupación que llevaba anclada adentro, como posible fatalidad, tomó cuerpo en Madrid. Ya he dicho que era la preñez el terror de mi vida — justificado terror, pues la maternidad me había dañado para siempre, suprimiéndome, con la enfermedad nerviosa adquirida, mi buen carácter — genio de ángel — (como decía mi abuela) para convertirme en insoponible neurótica.

Los nueve meses de gestación de la criatura, me eran de inenarrable martirio. La vida se me anulaba y mi cuerpo se convertía en doliente despojo espiritual.

A esta detención de vida y agudo sufrimiento, seguía el *hijo*, que me condenaba a existencia material, imperiosamente dictada por el amor a la criatura nueva, salida de mis entrañas y repugnada por toda mi alma, como aniquiladora de lo único y excelente que debía hacer: ¡Expresarme!

Parecía ridículo hasta decirlo. ¿Qué misterios iba yo a revelar al mundo? ¿Qué mensajes traía? ¡Nada! Era una pobre niña burguesa, feliz, sin conflictos, sometida a las convenciones y prejuicios de un mundo estúpido y decadente. Sin embargo, yo sentía un imperioso mandato ancestral de redimirme en verdad, sacudiendo ese cúmulo de artificios, para soltar anclas, desplegar el recogido velamen de mis fantasías, y coger mi remo — la pluma — y surcar desconocidos océanos...

Este mandato, vago al principio, fué creciendo y desarrollando la tenacidad de su imperio sobre mí.

Empezó por el horror a la preñez, que me anulaba, y a su consecuencia, el *niño*, que por el amoroso cuidado y la responsabilidad consiguiente, me condenaría a vida estrecha, cumpliendo ingratos deberes, que reñían con el primer deber del alma humana: realizarse a sí misma, libertándose de la oprobiosa tiranía inferior del mundo, a que mi nacimiento me sometiera.

El *hijo* nunca fué promesa de amor, sino amenaza de castigo, por renunciamiento a mi *yo* en lo que tenía de más estrictamente individual... Esperaba luz y sabiduría, para beneficiar a mis hermanos. ¿Por qué? No lo sabía.

... Aun sin conocer a nadie que pudiera llamar hermano espiritual, presentía legiones innúmeras de almas que como yo misma llevaban un secreto conflicto, y reclamarían esas verdades nuevas, cuya evidencia podría comunicarles, y de que me hallaría torpemente privada, por un fatal accidente, que cambiaba el curso de mi vida.

Ya tenía tres hijos; un cuarto, en el momento de tomar orientación, era el golpe de gracia.

En mi subconsciente me sentía *Iris*, mensajera de los dioses, y por una criatura desconocida, en camino al mundo, había de suprimir a ese primero y más hondo *Yo*, convirtiéndome en una de tantas pobres mujeres, destinadas a darse en lo *inferior*, con supresión de lo principal, de aquella *Sola cosa necesaria*, que según el Cristo faltaba a la afanosa Marta, perdida en detalles materiales, con desmedro del Espíritu.

El *hijo* — alma que nos viene encomendada, (hecha exclusivamente para nosotros) — no me auguraba más que el tormento de hacer revivir en mi propia carne el tedio de la niñez, el desorientamiento de la juventud y las penurias de la maternidad.

No sospechaba entonces que la criatura alojada en la entraña, puede ya ser antigua parte de nuestro corazón trascendental, que viene a completar, en la brevedad de la carne humana, lo que faltó a la realización completa en otra rápida aparición pretérita.

... ¡Si imaginara entonces que cada alma que nos cruza el camino, es cobro o pago indispensable para continuar nuestra ruta de eternos viajeros, mi sentimiento fuera amorosamente acogedor frente a la maternidad!

Ese intruso desconocido, y aun constituído en *verdugo* implacable, que me sacrificaría sin escúpulo, llegaba a serme abominable.

En cambio, si ahora me dijeran: — Suprime tus libros, quema tus papeles, prepárate a sufrir hasta la muerte, sin consuelo, porque «El» va a alojar en tu entraña. Necesita cuerpo para cumplir nueva mi-

sión en la tierra. Tú estas encargada de suministrarlo. «El» no sabrá nunca tu sacrificio, ni te lo podrá agradecer! Tendrás dolor y nada más que dolor. Inutilizarás todo lo que has hecho!... Ante tal ofrecimiento, me entregaría loca de felicidad!

La preñez, con sus tormentos, me parecería deliciosa y toda la carga del porvenir desaparecería, por la dicha de poseerlo a «El» en tiernos años, que no fueron míos, para mimarlo, complacerlo y morir-me antes que viniera la otra, la intrusa, la mujer que fuí yo, tan egoísta e incomprensiva, hasta odiarme a mí misma en los sufrimientos que le dí...

Durante los días madrileños, tuve terrible alarma. No se presentaba el síntoma, que a las mujeres asegura tranquilidad por un mes. Tenía temores de preñez que se acrecentaban, no ya con los días, sino con las horas que pasaban. Mi nerviosidad cunde, a punto que me hago consciente de los minutos de tardanza. Estoy moralmente en capilla para una ejecución capital. Y no es exagerado, pues se me produce tan enfermiza tensión nerviosa, que no da tregua al agudo sufrimiento. En esas circunstancias, se manifestaba «El» más que nunca tiernamente comprensivo y paciente con mi majadería.

Le preguntaba a cada instante: —¿Crees que estoy enferma?

La menopausia fué el odioso fantasma de toda mi juventud.

En Madrid, mi terror se intensificó. Entré en la iglesia de Atocha, a implorar a Dios que me librase de aquel mal, que me ponía en grave riesgo de perder mi vida, física y espiritualmente.

Envidiaba hasta los mendigos callejeros, por estar libres de semejante amenaza. Era una obsesión fatídica, que probablemente producía el retardo del síntoma, por enervamiento. Toda mi intelectualidad, optimismo y buen humor se anulaban. Era una criatura desesperada, viendo ante mí los nueve meses de travesía en el navío negro de la desesperación, para entrar a puerto con nueva carga, que dificultaría más y más el desarrollo de mi espíritu, en los cuidados materiales de un pequeño ser añadido a otros tres y en la constante guarda, más tarde, de almas humanas. No me hacía ninguna ilusión grata sobre ese *ser* que tomaría en mi entraña pasaporte a la vida. Estaba colmada de afecto por «El» y no esperaba que Dios pusiese, en mi camino, nada superior a lo que ya me diera.

Me tentaba sí el hijo *varón*, que llevaría su nombre, que pudiera parecerse a «El», pero un secreto presentimiento me hacía temer el cuarto fracaso de tener una niña, y ya se me había estereotipado la fórmula: «Prefiero hacer verdugos y no víctimas» Alguien estaba ya proyectado en mi subconsciente, y me hacía temer en cada *hija* una cruel amenaza del destino...

En cambio «El», tan deseoso de un varón, nunca tampoco me hizo sentir la pesadumbre de que no se lo diera. Recuerdo que al nacer Iris (cuarta hija), mi decepción fué profunda. Díjome Joaquín:— Dámela a mí. Estoy encantado con el regalo.

Por el contrario, cuando me veía sufrir de tan horribles inquietudes, las lamentaba y se sentía responsable como de una culpa.

Esta angustia no me daba tregua, de día ni de noche, (también perdía el sueño). No lo dejaba tranquilo, ni durante el descanso. Al sentirme desvelada, revolviéndome en el lecho, me hablaba tiernamente. Me hacía sensible su cariño y su vela de corazón junto a mí. ¡Qué daría ahora por volver hasta esos crueles días de zozobra, en que disfrutaba del mayor bien de este mundo: estar unida al ser querido, haciendo la *pluie et le beau temps* de tan preciosa vida!

¡No conocemos la felicidad! Nunca presenta el rostro de frente. Divisamos su espalda cuando parte y se aleja, en el camino sin regreso...

Tuve ese Destino, y he sido privilegiada, pues tantas almas que me fueron superiores, nunca conocieron la «Dicha».

Está en la propia naturaleza del Amor ese misterio que nos impide comprenderlo en carne humana. Durante la vida permanece desconocido el *Ser* que nos ama de verdad — desconocimiento que si fuese revelado, como en Lohengrin, pondría al Amor en fuga... Lo muestra la Muerte, hora de partida, y sólo en su siniestro fulgor reconocemos su verdadero rostro, o sea, su integridad esencial.

Este estado psíquico doloroso y agudo que padecí en Madrid, puso un velo entre la ciudad y yo. Mejoró mi impresión del Prado y Recoletos, pero todo me insultaba a causa de mi terrible preocupación. Las gentes me parecían sosas, con sus entusiasmos sin asunto, especie de niños porros, y los toreros, crueles y sanguinarios. Me encolerizaba hasta cuando los chulos se descubrían la cabeza y batiendo al aire

el gran sombrero alón me decían: — Anda con Dios, alma mía. ¿Dónde vas con esa carita de Santa que ya le pasó la fiesta?

Para distraerme me llevó Joaquín a una corrida de toros.

Creí que sería como en Bayona, donde asistí a un simulacro, mientras en el redondel una compañía italiana cantó «Carmen». (Fué la penúltima corrida donde comenzó la fatalidad de Dominguín).

La partitura tomaba un carácter tan fuertemente español, bajo el añil del cielo y en el marco de los tendidos, que de no ser aficionada a Bizet, me convertí en gran entusiasta de la ópera «Carmen».

No sospechaba yo lo que sería la corrida en Madrid. Fuí con la esperanza de que una sacudida nerviosa me atenuase la terrible obsesión de que estaba poseída.

Tal vez la sensación del peligro me evadiría de mí misma, recobrando mi equilibrio. No contamos, ni «El» ni yo, con nuestro temperamento sensitivo.

La plaza estaba repleta. Las galerías, con las mantillas, los sombreros y los abanicos de las mujeres, presentaban el aspecto de un jardín, cuyas flores vivas se animasen por un conjuro.

Se me representaron los circos romanos — el Coliseo —, y a ambos el espectáculo de la plaza nos regocijó como manifestación espléndida de vida alegre y de estupendo colorido. Ni así comprendimos que pudiera hallarse placer en el sufrimiento de pobres animales.

La entrada de la cuadrilla fué hermosa. Con aire marcial llegan los toreros, los picadores y la comitiva. Sus trajes vistosos, las banderas y la música, despiertan ese alegre alboroto de un regimiento con banda de músicos, en marcha. El torero brilla con su casaca de luces, que destella al violento sol — ese sol que enciende, en su ardor africano, fuegos de entusiasmo, de violencia y de crueldad.

La plaza entera se convulsionó a la entrada de la cuadrilla, sacudida por un jolgorio que estalló en estrepitosos aplausos.

Fué el único espectáculo que logré ver. Al comenzar la lidia con capeos, embestidas, quites y desquites, yo estaba enardecida de cólera contra el torero, los picadores y el público. Todos me eran odiosos, crueles, insoportables. Los despreciaba por viles, infames y sanguinarios.

Esa forma de la cobardía humana, ante pobres bestias indefensas, me pareció repugnante.

Quería mirar, pero tenía miedo de ver sangre y no de hombres — que me hubiera complacido —, sino de bestias. Le decía a Joaquín: — ¡Avísame cuando pueda mirar! Pero no me avisaba, temeroso de que me irritase.

«El», que no conocía ninguna forma de miedo, estaba indignado de que se hiciera gala de coraje con bestias. Nuestra mutua compasión por los animales, sobre todo por el caballo, el más fiel y noble animal, compañero del hombre, nos enfurecía contra esos picadores que ofrecen un pobre bruto, que ya ha sufrido y servido tanto, como pasto a la fiera, que ellos eva-

den diestramente. Toda mi compasión se arrevesó. Deseaba que fuesen heridos los hombres y salvarsen las bestias.

Si rodaba un bulto por tierra, me complacía de que fuese un hombre y no un caballo. Inútilmente me tapaba la cara con las manos, ya que mis ojos permanecían siempre en huelga y alerta mi corazón. La cólera logró trocar mi visión, y tuve esa tarde ojos psíquicos en los nervios.

Veía todo el horror de la sangrienta tragedia con la vista tapada y con la sensibilidad abierta. Me entraba el espectáculo horripilante por todos los poros, sacudiéndome de rabia y de repulsión. Hubiera querido gritar: — ¡Raza menguada, viles parodias de los grandes capitanes históricos, que incapaces de ser hombres, os habéis convertido en ridículos monos! Los aplausos y la excitación sádica de la masa humana tremante, me conmovían furiosamente.

Llegué a desear que el torero fuese corneado, elevado en los aires, despedazado y arrojado a la arena para ser revolcado como inmundo guiñapo de sangre, carne y huesos, en abigarrado salpicón.

Me sentí tan mal, tuve tanto asco de mí misma, que abrí los ojos para rogarle a Joaquín que me sacase de aquel infierno de hombres y mujeres crueles, sádicos, envilecidos. El estaba pálido y grave.

En ese instante, rueda por la arena un caballo destripado... Lo vi, no sé cómo, con el ardor de mi solitaria protesta, con el odio a la crueldad, con el desprecio que sentía a la cobardía humana y masculina. Un gran vacío se cavó en mi estómago — ese que se produce en los barcos, cuando el vaivén de proa

a popa es muy fuerte;—me cundió un desmayo de todo mi ser, en que se me iba la vida. . . Se me obscureció todo y no supe más de mí. . .

Joaquín me vió palidecer y me apoyó a su cuerpo. Los vecinos repararon. — Está enferma—les explicó. Al darme el brazo para sacarme, me cogió de la cintura, yo abrí los ojos y dije llevándome la mano a la frente: — ¡No es nada!

Mi cuerpo no me pertenecía; no era el mío propio, tan deshecha estaba y tan miserable. . .

Hasta el odio me había abandonado. Me hallaba completamente hueca, sin corazón y sin entrañas. No me importaba tampoco nada, pero quería huir de ese antro infernal en que hombres y mujeres abusaban y se complacían cobardemente en pobres bestias despedazadas.

Al salir, produjo indignación. Se preguntaban unos a otros la causa de tan extraña huída en lo más interesante del torneo. Una señora dijo: — Se ha desmayado! y entonces gritaron furiosos: — ¡Fuera, corazón de manteca! Anda a freír huevos! No sirves ni para fregona! Vete, cobarde! . . .

Nos sentamos en un coche. Yo no me recobraba todavía. Estaba débil, y no resucitaba en mí el campeón, el apóstol, ni la pantera, que también soy, en último término — la pantera, que es mi postrer avatar, suele confinar en una monja. Es el sentimiento místico, que se levanta sobre la ruina y muerte de todos los dioses.

Joaquín, que nunca pone leña a la hoguera de mis indignaciones peligrosas, temeroso de que surja

el *gigante* por sobre la feminidad, al verme tan extenuada profirió su primera condenación a España: — Este pueblo ha vuelto a la barbarie.

Lamenté hallarme tan exhausta para desarrollar la impresión y cogerle esta primera palabra que nos acercaba.

Ya cuando me repuse y aquilaté mi emoción, comprendí la imprudencia que había cometido, yendo a la corrida, pero la artista estaba satisfecha de haber asistido a la Fiesta de la Raza, para sentir al pueblo español en una de esas manifestaciones sintéticas, en que deberíamos aplicarle ahora la teoría de Freud sobre los «*refoulements*».

No teniendo ya medio de ejercer sus fuerzas maravillosas, este pueblo grande, apasionado y violento, toma como derivativo a la constante represión, al ayuno de sangre, en que lo mantiene la vida, estas lidias bárbaras, en que un hombre—el héroe nacional de hoy—expone su vida ante una fiera embravecida.

Es la corrida, aunque me pese decirlo, un magnífico espectáculo, y no se pretenda conocer a España sin sentir la feroz actividad del subconsciente de la raza, que sale en tal ocasión.—Necesitan guerras—decíale a Joaquín.—Estos hombres tienen energías ociosas...

Recordó «El» la frase de un almirante americano, al recibir en su barco a un herido español, que a pesar de tener el brazo destrozado y salido el hueso del codo, se llevó la mano a la visera para hacer el saludo militar de ordenanza:— ¡Raza de leones, mandada por conejos!—exclamó el almirante enemigo.

Examinando mi impresión llegué a darme cuenta de que siempre yo prefiero que sufra un hombre y no un caballo. Es una aberración que me avergüenza; pero si no dijera aquí la verdad, me ahogaría. Además siempre también he sentido solidaridad de víctima del hombre, entre la mujer y el caballo. No fué así raro que me desmayase al ver un *cheval eventré* (lo digo en francés porque me duele menos que en mi lengua).

Debe recordarse que ocho siglos de dominación árabe en España, nos han dejado muchos sedimentos. Ese respeto por el noble animal se explica, según reza el proverbio árabe, diciendo que vale más al hombre que su compañera. «Si estás en necesidad y tienes mujer y un caballo, vende tu mujer, pero quédate con el caballo».

Lo que más me indignaba de la corrida era que se escogiese, para brindar a la furia del toro, a pobres bestias; que tras de maltratarlas con crueldad, les preparasen, por inservibles, esa muerte infame.

Encontraba, en esta vileza del hombre, un reflejo de su infamia con la mujer, que da por él hasta su honor, y a la cual abandona cruelmente cuando le hastía.

Mi cólera contra el pueblo español creció a medida que tornaron mis fuerzas. Deseaba que fuesen vencidos en la guerra, que se consumiesen sin que ninguna nación los tomase en cuenta, que los humillasen y dejasen de ser europeos, para convertirse en africanos.

Joaquín se encerró en un gran silencio desaprobatorio, que me fustigaba.—¡Habla, hombre! ¿Que no me encuentras razón? ¿Crees todavía que estos cobardes son capaces de algo?

Se levantó irritado y ya de pie dijo: — ¡Les falta orientación. Están fuera del movimiento que impele al mundo moderno. Cuando se les presente un grande y noble objetivo, si no tienen al frente otro pueblo que se les oponga, marcharán y se despedazarán entre ellos mismos, hasta que de la ruina nazca algo nuevo, de redención humana!

Escuché con fastidio y dije: — ¡Con razón Rebeca Matte te llama «Profeta»! ¡Nada te importó que me insultaran, ni tampoco la barbarie de la corrida!

En ese momento la rabia me trajo el recuerdo de los insultos, borrados por el desvanecimiento, y que surgían así de improvisó... no sé de dónde... Joaquín se congratulaba de que no hubiese sido capaz de contestar las injurias... hasta creía que las había olvidado, pero cayeron fatalmente al subconsciente, y allí, como las placas fotográficas, se habían desarrollado al negativo. «¡Corazón de manteca! ¡Sirves sólo para fregona! ¡Vete, cobarde!»

Todos los improperios escuchados en mi debilidad de ese momento, oídos a lo lejos como en el cloroformo, que nos distancia de nosotros mismos o de nuestra sensibilidad, ahora me golpeaban recio y me herían a fondo. Lo más insultante fué ser llamada cobarde y expulsada ignominiosamente con ese insulto. Llámame ellos cobarde a mí... ¡qué ironía!

cuando en aquel espectáculo, todos los injuriadores mostraban su sádica cobardía de complacencia en tormentos que no les acarreaban riesgos.

Me pareció, aquel pueblo, brutal, sanguinario y despreciable.

—¡No me digas que conquistaron la América! Nada les redime de su crueldad. Allá también llevaron su dureza y su látigo, esclavizando a los pobres indios. ¡Bonita manera de redimir pueblos con la cruz en una mano y con el garrote en la otra!

Yo estaba desbordada, como una catarata. Recapacitando, me explicaba también el odio que el pueblo tenía a los curas y que tanto me sorprendiera, en comparación al respeto con que se les consideraba en mi país.

— ¿Te acuerdas de aquel día en que entramos a un tranvía y que, al salir un clérigo, los dedos de casi todos los pasajeros se estiraron a su espalda, haciendo el gesto de la *jettatura*? Sólo una vieja se santiaguó para desvanecer el maleficio que le arrojaban los demás.

Por ser muy beata en aquella época, no mencioné a los inquisidores, pero ahora, con un espíritu más libre, me parece justo y providencial que en el pueblo más cruelmente fanático se cumpla la purificación y redención de la Iglesia.

España ha pecado como pueblo católico y también como Iglesia católica, y debe pagar un fuerte tributo al advenimiento de la Nueva Era. Es muy lógico que paguen su obscurantismo los quemadores de herejes, que ahogaron en fuego y sangre los primeros vuelos del Espíritu en las almas iluminadas.

En España van a cumplirse las palabras que pronunció Nuestro Señor en el pozo de Sicar: — «El Padre quiere adoradores en Espíritu y en Verdad».

A esa voluntad corresponden los templos quemados, los sacerdotes perseguidos y los cadáveres profanados. ¿Cómo sabemos a qué inquisidores pertenecieron esos despojos?...

Joaquín necesitaba conocer en Madrid los establecimientos técnicos, y para obtener los datos correspondientes, se dirigió al Ministerio de Fomento.

En la portería se le dijo que buscarse a don Manuel Pizarro, empleado de Gracia y Justicia, que habitaba la misma pensión en que por esos días se hallaba la persona en cuestión — suministrador posible de los datos pedidos. Esta vaguedad empezó a molestar a Joaquín, que gustaba de direcciones precisas.

Siempre me reprochaba las complicaciones en que me envolvía y las confusiones que me enredaban para asuntos que a «El» le eran llanos.

Mucho después vine yo a darme cuenta de que la *confusión* es una de las muchas manifestaciones de mis nervios excitados.

Amanezco confusa; se me pierden las cosas; olvido las palabras, no sé por dónde comenzar y la memoria se declara en huelga, a la vez que siento una infinita ansiedad...

Difícil fué encontrar a aquel don Manuel Pizarro de Hoyos, porque se levantaba cuando se ponía el sol, en razón de que se acostaba con sol fuera... Al fin lo descubrió.

—¿Dónde y cómo podré conocer los establecimientos? —preguntóle Joaquín.

— Pues, en el Ministerio de Fomento, mi señor.

— Es que allá no he encontrado quien me entere de lo que busco, y me han recomendado a Ud.

— Pues diré a Ud. que el Ministerio, según voces de algunos bien enterados, dicen que está en el edificio nuevo, al lado de la Ferrovía, y otros, donde ha estado siempre; hombre, ¡en fin!

— Yo he ido adonde se me ha dicho que está el Ministerio de Fomento.

— Vea, mi amigo, busque, indague; yo, por el momento, no estoy enterado.

Joaquín se alejó furioso de haberse dirigido a aquel necio, que a las 6 de la tarde no parecía estar todavía en sus cabales, y se marchó al edificio viejo. Allí le dijeron: —Pues, hombre, es mejor que vaya Ud. al nuevo edificio.

El portero no sabe o no quiere dar razón. Es un misterio la ubicación de esta rama de la administración. — Suba Ud., que por ahí encontrará alguien que le informe.

Arriba, Joaquín halla otro señor de cara más benévola y aire más listo, que le dice confidencialmente:

— Lo que Ud., señor, desea saber es cuestión de los Negociados. . .

— Hombre, soy extranjero y nada tengo que hacer con los Negociados de España. . .

— Pues aunque sea Ud. forastero, si algo de acá le conviene, precisa saber de qué Negociado se trata, pues que estamos y no estamos instalados aquí; unos dirían que sí, otros que no. . .

Joaquín creía tratar con un maniático, no pudiendo imaginar una mente más descentrada...

— Sepa Ud. que estamos en construcciones nuevas, y con este motivo cuesta mucho hallar a los funcionarios. Tenemos las ubicaciones perdidas... No van al edificio viejo, porque dicen que están trasladándose al edificio nuevo, ni al nuevo, porque las paredes están húmedas, y temen, como es natural, a los reumas y catarrones. Le encaminaremos a Ud., señor. ¡Eso sí!

— Oiga Ud., don Paco... Diga Ud.: ¿dónde podríamos llevar al señor que busca cosas técnicas? (Y volviéndose nuevamente a Joaquín): — ¿Querría decirnos qué necesita Ud.?

— ¿En qué podemos servirlo? — añadía, respetuoso, don Paco, con una reverencia cortesana.

Joaquín, fastidiado, da explicaciones ya muy secas y cortantes.

— Vea Ud., parece que esto es del resorte de don Rogelio.

Nuevas explicaciones a don Rogelio. Este señor sesteaba en un cuarto vacío, embutido en un sillón, y al oír las razones, responde: — Pues esto es complicado. Diré a Ud. mejor, que para que tenga Ud. debida satisfacción, precisa que se entienda con don Sebastián Quiroga, que quizá en el Negociado de él encontrará Ud. datos pertinentes.

Aquí se presentó uno de esos muchos ociosos de capa raída, que con gran solicitud acompañó a Joaquín hasta la oficina del presunto señor Quiroga. El acompañante sacaba, por bajo de la vieja capa decrépita, un dedo enguantado de negro, y explicaba a Joaquín la dificultad que era eso de enterarse de alguna cosa

en edificios tan vastos y con tan numeroso personal.

Anduvieron por pasillos y escaleras. Entraron a una oficina y el comedido señor de la capa dijo: —Le dejo a Ud. al habla con el sustituto... El recién presentado, después de muchas vacilaciones, aconseja a Joaquín que se dirija personalmente a don Sebastián. ¡Así sería para él de complicada la cuestión que se le proponía...!

— Diríjase Ud. a la antecámara, donde se halla el funcionario a quien momentáneamente sustituyo...

Desde el umbral de la puerta Joaquín divisa a la persona que busca, sumergida en un escritorio, trabajando afanosamente, con las cejas contraídas por un esfuerzo grande.

— ¿Me permite, señor, hacerle una pregunta?

— ¡Pues diga Ud.! (sin levantar la cabeza).

Joaquín miró en torno y vió libros y más libros inéditos, o sea, manuscritos... *La Verbena de la Virgen de la Paloma*, por don Sebastián Quiroga, en gordas letras, *El misterio del cuarto amarillo*, etc., — productos del mismo señor. Levanta al fin la cabeza el autor.

— ¿Dice Ud.?

Y Joaquín hace su eterna pregunta:

— Yo deseaba, señor, saber dónde se encuentra, etc...

— Pues podría informarle... pero más bien, por hallarme muy ocupado, aconsejo a Ud. tome datos de mi sustituto, don Sabás...

Joaquín dió por terminado su empeño, ya desinteresado de lo que necesitaba averiguar, pero satisfecho de haber conocido la marcha de las oficinas administrativas, en su hueco rodaje de máquina vieja,

que ya no anda, y con un personal que está allí para asegurarse el puchero, haciendo acto de presencia, en fuga del sol, ya que eso de no sacarle lance en el lecho parece cosa de *plebeyo*. Creo que en el fondo Joaquín se divirtió. Había leído una interesante página de España contemporánea: ¡la burocracia!

Preguntó al salir de la oficina del sustituto al señor de la capa:

— ¿Cómo entiende Ud. todo esto? ¿Qué significa esta desorganización de las oficinas públicas, en que nadie sabe nada, ni ninguno está en su puesto?

— Estas, mi señor, son funciones de descanso, ya lo ve. Quiroga se ocupa de escribir comedias de género chico. El éxito de la *Gran Vía* ha despertado esta afición. El que no tiene sotos, dehesas, fincas, cortijos, ¡vamos!, donde solazarse, busca un cargo público, lo visita cuando puede, pasea, charla, y si tiene «meollo», escribe teatro.

— Hombre, dígame Ud. por fin, ¿dónde funciona el Ministerio de Fomento?

— En ninguna parte, señor mío; esto de las edificaciones y los traslados, da huelga para meses y hasta para años.

— ¡Acabáramos! ¿Y por qué no me lo dijeron al comenzar?

— Pues, porque lo vieron a Ud. nuevo y quisieron hacer parada de estar enterados y de saberlo todo. Entre nosotros eso no canta.

Y siguió explicándole cómo un español siente desmedro en el trabajo.

— ¿Oficinesco, acaso?

— En todo trabajo, que no está hecho para señoritos.

Así como Ud. me ve, con mi capa y un pedazo de guante, no soy un esclavo, ni un ganaduro, tengo mi modesto pasar, me reuno con mis amigos en la Puerta del Sol y hallamos que es gran placer comunicarse y opinar... Andamos lentamente, sin afán, que la vida es don de Dios, para íntimo saboreo, regalo y regodeo... No envidia a nadie, mire Ud., y lo paso bien...!

Joaquín le dió la mano como a un filósofo antiguo, en su gran sobriedad, falto de ambición, largo en palabras, aunque escaso en luces...

Me lo contó riendo: ¡Qué pueblo de haraganes! ¡Nadie hace nada y lo tienen a honra! Han vinculado el honor a la holgazanería. ¡Tal vez es cordura...!

Yo pensé que los antepasados ya lo vivieron todo, haciendo de la vida una maravillosa aventura de conquistas, proezas, guerras, gloria, amor, mujeres, quijoterías, lances, tragedias! Dominaron el mundo, y ahora España, entre las grandes naciones, es la que cuenta menos.

¡Todo está vivido tras de ellos y también agotado! ¡Aristocracia de la vida vivida y dominada, que es experiencia! ¡Incomunicable riqueza! Les queda una nobilísima raza que desprecia el afán y el *snobismo* de esos *parvenus* que, en su comparación, son los otros pueblos.

¡Nación soberana que tiene en poco el dinero y que afirma los valores eternos del alma humana! ¡El honor, la hidalguía y el amor por sobre las miserias breves!

Les parece el trabajo una condición de esclavos y el *afán* marca de hombres nuevos, que no han venido al Tiempo, en ninguno de esos instantes trascendentales, como el descubrimiento de un Nuevo Mundo.

Con la corrida y la jira por las oficinas, cerramos nuestra estada en Madrid.

Mi fantasma no se desvanecía. Tomaba consistencia con la demora. Ya perdía la esperanza y me daba por derrotada. Resolvió Joaquín anticipar el viaje a Andalucía, a pesar de que nada lograba distraerme.

Tomamos un tren que salía en la tarde, para amanecer en Córdoba. Los carros dormitorio no se conocían... Era un larguísimo convoy. Encontramos muchos vagones cerrados, a pesar de llegar a tiempo, y los abiertos estaban casi todos llenos.

Al fin descubrimos dos asientos — los únicos en el largo convoy. Iba un caballero anciano — especie de patriarca lugareño — que fumaba un habano muy grande. Parecía un noble señor arruinado, por su ropa fina pero antigua y su traza distinguida aunque descuidada, de bigotes sucios y barba mal tenida. Lo acompañaba una niña. Nos dirigió la palabra antes que el mozo de cordel concluyera de colocar en la rejilla nuestras mantas y valijas de mano. — ¿Les ha costado encontrar sitio, eh? — Y echaba una amplia bocanada de humo. — Casi todos los vagones están reservados — contestó Joaquín.

El viejo señor, que parecía una chimenea, con aquel puro tan gordo y que echaba tanto humo, soltó una risa socarrona. — ¿Conque hay muchos coches alquileros, eh? Debe ser Ud. inglés, que no sabe que así se estila en España. Esos coches los cierran temprano, para tener dónde dormir estos *pindangos*

de la administración pública. No hay uno solo alquilao; pero ¿dónde quiere Ud. que se recojan a dormir el conductor, los ayudantes y todos los amigos? Reservan un coche para cada uno, y amontonan a los pasajeros pagantes como nosotros, apiñaos como ganao.

Así tuvimos la sorpresa de saber que, mientras quedaríamos sentados toda la noche, con nuestro boleto, ellos, los empleados, irían durmiendo cómodamente a pierna suelta, cada uno en su vagón. Luego el buen señor se quejó de hallarse enfermo, y de viajar toda una noche tan mal acondicionado, mientras los abusadores iban cómodos, con las piernas estiradas, roncando a sus anchas.

En otro extremo, una señora de regular edad, con una vestimenta muy anticuada, de prendas al estilo que yo le conocí cuando era chica a Mamita Lolo, y unas toscas pulseras de plata, gruesas como cadenas de forzado, se quejó de sus cólicos hepáticos.

El señor anunció que le precisaría usar sus medicinas durante el viaje, pero que nos avisaría a tiempo... ¿Qué necesidad tendría este hombre de comunicarnos sus dolencias? — pensaba, mientras yo, amenazada de la *peor* que pudiera sobrevenirme — un *niño* —, con nueve meses de mareo en barco, sin arribo a playa alguna, callaba mi desesperación.

Cerró la noche y comenzó un hielo digno de la Sierra Nevada. El tren no se detenía, y cuando hubo una paradilla, fué en estación vacía y sin nada que comprar...

Deseábamos algo caliente. ¡Inútil! Salimos de esa estación, y la señorita acompañante del señor nos

pidió que nos volviésemos de cara al otro lado. No entendimos. El señor explicó:

— Necesito que mi hija me introduzca una sonda, para extraerme la orina, ¡ya se los había prevenido...!

¡Acabáramos! Se aclaró el misterio...

La operación había de realizarse ahí mismo. Experimenté profunda repugnancia y bendije mi miopía, que me dispensaba de ver íntimas miserias, que sólo se muestran en España.

Hasta por esa enfermedad hubiera yo cambiado mi amenaza. Era mayor mi sufrimiento que aquella asquerosa realidad. El pudor de la otra dama no se alarmó. Debía ser corriente en la península exhibir así las dolencias y la miseria de Adán.

Terminada la larga operación, y a las dos y media de la madrugada, entramos en una estación, con restaurante iluminado. El frío era intenso.

Así incómoda, cansada, yerta, me encontraba más a gusto que en mi cama, insomne y devorada de angustia, con otra noche blanca más a cuestas y una inquietud agravada y ya desesperada...

Lo mejor, en esos casos, era lo que me pasaba: el ir despierta, en viaje, y con «El» también en vela, pudiendo comunicarle mi creciente zozobra, en una mirada, en un apretón de mano...

Estaba tan alborotada aquella estación, que ha hecho época en mi recuerdo. Parecía como si fueran horas hábiles y era lo más profundo de la noche, las dos y media de la madrugada.

— ¡Vamos a tomar café! — me dijo «El», y nos dispusimos a bajar, creo que pasando por otro tren

que estaba detenido. Debía ser la estación de un gran pueblo — el mayor entre Madrid y Córdoba.

El café era malísimo, pero lo tomamos con tanto frío y apetito, que nos pareció delicioso, así como aquella noche acompañada, variada y hasta con sensación de hielo, me fué agradable, en el calor de su pródigo afecto.

Ya durante la bajada, comencé a sentir síntomas cada vez más precursores de la desaparición del fantasma... Y aumentaban con una realidad que me probaba cuán falsas habían sido las mentidas aprensiones anteriores...

En esos estados de angustia, se cree a cada instante en una buena sorpresa, que la comprobación desmiente, y deja también más descorazonada y triste el repetido engaño. ¡Ahora era verdad! No podía dudar, aunque no lograra tener prueba inmediata.

Me inundó un bienestar de paz y de felicidad, como si hubiera reconquistado un paraíso perdido. Había salido desgraciada del vagón, y regresaba minutos después dichosa, mirando la vida bellísima... pareciéndome agradable el anciano de la sonda, interesante la dama de los cólicos, y «El» una maravilla.

Se habló de las devociones a las Vírgenes locales. El anciano era devoto de Nuestra Señora del Minarijo, pero la Pilarica lo dejaba indiferente.

Este viaje tan incómodo, sin lecho, con frío y sin restaurante, me ha encantado. Estaba tan contenta, que nunca los trenes más lujosos del mundo — ni los azules que van a la Riviera francesa, ni el tren

a Pekín (Peiping) me han dejado el delicioso recuerdo de este pobre y sucio tren entre Madrid y Córdoba, en una noche glacial del pasado siglo...

Puedo decir, ya sin riesgo de equivocarme, que ese viaje fué el más dichoso de mi vida.

Y si lo tomo como un símbolo del viaje de la vida, es prueba de que podemos vivir sin comodidad alguna material, helados y pobres, pero con amor, que todo hace soportable y hermoso, agradable la gente, excelente el café a las dos y media de la madrugada, y que nos abre el panorama de un «siempre» (pues sin duración no hay dicha para mí) que se extiende abierto a todas las posibilidades.

Lo que me había traído ese resurgimiento, era la certidumbre de no estar ya expuesta al temido martirio, con seguridad extensiva a un mes, pero que yo sentí en mi poder asegurada para siempre. En ese terror había mucho menos miedo al sufrimiento que a sacrificar mi vida espiritual, pues aun siendo tan pequeña y egoísta, estaba consagrada a cierta vocación, no sólo superior, sino exclusiva, de expresar mi nuevo mundo descubierto...

La transcripción de este viaje con «El» de Madrid a Córdoba, me ha refrescado la vida y reforzado mi Amor.

Conservo, de esas épocas de padecimiento, una emoción dulcísima, cuyo recuerdo disipa tantas nubes surgidas después, aunque dieron pronto paso al sol de una verdad superior, que lo englobaba todo.

La certidumbre con que venía de estar ya bien, me permitió dormir después del café y tuve un robusto sueño juvenil, en desquite de los desvelos.

El anciano señor de la sonda me despertó, lo que nunca hubiera hecho Joaquín, que me guardaba tanto el sueño... Venía de tan hondo, que me recordé sobresaltada (1).

Clareaba el alba y nubes rojizas se diseñaban en el horizonte. Atravesábamos la Mancha — tierra de Don Quijote —, desnuda y en inmensa desolación, como el ensueño perdido del insigne caballero, noble desfacedor de entuertos.

— La he sacado de su sueño—me explicó el anciano. — No se puede pasar por la Mancha dormido.

Se lo agradecemos; Joaquín también contemplaba la campiña triste, en cuya lejanía un molino apuntaba sus aspas paralizadas... último sobreviviente, en el paisaje, del *Ensueño* de caballería andante.

Aspas movidas a impulso del viento, para sacar agua de esa tierra árida, con sequedad de yesca. Apuro el Símbolo, para hallarle adecuación. El Espíritu sopla el corazón del caballero, para dar amparo y defensa — agua viva de fecundación — a las almas reseca y oprimidas de materialismo, odio, envidia y bajas pasiones.

La tierra de Don Quijote, el prototipo del caballero andante, que recorre el mundo en la noble misión de levantar almas, de afirmar una divina soberanía y de mostrar a los cobardes y esclavos de los bienes materiales, qué vale y responde por todo lo humano: Dios, la eternidad y la vida espiritual...

---

(1) «Recordar» decía mi abuela por despertar. La muerte, que es un despertar a otro plano, equivale a recordar.

Desgraciadamente la fatiga me tenía cogida en esa alborada y no pude rendir el debido tributo a ese héroe — ridículo para las masas, y tan grande para las almas segregadas del montón — sino abriendo mis ojos cansados, entre dos sueños.

Pasamos por una estación que mi amigo nombra *Despeña-Perros*.

Avanzó triunfante el día y guardamos nuestro sueño para los lechos que nos esperarían en Córdoba...

Joaquín se enderezaba.

— ¿Qué te pareció tu tierra? ¡La Mancha! ¿Sabe Ud. — me dirigí al viejo — que mi esposo es un Quijote?

— Para sacarla de los lances en que me mete ella misma.

No concebía el anciano que una personita tan menuda y suave creara conflictos.

Joaquín le refirió lo que había necesitado contenerme en la corrida, para que yo no despertara las furias de la muchedumbre, con mi actitud.

— Si no fuera por el oportuno desmayo, nos habrían lidiado a nosotros, antes que al toro.

Yo no sabía nada. Creía haber guardado mi indignación adentro, siendo que la exteriorizaba en conceptos duros. Se me escapaban *país salvaje, raza bárbara, cobardes, sanguinarios*, etc.

El ejercía su oficio de Caballero Andante, apoyando mi debilidad, salvándome de mis propias indiscreciones y suavizando los efectos de mis cóleras...

Fué el don más grande que me hiciera Dios: ese caballero de superior calidad, que sin sufrir mengua de ilusión y en pleno contacto con la realidad humana,

desnuda de ropajes, caminó conmigo, llevándome de la mano y sacándome de los abismos, en que me arrojé por mi propia cuenta.

Esta conversación nos puso en simpatía con el anciano de la sonda, y Joaquín pidió que le explicara la causa del odio tan profundo que el pueblo manifestaba por el clero español.

— Es que los frailes se meten en política y sacan piltrafas de todas partes. No se hacen curas por vocación, sino por pasarlo mejor, tener consideración y librarse del trabajo. En las familias largas, es alivio que uno salga para cura y otra para monja. Son bocas menos, honra para la casa y provechitos menudos para todos. . .

Ibamos comprendiendo. La religión en España perdía su Espíritu. . . Se buscaban en el estado religioso ventajas materiales. Iban a la Iglesia sin llamado alguno, por pura ambición, necesidad o pereza, y así se había corrompido la finalidad misma del ministerio sacerdotal llamándosele «Carrera eclesiástica».

También me sabían a puro paganismo las fiestas de Semana Santa en Sevilla y aquellas advocaciones partidistas a la Virgen, que creaban riñas y celos entre unas y otras cofradías.

Ya el mismo buen señor pertenecía a Nuestra Señora del Minarijo y desdeñaba a la Pilarica, que fué vista por el mismo apóstol Santiago de pie sobre un pilar. . . ¿No sería acaso esa aparición un símbolo de que España sostendrá la cristiandad como un *Pilar*, sacándola de las corruptelas, para restaurarla a la pureza de la fe primitiva? La pasión y la violencia,

de raza creadora de tan grandes empresas, y de órdenes nobilísimas, como la caballería, auguran, según cree Joaquín, las reivindicaciones del porvenir.

Yo pienso, sin atreverme a decirlo, pues se me hace pecado (y ciertos pecados son odiosos de confesar por la alarma que producen), que también España tiene crímenes espantosos cometidos en la Santa Inquisición.

No me cabe duda ahora que este pueblo cometió la horrible culpa llamada «Pecado contra el Espíritu Santo», violando la conciencia humana en el sagrado dominio del fuero individual.

Este pecado ha de pagarse caro, y seguramente no entrará en el concierto del mundo la Península Ibérica, ni tomará su sitio en el progreso, sin persecución religiosa y sin martirio. Yo pensaba estas cosas con recelo y al margen, puede decirse, de mi conciencia oficial, pues aún no sabía que el Espíritu es libre y que la cohibición de su divino soplo es crimen directo contra Dios.

## **CORDOBA**

Llego bajo los más felices auspicios. Estoy libre de preñez, y desborde alegría.

La Europa me pertenece. Sacaré todo el provecho posible. Creo haberla reconquistado, desde que salí de angustias. No me expondré ya más a pasar los días de sufrimiento que he vivido.

Mi buen humor se acrecienta, por el dolor sufrido, como el apetito después del ayuno.

Joaquín quiere dejarme en cama, pero no lo consigue; estoy ávida de recorrer esta Andalucía que he soñado tanto, y de sumergirme en la impresión del arabismo.

Esos castellanos *Alcalde* de donde desciende Joaquín, por vía materna, tienen fuertes sedimentos árabes en la elegancia espiritual y en la impasible serenidad ante peligros y conflictos humanos — luminosa serenidad, animada por la fortaleza de hondo silencio ancestral.

Doña Carolina Alcalde, mi suegra, en la majestad de su hermosura me parecía a veces una reina mora, saliendo de un palacio de mármol calado, y ella misma, serena y fría, dueña espiritual de dominios ignotos.

No obstante mi cansancio, la dicha de estar libre (de preñez) me comunica nuevas fuerzas y quiero, en esa misma media tarde, salir a recorrer Córdoba — asiento del Reino Árabe.

Me subyuga aquella vejez, que se escurre decrepita, por tristes callejas, pavimentadas con piedras de todas dimensiones.

Vejez melancólica de pueblo muerto para siempre. Ciudad cuya alma perdida guardan sus monumentos, como ricos sarcófagos, bajo el polvo de los siglos; alma que ningún ideal restaurará jamás.

Falta absoluta de simetría en los anticuados edificios. Cada puerta o ventana rompe el muro y se asoma por donde conviene que entre luz. Aún alienta Córdoba el sibaritismo de las costumbres árabes. Las casas encuadran blancos patios, perfumados y umbrosos, que divisamos tras de calada verja.

Encontramos al paso mujeres, que nos revelan el tipo andaluz, de hermosura nueva, en oposición a lo que se llama belleza en Francia. Las mozas tienen formas amplias y redondas. Andan con gracia — «salero» —, en flexibles ondulaciones de armoniosos movimientos. Sus ojos encendidos de pasión... arden y abrasan frente a un varón. No usan sombrero y llevan flores rojas prendidas en el cabello. Hasta la camarera de nuestro hotel es lánguida y mira con voluptuosidad.

Vamos a la Mezquita, que nada señala a distancia, siguiendo una triste callejuela torcida, con antiguas casas devastadas.

Hay algunos nobles solares con patios orientales, de luz pálida, umbrosa verdura y fuente que murmura tristemente al centro las quejas del tiempo muerto, en gotitas de acompasado y lento caer.

El mundo ha acelerado vertiginosamente el ritmo de vida y Córdoba languidece y muere en olvidado rincón de Andalucía.

Las irregularidades de la calleja desierta, con sus caprichos de vieja ya demente, forman una plazuela que pronto se estrecha y retuerce serpenteando.

Algunas antiguas casas tienen en el portón un cuadradito con rejilla fina, como tela de araña. Viamos por ella el misterio de patios árabes solitarios y mudos. (Se llama «mirilla»). Aspiramos el hondo y embriagador aroma de espesos jazmines blancos y amarillos, que sólo descubro aquí en tierra de Andalucía.

En lo que llevo andado, me ha cogido ya la tristeza de este ambiente moruno, que seduce cual capi-

toso perfume. No es vulgar melancolía sino grande emoción, hecha de sutiles penas, vividas en recónditas zonas sentimentales, tiempo ha evacuadas por nuestra conciencia de hoy, pero que responden a secretas intimidades, donde aún vibran amores, recuerdos y secretos de cosas intangibles...

En esta sensación arábica, a la cual no corresponde ninguna palabra que yo sepa, Córdoba me retrotrae, desde el fondo más ignoto o inexplorado de remotísimo pasado psíquico, penas de cosas que fueron y que pasaron...

*Regret* es la palabra con sentido más aproximado a la indefinible sensación que experimento...

El tiempo, este personaje fantástico y tan real a la vez, que nos tortura, burlándonos y arrastrando en su ciega vorágine todo lo que quisiéramos retener, se hace aquí, en la vejez cordobesa, tan sensible como si el fantasma tomara consistencia y nos mirara por muros leprosos, por callejas solitarias, en la decadencia irreparable de todas las cosas.

El Pasado toma tan vivo sentido, y se despide con tanta melancolía, que me siento presa en su encanto fugaz...

No he visto nada, pero el ambiente me ha cogido, con espasmos de deliciosa tortura inexplicable.

¿Quién llama tras de mí y me habla, en esta ciudad más muerta que cuantas conocí nunca?

Los ocho siglos de Califato pesan sobre Córdoba, convirtiéndola en un cementerio, ubicado en una España decadente, desprendida de Europa.

La emoción cordobesa se reduce a introspección en algo hondo... muy hondo... — visión de vida que

sólo subsiste como sutil aroma de flores muertas que se escapara de un olvidado *secretaire* de abuela...

Culmina esta emoción en el Patio de los Naranjos.

Es una gran plazoleta cerrada, que precede a la Mezquita, en que el alto minarete ha sido convertido en torre de templo cristiano.

La tarde viene colándose sigilosa y muda, en el patio desierto, y apesadumbra a esa hora la melancolía de lo irreparable.

La Andalucía, que vengo a recorrer, me vale como enriquecimiento espiritual, por esta comunión que realizo con los siglos pretéritos.

En mi viaje a Oriente, ni las mezquitas de Constantinopla, de Damasco o Jerusalén me produjeron esta inmersión emocional en el alma del Islam, sentido no ya como civilización vieja, sino como algo que me fuera propio, y en que íntimas y sutiles fibras de sensibilidad hallaran atenuada vibración.

¿Será acaso que sólo Córdoba conserva el marco vacío en que vivió el alma moruna, mientras que en el Oriente subsiste degradada? Tal vez.

Esa primera tarde tuve la esencia de la emoción, en una de las más fuertes y plásticas impresiones con que el Tiempo muerto me ha presentado su espectro.

Más que nunca comprendo ahora la razón oculta de que el Tiempo — personaje céntrico de nuestras angustias y dolores — se me presente en Córdoba tan adustamente melancólico...

Es nuestro enemigo silencioso y cruel—ladrón disfrazado que diluído en segundos no presenta bulto—,

que se me alza esta tarde monstruoso y fatídico, entre las naranjos de un patio desierto, a la hora pálida, bajo el mudo minarete en que nunca ya el muecín invocará a Alá, ni ante el cual se arrodillará ya jamás la caravana que viene del Desierto...

Trataba un sacerdote de explicarme el *Cielo*, con poco éxito de convencimiento para mi concepto de dicha.

Le respondí: Suprima el tiempo y la parcelación con que nos da los bienes; y en esa sola supresión, de hecho nos dará la felicidad de plenitud y permanencia, cuya falta es causa de nuestro dolor.

Cierran el Patio de los Naranjos altos murallones de fortaleza doblados con espesos contrafuertes, terminados en picos. Desiertas de mozas en busca de agua quedaron las fuentes... Todo duerme el milenarismo sueño oriental, en lánguida quietud, de audaz desafío al tiempo...

Da Córdoba sensación de antigüedad, o de muerte tan definitiva de civilización, que produce frío... más frío que un cementerio abandonado, sin que ninguna cruz rota anuncie remota resurrección.

La Mezquita está cerrada. Golpeamos con violencia. No vamos a perder el encanto de esta vespertina hora de gracia, sin apurar la emoción hasta agotarla.

Estamos cogidos en el sutil misterio del Islam — quietud nirvánica, que equivale a delicioso sueño de opio.

Se nos introduce en la obscuridad de un fantástico bosque de piedra. En todas las direcciones

que la vista abarca en redor nuestro, corren hileras de columnas, ya rectas, ya sesgadas o entrecruzadas. No veíamos casi nada al entrar al laberinto mágico, pero ya percibimos las pálidas penumbras en que se ramifica este bosque encantado.

Singular belleza que rompe nuestros moldes y nos asocia a un mundo anterior, de príncipes con turbantes, y odaliscas cubiertas de largos y dorados velos.

Las columnas de piedra enfiladas, abriéndose de soslayo, o cruzándose en calles, tienen la seductora magia de los cuentos de las Mil y una Noches.

Avanzamos sobrecogidos por el hechizo de la exuberante imaginación oriental. La hora, la soledad, la silenciosa penumbra, todo contribuye al sortilegio.

Rápidamente aumentan las sombras y se intensifica la emoción, no ya de pavor, sino de retrospectivo ensueño. El guía trata de reconstituir el sitio que era, en el esplendor del Califato de Córdoba, copia occidental del Califato de Bagdad.

Todo el pavimento estaba cubierto de tapices, en que desaparecían estos hermosos dibujos de mármoles de colores, y de cada arcada, entre las livianas columnitas, pendía una lámpara de aceite.

Las galerías terminaban no ya en muros, sino en jardines, con fuentes murmuradoras...

Miramos hacia arriba; nos deleita la belleza de esos segundos arcos de piedra que, como artístico ramaje rojo y blanco, corren por sobre las galerías, formando las copas de los árboles del bosque...

Sigue el guía sus explicaciones. Querríamos que enmudeciera, para gustar de la íntima seña que nos hacen las cosas, respondiendo al amor con que las contemplamos... ¿Es verdad que las *cosas* inanimadas se entregan al amor...? ¿Son, acaso, el símbolo con que llega a nuestros breves sentidos el alma oculta? Me hallaba transportada a diez siglos atrás... viviendo otra vida, con la misma alma...

Lo miro a «El» y siento que no nos hemos conocido ayer, en un rincón de mundo... que nuestro primer encuentro en vulgar ciudad, durante este siglo que muere, no ha sido más que continuación de un viejo amor suspendido por la muerte y que hoy revivimos en una mezquita abandonada, a la hora crepuscular...

Lo contemplo de pie, allí, apoyado en una columna, vestido con la opaca vulgaridad de estos trajes, que no son de su estilo.

Y siento añoranza de otra civilización grande y rica, en que lucían los señores telas recamadas de oro y piedras preciosas, envueltos en amplios bornús, y en que hasta las armas eran de oro cincelado, y salpicados de perlas los velos de las odaliscas...

¿Por qué hemos venido aquí— me pregunto— despojados de la elegancia artística de otra época tan bella? Lo miro a sus sonrientes ojos de esmeralda, encuadrado el rostro marfileño en la barba de ébano, ceñido en el seco vestón obscuro... y encuentro la respuesta: — Venimos a completar lo que faltó allá; a vivir la pena de amor, las sombras de la carne, las nubes

del corazón, la obscuridad humana... Allá las ansias de la voluptuosidad insaciable; aquí el desconocimiento, la traición, el sacrificio y la renunciación...

Comprendí que mi felicidad tenía un terrible precio, que habría de pagarla con lágrimas de sangre... y que sólo así la conquista sería definitiva...

Las sombras se espesaban y nos apresuramos a salir.

Aún no se cuajaban estrellas en el cielo. El Patio de los Naranjos estaba solitario. La cruz del minarete apuntaba a la inmensidad de la comba azul.

—¡Qué feos son nuestros trajes — dije a Joaquín— y qué vulgar nuestra vida! Este opio oriental que he bebido, me disgusta ya de todo.

Después de esta excursión por los siglos pasados, me parece que he caído en el siglo más turbio y enemigo de la belleza.

«El» callaba... Cuando estábamos de acuerdo, me respondía con silencio... como si fuese el único medio de escapar a la traición de la palabra, que no traduce la integridad de la emoción.

Yo estaba cogida por esa vida del poderoso y brillante Califato de Córdoba.

— ¿Cuánto duró la ocupación árabe en Europa? — pregunté.

— Ocho siglos.

Perdí la vergüenza de exhibirle mi ignorancia. Había sido atrapada tantas veces, que ya era conocida la página en blanco que sobre la historia española daba mi cerebro.

Creí siempre que los *Alcalde* tienen sangre árabe... En ocho siglos, Castilla ha mezclado infinitas veces su sangre con Arabia, y debido a la persecución

de cristianos a moros, esos cruces han sido ciertamente seleccionados por amor... ¿Y acaso ese ardoroso empuje y ese dolor con que las razas se pelean, se exaltan y culminan en *arista*, no sea la *Cruz* — el tormento — que en España nuestra sangre trabó en la mezcla de sangre mora? ¿Por qué guardamos ese caudal de tristeza que no registra ningún suceso de nuestra conciencia actual? ¿Por qué este sentimiento de persecución, siendo que en nuestra tierra somos señores y poseemos todo lo que da la vida? ¿Por qué también esta especie de agravio, con deseo de venganza, por una violación u oprobio inferido a nuestra conciencia? ¿Por qué...? Hay algo en mí, muy anterior a mi nacimiento en Chile, que a ratos considero castigo, sobre todo cuando toca sus monótonas horas la campana ronca de la Catedral de Santiago. Me ofendo entonces de haber nacido en tierra nueva y vieja, donde por apatía y carencia de imaginación no sucederá nunca nada. ¡Nos estamos muriendo sin haber vivido! ¡España puede descansar en paz!

Joaquín se burla de mí:

— ¿Crees, acaso, que se va a acabar el mundo? ¡Qué niña eres! Ni España muere, pues resucitará con todas sus fuerzas renovadas, y nosotros comenzaremos a vivir...

Yo insistía:

— Nos moriremos de aburrimiento...

— ¿Y te parece que hasta ahora, en un siglo, hemos vivido poco para ser tan nuevos...? Una guerra exterior, una guerra civil, triunfantes siempre, y por idealismo patrio ambas.

No me convencía:

— Falta el arte en Chile, la pasión, el espíritu creador; somos copistas serviles; ya lo dice nuestra canción nacional: *Copia feliz del Edén*... Y no me place ninguna copia... ¡Crear, crear, Dios mío! ¡No creamos ni vestidos; copias y más copias, y malas copias, por añadidura!

Llegamos al hotel. El vino está comprendido en la pensión. Joaquín pide un extra. Nos ofrecen marcas desconocidas: *Valdepeñas* y qué sé yo...

Estoy obsesionada. La Mezquita ha inspirado o sugerido extrañas ideas a esa alma secreta que llevo conmigo y que me complica. Es un alma vieja, con subconsciente sabiduría, que me brota en chispazos... — alma que me asocia a vidas pretéritas, con sensación de realidad, y que sobre todo me lo muestra a «El» *muy mío* desde siempre.

— ¿No crees que hemos vivido antes, que nos conocíamos ya de muy antiguo cuando acompañaste a Manuel Domínguez una mañanita cualquiera, hace quince años (ocho casada) en calle Compañía, allá en nuestro rincón de mundo? Tú me has confesado que yo fuí en tu vida lo primero y lo único y que pasé mucho tiempo sin que mis ojos holgazanes te estrecharan la silueta. (Me miraba con sonrisa maliciosa, casi burlesca.) ¡Respóndeme!

— Creo que si hubieras vivido en tiempos de la Inquisición, te habrían quemado por herética.

Esta respuesta me obligó a refrenar mi fantasía. ¡Dios sabe qué vidas he vivido!... Lo creía en mis

adentro, pero la Iglesia Católica nos impide pensar. No quiero detenerme en estas ideas, que tanto han inquietado.

He leído, en alguna parte, que a ese Príncipe Carlos, hijo degenerado de Felipe II, después de haber cometido toda clase de crímenes, horrores y crueldades, le justificó su padre, ante el confesor, abonando, en descargo de sus culpas, el hecho de que nunca había pecado contra la Doctrina Cristiana — ¡tan horrible era ese pecado, que merecía la muerte!

Y hasta ahora en mi tierra — resabio tal vez de la Inquisición —, los curas dividen las materias de pecado en dos clases: pecados de miseria humana y pecados de malicia. A los segundos, que son contra la Fe, se les aplica todo el rigor de la Ley; y a los primeros, que comprenden el odio, los vicios, el robo y el asesinato, se les concede toda la misericordia divina, porque proceden de la fragilidad humana.

El pensamiento malo sigue obsesionándome.

— Eras mucho mejor, hijo mío, calado de turbante, alfanje al cinto y puñal de oro con pedrerías, en mano, que ahora con ese tongo horrible y ese vestón opaco.

— ¡Pobre de ti si te hubiera atrapado el Santo Oficio!

— ¿Y sabe Dios si allegaste leña a mi pira?

— ¿Sabe Dios también si por eso he venido al mundo tan fatalizado a ti...?

Y esto, dicho en broma, me parece más cerca de la verdad, que los amores *at first sight*.

También se me ocurrió, al leer un libro de Loti, que ya había aspirado el perfume de las rosas de Is-

pahán y sucumbido al amor de un príncipe persa apasionado y galante, que llevaba un puñalillo de oro, con mango incrustado de pedrerías. En la noche soñé que ese hombre, el Príncipe, me lo clavaba en el pecho, con furia luciferina y sonrisa sádica.

— No era como tú — díjele —; pero tenía una terrible hermosura demoníaca, soberbia y cruel.

El ambiente moruno, la tarde y las misteriosas encrucijadas me ayudaban a soltar evocaciones fantásticas.

Estoy muy cansada y duermo uno de esos robustos sueños que raras veces se conocen más tarde.

A la mañana siguiente vuelvo a la Mezquita, temerosa de que la luz diurna haya desvanecido el encanto que ayer tarde hemos sentido, en ese bosque de piedra solitario, que parecía emergido al conjuro de una varilla de mago. La luz declinante daba mayor extrañeza, y acumulación de tiempo retrospectivo, a la profunda emoción.

Las callejuelas que nos conducen no han perdido en luz de sol su decrepita melancolía moruna. Hay menos ambiente sugestivo de *ayeres* infinitos, pero más sensación de realidad viviente, en contraste con el pasado.

Los muros muestran sus deterioros y lepras, las encrucijadas se escurren medrosas, recelando emboscadas, y los patios árabes de las casas exhiben su pálida gracia y su aromosa intimidad.

Muchas plantas y enredaderas se entrelazan, y la fuente morisca canta en tenues gotas cristalinas. Observo por la calada verja o por la diminuta mirilla. Son mansiones pequeñas donde, como en un remanso del tiempo traidor y andariego, se han refugiado el ensueño y el sibaritismo oriental, buscando frescura bajo el ardor de un cielo africano.

Me entristece el lánguido desaliento de vidas al margen del tiempo, que exhala todo eso. Para nosotros, que venimos de Alemania, de Londres, de la Exposición de París, de esas urbes hirvientes, centros de actividad universal, esta soñolienta ciudad árabe nos parece olvidada de Dios, o cárcel de almas que necesitaban rememorar, en este limbo, crímenes horrendos, o tal vez redimir existencias apasionadamente tumultuosas.

El patio de la Mezquita, con sus naranjos dormidos y fantasmales hasta en la algazara que le prestan las mozas que vienen con sus ánforas de greda a sacar agua de las fuentes, exhala esta mañana una tristeza viva, diferente a la melancolía de cosa muerta que me dió ayer en la soledad. El pasado que yo sentí en la tarde avanzada, tenía un carácter definitivo e irrevocable.

Ahora esta vida retrospectiva de que se anima por unas cuantas horas, da a la tristeza de su anacronismo en el mundo actual un contraste cuya fuerza misma acrecienta la doliente poesía.

El tiempo se acusa irónico y devastador, apurando en algunos detalles sus abismos...

Me impresionó esa mañana un niño de tres o cuatro años, con una tira roja puesta por única vesti-

menta, que le dejaba en descubierto la miseria de Adán, según nuestro sentir, o la gloria, en el concepto de ellos, los hombres. Me pareció miserable aquel pobrecito niño, que insultaba el pudor, con ojos puros muy abiertos, entre todas las mozas alegres y desenvueltas que cargaban sus ánforas sobre el hombro y se marchaban con tan armonioso ritmo.

Penetramos en la Mezquita y se ahonda la emoción de misteriosa belleza... Atravesamos calles y más calles de columnas, que ya enfiladas o contempladas al sesgo, cruzándose unas en otras, tienen la milenaria fantasía de un bosque petrificado, cuyo amplio follaje se extiende hasta el techo por otra corrida de arcos, semejantes a un chorro de agua abierto en abanico.

Ochocientas columnas, todas diversas, aunque del mismo tamaño, unidas por arcos, sobre los cuales corre ese segundo piso, de ramaje en líneas simétricas y estilizadas, construyen el bosque mágico...

Las pálidas lontananzas marcan la prolongación en penumbras distantes. Está solitaria como ayer tarde la Mezquita; el día la muestra menos tétrica, pero más bella y sugerente. La extensión no se revela a la primera mirada; se va entregando lentamente en imprecisa y sombría grandeza...

Las filas de columnas se escurren por todos lados, y se pierden en vagas lejanías, que evocan y sueltan los fantasmas del Califato de Córdoba.

Nos conduce un guía, y de pronto nos hallamos introducidos en un precioso templo que, rompiendo el encanto de la Mezquita, abre al centro una gran cruz luminosa. Es blanca la iglesia, hecha en encajes de

delicadísimo mármol y de oscuras maderas primorosamente talladas. Eleva una arrogante bóveda de suprema elegancia. Carlos V cometió la profanación de romper la Mezquita colocándole en el corazón un templo cristiano — la Cruz —, para recordar el Dolor, olvidado o menospreciado por el Islamismo.

Lo penoso es que la Mezquita haya sido rota en su armonía maravillosa. El templo es hermosísimo, pero está fuera de sitio. Aparece intruso y devastador.

Sin quererlo, resulta Carlos V, para nuestras mentes, más amplias y capaces de englobar conjuntos, un perfecto símbolo histórico.

Fueron expulsados los moros, después de ocho siglos de dominación, por los reyes católicos, que me son antipáticos (hasta por el descubrimiento de América, que, con raza vieja, nos obliga a vivir entre semibárbaros). Rompió el centro de la Mezquita y colocó un templo en forma de cruz, tan alta como es de chata en su comparación la Mezquita, y tan radiante de luz como es ésta penumbrosa y triste. Una nueva fe se impone sobre los limbos islamitas; se sustituye el dolor al placer, y la fuerza de una creencia que vive de sacrificio y de renunciación, a la mollicie lánguida y sensual del árabe sibarita.

Me complace la realización del símbolo, como cristiana, pero me contrista como artista. Debió quedar ese gran monumento intacto. Era una reliquia magnífica, un tesoro de civilización, que aun así, profanado, dice tantas cosas bellas al alma contemplativa y anima zonas insospechadas de pretéritas emociones.

Me sorprenden, en este *Templo de la Profanación*, la sobria riqueza y las armoniosas proporciones. La elevada nave única, con sus brazos y su techo en *berceau*, es hermosa dentro de su fantasía gótica.

Un coro, con suntuosa sillería en oscuras maderas esculpidas, se levanta, solemnemente coronado por un triple trono, cuyo dosel lo forma una escultura de la Asunción.

El altar mayor, de plata, el lustro, también de plata, y su magnífico retablo de madera tallada, hacen un digno fondo a la hermosa cruz, orgullosa y soberanamente incrustada en la perla del Califato occidental.

¡Cristo venciendo a Mahoma! ¡No! Estoy escribiendo con estrechez de beata. «Mi reino no es de este mundo», dijo el Señor, y nada debe destruirse, sino conservarse, como peldaños de la escala en que sucesivamente se va abriendo la conciencia humana a nuevas revelaciones... La cruz que forma el templo es elegante y esbelta en el vuelo de sus bóvedas... La perfección de los más ínfimos detalles llena de armonía el ojo.

Yo vuelvo al bosque árabe, que me sobrecoge en tan extrañas añoranzas. Contemplamos el Mirah (en árabe: *lugar santo*), que marcaba la dirección de la Meca. Según los eruditos, forma, con la Alhambra, el más brillante florón de la fantasía oriental en España. Su vestíbulo, en columnas, tiene un techo cuyo ramaje termina cual copa volcada de pino piramidal.

Al frente se halla la hermosísima puerta en mosaicos y oro, incrustada de inscripciones árabes, con sentencias de poética sabiduría extraídas del Corán.

Las baldosas están gastadas por las rodillas de los peregrinos, que debían hacer siete veces la vuelta del Mirah, señalando la dirección de la Meca.

Cuesta reconstruir la Mezquita según las noticias históricas, devolviéndole la suntuosidad de los tiempos árabes. Todavía se ven las maderas talladas que formaban el artesonado del techo, y cuyas pinturas completaban la magnificencia. El suelo está cubierto de mosaicos, de que todavía quedan muestras en un atlas. Y del techo colgaban millares de lámparas, que hacían resplandecer discretamente los oros, los mosaicos y los artesonados, con pinturas de vivos colores.

Las avenidas de columnas de piedra se abrían sobre filas de naranjos y se prolongaban en calles de verdura perfumada. La única luz natural venía de allí, en vez de las espantosas ventanas abiertas hoy en las bóvedas, que con sus golpes de cruda luz desvanecen el misterio del mágico lugar.

En las crónicas árabes de la época, también se cuentan maravillas del esplendor de la Mezquita de Córdoba, destinada a atraer sobre Occidente el núcleo de las peregrinaciones que se dirigían a la Meca — fabulosa en el consumo de aceite para nutrir la iluminación de lámparas. El Patio de los Naranjos, rodeado de altos muros, con su bellísima torre, transformación cristiana del alto minarete, conserva en su actual melancolía el alma del Califato... Animado a algunas horas por pintorescos tipos de mozas, da en su quietud oriental la sensación de abandono en

que lo dejara la fuga del tiempo y la invasión de nuevos valores, en que prevalecen otras razas y otras civilizaciones.

En la tarde acentúa su carácter, cuando queda la fuente solitaria y hasta los mendigos — sus más fieles pobladores — se han marchado. El aspecto general de la ciudad extrema la caducidad y ensancha la distancia de ayer a hoy...

Muestra el Tiempo, en ironía de gráfico, el camino andado por la civilización.

Los callejones caprichosos, que forman sombrío pasadizo entre casas viejas, altas unas, bajas otras, éstas con espacioso balcón, aquéllas con ventanijos de buhardilla, son de una anarquía en que hablan todos los caprichos e imposiciones del vivir.

La vereda no se diferencia de la calle más que en una baldosa al mismo nivel de la calzada y que coge la rueda de los escasos vehículos que la transitan.

En esta vejez, son oasis los patiecitos blancos, plenos de sonriente verdura. Trasciende afuera el capitoso perfume de jazmines, claveles y jaramagos.

Finísima verja muestra, a través de su encaje, la blanquiza penumbra en que luce sus flores el jardinillo vivo, entre las cosas muertas. El árabe dejó su blanda quietud, en la molicie delicada de esos interiores.

Las mujeres llevan prendidos en sus negros y lustrosos cabellos, jazmines que perfuman intensamente, traspasando la clausura de los patios y trayendo a nuestras almas modernas el encanto moruno de esa poderosa ciudad de los Califas, que tuvo como lema:

*Córdoba, casa de guerrera gente  
Y de sabiduría clara fuente.*

Hoy es un triste rincón de provincia, condenado a morir. Va quedando fuera de las rutas del progreso y sólo atrae al turista como visión retrospectiva.

No logro imaginar qué fué Córdoba, la ciudad de Europa en que competían suntuosidad y fortaleza. Apesadumbrada ahora por la tristeza, sus energías se paralizaron; la postración lo invadió todo, como a un enfermo su dolencia, hasta no sentir anhelo de salud.

Su grandeza caída ya parece un sueño que no alcanzó realidad. Los cordobeses viven al día, tranquilos en sus patios perfumados. El único reloj que marca el transcurso del tiempo, es el lento gotear del surtidor.

Miran la casa de enfrente o «pelan la pava» de balcón a balcón.

Reparo aquí, por vez primera, en la fuerza espiritual, de evocación, que llevan consigo los intensos perfumes de estas flores de Andalucía — espiritual, sin duda, por más que venga de la tierra, ya que el Espíritu, si necesita de un cuerpo que lo envuelva, trasciende como el aire rompiendo las clausuras y soplando con esa divina libertad que es su privilegio exclusivo.

En esos perfumes, tan mudos como humildes, que no enseñan ni piden nada, pero que lo penetran todo, he recibido, más que en la impresión de los monumentos, el alma cansada del Islam, que creó una civilización grande y habló al alma humana la lengua que sus años requerían.

Arabia se insinuó en amor sensual, primer connubio de los seres que más tarde han de reconocerse en Espíritu...

Vamos por la tarde al paseo, en una Avenida llamada del Gran Capitán — triste avenida por la vejez de las casas que forman sus costados. Observamos la multitud — gente del pueblo, que vuelve de la corrida. Son pintorescos, garbosos y dicharacheros.

Las mozas traen la cabeza enflorada; se envuelven en ricos mantones de Manila amarillos y rojos, con amplias flecaduras. Se los tercián con graciosa desenvoltura sobre el pecho, y las franjas continúan el ritmo del busto y la expresiva mímica de brazos y manos. El primitivismo de la multitud da la impresión de un pueblo que de viejo se torna niño.

Volviendo una tarde de la última «Season» por el Támesis, en un vaporcito, del campo a Londres, observamos con agrado y con pena (respecto a nuestro pueblo) la compostura del pueblo inglés. Esos obreros, que volvían de pasar un día de reposo, no se diferenciaban, en sus modales, de los señores.

Este pueblo español, no obstante las marcas indelebles de gran raza, que la incultura no logra borrar, se halla muy atrasado... Verdad es que la diferencia de temperamento tiene tal vez más parte que la incultura. El inglés es frío y flemático, mientras que el español es apasionado y violento.

También paseaban por la Avenida familias en grandes landós, con troncos de caballos magníficos.

Las damas que ocupan esos carruajes son anticuadas en su compostura. Cuerpos sin líneas y trajes de mucha obra, que se pierden en detalles laboriosos. Se me evidencia aquí el arte de los vestidos y sombreros parisienses, cuya exquisita sencillez parece de fácil ejecución. Y sólo por contraste admiro los medios tan simples con que consiguen resultados tan hermosos, al ver los vanos esfuerzos con que se malogran los trajes de las cordobesas.

Nos encanta conversar con los empleados de la Fonda, manera más segura de conocer los países que las charlas insípidas de salón. Nos sirve un muchacho muy listo, «desaogao en el decir». Se manifiesta hastiado de los malos gobiernos y de los frailes, que comen y descansan. — Señoritos,—dice con énfasis— nosotros estamos esperando una gran revolución, que eche todo por tierra, como en Francia, y haga otra legislación. . . No nos atajará ningún poder, cuando nos levantemos; y los frailes pagarán caro sus siestas y comilonas.

— ¿No hay industrias en este país? — preguntó Joaquín.

— ¿Ni qué puede prosperar con los impuestos excesivos? ¿Qué les ha parecido Córdoba a los señoritos?

Alabamos la Mezquita y la maravilla de la civilización árabe.

— ¡Bendita dominación — dije yo—, que ha dejado tales reliquias!

El muchacho replicó con viveza:

— Miusté. No queremos seguir siendo reliquias, sino progresar, levantarnos, recuperar nuestro poderío; que fué grande, como sabrán Uds., tan grande, que a España nunca se le ponía el sol en sus pertenencias. Las teníamos repartidas por todo el mundo, y nos las van quitando de una en una...

— ¿Cuál será la causa de estos desastres? — interrogó Joaquín.

— Miusté, señorito, que los grandes de España quisieron disfrutar, y por pasarlo bien, vamos a pasarlo muy mal todos... ¡y a ellos les irá peor que a nosotros!

Para mí éstas eran bravatas que no se realizarían nunca.

Joaquín se quedó pensativo.—Yo también creo — me dijo — que vendrán días muy malos para España y que estos «grandes» que han olvidado sus deberes, van a sufrir la terrible ley que les harán los pequeños. ¡No lo veremos nosotros, pero vendrá...!

Yo, con picardía, le dije la palabra que le molestaba:— ¡Profeta! Tenía otra para las cóleras:— ¡Alma de Juez! Y la peor, casi infamante, era:— ¡dios Wotan! — o sea, *Trouble Fête* —, que por mantener las eternas leyes, echa agua en todas las fiestas.

Tomamos un carruaje para recorrer el pueblo. — ¡Socorro, señor! — imploraba, cuando entró el coche en los callejonzuelos de la ciudad. Los escasos transeúntes nos miraban espantados, y buscaban refugio en los zaguanes de las casas. Resonaba la callejuela como un tambor, en el estruendo que hacía el vehículo sobre las ásperas piedras.

Nos sacudíamos, temiendo estrellarnos contra los muros que se nos venían encima. No había peligro de que otro coche se nos opusiera al tornar una encrucijada.

Se continúan los aspectos siempre renovados de la moribunda ciudad. Desde un puente que cruza el Guadalquivir, tomamos el conjunto de Córdoba, extendiéndose a orillas del turbio río, con sus viejísimas casas de muros calizos, ruinosas y carcomidas, que se achatan avergonzadas, al pie del difunto Califato.

El río se arrastra perezoso entre las sinuosidades de la tierra amarillenta que forma sus márgenes.

Descendimos a los viejos y descuidados jardines del Alcázar, donde sólo quedan torreones y murallas.

¡Desolación cansada y muerte vulgar! ¡Roma se rinde con grandeza a la pesadumbre del tiempo, pero Roma se restaura y muere en digna majestad...! Córdoba agoniza en vileza, sin otro monumento que su Mezquita mutilada.

Quedan, en recuerdo de su grandeza, algunas casonas con ancho portalón de piedra, y escudos esculpidos sobre las fachadas de soberbios palacios.

Por la tarde, desde un balcón interior de nuestro hotel, abarcamos extenso panorama sobre la ciudad. Se espaciaba nuestra vista hasta la Sierra Morena, que cortaba vigorosamente sus perfiles sobre el matiz anaranjado de un sereno crepúsculo, y se escurrían nuestros ojos en los interiores, sucios, desordenados, de esas casas cordobesas, en cuyos antiquísimos tejados se ovillaban gatos negros. Aquellas viviendas exhalaban el ambiente de mezquina tristeza y de mu-

riente caducidad con que la garra del tiempo marca a la ciudad — eso que Loti llamaba: *le sens du pays qui se dégage*, y que yo diría degradación con que los siglos le cargaron el acento.

A esa hora crepuscular, se desprendía de la que fué tan poderosa ciudad el clamor de impotente oprobio con que la abrumó el tiempo, trocando su esplendor en ruin miseria.

No vi nunca, en las calles de Córdoba, ni una sola mujer, a pie, vestida a la europea; sólo cabezas encuadradas en la clásica mantilla y cuerpos envueltos en floreados mantones.

En carruaje divisé damas con sombreros — tristes copias de los que llevan en el continente.

Las camareras de la fonda tienen lánguida postura y trajes anticuados, ocultándoles esa gracia de las formas naturales que en Francia esculpen mediante sabios pliegues en telas flexibles, que realizan su oficio de vestir ciñendo la obra viviente.

Nuestra fonda es hermosa: gran patio redondo de columnas y arcadas, fuente al centro y una señorial escalinata de mármol blanco, que tal vez hollaron babuchas de seda de odaliscas.

Seguimos, esta tarde última, conversando con el mozo: — Me llevo de Córdoba tan honda impresión, que será única en mi recuerdo... El lamenta que no haya asistido a una corrida. Se yergue con la servilleta terciada al busto; ahonda su voz como si tomara fuerza en el glorioso Califato y dice: — A todas las glorias de Córdoba, se agrega la de ser madre de los grandes toreros. Lagartijo (y al pronunciar el nombre agachó la cabeza como mi maestra francesa me obli-

gaba a inclinarme cuando en una poesía pronunciaba al fin de una estrofa: *Napoléon Premier*) — Lagartijo es cordobés, y también Algabefío y Machaquito.

— ¡Son los héroes nacionales!—digo para poner los puntos sobre las íes.

— Es lo que queda de gloria y de renombre en España — afirma el muchacho.

Por cierto que me trago mi vergüenza de Madrid, pues no voy a desprestigiarme ante este mozo, que nos ha tratado como a príncipes.

Con brutal satisfacción me refiere lances espeluznantes de corridas en que el público, sediento de sangre, pide más víctimas. Silban al malogrado torero, y le arrojan naranjas y piedras, aun cuando está cogido, pero su sangre, amasada en la arena del redondel, metamorfosea al delirante público, que le devuelve en magnífica ovación la rechifla anterior. Me refiere, con no poca vanidad, que unas inglesas de marca tuvieron la honra de ser recibidas por Lagartijo, quien les mostró, sin que se les alarmara el *prudismo*, las heridas que le dejaran las «cogidas» de los cuernos, aun estando algunas muy mal ubicadas en el mapa humano. Tanto lo admiraban, que se las besaron, como hacen los devotos con las imágenes. . . Lagartijo vive mejor que los señoritos principales, y aún más que los grandes de España. Ha ganado millonadas de duros. El gobierno saca impuestos muy subidos sobre las corridas.

Le referimos el duelo público que presenciamos en Madrid por la muerte de Dominguín. . .

— Ese era un enano, junto a los toreros nuestros — dijo el mozo —. Córdoba surte de toros y de tore-

ros a todos los redondeles de España. Uds. sabrán ya del Criadero de Miura, pues esos toros los suministra Andalucía. (Se cuadra en jarras.) ¡Sí, Andalucía, que va a la cabeza del toreo...!

Partimos. Tanto me ha entretenido el mozo, que siento irme. No es eso. Mi sensibilidad fué y sigue siendo tan aguda, que me cuesta arrancarme de cada sitio y me duele no volver a ver nunca más a la persona o mozo de la fonda que conocí ayer. El *nunca* y el *jamás* me solemnizan y agravan todo, marcándome con sello de unidad a cada ser de quien me alejo para siempre... Tengo pena de no ver más al mozo cordobés de la fonda. Siguiendo mi impulso, le estrecho la mano y lo llamo *amigo*. El trepida en estirarme la suya y Joaquín refuerza mi gesto, suprimidor de distancias, dándole también su mano.

Al revisar la adición, encuentra que no aparecen en la cuenta las botellas de vino especial que hemos pedido y reclama del olvido al director:

— ¡Ca, hombre! Vaya Ud. con Dios, que no hemos nacido en Andalucía para mirarnos en pajillas...

Por respuesta, Joaquín le pone un billete en el mesón y le aprieta la mano. Nos siguen al ómnibus para devolverlo. — Tú ves, ¡cómo ellos se sienten grandes! — me observa Joaquín —; el tiempo les dará ocasión de probarlo.

Esperamos el tren que va a Sevilla.

Tenemos al frente nuestras maletas de mano. Joaquín lee mis iniciales: «I. E. L.» y me lanza una ironía, a base de semiverdad, que así era la suya. Rozaba

las amarguras, atenuándolas con sonrisas, a la manera con que tiempos después Chaplin ha creado un Arte basado sobre el fracaso humano, para darle alas de gracia y elevarlo por sobre la humana miseria. Así, Joaquín aludía a mi terrible defecto — la ira —, sin tomarlo en serio (mi violencia de agresividad nerviosa) y aventándolo en finas burlillas.

— ¿No crees — díjome — que tus verdaderas iniciales se contendrían mejor añadiéndoles una hache: *H. I. E. L.*...?

Me sentí clavada por su fina agujilla, y en rápida reacción, heredada de Mamita Reyes, miré las iniciales suyas sobre la maleta que con la mía esperaban en el andén el retardado tren, y descubrí que «J. L. A.» también eran iniciales susceptibles de más honda y personal expresión. Ayudada de su lápiz escribió: «*Je L'Aime*». ¡Eso haces tú, hombre de pésimo gusto, que con ser tan amarga la hiel, la escoges, la guardas y la quieres siempre! Le suministraba yo a Joaquín sus más punzantes ironías.

Mamita Lolo tuvo la clarividencia de que ese joven — tan joven, 16 años — haría mi felicidad, ardua tarea, por la complejidad de la agraciada. Se obstinó con violencia en mi matrimonio, hasta no ver otro novio posible para mí, y sin embargo, su recomendación respecto de mi genio falló en absoluto. El ángel que anunciaba en mí, se convirtió en leona.

Cuando fué a verla Don Patricio Larraín, en esa clásica visita de *pedir la mano* que dura hasta en este desprejuiciado siglo, ella me recomendó a mi futuro suegro: — Esta niña, primo, no sirve para nada; pero tiene un genio de ángel. ¡Error profundo! He

servido para algo y tal vez para mucho; desde luego alumbré al mundo abyecto, en que vivimos, un ángel de verdad — mi hija Rebeca —; pero mi angelical carácter resultó diabólico.

Joaquín me decía:

— Tu abuela me estafó con tu buen genio.

— Pero creo haber compensado la estafa, con utilidad para otras cosas, siendo que se me declaró y fuí aceptada como perfectamente inútil...

No estaba yo presente cuando llegó Don Patricio Larraín (nombre tan apropiado para tal caballero, que si el calendario no registrara en su Santoral a *Saint Patrick* de Inglaterra, habría de inventársele a mi suegro, por su estilo de patricio romano) en la consabida visita oficial — *Pedidura de mano*. Mamita Lolo, que no obstante su mala recomendación me adoraba, y de quien mi suegro me sabía mimada, iba a imponer condiciones a mi matrimonio, cuando Don Patricio le salió al paso, diciéndole:

— ¡Yo no vengo a pedir nada, sino a hacerle un gran regalo en mi hijo!

Tan grande fué el regalo, que con ser orgulloso el propio padre, no midió la excelencia de la dádiva.

## SEVILLA

La más bella ilusión de mi viaje a España fué siempre Sevilla. Saboreaba con fruición este ensueño. ¡Sevilla!

Se contenían en su nombre toda el alma y la gracia de España. Mi imaginación estaba desde siempre recargada con los pintorescos aspectos de Andalucía,

que encarnaba Sevilla en las poesías de Bécquer, en las azules campanillas de sus balcones y en sus deliciosos patios árabes.

La Giralda, las mujeres de gracioso andar, coronadas de flores, los bailes, los dichos, las ferias, los *cantes*, todo en la moruna ciudad había de tener sonaja de castañuela y gracia de pandereta.

A mis desengaños de España, yo opongo ese punto luminoso: ¡Sevilla! Me regocija soñar con que pasearé por la calle de las Sierpes, culebreando entre balcones bajitos, donde los galanes cantan trovas a sus damas, con ese romanticismo oriental, en país de sol, de azahares y de fondas, que desde niña me hipnotizara en su lánguido encanto.

He caminado por España de prisa y de paso, dejándome tiempo para Sevilla. Me proponía ir por la tarde a la *Venta de los Gatos*, desde donde divisaría la Giralda, cortando su calada torre en un cielo añil. Vería columpiarse en los balcones las campanillas azules, junto con los jaramagos. Los patios saldrían a encontrarme en el aliento de los azahares. Recorreríamos ventorros, admirando a esas majas que cantan con la dulzura lánguida y la gracia cadenciosa del árabe; oiríamos esas coplas populares apasionadas y tristes, ecos de la melancolía reminiscente del desierto, con que añoran el canto del muecín en el alto minarete y la caravana fugitiva que se pierde en lontananza...

¡Bécquer! Siempre es un Poeta el que extrae el alma de las tierras y nos da a beber el filtro de amor...

Gustaré esas dulces emociones, que se han amasado con mis ensueños primeros de niña, en el propio sitio, a la caída de esas mismas tardes que desvanecen en el aire la música de amorosas canciones.

Eso me había yo prometido de Sevilla, aquella ciudad legendaria y embrujada, en donde hallaría por fin la tela humana en que llevo cortados mis ensueños.

Aunque me había nutrido artísticamente en Francia y mi vida emocional llevaba esa envoltura, algo más hondo y probablemente más auténtico, ligado al *Amor* cuando aún carecía de pronombre posesivo, me retrollevaba a las rimas becquerianas.

Ese fondo inédito de mí misma, en la más original pureza de mi alma, estaba vinculado a la sencilla poesía del vate andaluz. Empecinada en mi francésismo, no distinguía ya lo natural de lo postizo. Mucho después descubrí la complejidad de mi sentir, los vericuetos de mi alma, hecha de tantos trozos diferentes, que sólo un milagro del Espíritu ha logrado unificarla.

Otros viajeros habían tratado de arrancarme mis ilusiones de Sevilla, pero yo no me dejaba vencer.

Al llegar hoy, se me ha desvanecido la ciudad de mis ensueños. La Sevilla mía no existe o no ha existido nunca.

Tomamos coche para dar un vistazo. Nos metimos por callejas donde los transeúntes se ponen en desbandada. El vehículo lleva aspecto de *suceso* en esas angosturas y nosotros parecemos casi odiosos de insolencia.

Si a esto se agrega la pareja de forasteros — de señoritos, vestidos como la gente traspirenaica —, pasa uno a ser pájaro raro, objeto de curiosidad y extrañeza.

La dirección que deben tomar los carruajes está marcada por una flecha, ya que a duras penas hay espacio para uno solo en las tortuosas encrucijadas.

De improviso surge el grave tropiezo de hallar un carretón en sentido opuesto. Enfadado, nuestro cochero reclamaba a gritos, de que el otro no avisara a tiempo, que la ruta estaba ocupada.

Con imperturbable flema el carretonero se dejaba apostrofar duramente...

Era simulado el enojo, por ser corriente el hecho. Nuestro auriga hacía méritos para agradarnos. El estrépito del vehículo es tan fuerte, y tan áspero su rodaje sobre las piedras, que las gentes nos miran pasar atónitas.

Yo busco el número *Quindici* del «Barbero de Sevilla». Debo parecer loca; ¡peor que una inglesa! Los dramas sevillanos me obseden: «Carmen», «Don Juan», «Las Nupcias de Fígaro»...

Y por más que rodamos, la Sevilla romántica del drama y de la leyenda se nos escapa.

Me asombra el materialismo de la devoción a que ha llegado este pueblo niño. En Sevilla se rinde culto exclusivo a la Virgen. La Santísima Trinidad es ignorada. No ha llegado a esta ciudad noticia alguna del Eterno Padre... Al Hijo se le adora en el «Señor del Gran Poder» (único competidor de la Virgen en

la tierra de María Santísima) que trueca por mérito de propio dolor sus padecimientos, en favores a sus devotos. ¡Es cómoda manera de escapar al tormento que predica la Cruz! En forma de luminosa palomita se ve al Espíritu Santo, ignorando su poderosa acción sobre las almas que peregrinamos en el mundo. ¡Tristes resultados del simplismo a que la Inquisición dejó reducida la grey cristiana!

La Sevilla mía no existe. No la encuentro en parte alguna. ¿Dónde se me ha escondido?

Al día siguiente vamos al Alcázar. Precioso patio morisco, llamado de las Doncellas, en recuerdo del tributo de cien vírgenes que los cristianos debían pagar a los moros.

La fantástica riqueza dejada por los árabes en sus construcciones, justifica sobradamente los ocho siglos de dominación.

Las paredes del Alcázar tienen mosaicos llamados azulejos, que dan luces metálicas y que no se encuentran ya, por estar perdido el secreto de fabricación.

Las habitaciones son magníficas, con techos tallados en caprichosos artesonados.

Nos muestran el dormitorio de Doña María de Padilla, querida de Don Pedro el Cruel, y la preciosa sala-vestíbulo, que se abre en columnas ante las demás estancias y galerías.

Allí Don Fadrique fué asesinado por orden de Don Pedro, a causa de los celos que por Doña Blanca tuvo con él.

El guía, muy entonado, repite de memoria su bien aprendida lección, y Joaquín (yo lo siento al menos) se está riendo de mí, que en castigo de mi ignorancia no puedo gozar de la historia que guardan los sitios de que esas tragedias son el alma.

Los zócalos de azulejos enriquecen los muros, hasta la parte alta, que estaba cubierta de preciosos tapices orientales.

Deja el Alcázar profunda impresión de la suntuosa fantasía artística que alcanzó aquella civilización.

Seguimos a los jardines. Una galería corre desde el palacio al costado de los jardines, que llegaban en los tiempos antiguos hasta la Torre del Oro — una de las más características faces de Sevilla.

Hermoso estanque reposa en una terraza, con juegos de agua, cuyo perpetuo chapoteo, entre inmóviles palmeras que se dibujan estáticas en el cielo meridional, contrasta con la añorante quietud que en ese sitio exhala el alma del pasado.

Las palmeras, los grandes magnolios y los naranjos sombrean y perfuman esta hermosa mansión morisca. Los jazmines se enredan formando ondulantes cortinajes perfumados. Los dibujos hechos con arrayanes recortados, construyen muros espesos que dan estabilidad a la cambiante verdura.

Se han suprimido a viva fuerza estaciones y mudanzas, logrando así anular aparentemente el falaz transcurso del tiempo.

Nos sirve de guía un viejito — majadero como todos los guías, y que es menester soportar, aunque dañe al necesario recogimiento y llame la atención a lo que no interesa.

Me viene cargando un poquito, y tal vez lo siente. Como excusa a su involuntaria pesadez, al mostrarme la preciosa Virgen llamada de la Servilleta, me cuenta que él tiene ochenta años.

La verdad es que pisa «sobre la cima poco practicable» de sus crecidos lustros con bastante gallardía.

En uno de esos violentos arranques que se me producen cuando me estoy «cargando», y en que trueco, por buena costumbre, mi cólera en picardía, me hincó rápidamente ante la imagen y hago en alta voz una breve oración: «Señora Nuestra, acuérdate que el guía está viejo y llévatelo pronto». Se indigna y se asusta el pobre hombre. Atribuye mortal eficacia a mi plegaria.

— Señora, ¿qué ha hecho? ¡Yo querría vivir otros ochenta años!

— ¡Desgraciado! ¿Y qué lo sujeta a la vida? ¿Quiere seguir repitiendo su vieja lección otros tantos años?

Me asombra el viejito. ¡Nunca encontré tanto amor a la vida! Insisto en saber qué lo retiene. ¿Tendrá familia, una viejita que lo quiera y lo cuide?

— Miusté, nada, pero, ¡vamos! ¡Vivir! ¡Que ya tendremos tiempo de más para podrirnos!

Nos damos una ojeada con Joaquín, admirados...

— Miusté, aunque no fuera más que pa calentarme al sol y rascarme las pulgas, le daría gloria a Dios, viviendo.

— ¿No cree Ud., acaso, que algo mejor le aguarda co otro lado...? (No sabe lo que es *el otro lado*... y alrrijo...) En la otra vida...

— ¡Vamos, señorita! Ud. está muy nueva en el mundo, y mira la muerte lejos... Eso dicen los curas de la mucha gloria de los bienaventurados, pus nadie ha vuelto a contarlo...

— ¿Cómo nadie? ¿Y Cristo resucitado? (Se ríe, mostrándome la negra cueva de su boca vacía...)

— Eso cuentan los curas, y les conviene; pero ellos engordan, descansan y aprovechan...

Me indigno.

— ¿Ves — digo a Joaquín — cómo no hay fe, sino fanatismo hueco en este pueblo?

— Creen a su modo — me responde burlón—. Tú también crees a tu manera.

Salimos del Alcázar. Debe ser hora de paseo. Encontramos algunos chulos de faja y sombrero guarapón, que se calan en la cabeza muy lachos, con provocativa insolencia.

Llevo un abrigo de París, amplio y no obstante ceñido, con mangas volanderas. Es fantástico y alarmante; y un sombrero que compite ventajosamente con los chulescos.

Esta *toilette* me trajo aventuras y me dió cierta *crânerie*, que mi nariz sofoca y que es una de las complejidades de mi alma de monja, con ribetes cortesanescos.

Con esta indumentaria recogí muchos piropos...

— Di, chica: ¿te sacaste ese cuerpito, ese garbo y esa gracia, de un escaparate de Francia?

— Dígame, ¿por dónde se va a la calle de las Serpes? — indago.

— Tome Ud. corredera abajo, cargue siempre sobre la derecha y se hallará Ud. en Serpes.

— Gracias.

— ¡Es lo que Ud. lleva, señora!

El compañero de mi noticiero agrega:

— No es lo que das, chica; la gracia es lo que guardas.

Y aún replica el primero:

— Se queda Ud. con la gracia y no se la deja a nadie...

Seguimos el derrotero indicado, carretera abajo y cargando sobre la derecha...

Está muy animada la calle de las Sierpes; los almacenes y vidrieras ostentan mercaderías ordinarias de pésimo gusto (comercio más ínfimo que el de Bagnolles o rue Saint Antoine, en París).

La gente tampoco sale a mercar, ni los lleva asunto alguno; caminan para pasear, solazarse, mirarse y arrojar a las mujeres dicharachos galantes.

Me hago una colección en cada salida, de aquellos ociosos y alegres muchachos dedicados a pasarlo bien, sin esfuerzo.

El sol, los perfumes de Andalucía, el aire vivo, la juventud y las mujeres que pasan, les llenan de regocijo:

— ¡Olé! muñequita de cartón, no puedes bailar la jota, porque te apretaron las carnes!

Otro pasa sonriendo:

— Di, ¿cuándo le robaste los crespos a la Esperanza de San Gil?

Es, sin duda, la Virgen de su exclusiva devoción, pues en este pueblo son devotos apasionados de determinada imagen — devoción que supone guerra eterna a todas las otras Vírgenes (no diré advocaciones,

sino imágenes). Es una religión muerta, pagana, materialista. Se me ocurre que a la Virgen la hacen cómplice de sus pasiones, de sus violencias y hasta de sus crímenes...

La Inquisición ha traído, como consecuencia, la extinción de los místicos, de los puros, de los que saben renunciar, para dejar estos fanáticos, que no piensan, creen ni aman. Se someten ciegamente, buscan acomodados con Dios y le hacen festejos para equilibrar sus culpas.

Recibimos soberbia impresión en la Catedral. Su audaz estilo gótico se lanza vertiginosamente a la altura. Manojos de columnas forman las pilastras que soportan las arcadas en que se levanta la cúpula magnífica. Da su elevación enorme potencia de majestad, pero no es misteriosa y tremebunda como las de Viena y Estrasburgo. El estilo gótico me deleita por el misterio, que corresponde a esa religión medieval de obscuridad y de castigos.

La de Sevilla es majestuosa, pero alegre. Prefiero las tétricas Catedrales que recelan en sus pálidas penumbras los terrores del más allá...

Al recorrer sus naves se derramaban en su inmensidad los acordes rugientes y prolongados del órgano.

En la suntuosa sala capitular, redonda, tapizada con brocato carmesí, se halla una de las Concepciones de Murillo. Prefiero la del Museo del Louvre. Todas las vírgenes andaluzas van formando la lenta eclosión del ensueño místico, que encontró su plena realiza-

ción en la Inmaculada de París. Es lástima que las copias afrentosas y la mísera estatuaria en yeso nos hayan degradado y diluído la emoción de tal maravilla. Esta composición es el prólogo de aquélla. Las primeras Inmaculadas tienen sólo algunos angelitos en graciosas posturas, formando peana a los pies de la Virgen.

En esas telas aparece la inspiración luchando laboriosamente por realizar el ensueño, hasta tomar sublime vuelo en la última obra, con esa *Mujer* que en celestial arrebatado traspasa los planos de materia y alcanza divina idealidad. Bajo sus pies, entre nubes, se arremolinan legiones de ángeles — el Amor Divino que viste de carne al Espíritu.

La del Louvre es la reina de las Inmaculadas. Murillo llegó a la meta de la penosa gestación que debió torturarlo, a juzgar por el número de ensayos que hizo hasta tocar en la cúspide de aquella Concepción. ¡Qué hermoso es ese tono dorado vaporoso, en que de un foco brillante surge la Virgen purísima, en el arranque de natural transporte que convenía a su excelsitud!

Los guías nos asedian. En una capilla de atrás, nos muestran el «Ángel de la Guarda» de Murillo, conduciendo a un niño. . . ¡Qué magia hay en aquella pintura! La poética composición del Ángel, mirando a la tierra, que levanta una mano y la sumerge en luz sobrenatural, mientras da la otra a un chiquitín delicioso, de contornos delicadísimos, pero firme en su consistente realidad humana, marca los dos planos en que esas criaturas actúan.

El chico lleva la camisa medio caída, apoya una mano en el vientrecito y da la otra a su Angel conductor. Mira con la adorable sencillez de su perfecta inocencia.

Los dos mundos — espiritual y material — se hacen sensibles en aquella pintura. El Angel descendiendo a la tierra con ojos cargados de inaccesibles misterios. Viene nimbado de alta y divina luz, penetrando todos los arcanos. Parece hecho de sutil materia. Es casi traslúcido. El niño, por el contrario, es sólidamente espeso en sus tiernas carnes nuevas. Nada sabe el pequeño; marcha al azar, pero va dirigido, apoyado, y su paso es seguro... No ve tampoco, pero sus ojitos vueltos suavemente hacia arriba, se pierden en ignota región, donde presiente lo que se oculta... Nunca verá claro dentro de la carne y mientras esté vinculado a la tierra, pero sí vislumbrará confusamente un más allá...

En estos grandes Maestros como Murillo, la pintura no es sólo armonía de colores, sino que cumple una finalidad altamente espiritual, de transparentar lo invisible, vitalizando lo incorpóreo, por sugerencias casi sobrenaturales.

Nuestro tiempo ha materializado de tal manera el Arte, que despoja a la pintura de alma y la hace festín de colores para la vista. Yo creo, sin embargo, tanto en la sabiduría oculta que nos conduce desde el subconsciente, que hasta el materialismo y descristianización de esta humanidad los considero caminos para nueva y más completa reconstitución espiritual del mundo, así como la ruina del Imperio romano y de las civilizaciones antiguas dió amplia cabida al

Espíritu que trajo Cristo. Ahora tendremos una nueva revelación a base de la antigua, como el Nuevo Testamento confirmó al Viejo.

Hoy volvemos a la Catedral. Queremos aprovechar la buena luz de la una y media de la tarde. No es hora de visita. Nos introducimos por el lado de la Obra. Un viejito sale a cortarnos el paso. Pasamos por gringos y no entendemos nada.

— Vuelvan Uds., que no es hora.

Yo me pongo tiesa y fruncida:

— *I do not understand.*

— ¡Que no es hora, señor! (mucho más fuerte a Joaquín).

El marcha impertérrito y opone su bastón para alejar al viejito. Al encontrar esa valla, se vuelve a mí, como a materia más dúctil:

— Que se vuelva pa atrás, Madama... No puee visitá...

Nosotros avanzamos ahora mudos. Vienen muchos otros a estorbarnos la entrada. El pobre viejito explica, azorado:

— No puedo hacer salir a estos forasteros... Son ingleses, y no entienden naa, y aquí ¿quién va a saber su lengua endiablada?, ¡de herejes que son! Los vengo siguiendo... habrá que echarlos a empujones...

— Pero Ud. no se le atreve al señorito, (se mofan de él); ¡qué hombre más tieso! ¿Quién derriba esa torre?

— ¡A ver si con el reloj entienden!

El viejito tuvo esta luminosa idea. Saca un sucio y estropeado reloj.

— Madama, ¿ve las dos? (Apunta con el dedo. Y después cuenta: una, dos, ¡plum! se abre la puerta. El abre los brazos...)

Ante tal mímica, tuvimos que entender.

— Estos ingleses no necesitan hablar; andan como dueños del mundo; se meten en todas partes y lo miran a uno de alto abajo, como si valieran más que nosotros.

— Lo que yo digo — saltó otro — es que si salen a buscar curiosidades afuera, es porque ellos no tienen nada que mirar allá en su tierra.

— *It is true* — digo a Joaquín, humillada.

— ¿Entendí? — me agrega el viejito, feliz de la estratagema con que ha creído vencerme.

Le miro a los ojos legañosos:

— *Pas compris du tout!*

Seguí impertérrita. Agotados los recursos, se resolvieron a dejarnos pasar, recibiendo, ¡sí!, el viejito, con supremo desdén, menos por ser dinero que por parecerle escasa, una propina que se le alargó.

— Estos tienen más empaque que duros... — dijo el dueño del reloj a los otros, a quienes también dimos después... Más agradecidos, los últimos añadieron:

— Saben de lenguas como de reparto. Y caramba que ni en Babel se habrían quedado sordos, porque para mí, hablan español mejor que nosotros.

Debimos seguir hablando francés. Ibamos con tres guías, y el más sabio me advertía:

— Madama, *bois* (quiere decir madera) — y señalaba un retablo.

Un crucifijo de Montañés nos conmovió por la expresión divina y el prodigio de arte con que estaba hecho.

El Museo Provincial de Sevilla, lleno de preciosas telas, acaba de mostrarme el genio inagotable del pintor andaluz. Murillo se pasea triunfalmente con sus madonas y ángeles, entre los dos mundos. Su idealista inspiración da forma a lo sobrenatural representando ángeles y vírgenes y pinta figuras humanas con realidad material.

Se siente la facilidad de la ejecución en ambos planos. La sencillez de la composición, la suavidad del colorido, logra los más poderosos efectos, con medios que parecen simples. Está allí, mal conservado, el original de la Virgen de la Servilleta, cuya cabeza, de contornos vagos, tiene, sin embargo, una expresión que revela un mundo que nuestras almas tardarán en alcanzar.

Hay también Concepciones, que realizan ese celestial ensueño con que nos imaginamos a María Inmaculada. Me afirmo en creer que estas composiciones preparan la triunfante obra-cumbre con que coronó su inspirado trabajo en la Inmaculada del Louvre, pero si aquélla tiene un conjunto más espléndido, hay en éstas del Museo Provincial rasgos tan sutilmente finos, de tan poética idealidad y de tan divina expresión, que cada obra, en el mismo género y bajo la misma inspiración, sorprende y parece la última pincelada de Murillo.

La figura de San Félix de Cantalicio, reteniendo al Niño Jesús mientras la Madre, en tierno y gracioso ademán, se lo reclama, es de un tierno arrobamiento. El rostro del Santo, idealmente ennoblecido por el Espíritu, toca lindes de sobrehumano.

La obra de Murillo nos convence de que el Arte pictórico no es la copia servil de la naturaleza, sino una transmutación de valores, que mediante humildes medios humanos — los colores —, logra transparentar la realidad superior, que escapa a nuestros espesos sentidos. Murillo expresa el más allá de nuestros ensueños atrevidos; revela, por sensible manifestación, honduras inexpresadas de nuestro Espíritu y mantiene fugaces revelaciones, que no pudimos retener.

Me indigna, por eso, que los pintores analicen en su jerga materialista, a artista de esta calidad.

Cada una de las telas de Murillo es una página de divina comunión con el mundo liberado de materia y con las almas entradas en armonía sobrenatural.

Montañés tiene en este Museo unas cuantas esculturas, muy expresivas, pero un tanto coloreadas, y tres Crucifijos pintados, hermosísimos. Es tan divino uno de esos Cristos en cruz, que al contemplarlo comprendí, quizá por primera vez, que de sentir sólo esa expresión, se aprende que Amor y Dolor son hermanos, y que Amor sin renunciación y sacrificio no existe. Se contiene, en esa obra de arte, fulminante revelación de que si no colabora el amor divino con el amor humano, éste deja de ser Amor... y se reduce a capricho sensual, sin ayer y sin mañana. En mi sentir, un amor sin promesa de eternidad no me seduce ni me penetra a esa hondura en que se crean los vínculos inmortales.

En la Escuela de Artes, buscamos a un pintor copista muy recomendado. De su casa, cuya dirección

tenemos, nos echan a la casa del suegro, y de allí a la Escuela.

Ya creemos que este señor López Cabrero es un mito. Nos introdujimos al segundo patio de la Escuela y lo descubrimos pintando bajo un emparrado. Nos preguntó si éramos chilenos, a las primeras palabras que cambiamos. Nuestro acento flojo y sin matices nos había delatado. Toda la gente de la casa, mujeres, hombres, viejos y niños, nos hicieron círculo para observarnos. Hacíamos buen efecto, a no dudarlo, pues entre ellos predominaban los avechuchos de rostros estropeados, que han recibido todas las achaques y mofas de la vida y del tiempo.

La vejez es ruin aquí en España; acusa taras y proclama aventuras y accidentes. La juventud debe de ser muy breve, y todas las gracias sucumben al descuido...

Al pintor entusiasmó tanto nuestra visita, que cerró su caja de colores, tapó el caballete con el Santo que estaba pintando y se dispuso a acompañarnos. Mi gotita de sangre inglesa, que pone en tanta estima el tiempo, trataba de impedir que suspendiese su obra, pero él estaba dichoso de que le suministráramos pretexto para holgazanear.

— ¡No se moleste! — decía Joaquín.

— ¡Ca! Si es gusto muy regalado ir de paseo con Uds. No es ocasión que abunde...

Y contra nuestras protestas, seguimos con él cumpliendo nuestro programa. Muy útil fué su compañía, pues sin la majadería de los guías, satisfizo mis curiosidades, y me llevó a buscar ese color local de donde se desprende el sentido de la tierra.

No era tiempo de Feria, y yo deseaba que se me explicase el renombre de esta fiesta que atraía tantos extranjeros a Sevilla.

Díjome que en la Feria se venden los productos de las dehesas y cortijos. Para darle animación y mantener la tradición, las grandes familias sevillanas arman casetas (supongo que son carpas) y allí las mozas, vestidas de carácter, con mantillas goyescas de vueltas amarillas y encarnadas, bailan las danzas andaluzas.

Se llena de casetas bien adornadas el campo de las Ventas. Allí obsequian refrescos a los visitantes; se almuerza, se toma la cena, se canta y se baila... Las muchachas usan el traje andaluz sólo en esos días. Llevan la mantilla, la pollera corta y la chaquetilla.

Toda la coquetería se gasta en la postura de la mantilla sobre alta peina, haciendo marco al rostro fresco, con ojos de carbón encendido, expresión salerosa, procaz y maliciosa... Las mantillas difieren en calidad. Las hay de blondas (encajes) y de madroño, las más enredadoras...

— ¿Cómo?

— ¡Sí! Enredan corazones, anudan los *quereres*.

— Dígame, ¿cómo es esa prenda tan eficaz, de tanta influencia sobre el hombre?

— Pues, vamos, es una rejilla de seda negra, con pelotas de felpa también negras. No hay mujer fea si se la pone bien, porque la mantilla da gracia y la gracia es la guapeza femenina, que realza el mantón terciado con franjas ondulantes...

La mujer aderezada así, castañuela y pandereta en mano, bailando la jota, es una reina, que hace del rey de la creación su esclavo, su trapo, su cosa...

El señor López Cabrero se exalta pintándome la gloria de la mujer andaluza...

— Pues, miusté, hay que ve pa sabé el donaire, la chispa de una mujé vestía de maja y ayudaa de toas las artes del Maldito, pa hacé del hombre un patán, un baturro... El más pintao señorito se alela, se emboba, pierde el sentío...

Cambiamos miradas furtivas con Joaquín. La decadencia de España se nos explica en dos palabras: *iholgazanería* y *pasión!* No hay trabajo, ni esperanza; existe el modesto pasar sin ambición, y todas las energías de la raza se concentran en la audacia pasional, de sentidos exaltados.

Tierra de Don Juanes, en que los árabes dejaron su moruna sensualidad de amor sin conquista, reducido al mero deleite carnal... ¡Pobre España, caminas al abismo! Necesitarás que Cristo vuelva al mundo y te saque de tu sepulcro...

Vamos a conocer la calle del *Burrero* y de la *Leche de la Madre de Dios*. Estos nombres con sabor de terruño y rudeza de fanatismo, me placen.

Pido que nos lleven a la Fábrica de Tabacos, siempre en busca de la «Sevilla escondida». Esperaba que el famoso gremio de las cigarreras sevillanas había de darme todo el color local que no encontraba en esta Sevilla de mis desengaños... Es otra ilusión desvanecida. Vimos a las «Pureras», cuya belleza me habían ponderado. No encontré ni juventud ni gracia. Muchas mujeres tenían allí sus críos. Nos miraban curiosamente.

Joaquín se llevaba los ojos cansados y mustios de aquellas hembras deformadas, desaliñadas, que se encendían a su paso y destellaban chispitas de luz...

Al entrar cuelgan las mozas de las perchas sus polleras almidonadas y repolludas, que sólo cogen a la hora de partir. El señor Cabrero, nuestro acompañante perpetuo, me pinta el cuadro de la salida, en que esas mozas se yerguen, crujen en sus faldas tiesas, se prenden un clavel en el moño, y con un pitillo, de los que acaban de liar, hundido en la comisura de la boca, se cimbran sobre las amplias caderas, turgentes los pechos generosos, y se van canturreando una copla alegre y liviana.

Acabóse el trabajo, vuelven a ser hembras y van a solazarse, con un platillo frugal y un trago de manzanilla, y a recuperar ese cetro, perdido en liar pitillos, de ser la presa más codiciada del hombre, la mitad de su ser, la cumbre de su deseo voraz. Salí desencantada hasta de las cigarreras — ¡es un colmo!

Cabrero me pinta cuadros que yo no veo, pero que responden a mis fantasías sevillanas y me compensan los desengaños.

Sólo he divisado aquel reguerito de pólvora que a su paso (el de Joaquín) ha ido iluminando los ojos de esas hembras desdentadas, mustias y ajadas.

Al fulgor de esos relámpagos veía alumbrarse una sensación que encendía y vitalizaba el rostro cansado de la bestia humana, que el trabajo rinde y las miserias de la vida degradan.

«El» pasaba erguido, sereno y piadoso, ante ese clamor que el sexo pone ante el varón magnífico — relación de humanidad, que nivela clases y condiciones.

Entre un hombre, ya fuere Rey o mendigo, y una mujer, ya sea Emperatriz o cocinera, siempre hay una posibilidad de amor, si es de alto rango el hombre sobre la mujer humilde, y sólo de ternura y simpatía si es grande de condición la mujer y pequeño el hombre. Es una de las superioridades indiscutibles de nuestro sexo, que mientras un caballero puede cohabitar sin repugnancia con su criada, una dama sólo por excepción y con mengua de decoro desciende de su categoría social.

Ya fuera de la Fábrica de Tabacos, expresé mi desencanto:

— ¡Qué carne de miseria he hallado donde creí encontrar toda la gracia y la donosura de Andalucía!

Mi acompañante protesta:

— Las vió Ud. sin aliño... No las reconocería cuando las cigarreras van de farra, con aquel donaire de terciarse el mantón y bailando la jota al ritmo de las franjas, que acentúan las castañuelas...

Trato de imaginarlo...

— Algo ha debido ver en la música de los ojos melindrosos con que las cigarreras ovacionaron al señorito de Ud....

— Sí, algo vi, y me pareció bello...

— ¿No es Ud. celosa?

— No de lo que inspira mi esposo, pero sí mucho de lo que puede compartir a mi espalda... Hasta ahora no lo he podido comprobar.

Siento lo ingenua que aparezco cada vez que expreso esta confianza mía ante cualquier hombre. Hay entre ellos una especie de tácito consentimiento a la infidelidad conyugal. Joaquín tiene una

manera muy fina de evadir la cuestión con que ellos nos humillan. No se jacta ni se excusa y en su fondo más íntimo se burla su poquitín de esta *gloria* primordial que el hombre pone en su éxito sexual, por sobre las honras espirituales, que «El» aquilata en silencio. Nunca dió importancia a la admiración de las mujeres, que aceptaba sencillamente, sin aparentarme molestia, dejándola resbalar . . . *Glissez, n'appuyez pas!*

Se esquivaba discretamente. Y en verdad, al mundo no dió más que aquello que no podía ocultar: la estampa.

— Su esposo ha tendido, a su paso por la Fábrica, una enmarañada red, entre las cigarreras — dice Cabrero. — ¡Han quedado muchas voluntades prendidas en sus mallas! No sabría el señorito cómo multiplicarse, si esperase a esas mozas solo, a la hora de salida, en que ellas toman sus atavíos y se ponen en armas de combate . . .

Aún no me resignaba a perder la Sevilla mía, que me creara Bécquer en sus rimas, y porfiaba por encontrar esa *Venta de los Gatos*, origen de la preciosa leyenda:

*«En el carro de los muertos  
La pasaron por aquí.  
Llevaba una mano fuera;  
Por ella la conocí...»*

Díjome el señor Cabrero, que no existía; estaba en el barrio de la Macarena, donde hicieron el Cementerio, y en que ya nada se conservaba . . . Para tener una idea de lo que eran esos viejos ventorros sevillanos, fuimos a la *Venta de Eritaña*.

No había de faltar un emparrado, ni flores, ni muchachas con chales de colores rabiosos, como el sol de Africa, ni una gitana que dijese la buena ventura, y un flamenco. Y todo eso, bajo el cielo azul y la alegría perezosa que el perfume de los azahares embriaga y mecen las coplas andaluzas, había de serme la fiesta lugareña, que me sumara el ambiente.

No encontré lo que buscaba. La *Venta de Eritaña* es un jardín con pequeños emparrados y mesitas distribuídas para beber cañas de manzanilla. Ni mujeres, ni músicas, ni coplas, ni bailes. La manzanilla, amarga como un jerez ordinario, no me supo a néctar de tierra soleada y sandunguera.

Da, sin embargo, la *Venta de Eritaña* cierta idea del encanto bullicioso que el sol y la donosura sevillana pueden crear en días de fiesta. El gran jardín está dividido por cercas vivas, que separan quioscos de emparrados.

Entre los variados géneros de cenadores, recuerdo una imitación de la Torre del Oro.

Tomamos otro vasito de manzanilla, servido en *cañas* — copas largas y angostas—, pero la soledad de aquella tarde y la melancolía del cielo encapotado, correspondían a la triste impresión que tuvo Bécquer a su vuelta a la *Venta de los Gatos*.

En Sevilla, ahora lo siento, no restan más que las rimas y los cuentos becquerianos, que han animado la muerta ciudad moruna.

Nunca admiraré bastante el genio desentrañador del alma de los sitios, que tienen los Poetas. Esa parte legendaria de Sevilla, creada por los artistas, es el alma inmortal de la ciudad. Ellos, los magos que extraen

la belleza oculta de las cosas, son grandes predicadores, pues nos comunican con el atributo divino de *Belleza*, a que somos más sensibles las criaturas. Me atrevo a decir que es, de los atributos de Dios, el que hiere más directamente la sensibilidad humana; el amor sigue a continuación, pero siendo precedido por la hermosura.

Hasta místicamente, yo sólo vibro en belleza. Ningún Santo entra a mi devoción sin cautivarne artísticamente. Y si pude ser católica, con pésimas predicaciones y con libros devotos como el «Año Cristiano» de Mamita Lolo, es porque mi fe es tan honda, que resiste a prueba de fealdad.

Esa noche, en el Teatro de Sevilla, daba su beneficio la grande actriz, de fama mundial, Doña María Guerrero. No me interesaba el teatro español; tan encantada y colmada estaba por la Comedia Francesa.

Parecíame que ninguna lengua humana podría expresar con más gracia coqueta y fina galanura la pasión y el amor, que aquel idioma sutilmente cristalino, musical y picaresco... Fuí al teatro porque en viaje precisa conocerlo todo, pero temerosa de perder mi noche. Joaquín me contó que aquella actriz estaba casada con un grande de España.

Empezó a interesarme por el atractivo femenino que suponía para una actriz llevar a coyunda matrimonial a un noble de éstos, que por feos y desplumados que fuesen, no necesitaban de sacramento para sus buenas fortunas.

Por carencia de mis gemelos de teatro no cogí detalles. Al principio me pareció enfática y declamatoria la manera española. Recordaba con entusiasmo aquella naturalidad tan musical y sugerente de las actrices francesas, pero luego me fué tomando aquel énfasis de la pasión, las largas tiradas ardientes, la sonoridad de la lengua, la palabra pletórica de contenido, y la fuerza de aquella mujer hermosa, con ojos maravillosos y cabellos negros, magnífica de porte y de arrogancia en su traje de carácter.

Se fué apoderando de mí la hermosura del léxico abundante, sabroso y robusto. ¡Qué bella es mi lengua y yo no lo sabía!

El español de mi tierra me pareció escaso, árido y descolorido. Joaquín me observaba con el rabillo del ojo, contento de que al fin me rindiera al teatro español.

Mis desdenes se trocaban en admiración. El público, frenético de entusiasmo, hizo en el segundo acto una ovación magnífica a la Guerrero. Al tercero yo estaba completamente vencida, y el público, delirante, arrojaba al proscenio, ya cubierto de cestas de distintas formas, todas las flores de Sevilla.

La escena quedó convertida en maravilloso jardín. Doña María Guerrero ya no podía avanzar ni retroceder para dar gracias al público enloquecido.

Yo estaba no sólo cogida, sino sobrecogida de emoción.

Me entregué rendida, esa noche misma. La belleza del idioma me tenía maravillada. Fué mi luna de miel con la lengua castellana.

Sentí que el teatro era el Arte sintético, que reúne al ser humano en potencia integral y establece prodigiosa comunión con el público. El libro se lee a solas; no da ese estremecimiento colectivo, esa conmoción única, en que el sentimiento sacude a la sala entera en psíquica convulsión.

¡Arte efímero, pero de sublime fuerza! No queda nada, pero se ha apoderado de todas las fibras sensibles de nuestras almas y ha tocado en nuestro registro emocional la gran orquesta sinfónica.

Nosotros hemos sido el instrumento de la Artista; el drama es la composición, y las palabras sus cuerdas...

Salí desfallecida del teatro, con reverencia a mi desdeñada lengua y un prestigio incomparable por el artista — cualquiera, pintor, músico o actor — que así se apodera de nosotros, nos transporta y nos eleva por emoción a mundos de idealidad y de sentimientos nobles, heroicos, sobrehumanos.

Un artista es el más excelso sacerdote — confidente de Dios, mensajero de sus secretos... ¡Qué extraño me parecía que en el santoral católico no apareciesen santas actrices, si tenían el extraño poder de elevarnos sobre nosotros mismos y de señalarnos tan luminosas rutas!

Tengo un abrigo muy lindo. Es el *Manteau Avocat* de Paquin, modelo muy codiciado por la colonia chilena, que se viste, como yo, de copias de las grandes casas. Me lo dejó Eugenia Huici (Madame Errázuriz) al partir a Londres, para que lo usara primero y lo copiara después, cuando ella lo necesitara

en Biarritz. Oía hablar de este modelo tan *réussi* en la tertulia dominguera de Madame Blest Gana. Las señoras se ingeniaban en la manera de conseguirlo sin pagar los 2.000 francos que valía en casa de Paquin. Ignoraba, mientras oía estas conversaciones, que yo poseía el codiciado tesoro, dentro de un cartón enviado por Eugenia y amontonado entre mis numerosas cajas de sombreros y vestidos nuevos. No lo había abierto.

Cuando entré a mi hotel, aquella noche, me picó la curiosidad de abrir la caja o más bien tuve tiempo — esa fugitiva y escasa posibilidad en que se realizan las cosas humanas.

Después de haberme sobrado tanto el tiempo, largo, vacío y aburrido, en casa de mi abuela, ahora me scaseaba de modo opresor. Entre rezos, tiendas, visitas e excursiones artísticas, el poco tiempo que permanecía en el hotel se me escanciaba casi por segundos. . . . Abrí esa caja y encontré un magnífico *manteau*; el famoso que anhelaba Madame Blest Gana, a quien previne inmediatamente, aunque segura de incurrir en su menosprecio por mi incuria en valorar asuntos de la vida práctica, que a ella importaban y que yo no desdeñaba, ni mucho menos, y cuyo descuido se debía a una de las muchas jugarretas que me hizo el tiempo, en castigo de haberlo perdido en mi primera juventud.

Doña Carmelita, mujer tan interesante y pródiga, que ejercía sobre mí cierta sabia maternidad, acudió a mi aviso. Tuvo pasmo de mi aparente indolencia. No alcanzó ni a agradecerme el anuncio, por el asombro con que sus negras pupilas nadaban en blanco.

Me reconvinó; lamentó que viviese en las nubes y perdiera ocasiones de ser *chic* ahorrándole francos a Larraín.

Lo compadecía por tener esta mujer *Tête de Linotte*; (ella que era tan noble compañera de su ilustre esposo.)

Llevé este *manteau* a España por si alguna vez (nunca se sabe en viaje) necesitaba *dar golpe* de elegancia. Siempre he sido prevenida para los imprevistos... ¿Y si me interesase algún ser nuevo y quisiera estar bien? ¡Qué fastidio tendría de hallarme desarmada! Pues una dama sin sus atavíos, carece de armas para impresionar y conquistar.

Mi tío Augusto Matte me descubrió, antes que yo misma, esta alma de conquistadora de todo bicho viviente, decía él, con que nací — ubicando piadosamente mi miseria como necesidad de artista, que, también el primero, descubriera en mí.

En esto de la conquista, mi buen tío, que mucho quise, no veía afán de coquetería amorosa, sino necesidad de aplauso, alimento de que se nutre el alma de la artista, por ser el ambiente en que engendra su obra. La atmósfera que da el público incuba la obra de Arte. Asimismo, tío Augusto, dentro de igual criterio, nunca permitió que a mí se me tratara de *burlesca*, pues consideraba que mis caricaturas de personajes y la ridiculización de mi mundo, se originaban en mi vena artística, que cogía los materiales adecuados donde los encontraba. Me incitaba mucho a que escribiese novelas.

También yo había comprobado que los adornos (soy muy agradecida al menor arreglo) son fieles aliados de mi destino, para la obra que necesito realizar.

Así, en la noche única o trascendental de mi vida — la noche de la *Reconquista*, en que me urgía estar preciosa para que Joaquín me perdonase y casarme con «El» —, esa noche del Destino, estuve linda. Parece ridículo decirlo, pero así fué. Tan hermosa estuve que las Larraín Zañartu, con quienes me encontraba diariamente en la Capilla del Sagrario, sentada en el mismo banco, al verme entrar al baile en casa Concha, dijeron: — ¿Quién es esa niña tan linda?

Me transformé tanto al vestirme, que ya en el espejo vi que había perdido mi identidad personal.

Este caso vivido, o sea, este fenómeno experimentado, me probó que los trapos son cómplices de nuestros destinos, y los miré con respetuosa consideración.

Esa mañana, en Sevilla, me dió el capricho de vestirme con elegante fantasía. No supe por qué; pero dócil a algo que me dirige desde adentro, cogí el *Avocat* de Paquin y un sombrero de ala remangada muy insolente que me caía bien.

Después supe que esa mañana encarnaba un *avatar*, para hacer un «sermón» de ideas que aún no vivía — ideas sepultadas en mi subconsciente y que tampoco tenía autoridad para expresar por mi propia cuenta.

Me fuí a la Catedral, mientras se vestía Joaquín, a quien el Tiempo — esa nueva forma de Dios — no urgió nunca como a mí.

«El» vivía sobre horas quietas, llenas y complacientes. Yo, en cambio, sobre minutos vacíos, angustiosos y traidores.

Nuestros gestos y actitudes correspondían a las dimensiones a que el tiempo nos tenía esclavizados.

«El» era lento, majestuoso y de noble apostura; yo apremiada, ligera, flexible y ágil.

Joaquín tenía pacto con el dios Tiempo. No lo traicionaba nunca. Se vestía con lentitud y no faltaba a las citas; acomodaba sus maletas con pausa y no lo dejaban trenes. No pasaba nunca apremio; actuaba con calma y llegaba puntualmente a todas partes. Dando a cada cosa su medida, disfrutaba la ocasión sin premura y colmaba el acto de reposada emoción; yo gozaba apenas del instante, que cogía a medias, y siempre se me escurría el agrado actual por la prisa de no perder aquella otra oportunidad que me aguardaba después.

Hasta nuestros trancos eran diferentes. El caminaba con paso lento, parejo y seguro; yo, en el afán de alcanzarlo, perdía el ritmo, y a veces daba dos pasos y hasta tres para igualar uno suyo... El tiempo no me ha sido propicio. Por pereza, carencia de objeto y también por contención y aridez mental, lo perdí al principio de mi vida y tuve mucho apremio más tarde, por exceso de sugerencias, a que no logro responder, pues me escasean las fuerzas. Tengo hasta imposibilidad material de tiempo...

Fuí desde siempre muy devota, o sea, desde mi conversión religiosa a los trece años, en la muerte de tatita Pepe, que me encaró por primera vez en mi vida con los dos hermanos gemelos y terribles: ¡el Amor y la Muerte!

Esa mañana entré en la Catedral de Sevilla a oír misa, y al pasar, después de mis rezos y meditación,

por la Capilla Real, que queda al fondo de la Catedral y tras del altar mayor, noté que se agitaba, entre la gente ahí reunida, un gran suceso.

Estaban todos los guías y los sacristanes en tumulto revolucionario.

Al centro del gran grupo, discutían un joven de librea, que parecía jefe de servicio de hotel o de palacio, y un señor canónigo a quien la polémica ponía más viejo y mal agestado, por sobre lo mucho que lo maltrataran la vida, el tabaco y la falta de higiene. Esos curas españoles son únicos en su género, por lo mal tenidos, sucios y peludos, con bocas de cementerio y cuerpos deformes, ventrudos o secos — unos marrachos, en fin, donde parece que nunca pudiera hospedarse el Espíritu Santo.

No obstante mi gran respeto al sacerdocio de aquel tiempo, en que era beata, no se me escapaba que el clero español carecía de vocación y era reclutado en las mezquindades de la vida, en las penurias y en la desidia, que hace duro el trabajo.

Este que ahora disputaba con el flamante mozo galoneado, comprobaba mis observaciones.

Pregunté lo que ocurría, a una beata achurracada, envuelta en mantilla.

— Es que Doña María Guerrero, la cómica, — acentuó — manda las flores de su beneficio a la capilla de los Reyes, y el prebendado no quiere recibir las... ¡Ni qué! ¡Si son del teatro! Y las cómicas, ¿sabe Ud...?

Me indigné. La beata se puso pálida de repente. Tartamudeó y luego, en un gran esfuerzo, dijo:— ¡Perdone, señora! Es un decir. ¿Sería Ud., acaso, Doña Ma-

ría Guerrero? Aquí no la conocemos más que por su fama; cuentan que hace vivas las comedias de capa y espada.

Me encantó pasar por la Guerrero — ¡Eugenia, lo que te debo! —; fué mi gratitud lo primero que saltó hacia la amiga a quien debía la posibilidad de tal estafa. Guardé silencio a la pregunta y dije tozudamente: — ¡Ese prebendado es un idiota! — y me escurrí en el grupo, que se iba apretando por momentos.

Logré ponerme tras del canónigo, que decía: — ¿Por dónde le ha cogido la devoción a esta señora Guerrero?

Me mezclé en el agitado grupo, que tan revueltas tenía las opiniones en abierto desacuerdo con el prebendado... Oía de todos lados:— ¡Vamos! Estamos frescos. ¡Conque una actriz no puede ofrendar flores a los altares!

Una beata alternaba:

— ¡Que no! Porque son precio de pecado! La Iglesia no recibe regalos de cómicos!

— ¡Comedias son mentiras para diversión de necios! — decía otro.

La Guerrero enviaba en un gran carro todas las flores que le arrojaron al escenario, en su beneficio, para adornar la Capilla Real.

En el primer momento no acertaba a comprender por qué ese canónigo las rechazaba e imaginé que se habrían introducido al templo sin su permiso, y que, herido en sus fueros, no se dejaba atropellar; pero ya el comentario del público me venía enterando...

Tenía escrúpulos de conciencia el clérigo, en aceptar flores de teatro, como si viniesen contaminadas de vicio, en luz de candilejas y secretos de bastidores.

Me produjo indignación y dije autoritariamente ante otros curas allí reunidos: — Avisen al Cabildo, o si es necesario, al Papa, y que decidan pronto, para que se aclare esta herejía. No es posible que pague la Iglesia con un desaire la dádiva graciosa que se le hace.

Me miraron atemorizados. — Sí, señora, es una incalificable descortesía, pero todo se va a arreglar — me dijo un clérigo pequeñito y resuelto. Y desaparecieron en grupo...

El mozo que traía las flores, aún permanecía a la puerta junto al carromato; estaba amostazado.

— ¿Cómo se recibe así un regalo en la Catedral de Sevilla, y todavía flores destinadas a la Capilla Real? La señora habría podido mandarlas a la Virgen de los Angeles, que tiene enfrente, y las envía a la Capilla Real para que las rechacen! Allí hay un pariente suyo — y echó a volar un título retumbante — y sin embargo, ha querido hacer este obsequio a la Catedral.

Todos hablaban a la vez; un muchacho legañoso y boquiabierto, también argumentaba en favor de la aceptación. Otra vieja opinaba que no podían recibirse, ya que su tía abuela bordó un paño de altar, que le costó un dineral y la pérdida de la vista, sin que se lo aceptaran, siendo persona de buen vivir. ¡Y ahora flores de cómica, que no sabe de rezos, ni lo que valen duros, pues se los tiran los hombres por los ojos como si fuesen naranjas! — ¡A ésa no le cuesta ganarlo! — saltó una tuerta...

Yo me iba encendiendo... con la incomprensión del Arte, con la rudeza del pueblo...

El canónigo seguía defendiéndose con argumentos cada vez más débiles: Eran demasiadas las flores, invadían, tomaban por asalto la Capilla Real...! Si necesitaron un enorme carro para venir, también necesitarían otro para enterrarse, cuando muriesen...

— Aunque están preciosas hoy — reconocía — ya vienen heridas, ensartadas en esos alambres, que hacen parada un día y mañana, ¡zas!, amanecerán mirando tierra...

Al fin soltó la pepa el canónigo...

— ¡Pues, vamos! La señora no pagará el carro de vuelta, al basural, ¡que eso correrá de nuestra cuenta! ¡Carro de venida ella, y carro de entierro nosotros!

Indignación general.

— ¡España, te has vuelto Francia! — dije en alta voz, aludiendo a la mezquindad.

Otro me secundó:

— ¿Se va, acaso, convirtiendo todo en asunto de pesetas y hasta de calderilla? (monedas de cobre).

Salí afuera. El mozo de librea se había embutido furioso la casqueta y salía, seguramente para llevar las flores a otra parte. En torno del carro, allá en la calle, seguía más acalorada la discusión, entre el carretonero, el portador, el canónigo, las beatas, los sacristanes y los chiquillos. Era una zalagarda. ¡Agrias invectivas volaban por el aire! Ahora comprendía que el *quid* de la cuestión, lo serio, era que el carro de regreso al basural no lo pagaría la señora Guerrero, como el de venida, con la gloria de las flores frescas... No oía las palabras que cambiaban, pero el tono y la expresión airados me daban el sentido del altercado.

El canónigo se dió una palmada en la cara, con tanta gana como si fuera en mejilla de prójimo.

— En su casa, ¡vamos!, — insiste — cada uno manda, e intruso se llama el entrometido...

Alguien se acercó en ese momento a su oído y le sopló una palabra, que calmó por encanto el embravecido mar de la discusión. Bajó el canónigo de su autoritario pedestal... Pestañeó confundido y se cogió la barbilla, con gesto de humillada indecisión.

El grupo se enteró de su derrota, circuló la *nueva* con aplausos de los más y disgusto de las beatas allegadas a la Catedral, para quienes la insolencia del triunfo de María Guerrero (una cómica) era insulto al fracaso de ellas y a la Iglesia.

Los jardines de Sevilla se vaciaban ante una actriz, que divertía a las gentes, y los altares del Señor y hasta la misma Capilla Real no recibían sino esas flores moribundas, que sirvieran vanidad y pecado.

¡Era un colmo!

Yo, así tan beata como fuí entonces, me regocijaba de la derrota de esos vejestorios — los prebendados —, por creer que el arte es divino y que en la Belleza rendimos tributo de reconocimiento al Artista Supremo, que en su Obra nos proporciona materiales para completarla, por eliminación y síntesis.

Me hallaba servida en mis íntimos deseos, por el chasco del canónigo, a quien su superior jerárquico desautorizaba.

Debí tomar aire de juez que aplasta con una sentencia salomónica.

Me fuí acercando al clérigo, que disminuyó hasta de volumen, poniéndose más chato y arrugado. Me empezó a mirar a través de sus lentes, con la nariz recogida, como quien huele mal. . .

Apresuradamente bajaron las flores del carro, como ser cestas, anclas, liras, primero por orden de magnitud e importancia, pero quedaban tantos ramos, que se los disputaban los transeúntes, y después de escoger, querían cambiar.

Era grande *l'embarras du choix* entre tanta hermosura.

Me fuí a la Catedral, tras de las flores, para presenciar el fin del drama, en que peleaban la belleza contra la fealdad, la mujer cumbre con la beata que refugia su fracaso en la religión. . .

Había aparecido en mi ausencia un señor abate, pequeñito, regordete y galante — el dueño legítimo de la Capilla Real. Prevenido a tiempo del desacato que se perpetraba, daba órdenes con la elegante desenvoltura de su legítima autoridad: — ¡Guarnezcan las credencias! — decía enfático, dirigiendo la manobra.

Me miró con suma complacencia, contento de que se reconociese su poder en aquel local. Me contemplaba sonriendo con dulzura. Todo el vinagre del otro, éste lo tenía en miel. Avanzó resueltamente a mí: — Señora, no tenía el honor de conocerla más que por su fama, no ya española, sino universal. . .

Me quedé anonadada en el primer momento. Si abría la boca, estaba perdida; pero al salir del teatro, la víspera, me vine al hotel remedando a María Guerrero con mucho acierto. ¿Y si ahora no me sale?

Temía...; pero una fuerza surgida de lo hondo, se apoderó de mí y ya estuve segura... Es cierta extraña posesión que siento a veces con la pluma y en la charla, en que paso a ser médium, instrumento de transmisión. No tuve oportunidad de poner ni una palabra.

El clérigo se deshacía en excusas: — Ha sido, señora, una perturbación. El cuidador se halló perplejo, por lo inusitado del obsequio con que favorecía Ud. a la Catedral.

Mientras más se disculpaba el prebendado, yo me iba sintiendo más segura de mí, más en justicia y en razón...

Me hice dignamente amable, con gracia, pero sin perder un ápice de mi grandeza ofendida, y hablé bien cerrada, pero con esmerada pronunciación, vocalizando escrupulosamente cada letra. Me venía sin esfuerzo la fácil dicción. Debo haber crecido de tamaño; mi voz tomaba inflexiones musicales:

— Comprendí que la persona no se sentía autorizada — díjele — por lo insólito del caso, pero me ha herido. ¡Sí, señor prebendado, me ha ofendido la falta de respeto que en este pueblo, ¡gloria de España!, se tiene por el Arte y sus oficiantes...

Hice una pausa.

— Prueba en contrario tiene Ud., señora mía, en el agasajo que Sevilla le ha rendido anoche.

— Me refiero a la gente de iglesia y a los comentarios que he recogido aquí mismo, y que traducen el menosprecio que, de antiguo, el sacerdocio ha manifestado por el Arte teatral. Pues yo digo a Su Eminencia, que el teatro español suple ventajosamente a todas

las embajadas que la lengua castellana puede enviar al mundo, y que el actor da más gloria a España, prolongando y actualizando sus guerreros, sus reyes, sus caballeros, sus proezas y heroísmos, que cuanto puedan hacer ahora en la Iglesia...

¡Tomé vuelo! Por cuenta de Doña María Guerrero podía decir tantas verdades que yo, una pobrecita desconocida, del último rincón del mundo, nunca tendría autoridad para expresar.

La ocasión la pintan calva, y ésta que me presentaba la vida, con tanta generosidad, no había de perderla. Mi lengua también estaba desatada... Ideas que no tenía, irrumpieron de mi subconsciente, y dichas con el enardecimiento que me iba tomando, se las tiraba al sacerdote como bocanadas de fuego escapadas de un horno ardiente...

— ¡Sí, señor! El artista es el confidente de Dios... Comunica con el más grande de sus atributos, con la Belleza, y Ud., que es hijo de Adán, sabe que la Belleza es el más poderoso resorte que mueve al hombre. La Belleza también — y es la prueba contundente — pierde más almas que todos los demonios juntos...

Yo me volví catarata. Me rodeaba un público enorme. No sentía yo, en mi arretrato, ni siquiera el peligro de que alguno conociese a María Guerrero. Verdad es que ni por un momento me había sustituido a ella por palabra falsa. Hablaba como una cualquiera y no tenía culpa en que el canónigo se equivocara.

— La Iglesia no otorga canonización al artista — continué —; le perdona su sacrificio en el Arte,

como una culpa, y no es éste materia de mérito para subir a los altares. El milagro del Arte no lo reconoce Roma.

— ¡Son tan rígidos nuestros cánones para evidenciar la santidad! (Logró al fin colar una frase el canónigo.)

— Y por eso el santoral católico exhibe *Santos* que ejercen su heroísmo en materias que no atraen imitación. Se ignora el sufrimiento, la renunciación y el perpetuo sacrificio de la vida que requiere el Arte. Se olvidan los desconocimientos, la pobreza y las humillaciones que implica el primer triunfo... —

Casi dije: — Yo vivo ayunando... (había oído que Doña María Guerrero, para mantener la línea, comía poquísimos) cuando me acordé que no era «Ella» en ese momento.

El contendor, que no debía ser necio, a pesar del poco tiempo que para lucirse yo le dejaba, me explicó:

— Los artistas son glorificados en vida, como prueban estas flores, y por eso la Iglesia lleva a los altares a los desconocidos, a los que pasaron por locos, y a los despreciados...

— Es que justamente son muchos los artistas que quedan tirados a lo largo del camino, para que uno solo triunfe...

Corté bruscamente:

— En todo caso, señor canónigo, me complace haberle conocido...

— Señora, querría mostrarle la Catedral.

— ¡Gracias! He venido con mi esposo todas las mañanas, desde que estoy en Sevilla.

— Póngame a los pies de su esposo.

Y me largué a la calle, seguida de una turba. Hice señá al primer coche y volé a meterme en mi hotel, asustada de mi aventura. Ya al subir al coche la gente se cuchicheaba. Seguramente había sido descubierta. Me sentía mal, como si viniera envuelta en una red de mentiras.

Joaquín me esperaba en el patio del hotel. Le conté mi episodio.

— ¡Tenemos que irnos — me dijo — antes que te descubran!

Me asusté más.

— ¡No! Basta con que no vuelva a ponerme este traje.

— ¿Y cómo hablaste para que no te pillaran?

— No sé cómo; me sentí Doña María y lo demás vino solo. No hice ningún esfuerzo...

Realmente se había realizado el curioso fenómeno. Yo estuve posesa de Doña María Guerrero, y fué grande mi satisfacción de poder decir tantas verdades, para las cuales se necesita autoridad, presencia y hasta majestad... ¡Cuánta falta me hace ahora la dignidad eclesiástica, para decir esas verdades espirituales que la Iglesia no suelta y que yo creo harían tanto bien, en el momento histórico que vivimos! Tengo una compensación, y es que, en momentos dolorosos, hasta gente muy beata ha confesado que yo les he dado más consuelo que los clérigos...

Me puse un vestidito sencillo de colegiala, para pasar inadvertida. Me senté a almorzar, modestísima.

Ibamos después a visitar la Giralda.

A medida que subíamos, el mundo que es la Catedral en su monumental vuelo, iba apareciendo en grandiosos aspectos. Entre la elevación de las naves superiores y las laterales, más bajas, hay magníficas azoteas, guarnecidas con medios arcos de piedra, que los pináculos decoran.

Es la aparición de un mundo colosal, que domina la ciudad y que permite realizar las verdaderas proporciones del monumento. Mientras vamos ascendiendo, se nos descubren las magnificencias fantásticas de la techumbre, vistas en esta otra dimensión de altura y de interioridad.

No conocemos nada, en la vida, mirando del exterior. Precisa penetrar dentro y subir, para comprender.

Ese mundo de la altura sobrecoge con su vastedad de imponente piedra labrada.

Puertecillas pequeñas, comunicantes entre las arcadas, resaltan por su pequeñez en la inmensidad y dan por contraste la dimensión gigantesca del monumento, en que los humanos nos reducimos a tamaño de hormigas. En cada piso de la Giralda, Sevilla aparece más grande. Ciudad blanca, decrepita y chata, pero reverberando siempre en sus muros calizos ese sol africano, y dando la sensación de dulce letargo en un tiempo que fué...

La languidez musulmana envuelve a la vieja Mora — viuda ya irremediablemente de Califas y de minaretes, mudos ya también de la canción del muecín... Desde la altura en que la contemplamos, Sevilla nos entrega su alma de voluptuosidad — ésa que se diluye y se esfuma en la vulgaridad de un pasar, que lucha en vano por conservar su carácter moruno.

El Guadalquivir corre perezoso; la Torre del Oro se dobla en el río como un atalaya que defiende de invasiones... Desde arriba, los patios, pequeñitos, apenas muestran el pozo de verdura perfumada, que se esconde entre los muros blancos.

Esta visión de altura recoge una emoción de Sevilla que nunca logramos abarcar en sus calles, y me significa también que la verdad de las almas no se logra sino en elevación, así como su procedencia sólo en hondura.

Sobre los techos viejos, revolotea aún la legendaria Sevilla de las consejas, de las tragedias, de los crímenes y de ese fanatismo secular que encendió luchas violentas a sangre y fuego entre moros y cristianos.

La altura rescata a Sevilla de su envilecimiento actual y le devuelve su gloria y su lánguida fatalidad.

En el último piso de la Giralda, hallamos a un anciano ciego, que es el campanero. Así, frágil y devorado por el tiempo, maneja esas enormes campanas que, al echarlas a vuelo, parece que se lo llevan a él mismo para encumbrarlo a las nubes...

Contemplo asombrada esas campanas de hierro, que han sustituido la voz del muecín llamando a oraciones, en la amanecida, en el mediodía y en la hora vespéral, como nosotros, cristianos, saludamos la hora de gracia que, en la Mujer bendita, trajo la redención.

El árabe invoca a Dios para que con su Espíritu venga a animar el mundo natural. Nosotros saludamos a María para que germine la vida divina en la naturaleza corpórea.

La Giralda es la dínamo de bronce que anima a Sevilla la Mora, para que sacuda sus perezas musulmanas, domine la carne voluptuosa y hospede al Espíritu.

El ciego, que sin vernos recibe en su seca mano rugosa unas monedas, nos manifiesta su gratitud agitando el badajo de la campana menor. ¡Horrible estruendo, que estremece con su más leve tañido la torre gigantesca, dando espanto de terremoto! Me tapo los oídos para atenuar la hiriente descarga de artillería que da la vibración metálica y la repercusión de los ecos animados por su golpe.

Este llamado del badajo despierta el inmenso ejército de dormidas sonoridades, que se van apagando suavemente hasta extinguirse cual soplo de moribundo...

El viejo ciego es feliz. Su función de campanero lo regocija. Vive en el mundo de las músicas con que en sus repiques, toques a difuntos o anuncios de fiestas de guardar, alarma, alegra o entristece a la ciudad. Cuando repica la Gorda se cree un Rey envidiado por la potencia animadora de que dispone. No cambiaría su suerte por la de nadie. Vive alegre en lo alto de la Giralda. No ve su amada ciudad, pero la siente, la oye... y la quiere, como la mejor del mundo — ciudad de María Santísima, donde cada advocación pertenece a una Cofradía y libra combate con todas las otras.

Bajamos. Me detengo en los cuatro costados de cada piso para admirar a Sevilla bajo sus múltiples aspectos.

El descenso me muestra, al par de la ascensión, el mundo de los tejados, el río y las lejanías, que, como

las *fotos* de frente, muestran rostros completos, de que el perfil es lo menos expresivo.

Sumergir la mirada en los patios, es ver a Sevilla en camisa, y me complazco en esta visión de intimidad, que rompe clausuras y es indiscretamente sincera.

Abajo, me aborda entusiasmada una moza, que hace oficio de portera en la Giralda.

— ¿Conque es Ud. Doña María Guerrero...?

Me río con malicia para tomar tiempo. Joaquín me incita a continuar la broma.

— ¡Ah, sí! — dice ella, ya sin lugar a dudas —. ¡Ud. es la Guerrero!

Me tranquilizo y me halago. No sólo a la vestimenta francesa debo el engaño, (la Guerrero se viste en París). ¡Tengo algo de la gran mujer y eximia actriz! Es el Arte que prefiero.

— ¿Y cómo y por qué lo cree Ud.? — insisto.

— Pues, miusté; yo bajé esta mañana al barullo de las flores. No la he visto nunca en el teatro, pero sí en «Blanco y Negro». Tengo la página clavada, como imagen de *Santa*, en la pared de mi alcoba, y cuando el Cura (Sacristán Mayor) hacía tantas morisquetas para rechazar el carro, yo estaba ahí. Presencié el enfado del servidor de Ud... .

— ¿Y cómo se acabó el enredo? — pregunto, curiosa.

— Pues, porque se enteró el prebendado que cuida la Capilla Real. Fueron a avisarle, y así que lo supo, se entró calladito, puso en sus cabales a Don Antón y lo atracó después. A la señora — dijo mirando a Joaquín — la levantó en andas, mientras Don Antón la olía como a azufre del infierno, y las flores quedaron

hechas un primor guarneciendo las credencias de la Capilla Real. También le dijo Ud. — agregó, ruborosa — que todas las mañanas visitaba la Catedral con su esposo. . . . Quedó el habladero tras de Ud. cuando se marchó. . . . porque la habían visto, no con su hombre, Don Fernando, muy bien mirado aquí, sino acompañada por este señorito, que, con el permiso de Ud., ha de ser el galán joven de las comedias. . . .

No podíamos poner palabra. La portera seguía con su cháchara.

—También se disputaron por el pelo; los *conoceores* decían que era negro, pero otros la habían visto rubia, oro puro, en el teatro, como que las cómicas no tienen pelo propio, sino el que va con la comedia. . . . Uno dijo:— Es el bisoñé de anoche, que no se ha quitao. Y otro aseguró que tenía pelo negro. . . . en la función.

Nos despedimos apresurados. Yo la abracé efusivamente.

—¡Vaya Ud., hija mía, con Dios!

Y la buena portera quedó consagrada con mi abrazo, ya que soy la heroína a quien anoche Sevilla arrojó todas sus flores.

— Ahora sí que debemos partir — dije a Joaquín —. Tú le has armado lío a Doña María y puede Don Fernando mandarte sus testigos. . . .

En la tarde visitamos el Hospital de la Caridad, fundado por Don Miguel de Mañara, que, según logro enterarme aquí, ha confundido la imaginación popular con Don Juan Tenorio, que vivió casi tres siglos antes.

Este Mañara fué un gran tunante, a quien convirtió el Amor sacramentado. Enviudó y por el dolor y arrepentimiento fundó este Hospital.

Es un edificio severo con capilla de estilo greco-romano que data de 1660.

Me habría gustado que este Mañara fuese el verdadero Tenorio; pero, a tres siglos de distancia, ¿cabe que viniera a expiar...? Realizó Mañara de mozo las mismas maldades que el legendario Don Juan; probablemente fué menos cruel. El *Amor* lo redimió — eso que nunca conociera en su vida aventurera, de satánico seductor.

Por aquel tiempo dejaban los cadáveres de los criminales insepultos, para que se los comieran los perros.

Don Miguel, convertido, fundó este hospicio a fin de darles sepultura. La lápida de su tumba inscribe: «Aquí yacen los restos del hombre más malo que hubo en el mundo. Rogad por él».

Su testamento escribe: — «Quiero que mi cadáver, con la cabeza y los pies desnudos, sea cubierto con mi capa por mortaja; sea estirado, sobre una cruz de ceniza, entre un crucifijo y dos cirios. Quiero que me entierren fuera de la puerta de la iglesia, a fin de que mi inmundo cuerpo, indigno de reposar en la casa de Dios, sea pisado por los transeúntes».

Dicen que no hay recuerdo de una vida a otra. Así será, pero aquí se me ocurre que en la humillación remordida de Don Miguel de Mañara, está la memoria de Don Juan Tenorio, transmutada en emoción consciente de repugnancia al pecado.

Agrandado el hospicio por generosas donaciones de Mañara, él mismo se dió título de Hermano Mayor, y servía a los ancianos, enfermos e indigentes asilados allí.

Con el tiempo la confusión se ha hecho tan grande entre los dos personajes, que ha quedado reducido a uno solo, en la mente popular.

El Don Juan legítimo vivió en Sevilla, durante el reinado de Don Pedro el Cruel. La leyenda del *Burlador de Sevilla* carecía de sanción moral, «happy end» que necesitamos para que nos alivie el drama. Don Miguel de Mañara cumplió ese anhelo popular, con su conversión, y rescató en diecisiete años de penitencia sus extravíos. Dióle magnífico fin a la leyenda con la «redención por amor».

En el fondo veo transformarse la más consoladora y amada verdad — ésa que vienen recordando las almas que se despiertan a la vida espiritual.

Sobre la puerta de la capilla apunta una inscripción: «Casa de pobres y escala del cielo».

Encontramos un retrato de Mañara. Lo observo con curiosidad. Su cara larga y quebrada en hondas huellas de dolor, presenta un desencanto horrible. Los placeres le dejaron gusto a hiel en la boca cansada.

De los muros penden obras hermosísimas de Murillo: la Multiplicación de los panes, Moisés en el desierto y dos niños encantadores.

Nadie como el artista sevillano ha sabido pintar Vírgenes, ángeles y niños, dando, en un tono de oro diluido, la divina idealidad de María, el encanto sobrenatural de los ángeles y la gracia de inocente pureza infantil...

Hay también telas de Valdés Leal, mandadas pintar por Don Miguel de Mañara, «jeroglíficos de nuestro último fin», que son de un realismo espeluznante.

Presenta cadáveres en podredumbre viva, que ofenden la dignidad del cuerpo humano. En otra tela, pinta un obispo mitrado y al mismo Don Miguel, muertos ambos. Parece que se observan en la siniestra sombra del fatal proceso de la Muerte. Los gusanos se agitan sobre carnes y ropas.

Dentro de mis luminosas ideas de resurrección cristiana, estas telas me asquean. Comprendí cuánto había amado la carne lujuriosa Don Miguel de Mañara, para empeñarse en aborrecerla tanto, ya que el grado de odio marca el grado de delirio amoroso.

Mucho temería el Hermano Mayor las asechanzas de la concupiscencia, para defenderse con tales horrores de su debilidad carnal. Estas telas son la confesión general del «inspirador» y acusan una conversión debida a miedo más que a amor, ya que los amantes de verdad superan las brevedades de la carne y se elevan a divina inmortalidad... El amor espiritual vence a la muerte burlándose de la degradada *vermine*, que no mordió nunca al Espíritu. Es desagradable el espectáculo y no convertirá nunca a nadie. Fiel trasunto de esa religión española, que, por carencia de amor, recurre al terror.

Joaquín y yo participamos de la misma repugnancia, admirando la maravillosa realidad pictórica. Me dejó, el Hermano Mayor de la Comunidad, impresión de lástima hacia esas almas rudimentarias que, de puro miedo, luchan denodadamente contra la carne rebelde. La contemplan en vil degradación, para

odiarla, siendo que la tentación los asediará siempre en belleza y el recuerdo de su fragilidad añadirá incentivo al precio de su efímero esplendor.

No me marcharé de Sevilla sin visitar al buen Cura que fué mi compañero de viaje a Tierra Santa y a quien parecí tan peligrosamente atractiva. Es «cumplido» que nunca olvida la mujer, así como es irritante aquella amabilidad de ciertas necias, que me decían: — Sólo a ti y a Rebeca Matte confiaría a Fulano (el marido) . . . Ambas les guardamos inquina, con deseos de que se equivocaran por tontas, a pesar de lo inapetecibles que eran sus maridos.

Joaquín no tenía ningún interés por visitar al que en la peregrinación llamábamos «el Cura de Sevilla» — pintoresco personaje, amable y bonachón, cura-párroco en Coria, pueblito distante de Sevilla.

— Te ha invitado por «cumplimiento» — me advertía Joaquín; pero yo estaba cierta de la sinceridad de su convite y de empeñar su gratitud durante su vida entera. Hasta me lisonjeaba de que mi visita sería un memorable suceso, digno de equipararse con la visita al Sepulcro Santo.

Quedan almas buenas y candorosas en este siglo moribundo . . . Yo prefiero acercarme a seres ingenuos y sinceros, que a esos ricos aristócratas o poderosos, iguales en todas partes, unificados en el buen tono de casta y en la etiqueta social estúpida, que borra la personalidad y hace áridas las almas. Tal vez sentiría a España con más verdad en el presbiterio del Cura,

que en el palacio de cualquier grande de España, en que todo sería artificio, farsa y mentira. Me complace merecer gratitud de almas buenas.

En mi tierra, voy a los matrimonios de clase media (pues me agradecen el esmero en ponerme bien la mantilla de encaje) y nunca a los de clase alta, en el Palacio Arzobispal, donde creen que han hecho el favor de invitarme.

¿Cómo iba a presentarme al señor Cura? Era un problema. Yo lo había engañado a pesar mío, por una de esas oportunidades que crea la conversación. Estábamos escribiendo a bordo, frente a frente, en el mismo escritorio, sobre el Mediterráneo. El buen clérigo, jovial y ventripotente, a quien oía conversar en el grupo de los sacerdotes españoles, me divertía por su dejación de acento andaluz y por lo pintoresco de su vestimenta. Llevaba sotana ancha y deformada, que hacía bolsas por todos lados, bufanda de cuadros amarillos y rojos y enormes pañuelos floreados. Comparado con la elegancia de los abates franceses, rasurados al día, con bien cortado traje talar y *rabat* de impecable blancura, era el sevillano una nota de color.

Escribíamos frente a frente y ambos nos quedamos en suspenso, pluma en alto. Nos sonreímos mirándonos... Me refrescaba aquel sano ejemplar de humanidad, espeso y tan sin malicia, como serían los apóstoles del Señor... seres gobernados por las fuerzas telúricas, en quienes el Espíritu Santo sólo logra entrar por el resquicio que en su espesura deja la buena voluntad.

— Miusté, ¿por qué no se ha casao? — irrumpió mi vecino, sin presentación.

— Porque ya no es tiempo.

— ¿Y nunca ha tenido novio...?

— Sí, que lo tuve...

— Ya me lo tenía yo por sabido... y no uno...

—dijo con empaque de conocedor en mujeres—. Cá-sese, para que no sea ocasión de pecado. El demonio anda suelto por el mundo y la mujer es su anzuelo...

Confesarle mi estado de mujer sacramentada era vulgar; le conté que me había casado ocho años atrás, y que estaba separada de mi esposo; (por las maniobras alemanas) callé la causa. Afectado el Cura más de lo que autorizaba el encuentro casual, me contó, a su turno, que su pena mayor era la desgracia de su hermana, separada de un marido infame...

— ¿Y escapó los reales? — añadió angustiado.

— Están enredados en la sociedad conyugal—respondíle. Le merecí compasión desde ese momento, ternura y protección.

Mis compañeros chilenos trataron de mostrarle que era broma. Se indignó de que pretendiesen engañarlo, cuando yo había sido tan sincera. Las cosas quedaron ahí, sin arreglo posible.

Mi deseo de visitarlo con Joaquín, obedecía también al gusto de ponerme en verdad.

Sin necesidad de explicación, cuando lo conozca — pensaba yo — comprenderá y, sin enojo, se quedará convencido... Pero la verdad es de más difícil manejo de lo que creemos.

Por algo Cristo no contestó la pregunta de Pilatos: «¿Qué es la verdad?» ¡Silencio...! En una de sus obras más interesantes, Pirandello dice que la verdad de cada uno es diferente: *Chacun sa vérité*.

Nos pusimos en camino a Coria. El cochero que nos lleva, no va desde hace veinte años. Atraviesa por primera vez esta carretera, que no existía entonces. ¡Santa indolencia!

El trayecto nos da la fisonomía de una España inédita, que no se recibe en trenes. Pasamos por el barrio de Triana, el más característico y popular de Sevilla. La viejísima aldea, de muros calizos y leprosos, con un populacho pobre, dicharachero y lleno de colorido, vive dos siglos atrás. . .

Es un animado rincón de Oriente, bullanguero, con lengua salerosa, invectivas alegres y sandungas perpetuas. . . Obedecen al instinto o más bien a la *gana*. Se vive como manda la *gana*. El tiempo no apremia, las necesidades son escasas y se pasa bien el rato. Este victimario que es el reloj, no había llegado a Triana en 1900. Nadie está afanado. . .

En teniendo asegurado el gazpacho, un trago, una guitarra y un cintazgo, basta. . . Se burla la gente del horrible apremio de vivir. Ellos dirán: «Las aves del cielo no siembran y el Padre Celestial las alimenta; ¿por qué nosotros seremos menos que ellas, afanándonos?» El mañana no les preocupa, la vida que pasa tampoco y la muerte menos.

La fatalidad árabe está disipada por la devoción fanática y obscura a la Madre de Dios, cuyas gracias se disputan puerilmente las distintas cofradías.

— Es un pueblo niño, que duerme la siesta de sus heroicas proezas y conquistas. ¿Cuál será su despertar?

— Como sus antecedentes — me responde Joaquín—. Reposan ahora, resucitarán después...

— El mundo habrá avanzado tanto — replico — que nunca tomará España su hueco entre las naciones. Desde luego perdió las Colonias, la aristocracia está corrompida y el pueblo es ignorante...

— La raza está viva — arguye Joaquín con firmeza —; no lo veré, ni tú tampoco, pero en la próxima ronda grande que dará el mundo, ¿no será acaso España la que inicie nueva era?

— ¡Profeta! — le dije para bajarlo a tierra, admirada de que un hombre en tan estrecho contacto con la realidad, dentro de su idealismo y su sentido heroico de las cosas, se alucinara por España —. No te sabía tan castellano. ¿De manera que después de conocer la organización del Imperio Alemán y la potencia de Inglaterra, ¿persistes en creer que España, este país moribundo, como dice Chamberlain, puede volver a tomar su supremacía?

— No te digo que la misma de antes.

— ¿Espiritual entonces?

— ¡Tal vez! Espiritualidad mayor, por lo menos. Aún hay temperamento, hidalguía, pasión y heroísmo. Cansado el pueblo, se sublevará para crear, ¿sabe Dios qué...?

— ¿También crees que resucitará la China?

— ¡También!

En esto hemos dejado atrás a Triana y yo no he comprado cacharritos...

Las pobres mozas que hemos visto al pasar, tienen cuerpo airoso, se contonean al andar, con elástico juego de caderas, les turgen los pechos firmes, llevan

bien terciado cualquier trapo de rabioso color, y el clavel rojo luce en cabellos negros lustrosos y bien oprimidos por tenacillas.

Recuerdo a Santas Justa y Rufina, cacharreras de Triana y las más guapas mozas de Sevilla. No creo que caminasen cabizbajas y taciturnas, ya que la gracia no es pecado en tierra de María Santísima, colmada de gracia.

Para quien conoce la campiña de Francia, tan coqueta y bien cultivada, o el campo de Inglaterra, con su añosa y opulenta verdura, o bien la Suiza, en que la naturaleza es puerilmente idílica, parecería muy feo el camino que atravesamos; pero tiene un encanto oculto en que aflora el alma de la vieja España, el espíritu andaluz, jocosos o retozón, que anima la aridez de la tierra pardusca... Ese aspecto ruinoso de cosas murientes, da la poesía misma del paisaje. Los sitios no hablan por su exterioridad sino por algo íntimo, que es su pasado, y por las almas que allí vivieron.

Tal vez Joaquín tiene razón. La raza duerme, pero aquí hay algo grande, indestructible, que será semilla de vida futura...

Aun atravesando el barrio de Triana, siento en el pueblo miserable algo tan originalmente vivo en su misma caducidad, que no tienen los pueblos nuevos, relucientes, simétricos, con gentes bien vestidas y afanadas en su vida laboriosa...

La vejez de esta abuela patria que me parece España en su atraso, tiene algo de único y permanente que no mata el tiempo. Lo siento sin lograr explicarlo.

En el intenso colorido local que guarda este mundo decrepito, hallamos sabor de la tierra nuestra, en armonía de costumbres y tradiciones, destinadas, si se quiere, allá, pero que nos hace todo simpático y comprensible...

Nosotros marchamos, España se inmoviliza y su mayor encanto es el de transportarnos a siglos pretéritos.

Aquí está nuestra raíz, la razón de nuestra modalidad, ese algo de único y permanente que es la esencia de cada raza, aunque habite distinta tierra.

La raza es la morada que hospeda el alma, y el cuerpo es la tierra en donde se ha formado. La sangre, no obstante las modificaciones que le imprime cada suelo, guarda las experiencias y sirve de cauce al Espíritu, por temperamento e inclinaciones y sobre todo por subconsciente sabiduría.

¿Es fea España? ¡Horrible! No sólo está atrassada, sino decrepita; pero, la raza es superior, qui-jotesco el carácter, azul el cielo, nobles los modales y enfática la lengua, digna de Reyes y conquistadores, propia de gente con autoridad y derecho de mandar...

Se muere España altiva y grande, sin copiar a Francia, desdeñosa de lo que sucede en el Continente, y sin interés por lo que hace esa Europa a que en mala hora quedó pegada...

Soberbio es el crepúsculo de Castilla... Está fuera de tiempo y no se inquieta la península, como si presintiera que aunque la sobrepujen los otros países, ésta no es su hora. La hora suya propia, de entrar en vigilia, ha de sonar.

¡Me sorprende esta falta de afán en mundo tan agitado y me encanta también la nobleza de las actitudes, que repiten gestos ancestrales!

Un mendigo cubierto de harapos tiende la mano en un camino, cual príncipe que dijera: — Doy a usted la oportunidad de hacer una buena acción... recuerde que por este camino de la vida no pasará nunca más y que a mí no me volverá a encontrar. ¡Jamás! ¡Aproveche la ocasión!

¡Si pensáramos en eso! Desgraciadamente lo aprendemos tarde y con qué duras experiencias...

Atravesamos olivares, naranjales... y Coria aún no aparece. Está más lejos de lo que imaginábamos, al aplicarle el título de «Cura de Sevilla», como quien dice Arzobispo, al buen Don Enrique, que no lo era más que de una aldehuela perdida en campos casi incultos.

Los cargos no caracterizan a las personas, sino su propia personalidad. Mi presunto Cura de Sevilla fué en la peregrinación el más genuino representante de esa España perezosa, noble y confiada. Y además el emisario de esa bendita tierra de Andalucía en que ni a la lengua se le guardan fueros, mutilándola por pura flojera. ¿A qué gastar fuerzas en vocalizaciones, si con letras de menos la palabra lleva el mismo sabroso contenido?

Vengo pensando en la manera de presentarme con este marido, que el Cura supone tan malo. ¿Qué reacción le producirá el verme así en tan brillante pareja? Mi carencia de psicología me hace creer que todo lo explicará la presencia, sin advertir que en razas distintas, o ya diferenciadas, no caben chanzas.

Lo que en un pueblo es respetable, en otro es insultante. Las mismas palabras transmutan su contenido, por uso y abuso.

Grupos pintorescos de niñas y mozos, en traje de trabajo, vuelven de sus faenas. Los hombres llevan faja colorinesca, que les cae en lazo sobre el pantalón. Las mujeres van con la cabeza atada algunas y otras con rebozo terciado... Vienen canturreando alegremente, la cintura en cimbra, la frente alta, todavía dueñas imaginarias de un mundo que perdieron...

Nos miran con asombro, como si nunca por aquellos rústicos parajes cruzase un coche con señoritos bien compuestos.

Pasamos por una aldea suspendida en una colina, que es sólo agrupación de miserables viviendas blancas. Alguna vez he soñado con tierras así; la impresión que me dan, la había sentido dentro de una atmósfera muy mía, antigua y dulce, con un íntimo sabor inexplicable. ¡Miseros pueblecitos, con secreto encanto, que siento tan hondo y que no logro definir!

¡Llegamos a Coria! Según nos parece, un pueblo que divisamos. Joaquín da al cochero orden de buscar la parroquia. El auriga se vuelve y nos dice: —¿Qué parroquia vamos a buscar, si allí viene un fraile? (manera como habla el pueblo español). El fraile es su enemigo, pues mientras pesa tanto sobre ellos la necesidad del trabajo que preferirían renunciar hasta a comer, el fraile, según ellos, se ha metido a la Iglesia para descansar y ser alimentado.

Por la seguridad con que el cochero anuncia la aparición del fraile como término de nuestro viaje, comprendemos que un Cura es único en esos sitios

y que sirve varios de esos pueblitos, en que no es honra vivir.

Cojo mi lente y descubro a mi buen amigo de Jerusalén. Viene caminando bonachón y despreocupado, con su enorme vientre de avanzada. Decora con su bulto grande, alto y grueso, las líneas flojas del paisaje...

Me asalta el temor de importunarlo, sorprendiendo su pobreza, pero luego de fruncir los ojos en asombro de vago reconocimiento, casi en visión de otra vida, me tiende unas manos blandas como nidos.

Joaquín le produce un terrible sobresalto... Trepida, se lleva la mano a la teja y la baja, pero luego que «El» le tiende la suya, echa el ancho sombrero al aire, campechano y cordial.

No hubo presentación — ¿ni para qué? No iba yo a decir:—«Este señor que me acompaña es mi esposo», siendo que el Cura me tenía en concepto de honesta mujer, bien atada por la Iglesia. Una reconciliación es la consecuencia lógica del nudo indisoluble... Al vernos venir juntos, suponía yo, todo estará explicado, y si algún temor tuviera al consejo de sacar los reales de la sociedad conyugal, yendo con mi marido había de suponer o silencio mío o comprensión suya.

Nos dijo que su casa quedaba aún lejos. Le rogamos que subiese al coche, pero no hicimos el cálculo de resistencia del vehículo, que crujió de manera lamentable y que temimos se desfondase. Yo pregunté al cochero en voz baja, mientras el Cura se instalaba, si los caballos podrían continuar. Quedé hecha un *sandwich*.

A pesar de ser poco psicóloga, noté que el Cura carecía esta vez de llaneza y de sus ponderaciones habituales. Guardaba cierta recelosa cautela reticente. Tal vez Joaquín lo intimidaba, pero en su apacible fisonomía se pintaba la bondad de su alma.

¡Qué miseria de pueblo! Hasta la carretera se pierde antes de llegar a la feligresía... Nos apeamos del coche sin divisar la triste parroquia de campo remoto.

El cura, quietísimo, en majestad de función y estado, marcha adelante en la callejuela miserable. Yo vengo sufriendo humillación por él, que no tiene sino la gloria de ser andaluz y nacido en tierra de María Santísima. La puerta de la casuca se niega a darnos paso, pero después de llamar en vano a la criada, «Purificación», se ingenió no sé cómo y entramos.

Obscurísimas y sordidas piezas chatas componían la casita. Quiere mostrarnos primero la iglesia. Busca un velón y, ya con la luz encendida, nos precede. Su andar es pausado e importante, como si nos llevara a una gran basílica. Alumbra el altar mayor para que veamos la imagen de bulto, vestida con antiquísimo atavío de lamas de plata mohosas y estrella de metal en la frente.

— Es «la Estrella Matutina» — dice con solemnidad —; siempre ha sido la advocación de este viejo pueblo de Coria.

No es de renombre como las Vírgenes de Triana, ni tiene riquezas, pero hace favores. ¿De qué sirven mantos de oro y pedrerías, sin milagros?

Creo que los andaluces no conocen la estrella matutina. Luego el Cura explica que los parroquianos

quieren más a la Virgen de las Angustias, que está cubierta con manto negro y clavado el corazón con siete puñales de plata. ¡Comprendo! Cada uno busca lo que le falta, y la Señora de las Angustias debe de dar consuelo, pesetas y solaz.

— Han de saber Uds. — dice —, que aquí somos muy celosos de nuestras Vírgenes, y el cofrade de una advocación es enemigo de todas las otras...

Con su gran barriga y mucha gravedad, el señor Cura nos muestra todos los altares.

Cada imagen es de bulto, vestida con trapos, cabellos de pelo natural y rostro pintarrajeado. — Es honra que concede Dios a raras mozas, tener linda cabellera y cederla a la Virgen de su cofradía, cuando empieza a ponérsele opaca, por haber sido cortada a una difunta — explica. Mira de reojo mi pelo insurrecto y temo que me encuentre digna de tal honra.

De la iglesia nos lleva al pequeño huertecito. Nos siguen varios chiquillos y además una moza (así se dice). Es la vieja criada del Cura, fea como cuca y arrugada en cruz.

Forma parte integrante de la casa, ayuda en las recepciones y hace las amabilidades del caso a su manera, que no por ser rústica carece de sabor lugareño.

Nos mira complacida:

— Yo se los oía *mientar* mucho al Padre, pero al no conocerlos, no hacía atención. No me los figuré ni por lo alto que me los ponía.

El Cura intervino:

— De la señora hablé...

— Que Su Reverencia compadecía por la desgracia...

Se puso rojo:

— Vamos, que no era pa dar lástima...!

Salvó la situación un chico que se trepó a un granado.

— ¡Coge las más gordas! — le recomienda al rapaz y lanza un mudo reproche a la vieja.

El niño va despojando el árbol y al descubrir la más grande, prorrumpe:

— Esta sí que es *granada*.

Se siente la complacencia de esas buenas gentes al obsequiarnos con lo mejor que tienen.

Nos lleva después al comedor. Lo deduzco por la mesa y cuatro sillas de paja. Es más que franciscana la pobreza. Abre el cura la alacena oculta en la pared, y saca un grueso salchichón, que corta en rebanadas. Presenta botellas de vino y con gravedad recomienda:

— Sin ser de lujo, es de calidad decente.

No hay cubiertos ni vasos. Sale en busca de la moza, que con mucho afán aparece con dos vasos, que tiempo ha no saben de agua. Joaquín coge finalmente una rebanada de salchichón, como si sus dedos fuesen tenazas de oro. Le pasa mi vaso al Cura y bebe a su salud y luego me traspasa el suyo a mí, para que beba también con nuestro amigo. Continuó la maniobra de beber cuatro personas en dos vasos, sin alterar rangos, sirviendo uno para nosotros dos, el de Joaquín para el Cura en el primer trago y el mío al final para la moza.

Quando la vieja sirvienta echó su traguito, se hizo aún más obsequiosa. Sentada al frente, lamenta que no hayamos venido a media tarde para hacernos el recibo *de primera* que merecemos, con platos a nuestro gusto.

El Cura alaba la mano que Purificación tiene para guisar...

— ¡Don de Dios!

— Favor que me hace el Padre, porque en enseñándome el gusto, yo se lo hago.

Siente que sea tarde para tomarnos flores.

— Aquí, en tierra de Coria, dan más fragancia que en Sevilla, tan renombraa por sus jardines.

El señor Cura anda afanado buscando algo... La moza disculpa que no hayan tenido ahora cosas de apetito, por la venida imprevista, que los ha atrapado en descuido. Vi que el Cura se alejaba.

— Pero lo que no me contó el Padre — continúa ella — es que era tan guapísimo el señorito de Ud.

Yo respondí con naturalidad:

— Mi esposo estaba en Berlín durante nuestro viaje, porque es militar.

— Bien decía yo que era *inglé* porque también hay ingleses pelinegros. Muy cerraos son de habla, pero a facha y a guapeza, nadie se los lleva por delante... Aquí llegan, no como el señorito, de buena manera, sino con mando y empaque, pero las sacan duras... Nadie les entiende hasta que tiran a relucir los duros.

Vuelve el Cura con una canasta de melones que coloca sobre la mesa. La moza parte uno y lo prueba mordiéndolo por un ladito... Pronuncia su irrevocable fallo en alta voz:

— Este sabe a vinagrillo.

Queda condenado el melón con las tripas de fuera. Rompe el vientre a otro, y da su sentencia:

— Este salió de recibo.

Así era; lo saboreamos deliciosamente, dentro de aquel albergue patriarcal, en que si faltan reglas de cultura, se cumple la hospitalidad bíblica.

La noche ha caído. Dan luz mechas con aceite, que por cuatro ganchos salen de una especie de candelabro — tristísima luz de tiempos reculados.

— Dice el Padre que teme al petróleo — explica la vieja moza.

Nos sentimos muchos siglos atrás; creemos vivir en otra época, allá cuando los conquistadores salieron a buscar el camino de Indias, por el ancho mar, tentados por las especias, esos ricos productos que el sol cuece en otras regiones del mundo. ¡Y qué aventura aquélla de echarse a la mar! Me asombra que de seres tan pacíficamente cordiales haya salido la más maravillosa aventura — ¡el nuevo mundo descubierto!

Luego de llegar nosotros, Don Enrique había salido a dar de beber al cochero... Joaquín teme que nuestro auriga tenga la cabeza turbia y va a encontrarlo, mientras el Cura me muestra las adquisiciones de objetos piadosos hechas en Tierra Santa para la feligresía y que reparte según mérito.

Fué un pretexto para hablarme a solas...

— Hija mía, ¿qué habéis hecho? — me imploró, angustiado...

Creí que me reprochaba el haberme juntado con mi marido...

— ¿Cómo os habéis entregado al pecado?

¡Entiendo! El cree que Joaquín es mi amante!

— ¡Señor Cura! — afirmo indignada —. ¡Es mi esposo!

— No me engañéis, hija mía! Varones de esta calidad, son rebeldes a coyunda. Todas las mujeres se los disputan y ellos, ¡vamos!, se reparten y hasta creen honrar el don que en su varonía les hace Dios.

— ¡Señor Cura, yo se lo juro (había un crucifijo) aquí ante el Señor, que estoy casada con él... que fué broma lo que le dije en el barco.

Seguía dudando.

— Por muy poco mérito que Ud. me encuentre, sepa que este hombre me ha querido desde siempre... El amor es irracional; entra el Destino.

— O el Diablo — añadió él. No me creía.

— Si quiere, vamos al confesionario y se lo digo sacramentalmente, junto con mis mentiras anteriores, para que Ud. me absuelva.

Llamé a Joaquín.

— El señor Cura no cree que somos casados...

Se rió, le estrechó la mano.

— ¡Desgraciadamente, señor Cura, me atrapó la Iglesia y esto ya no se remedia más que con la muerte!

Quedó convencido inmediatamente.

— Pues, miusté: me habló tan de veras, que yo le creí y no presté oídos a nadie más... Siendo que se ha de escuchar a las dos partes.

— Dígame, Padre, ¿y por qué se imaginó Ud. eso?

— ¡Pues, vamos!, porque es Ud. vivaracha, atractiva, y débil el hombre.

— Es aún peor lo que ha creído — replicó agraviada —. A Ud. le pareció mi esposo superior a mí y se imaginó que se pagaba un capricho así, de mal gusto, como todos los caprichos, que no son de calidad, sino de ocasión...

Tuvo mucho que alegar el Cura para dejarme contenta, y de culpable que era, me mostré ofendida de su fea suposición.

El cochero se ha dormido. ¿Sueño natural o efecto de copas? Nos apresuramos en despedirnos para Granada, adonde seguimos pronto. Nos recomienda Don Enrique a su sobrino, Cura también de la Parroquia que está arriba, en el bosque de la Alhambra.

Nos advierte que es un joven sencillo, pero que su nombre suena en la ciudad. La moza también manda recado a la feligresía, en que la criada del otro Cura es su sobrina.

Llevamos de Coria miserable impresión. Ni la carretera llega a la parroquia. El camino es pésimo.

Vemos cuevas abiertas en el cerro, que están habitadas, aunque el aire interior — dice el Cura — es el mismo que entró cuando las abrieron.

Nos traen todavía dulces y nos hace subir al segundo piso para que conozcamos todo. La escalera es de buhardilla.

Nos muestra su cuarto, el de la moza y el despacho, adonde pasa a hacer las *apuntaciones* de su sobrino y de su hermana, en Granada, quien nos mostrará el manto de la Patrona. Estos mantos bordados con oro y pedrerías constituyen una verdadera riqueza, cubren con ellos las imágenes en las procesiones de Semana Santa, y es furiosa la competencia de las Hermandades en el atavío de sus imágenes. Ahueca la voz y con toda la gravedad de su acento, agrega:

— El manto de la Esperanza de San Gil es una maravilla que sale en Semana Santa. Provoca envidias, que llegan a resolverse en puñal y sangre.

La moza añade que también salen de lujo las dos servilletas amarillas que el señor Cura trajo de su viaje por París de Francia.

Salen sólo cuando repica la Gorda (una campana de la Giralda), es decir, como esta tarde, para nuestro recibo.

Reparo ahora en que nos trajeron dos servilletas amarillas de crea con bordados. ¡Y yo tan tonta! No me sorprendí ni las alabé, siendo que estaban en el mismo rango que el manto de pedrerías de la Virgen aquélla que sale por Pascua de Resurrección, al repique de la Gorda.

Las tales servilletas, muy ordinarias y tiesas de almidón de fábrica, no han sido usadas nunca, pero, como venidas de París, se las trata cual objetos preciosos, y aun me parece que la moza no tiene derecho a tocarlas, pues el Cura las tomó por su mano de la alacena en que estaban condenadas a perder su virginidad en nuestros labios.

Llevamos una gran pañuelada de nueces, un cartucho de jazmines, confites envueltos cada uno en papel de color, muchas granadas y un abanico de plumas, que me obsequió el señor Cura, por si acaso calentaba el sol en Granada.

En camino al coche, me recuerda siempre que me dió buenos consejos; estaba seguro de que Dios me ayudaría por ser niña buena. Confiaba en que lo permitiría así el Señor, que sabe arreglar las cosas... Y aunque aflige mucho a los buenos, «aprieta pero no ahoga», mientras que a los malos los deja sueltos, para ajustarles cuentas en la otra vida.

Salimos con la noche ya bien entrada. El cochero despertó algo avispado, moviendo la fusta, que yo le quité por creer que el caballo, a causa de estar a secas, no iría gustoso a hacer cabriolas.

Sentí alejarme de este buen hombre. Es una de las formas de mi sensibilidad el sufrir en ocasiones la punzada del tiempo, como advertencia de que este camino se recorre una sola vez, sin posible repetición, y que no nos encontraremos ya más. Desgraciadamente, respecto a los seres que más amamos no nos advierte nada el tirano Tiempo, y encarga a la Muerte de asestarnos por su mano el golpe de gracia.

La noche está oscura; sólo se divisan lucecillas débiles, de lejanas aldeas, y la sombra de árboles que marcan la ruta.

Joaquín aprovecha para hacerme uno de sus habituales sermones: — Ya ves cómo una simple broma y la mentirijilla consiguiente, engendra muchas otras... y produce desconfianza. A lo mejor se queda el Cura creyendo que éramos pareja de lance...

Yo era verídica a punto de convertírseme el empeño de verdad en manía neurótica. Vine a descubrir la mentira tarde en mi vida, porque sólo tarde tuve conflictos propios y secretos ajenos en que es caridad ocultar la verdad.

Llevamos de esta feligrésía — curato — una impresión que nos resume al pueblo español, sano, hospitalario y generoso.

Me cuesta figurarme a esos malos Curas corrompidos, que odia el pueblo. A éste lo he encontrado en un grupo de selección, entre los pocos que hicieron la peregrinación a Tierra Santa.

El regreso de noche por esas viejísimas aldeas, cuya caducidad muriente se exhala de cuartuchos mal

alumbrados, en que se reúnen seres miserables, con puertas abiertas al camino, nos impresiona más que a la venida.

Así desfilan, al paso de nuestro coche, Jélvez, San Juan de Aznalfarache y Triana.

La vejez española encierra un alma diferente a la de los pueblos italianos. Se respira aquí la mortal quietud que suma el cansancio de haber vivido demasiado... hasta el agotamiento, traducido ya en carencia de aspiraciones, indolencia y embrutecimiento completo. Los pueblos italianos tuvieron, en cambio, la vital inyección del Renacimiento.

Triana, así tan pobre y vieja, vive en la juventud de sus mozas, en los bailes y «cantes jondos» con que Arabia mantiene todavía el embrujo de Sevilla.

— ¿Por qué martirizaron a las Santas Justa y Rufina, cacharrereras de Triana?—pregunto al silencioso cochero, que tememos se duerma sobre el pescante y nos precipite al río.

— Pus, porque se quedaron con nuestra religión, sin dar loas a los santos de ellos — los árabes —, prefiriendo que las matasen, antes que ser reinas moras, que lo habrían sido por guapas...

Viene con la cabeza muy despejada. Quietud.

Estos villorrios que hemos atravesado de noche, me condensaron la intensa emoción de esa vieja España, de ya desvanecida gloria, y cuyos hijos, resignados a su abyección, sólo desean pasar bien el rato (ni siquiera alargan su mezquina ambición a la vida) y se contentan con poco — comer algo, bailar, cantar y tener corridas de toros, último ejercicio de la cruel violencia y coraje de la raza decadente...

Seguimos recorriendo Sevilla, para aspirar el ambiente de su *clima* especial.

De los viejos ventanones cuadrados, cubiertos de enredaderas, donde el flamenco o el majo a caballo canta la serenata a su manola, quedan poquísimos, pero tienen el alma de las amorosas endechas que amarraron corazones por una primavera.

La calle de las Sierpes bulle animadísima. Circula un alegre gentío, exento de las preocupaciones prusianas, a quien no afana el transcurso rápido del tiempo sumado en dinero, como en Londres. Aquí se respira el inmotivado placer actual, de vivir por vivir, con descuido del mañana, confiado a la divina providencia.

Las fiebres de las ambiciones no devoran a los españoles, ni menos a los andaluces... No les aplasta el peso de las complicaciones modernas — ambiente que se hace más sensible en Andalucía. ¡Todo va mal en España! — ¡Pues sí señor! ¡Qué quiere Ud. con los malos gobiernos!; pero en teniendo jaleos y juergas y toros, vamos pasando... ¡y vaya Ud. con Dios!

Sólo ahora siento el profundo sabor de esta frase, que es humilde y resignada oración a las divinas fuerzas que mueven el mundo, y que a todos nos llevan, cual más, cual menos, en la ilusión de servirlos unos, de mandarlas otros y de dejarse conducir aquéllos...

La ignorancia popular es completa, absurda y grosera la religión, pero con fondo de inconsciente su-

misión y confianza a toda prueba... Menos fatalistas que los árabes, dejan a cuenta de la misericordia del Señor el juicio final.

Terminan a cuchilladas las violentas peleas, que se suscitan por creer cada contendor, entre la eferescencia del vino y la violencia del amor — parte de la religión —, que es superior a todas la patrona de su devoción.

Los de Triana se pelean con los del barrio de la Macarena, y los cofrades de la Consolación de Utrera, con los de la Esperanza de San Gil.

Guerras a muerte, sin cuartel, se libran por estas rivalidades, y de la buena intención se hará cargo el Señor.

Las imágenes de estas advocaciones lugareñas son ridículamente grotescas. Figuras de madera pintada, con cabellos rizados de pelo natural y trajes de trapo, con todas las zarandajas imaginables...

Materia del mayor lujo y también de orgullo son los mantos de las Patronas, que cubren las imágenes desde los hombros, y que llevan colas de varios metros.

Cada Cofradía viste a su Dama con la mayor riqueza posible, tratando de sobrepujar a todas las otras. Estas Patronas de Cofradías van infundiendo tan vivas emulaciones y rivalidades, que al menor estímulo degeneran o culminan en sangrientas riñas a puñal.

Los mantos, cual usan las reinas en las Cortes, son de riquísimas telas — terciopelo o lama de oro—, y guarnecidos con tesoros de pedrerías. Las mujeres entregan sus joyas para recamar esas telas de piedras

preciosas. Suman millones de duros los tales mantos, en que hasta las telas desaparecen bajo los bordados de perlas, que les dan relieve de algunos centímetros.

Otra ceremonia exclusiva de Sevilla, junto con el esplendor de las procesiones de Semana Santa — Los Pasos —, es el baile de los *Seises* en los días del Corpus Christi, junto al Sacramento Eucarístico. Eligen niños hermosos, que no alcanzan edad de razón, y que vestidos con túnicas azules y rojas, sobre faldas blancas, bailan con tan armoniosos movimientos, que es música viviente el cuadro.

Los Papas mantienen la tradición por la pureza y gracia del espectáculo que compone esa ceremonia religiosa.

Es curiosa también la manera que los andaluces tienen de tratar a toda mujer que cruzan en el camino.

Precisa decir siempre algo a la dama, y no significa «frescura», como diríamos nosotros, ni poca consideración, sino respeto, obsequio al bello sexo, por serlo, aunque carezca de belleza su atributo consagrado. Si en todas partes somos el «sexo débil», ¡qué ironía!, en España somos siempre el sexo bello.

También en las cuchufletas envuelven el defecto que quieren marcar. A mí me encontraban excesivamente delgada, y me aconsejaban al paso: «Come, chica, para que redondees».

La *flamenca*, que es la perfecta sevillana, no se ve en la calle, con su clásico traje de falda corta y chaquetilla bordada. Sólo van las mozas con el mantón de Manila terciado o ceñido al busto, cimbreándose sobre las caderas y poniendo en ondulante danza

las franjas del chal, mientras el risueño rostro y los encendidos ojos asoman por entre las blondas de la mantilla, bajo la alta torre de la laboriosa peineta de carey con que se sostiene la elevada construcción.

Necesitamos una dirección y nos mandan a la oficina de un dentista, frente al hotel. Sale una ancha señora, en sincero *negligé*, que sin previa presentación y sin remilgos nos coge afectuosamente las manos. Antes de darnos la dirección pedida, en un torbellino de palabras nos enteramos de su estado, condición y pesares...

En estos climas hermosos, que predisponen a la pereza, y teniendo la vida menos cargas y complicaciones, el espíritu se mantiene más elevado, sin esa urgencia de dinero a que la necesidad del lujo esclaviza.

El absoluto desconocimiento de las mil fruslerías que hacen el *confort* de la existencia, y aun la carencia de los usos higiénicos que consideramos indispensables y que a los sevillanos no hacen falta, les da una llaneza envidiable. El ambiente se purifica, sin etiqueta, vanidad o buen tono...

En la carretera que corre cerca del Guadalquivir, bajo olivares y eucaliptos, observamos en tabernas, alumbradas con petróleo, que la gente reunida al borde de un pobre mesón, o charlando descuidada sobre un banco de palo, tenía esa alegría sana que se contenta con nada.

La vida, en su extremada sencillez, no los agobia con tribulaciones. Un trago de manzanilla o una tonada al son de la guitarra ahoga los pesares.

El viajero tampoco encuentra esos fuertes contrastes de opulencia y miseria de las grandes ciudades. Ni notas trágicas, ni personalidades complicadas. ¡Nada de eso! La existencia es festiva, y en pasándolo bien y en teniendo jaleo, ¡ya estamos!

Tal vez el paganismo de la devoción, que da tantos fueros a la carne indómita, y el haber exagerado el pecado de herejía, con descuido de una sensualidad rayana en lujuria, dan este sano equilibrio a la raza. La Inquisición acabó con todos los llamados *chiflados*, gentes que por lo general alcanzan otro plano de conciencia.

Con esa mutilación del cuerpo social, el cristianismo perdió todos los espíritus liberados, en quienes se desarrollaba la conciencia individual — o sea, Cristo. Quedaron los *simples*, pertenecientes a categoría de *felos*, que se someten sin saber por qué y viven sin conciencia.

No hemos conocido en Sevilla más que gente menuda, fondistas, sacristanes, guías, cocheros — pueblo únicamente. No podemos juzgar sino de la excelente y primitiva pasta en que se elabora la raza.

El pueblo está dormido. Aparte de la murmuración de los alberguistas y mozos contra los malos gobiernos y el atraso de España, no se siente energía alguna de lucha, sino el sopor de una resignación completa. ¿Es fatalismo o inercia? No sé. El pintor, que no nos ha abandonado desde que le conocimos, responde a mi observación de que en Sevilla y Córdoba se ven menos contrastes de miseria y opulencia que en otras ciudades.

— En el resto de España — me dice —, la nobleza es riquísima, y la miseria de sus trabajadores y las condiciones de vida que les dan son deplorables. Tienen los *grandes* predios enormes, bosques inmensos, reservados a cacerías, mientras el pueblo en torno perece de hambre. Es una aristocracia viciosa y corrompida.

Con estos datos acabo de poner lápida a la tierra española. Y en su epitafio, sólo escribiría: *Muerte de consunción*. Mujer que amó mucho y que repartida en demasiados hijos, se extenuó.

Joaquín llega a punto con los billetes para tomar el tren que nos lleva a Granada. López Cabrero le repitió el resumen con que yo condenaba a Sevilla.

— ¡A toda España! — protesté—. ¡Este país ha muerto! ¡Que le baste el descubrimiento del Nuevo Mundo! ¡Ya es gloria suficiente! ¡Colonizar un Continente! ¿Qué más quiere? ¡Ahora morfina que le dé fuerza para morir sin pena...!

Nos instalamos en el vagón. Joaquín me ha escuchado mientras dirige al mozo de cordel que arregla nuestro menudo bagaje en la rejilla. Desciende majestuoso del vagón (siempre y en cualquiera ocasión tuvo nobleza de actitudes), enciende su cigarrillo, vuelve a nosotros desde el andén y dice a López Cabrero:

— ¡Aunque pese a mi mujer, empeñada en condenar a España, yo afirmo que España resucitará más gloriosa que nunca, y lo creo porque es el país que se ha dado y se ha sacrificado más!

Picada, añadí:

— Resucitará, como Cristo, en gloria para el cielo, pero no para la tierra, que bien mermada y dormida está en su decrepitud...!

El español participaba más de mi idea que del optimismo de Joaquín. Partió el tren con buenos apretones de mano y ¡hasta la vista! El artista había cerrado su caja de pintura y guardado los pinceles desde que nos conoció, aquella mañana que lo encontramos pintando bajo el emparrado.

Es tan cordial y desinteresado el carácter, que un comerciante a quien pedimos una dirección, cerró su tienda, echó al parroquiano sin ajustar el negocio y nos acompañó, hasta dejarnos donde queríamos.

Almorzamos en Utrera, término de la romería, que es una de las más famosas, a la Virgen de Consolación. Se comía en *table d'hôte* (desaparecidas ya desde hace tanto tiempo). Era agradable por la gran familiaridad que se establecía.

No se levantaban todavía las barreras; no ya sólo de clases y de fortunas, sino de separación personal, en que era de mal tono hablarse por el gusto de conocer la voz de un prójimo a quien venimos mirando la nariz.

En mesa de huéspedes siempre se destaca un tipo ameno... Esta vez me entretuvo un señor de gorra mandando a un mozo galoneado, que venía a darle cuenta de la instalación en el vagón de los numerosos bultos que componían su equipaje... mantas, frascos, jaula de pájaro, valijas, sacos, etc. Debía de ser un grande de España — hombre muy averiado por la vida, con bisoñé (peluca), afeites, pintura y el cansancio mayor de todos, el de tener cuanto da el dinero, y nada de lo que da el alma por propio esfuerzo.

El mozo, que nos servía complaciente y amable como buen andaluz, aunque poco afanoso para la premura de mis nervios en viaje, añade perdices a mi almuerzo, fuera de *menu*. No aparecen en la cuenta. Joaquín exige el precio para ajustarla, y como se resiste, le paga las perdices por fuerza, echándole monedas en el bolsillo del delantal. Nos sigue al tren y devuelve el dinero de las perdices: — Vamos, quite Ud., señorito, que ha sido en festejo de la dama de Ud.

Yo debí tratarlo con esa amabilidad que poseo en igual grado que el mal humor, para hacerme simpática o desagradable.

Antes, cuando era sana, tenía gracia dulce; ahora se me ha añadido al repertorio gracia con vinagre y ají, que desgraciadamente no manejo a voluntad. Si mis nervios se sublevan, me irrito, y el *ángel* que con exclusión de toda otra cualidad recomendaba mamita Lolo, cede su lugar a Lucifer.

En la complacencia con que sirven los mozos españoles no se traduce esa *servilidad* francesa, sino cierta altiva generosidad de probar que la baja condición no excluye la largueza, en prueba de simpatía.

Durante el almuerzo, el mozo me sonreía.

— Está Ud. contenta, ¿eh? ¿Le saben bien las perdices? Esta es tierra de mucha cacería.

¡Utrera! Y el orgullo de su tierra le cantaba en la voz. Realmente las perdices que me dió de lapa, eran sabrosísimas y con unos aliños picantes que saturaban la esponjada carne blanca.

— ¡Excelentes! — dije —. Compiten en calidad con el manto de la Consolación de Utrera.

— Rivalizan con los pavos de mi tierra — añadió, con amor de la tierra mía.

— ¿De dónde sois vosotros?

¡Temida pregunta que me hace callar el nombre de mi patria, para ahorrarles a ellos la vergüenza de ignorarlo!

— ¡Somos chilenos! — contestó Joaquín con voz de satisfacción, en cuyo timbre grave, cuando pronunciaba la frase, vibraba el combate de Iquique, con Prat saltando al abordaje.

Para «El», Chile era el más grande de los países de América, por sus glorias militares y su organización civil, en que la Constitución misma atropellada, provocó una guerra fratricida.

El mozo se puso una mano en el mentón y repitió:

— ¡Chinelos!

Salté yo:

— No somos de China, sino de Chile, el país más bello de las colonias españolas.

— ¡Ah! por eso habláis bien, pues yo estaba cavilando en que no seríais «ingleses», tan duros de lengua y con pretensión de ser adivinados... Aquí en Andalucía no les entendemos naa, hasta que sacan a relucir los «oros» gordos, de que traen repleta la petaca. ¡Pus, que los dejen!, decimos, si quieren que les adivinen la maraña de su habla, la más fea de todas...

— Mande Ud. ¿Qué más quiere? — agregó.

— Café — respondí entonada.

— Pues lo tendrá en seguida.

— ¡Que el café sea caliente!

— Pues ya lo probará Ud.

Mientras va, observo a Joaquín que nuestra nacionalidad no ha creado ningún vínculo con el mozo.

Nos sintió amables antes, y en prueba: las perdicés que nos regaló sin saber que éramos chilenos... ¡El café llegó helado! Y no hay espera... Hago un dengue:

— ¡Está frío!

El mozo me mira sonriendo tranquilamente.

— ¿Está Ud. cierta?

Su amabilidad no da lugar más que a observación sin reclamo. Se ríe uno, pues no cabe enojo...

En este camino de Sevilla a Granada se eleva una aldea, instalada sobre una eminencia, ostentando un ramillete de palmeras con el cuello bien estirado bajo el quitasol de murmurantes plumas. ¡Un cuadro oriental! Debieron los árabes sentirse en su casa durante los ocho siglos de permanencia, para bien de toda América, por la inyección de sangre rica y alerta que nos dieron y por esas perspectivas de vastos panoramas desérticos que en nuestro recogido país montañoso tienen algunos ojos.

Joaquín me mira a veces de modo que diviso en sus pupilas larguras pretéritas de tierras inmensas — remotísimo pasado que nos uniera por sobre nuestra conciencia actual...

El trayecto es tristemente abandonado. Parece que los campos no tuviesen dueño y que permanecieran allí a la buenaventura. No hay ese trazo de mano laboriosa que muestran los surcos simétricos, las ordenadas plantaciones y los cercos divisorios.

Se extiende la campiña agreste y desolada, aunque espléndidamente iluminada por el sol meridional.

No hay tampoco habitaciones que marquen pequeñas propiedades, como en Francia, con ramillete de árboles, buen cercado y cuadrillos o hileras de hortalizas. ¡Nada de eso! Sólo aparecen, de trecho en trecho, agrupaciones de pobres viviendas blancas, en la extensión de los campos incultos. Este es el aspecto general de Andalucía, a excepción de olivares o de otros árboles, en grupos bien espaciados unos de otros.

A medida que avanza este viaje en que soy yo conductora por vez primera, vengo lamentando mis descuidos. . . . Me he lanzado a España *a la buena de Dios*, guiada por el recuerdo de mis sosas lecturas de infancia, sin conocer la historia y sin atreverme a lucir mi ignorancia ni al mismo Joaquín, o menos que a nadie, pues en castigo no quería traerme.

Estos yermos campos me evocan (para vergüenza mía, 'o anoto) la *Pastora del Guadiela*, una de tantas boberías que pude leer y que de puro tontas me pervirtieron el sentido de la legítima España, haciendo que el primer libro francés que cayó en mis manos me pusiese en riña con mi lengua.

Lo cierto es que no conté con el carácter del país donde estamos. Creí que bastaría la ventaja de tener nuestra lengua, para descuidarme. Y, sin embargo, la pésima organización de los servicios públicos, la dificultad de obtener datos, la «real gana» con que caminan los trenes, hacen más complicado el recorrido de España que el de Inglaterra o Alemania.

Sobre todo allí, no obstante la dificultad de la lengua, nos sentíamos llevados por la perfecta disposición de todo lo que concierne a la comodidad del más humilde viajero.

Y aun Joaquín, con pasaporte de adicto militar en país guerrero, tenía un salvoconducto, que nos abría puertas en gloria y majestad. Aquí no tiene ningún papel que lo acredite... pero asimismo le va bien. Lo toman por *inglé*, pero al escucharlo hablar español y tratar con gentileza, sin perder majestad, se anulan las iras contra los británicos. Es revelador el síntoma de que no teniendo tipo inglés, se le confunda siempre con ellos. Revela que el sentido de *caballero* ha emigrado de España a Inglaterra.

El mejor pasaporte humano es la simpatía, y en países monárquicos, la *distinción*, que no siempre va incluida en la jerarquía. A veces se extravía en los simples mortales, y no ciñe a los reyes junto con la corona.

Cambio de tren en la Roda. Llovía; nos refugiamos en una inmundada sala de espera. Quedamos tres cuartos de hora aguardando que nos tomase el tren a Granada. Un enjambre de niños harapientos nos asediaban con uvas, peras y patatas dulces (camotes). Nos metían los canastos por las narices, cuando un empleado, armado de palo, los arrojó, haciéndolos huír estrepitosamente, lo que no impidió que, de uno en uno y sin ruido, volviesen a entrar todos nuevamente, para recomenzar la escena.

Entre los que esperaban con nosotros, casi todos españoles, descubrimos luego a un yanqui; guapo mozo, con largo sobretodo y cuello alzado hasta las orejas, que se burlaba maliciosamente. La sonrisa despectiva de este hombre ya tenía molesto a Joaquín, que no olvidaba *Cavite*, y sublevó también en mí la sangre española.

Me sentí solidaria y vengadora de la humillación que los barcos blindados de hierro hicieran sufrir a los barquitos de madera; la rabia me hizo recuperar en un instante mi olvidado *inglés*. Las palabras acudieron a mi llamado, para proclamar el glorioso «ayer» de la Península y el enaltecimiento que le diera la reciente desgracia, que a ellos rebajó en igual grado. *You only have, but the money*, dije con exaltación...

Joaquín trataba de detenerme con señas sonoras, ya que la miopía me hace inmanejable por los ojos... Era tarde, yo había tomado vuelo. El creía que en esos momentos nadie ni tampoco una descarga de artillería podría contenerme. Se equivocaba, ignorando la *contrainte* con que en esos casos de furioso *élan* me dominaba. Prueba de ello fué el feliz desenlace. Yo añadí únicamente:

*A vaincre sans péril,  
on triomphe sans gloire!*

El yanqui se desarmó. Verdad es que si hubiese estado sola, mi cólera no habría tenido tope, pero la presencia de Joaquín me contenía. Con el mejor humor y galantería, el americano me contestó:

—Eso, señora, obedeció a un interés político. Excuse Ud. la política; es a veces un *dirty business*...

Luego sacó su cartera, para anotarme su dirección en Nueva York. Se dirigió a Joaquín:

— Me honrarían tanto Uds. haciéndome una seña cuando pasen por Estados Unidos.

Fué tan reiterado este ofrecimiento, que en los momentos de la partida del tren en que el yanqui se iba a Gibraltar, aún corría diciéndonos:

— Se los suplico, adviértanme. Yo quiero convidarlos a comer en Nueva York.

— ¡Te ha tomado por grande de España!— dije a Joaquín.

Casi siempre he conquistado a mis mejores amigos con una impertinencia. Todas mis excelentes amistades debutaron belicosas...

Al subir al tren, un señor que iba solo dentro del vagón, con toda flema puso el cerrojo a la puerta. Joaquín, con una palabra, lo obligó a abrir y yo entré agresiva, lamentando que en este pobre país se haya perdido hasta la galantería con las damas. El señor quedó mudo y avergonzado para todo el viaje.

Son las seis de la tarde. Salimos de Sevilla a las nueve de la mañana y aún nos quedan unas cuantas horas para llegar a Granada.

Entraba el tren a Bobadilla, donde quedamos largo rato. El tren parte, al fin, pero en la otra estación o paradilla, pues parece campo raso, nos detenemos otra vez largo tiempo. Se escuchan dos detonaciones de escopeta y un nuevo señor, que ha subido al vagón en Bobadilla, anuncia que ya pronto partirá el tren... Lo dice con seguridad de eximio conocedor de itinerarios... Lo miramos sorprendidos...

— Ya viene el conductor—agrega—con su escopeta y el morral.

Sorprendidos nosotros de la extraña relación que establece entre la partida y los disparos, él nos explica que siempre en esa parte del trayecto los conductores detienen el convoy para cazar alguna buena pieza, de las que allí abundan, y tener su cena a la llegada a Granada. Efectivamente, el tren se puso

en marcha. ¡Bendito país, en que el apetito de uno solo atrasa a toda la comunidad! Debe ser un pueblo bien difícil de gobernar, pensamos.

Aquel tren era una carreta. No perdonaba aldea sin hacerle el honor de detenerse...

Estaba largamente pasada la hora de comer y no teníamos esperanza de hallar ni siquiera un pan en el albergue.

Para colmo, empezó a quemarse un vagón de tercera... Bajamos todos en un campo desnudo. El incendio cundió; hubo que abandonar el coche al fuego, desenganchándolo del convoy. No hubo manera de conjurar el daño. El tren era viejo, y pésimo todo el material rodante. Comparados estos equipos ferroviarios con los espléndidos equipos alemanes, resultaba una triste muestra de servicios, como complemento del atraso, de la incuria y de la ruina.

¡País venido a menos! Del tumulto de personas y allegados que ayudaban a los damnificados, salió un chileno. Viajaba en tercera, con una damita. Era muy conocido nuestro, pero hubimos de desentendernos, como es de regla cuando un hombre viaja en legítima compañía para con el que la lleva clandestina.

Con este nuevo retardo, nuestro apetito cundía. Ya muy entrada la noche, vendían leche en otra paradilla, pero, temerosa a los tiestos sucios, no tomé. No se conseguía ni un pedazo de pan...

— ¡Véndannos pan!— pedíamos a las mozas que ofrecían leche con tan insistente majadería.

— ¡Pues, miusté, vendemos leche pa comprarnos pan!

## GRANADA

¡Al fin Granada! Descomidos, cansados y aburridos, nos metimos al ómnibus de la mejor fonda como nos habían recomendado.

Atravesamos una ciudad más grande y hermosa que Sevilla, dentro del mismo viejo estilo español, como que allí casas y monumentos cuentan siglos y no se hace nada nuevo.

Alguien me dijo en España:

—¡Vea Ud. qué *obrón* he hecho!

Y la obra magna consistía en sujetar con unos palos mal puestos un edificio que se derrumbaba...

No es de extrañarse, dada también la construcción árabe, que las ciudades sean eternas, y que ningún edificio nuevo venga a desentonar o a aburguesar la noble fisonomía del pasado, que nos mira con desdén a nosotros tan pequeños. Los pueblos viejos, con sus glorias rancias, me reprochan mi frivolidad y mi pequeñez de niña...

Después de atravesar una ciudad grande con calles más anchas que Sevilla, y de torcer por callejuelas, el ómnibus se internó en una cuesta muy pendiente, hasta perdernos en la espesura de un bosque.

Nos miramos, yo alarmada y «El» desorientado...

¿Adónde íbamos, dejando la ciudad atrás, a aquellas horas? Joaquín estaba aburrido e inquieto. Yo no sabía a qué atenerme. No era de creer que en esta tierra de moros y gitanos metiesen a los extranjeros en ómnibus de hoteles para asaltarlos en la fragosidad de un bosque.

Un buen rato seguimos avanzando por la densa obscuridad del bosque, hasta que de improviso brillaron luces entre los árboles, en la negrura montañesa, y surgió un hotel muy iluminado... ¡Sería la una de la madrugada...!

Construcción de altísimos muros y señorial aspecto, se llamaba *Fonda de Siete Suelos* (siete pisos). El cansancio inútil de un viaje en carreta, conducidos por el capricho de un conductor que se daba hasta el lujo de cazar bonitas aves para su cena, nos volvió rezongones.

No nos gustó el alojamiento, ni imaginamos que a aquella alta hora nos diesen de comer. Creímos que nuestro forzado ayuno duraría hasta el desayuno próximo.

Nos esperaban con comedor iluminado y comida caliente. Manifestamos nuestro apetito con mucha urgencia y quejas por el tren carreta y el conductor tirano. Nada de lo que dijimos sorprendió a nadie. Era lo corriente; todos debían ser buenos compadres.

¿Sabe Dios si, dados los escasos viajeros que llegaban a España, no participaríamos también nosotros de las buenas perdices cogidas en la paradilla?

Por la risita del director, cuando contamos el caso, sentimos no sólo comprensión del incidente, sino uso, abuso y complicidad...

La mesa estaba cubierta de frutas, dignas de las ponderaciones del Cura de Sevilla, cuando en el viaje pregonaba que una uva andaluza bastaba para herir a muerte, por ser de tamaño equivalente a una bola de billar.

En las fondas españolas, el *maître*, que aquí se llama *Mayor*, es un hombre muy caracterizado, solemne y con hondo conocimiento de oficio y huéspedes.

Sin la fina cortesía del francés, éste, más campechano y buen filósofo, soporta que los viajeros con catorce horas de tren, sin restaurante ni lecho, maldigan de España en la sopa y cambien de genio a medida que el generoso «Valdepeñas» opera sobre los órganos afectivos, hasta sentir entusiasmo por esa tierra al gustar los exquisitos melones de Andalucía.

Al principio yo creía que España merecía ya ser colonia yanqui, pero ahora, en el postre, me encanta la tierra de gracia y de sol, de majos y gitanos.

El fondero mayor escuchó todo con esa sonriente filosofía que deja al hombre contento con su suerte, y sin emulación para el oficio de copista de los otros países que como modelos se le ofrecen.

—¡Quia!, ¡vamos! Deben acabar unos para que vivan otros. Y por mucho que se empeñen, no llegarán a igualarnos... ¡La gloria de España nunca será superada! Aquí vienen los *ingleses*, con su facha, pidiendo *bañeras* y té y vinos raros; pues luego que ven la Alhambra, se sosiegan; ¡beben Valdepeñas, se contentan con jarros de agua caliente en vez de *bañeras* y se quedan más de lo que anuncian! Los dejamos vaciar su mal humor a la llegada, pues sabemos que después se tornan mansos como cordeiros de feria... Y para mí, que en Inglaterra nada tienen que mirar. Siempre andan por tierras ajenas, paseando su aburrimiento, y mirando el sol como co-

sa nueva en el mundo. Sabido es que por allá no les muestra la cara, y viven perdidos en tan densas nieblas, que les borran hasta las manos.

Buena comida encontramos con la charla del *Mayor*, que nos sirvió él mismo, por no tener mozos a aquella hora y haberse quedado en vela.

Me levanté temprano. Era domingo y debía comulgar. Tuve deliciosa sorpresa a la mañana en el bosque. El *Siete Suelos* estaba aislado entre la densa y sombría foresta de una montaña solitaria... Cruzaban el bosque unas cuantas avenidas, cuyo término se perdía en el descenso. Me aventuré en la senda indicada por el portero del hotel, que me conduciría seguramente a la parroquia...

Me hallo en el bosque de la Alhambra — bosque encantado, encerrando un palacio de hadas. Admiro el gusto árabe para elegir parajes. Mientras el español se queda en el plano, el moro busca la eminencia y se levanta un palacio de encaje calado.

Los alientos de la selva, después de largo tiempo en ciudades, ese soplo virginal de la naturaleza me renueva, en esta mañana clara y otoñal, el encanto de la vida... No pesa el abrumador tiempo de los relojes, con sus inexorables punteros marcando términos. Aquí sólo las hojas mustias anuncian fin, con promesa de renovación. No es cruel la naturaleza; promete siempre y en la semilla misma nos otorga prenda de resurrección.

El bosque, donde ya sabía que se encontraba el célebre y legendario palacio árabe, como una princesa

dormida en su espesura, me encantaba ya con su prestigio de civilización muerta y de belleza fantástica.

El más hondo placer de los viajes es la comunicación que se establece con el pasado... El tiempo nos habla en sus huellas, en sus monumentos y en algo todavía más invisiblemente sutil: en su ambiente, alma prófuga de sitios y paisajes.

Con la frescura mañanera, este bosque me produjo una indecible alucinación que en lo hondo me renovaba algo muy viejo.

No era un recuerdo, pues no presentaba figuración alguna, sino una emoción íntima, casi una sensación voluptuosa en su penetrante realidad, sin nombre ni sitio... Sentires vagos, que nunca puedo ubicar ni formular, pero que pertenecen a mi más rico tesoro subconsciente...

A la salida del hotel me abordó un guía cojo, asediándome sin tregua. Son inútiles mis protestas contra ese gremio, que me seca las impresiones que con esfuerzo he venido a recoger y que me torna colérica cuando más deseo quietud para el deleite emocional.

Entre los muchos majaderos que halló siempre mi complacencia artística, considero a los guías los más funestos. Nos estorban en los momentos psicológicos. Es inútil pagarles para que nos dejen tranquilos, pues surgen otros... Siento el atraso de esta humanidad, en que gentes que no nos robarían un céntimo, carecen de escrúpulos para robarnos nuestro tiempo, nuestra atención y nuestras emociones... violando nuestro silencio y nuestra sagrada soledad.

No obstante mis súplicas, el cojo me persiguió hasta dejarme en la parroquia que buscaba y habría encontrado sin que me trizase mi meditación.

Poquísima gente en la iglesia. Me dirijo a una mujer con la cabeza cubierta por un fichú.

— ¿Me podré confesar?

— Pues, sí, señora, Don Antonio es un buen sacerdote. ¿Ni qué menos, si es sobrino de un santo varón, Don Enrique Titos, Cura de Coria, en Sevilla?

Bien me anunció que su nombre *sonaba* en Granada.

— El tío es rico — continúa — pero este Padre es pobre y sostiene a sus hermanas.

¿Qué llamarán riquezas en estos pueblos?

Habría seguido hablando la buena señora, si la escucho; pero temerosa de tardarme, me dirijo al mismo Don Antonio, para ganar tiempo... ¡Tiempo en España! ¡Si no marca! El Cura es un monigotito joven, que baja del presbiterio.

— Llámeme un sacerdote al confesionario — ruégole.

— Soy yo el único... y si puedo servirla...

En esa época mis confesiones eran de subida necedad, provocada por una inocencia extemporánea, que incubó mi abuela y traspasó a Joaquín. (Conciencia blanca de primera comulgante).

Gustaba mucho a los Curas, tanto como después les he dado jaquecas y quebraderos de cabeza con la Teosofía, que me abrió las alcobas secretas de los Padres de la Iglesia. Supe así todo lo que es y no conviene decir porque la humanidad está en pañales.

Me he peleado la *absolución* en los confesionarios, en brillantes lides, por estar dentro del Espíritu, como todos los místicos, y fuera de la letra, que los limita a ellos.

En seguida de darme la comunión, vino el Curita a ofrecerme desayuno, con amabilidad e instancia. Sólo en España se encuentra esta hospitalidad.

Al marcharme pasé a agradecerle, y le dije que venía recomendada por su tío, mi compañero de peregrinación a Tierra Santa. Crecí en su aprecio. Ir a Tierra Santa desde estos pueblos, reviste intrepidez y heroísmo de cruzado. Ignoran la facilidad de los viajes, y lo prueban la incomodidad y largura para llegar a Granada, ciudad que parece perdida entre los pliegues del Guadarrama, como si la morería y la Inquisición fueran cosa de ayer.

Averigüé las horas de misas.

— Pues cuando Uds. las pidan.

— Y los demás feligreses, ¿qué dirían si los atrasásemos?

— Pues aguardarían...

Impido que el Cura me vaya a dejar al hotel. Todos pasan desocupados matando el rato. El tiempo está vencido. No hace correr ni molestarse a nadie.

Es, en Europa, la única tierra en reposo. Dicen que en víspera de una grave enfermedad, el organismo humano acumula fuerzas de resistencia. ¿Será el caso de España...?

Volví con Joaquín. Veníamos apresurados ambos, por ser fiesta, a oír misa Alhambra arriba. Otra persona a quien pregunté, díjome que se celebraba la última a las diez.

Era la hora justa. La iglesia estaba completamente vacía y nada indicaba proximidad de oficios. El señor Cura nos sacó de la iglesia y nos invitó a sentarnos en su

despacho. Buen mocito, alegre y parlero, hablaba con tan rápido decir, tragándose letras, que no le entendíamos nada.

Nos advirtió que esperaba a los feligreses para celebrar la misa, y que eran muy perezosos, pues los árabes dejaron esa flojera en el país. . .

—A juzgar por sus obras, eran muy activos — corrigió Joaquín.

Pasaba el tiempo, y como no acudían los feligreses, preguntamos si por acaso sabrían que era domingo y aun si tendrían intención de guardar el precepto.

Mandó el Cura entonces tocar una señal al campanero y nos contó que a veces, cuando se revestía sus ornamentos, ya al mediodía, cansado de esperar, se le suplicaba de alguna casa que esperase todavía un momento, porque iban a tomar recién el café. . . pero ahora, por el cumplimiento con nosotros, está en ánimos de obligar a los feligreses a oír misa en ayunas.

Para complacerlo, después de misa dimos una vuelta por la iglesia, admirando la primitiva barbarie de la devoción española.

Nos refiere que su predecesor, muy devoto del rosario, lo pasaba en el altar mayor, y de pronto tuvo la peregrina ocurrencia de cambiar de sitio, sin saber por qué. Inmediatamente después de su traslado, cayó un rayo, que dejó destruído el presbiterio. Esta clase de milagros, muy al estilo de mi beaterío, me hacen ubicar las almas en su grado de edad psíquica. Los que gozan en la pequeña milagrería, nunca alcanzan a abarcar el milagro supremo de la Vida y su transmutación de humana en divina. El milagrillo menudo es el primer juguete de los aprendices a místicos.

Insistía el Cura en mostrarnos que el rayo cayó en el mismísimo lugar en que momentos antes estaba hincado el sacerdote.

También yo, para no ser menos, conté, en el estilo de mi repertorio, algo maravilloso ocurrido asimismo por la eficacia de esa devoción.

Siempre he admirado el juego de las coincidencias en que se desarrolla el plan inteligente con que nos aprisiona Dios por medio de oportunidades o sucesos.

En esa aparente casualidad de las coincidencias, la vida acusa su *sentido*, y entrega parte de su secreto plan de éxitos o descalabros.

También advertí siempre esa tramoya que corre por bajo de nuestros actos más indiferentes y que sólo por observación y comprobación revela su secreta finalidad.

En esta montaña, a que con tanta sorpresa subimos anoche, y que hoy en esta mañanita otoñal me refresca el alma ciudadana, con su frescura vegetal, se encierra cual joya milenaria esa princesa mora, dormida en el bosque, que es Alhambra—«La Roja»—, palacio encantado, que defienden espesos murellones bermejós, torres cuadradas, potentes y lisas.

Aquel aspecto formidable prepara el milagro sutil de un interior blanco y calado en fantástica riqueza de finísima decoración.

La fuerza, tan arrogante, de esos muros rojos, guarda adentro la gracia ligera y tenue de una mansión de hadas.

Ese doble aspecto sintetiza el arabismo. Majestad impenetrable afuera y tenuidad de encaje aden-

tro. Gigantesca grandeza al exterior, en murallones bermejos, y alucinante blancura silenciosa al interior. La adusta fortaleza protege la quimera de un recinto encantado en luz pálida y leves suspiros de fuentes dormidas.

Nos introducen a un patio — hecho al conjuro de varilla mágica. (Querría reservar la palabra *magia* para el Patio de los Leones, pero ya me encuentro detenida en uno de esos encantamientos intraducibles.)

El Alcázar de Sevilla no logra preparar la impresión de la Alhambra — morada estival de los sultanes.

Las delgadas columnitas sostienen los arcos labrados como panales de miel en sus dibujos delicadísimos de estuco.

Un estanque repite el cuadrado del patio en dimensión más pequeña. Cercas de mirto recortado ponen su sombra en la blancura marfileña con que el tiempo se ha inscrito en esa leve morada, firme en consistencia y quimérica de aspecto. Frágil y fuerte, para resistir la pesadumbre de los siglos y el cambio de civilización.

... Bella alma dormida, silente y misteriosa, que guarda secretos ya incomunicables a nuestra alma contemporánea...

Este primer patio extiende su estanque de agua entre borduras espesas de mirto, y todo allí, el agua inmóvil y hasta la vegetación sometida a impecable línea, da impresión de palacio muerto, desteñido y paralizado por un genio maléfico.

¡Duerme, bella sultana!—díjole el Destino—, duerme hasta que te despierte el puro amor divino... Paga en esta vida fantasmal tu civilización voluptuosa

y sibarita, que tuvo al Placer por móvil... ¡Duerme hasta que, escapada de tu pesadilla, sepas que *Amor* es sacrificio y renunciación suprema!

Termina el patio por la fachada morisca que da acceso a la Torre de Comares, pujante fortaleza de muros rojos. Es maciza en su cuadratura desafiante a todas las artillerías modernas.

Aparición milagrosa de un mundo nuevo y magnífico, por contraste entre fuerza y fragilidad, gracia y majestad. Arquitectura suntuosa y bella, ágil e inerte, aérea y espesa.

Visto el patio desde un extremo, da toda su majestad y también su tenuidad casi impalpable en la delicadísima finura decorativa.

Por consejo de un experto, atravesamos un pasillo con los ojos cerrados. Los abrimos sólo al hallarnos en el centro del Patio de los Leones. Culmina aquí la impresión de alucinadora magia.

Patio de encantamiento, que se alarga y termina con templetos de columnitas salientes a ambos extremos, intensificando la impresión de riqueza por repetición y entrecruzamiento de arcadas ojivales, maravillosamente caladas.

Ensueño voluptuoso de una noche, que disipa la alborada.

Ninguno de los cuentos de hadas que tanto me complacían en mi niñez, como libre escapatoria a las vulgaridades provincianas, correspondió a esta sorprendente fantasía.

El palacio árabe permanece intacto. Un soplo lo podría destruir y resiste al tiempo... Su silencio y su soledad parecen llevar peso de maldición secular.

En esta ideal morada, los encajes de estuco, las columnas ligeras, las ojivas bordadas, fileteadas, ojadas, todo permanece en suspenso... de algo que pasó y que pudiera volver en las rondas vertiginosas con que giran mundos y civilizaciones.

Las arcadas de los dos templetes, que forman saliente en ambas cabeceras del Patio de los Leones, prolongan como una ilusión de óptica las columnas, mezclándolas y entrelazándolas de soslayo, en fantástica magnificencia.

Esta decoración nos transporta con tal realidad a la vida pretérita, que si apareciese el rey moro, con su turbante blanco, y la malograda sultana Aiksa, sólo vendrían a integrar el clima espiritual del palacio.

A pesar de su belleza, la Alhambra no me conmueve tanto como la Mezquita de Córdoba.

Más que la visión oriental y el ambiente moruno, me interesa la reacción que en mí producen estos monumentos que son estuches del alma perdida... Asociarse, a través del abismo de los siglos, a esas criaturas que, como nosotros, amaron, sufrieron y pasaron a la eternidad, es de gran enriquecimiento anímico. Son hermanas mías esas sultanas y esas princesas, cautivas de un mundo más opresor que el nuestro, y de una civilización que les pedía placer y belleza, dejándoles el alma prisionera en sus palacios encantados o en sus torres solitarias.

La Alhambra conserva sus líneas y decoración; pero ha perdido el color con que estaban pintadas las

*alvéolas* de los estucos. Se puede juzgar de lo que fué sólo por algunas techumbres y muros que guardan los tintes ya desvaídos.

El palacio ha empaldecido, como un cadáver. Debió ser albo, con blancura matutina, y ahora, patinado por los siglos, parece de marfil, siendo así más ilusorio, reculado y fantasmal...

Penetramos en la sala de los Abencerrajes. Allí fueron asesinados. La tragedia reviste, en el patio mágico y en la sala suntuosa, ironía de crueldad y de belleza fatal.

El techo de esta sala lo forma una inmensa estrella abovedada y horadada de estalactitas.

Lindos zócalos de azulejos, muros maravillosamente esculpidos, la decoran en dibujos finísimos, por donde corren en bandas de escritura árabe los versículos del Corán.

Esta gran sala se abre a ambos lados por portadas ojivales, sobre estancias que debían de ser alcobas.

Al centro una fuente — ésa que debió recibir la sangre de los Abencerrajes. Tres arcos magníficos, distintos uno de otro, dan salida al patio.

Al fondo se encuentra la sala de Justicia. Puede decirse que son tres salas, separadas por arcos excavados en estalactitas, de donde se abarca la visión del patio, con una de esas cabeceras de columnas que prolongan el misterio, como un ensueño de opio...

En todas las estancias hay fuentecitas de mármol, incrustadas en el pavimento. Han enmudecido y contribuyen al silencio de condena que envuelve al castillo trágico.

En la sala de Justicia restan antiquísimas pinturas murales ya borrosas. Es la única parte donde hay figuras, pues los moros preferían las inscripciones como temas decorativos.

La fuente del Patio de los Leones está sostenida por animales estilizados, y, según la fecha, pertenece a la decadencia, pues la religión les impedía usar figuras como adornos.

Esas ventanas que rompen los potentes muros árabes, calándolos con diminuta y fina ojiva, tienen para mi sensibilidad una delicada sugerencia... Páreceme que equivalen a la mística visión que las almas limitadas por la densidad del plano material, logran horadar hacia la infinitud del mundo espiritual.

Dentro de la cárcel en que su religión recluía a las mujeres árabes—entre altos murallones y calados palacios—, esas ventanas con visión campestre serían la única evasión posible a forzadas limitaciones.

La sala de las Dos Hermanas, semejante a la de los Abencerrajes, la enfrenta al otro costado del patio, y comunica por un arco con otra estancia, y esta última, con el mirador de la mora Lindaraja, saliente torre cuadrada, sobre un patio solitario y espeso de vegetación. Evoca tiempo, aventura, intriga y crimen...

El mirador, cubierto con una claraboya, mira por tres ventanas en ajimez, a cada costado, el panorama del valle y la perspectiva de verdura, sobre el patio en que se eleva.

En este mirador, más que en parte alguna de la Alhambra, se siente el misterioso encanto de la fan-

tasía oriental... extraña mezcla de voluptuosidad y magnificencia, de lasitud y de tedio. Hay un cansancio triste, de amor sin esperanza y de incurable melancolía...

Las catacumbas romanas, así oscuras y desnudas, dan, en la inscripción de una lápida rota, dulce esperanza de continuación... El amor cristiano de renunciamiento sin satisfacción, promete más de lo que aquí sepultó la voluptuosidad. Siento, en estos palacios encantados, tristeza de lo efímero y melancolía de lo que fué y no volverá...

La Alhambra es el fantasma de la Muerte — monumento que sirve de memorial y tumba de la gran civilización morisca.

Cuando llegaron a España, los árabes no tenían arquitectura; crearon aquí su arte primoroso, resguardando en fuerza exterior la íntima delicadeza de sus almas...

La Alhambra, tan poderosa por fuera, produce, en su interior, trastorno de opio... Más que obra hermosa, aquella fantasía, de ligereza casi aérea, parece un conjuro realizado... Es demasiado delicada y tenue.

Me siento cogida en cierta ilusión de óptica, por combinación de espejos...

La blancura marchita, la atenuación de los oros, la palidez de los colores y hasta el conjunto leve, no afirman realidad. Los mismos deterioros y ultrajes añaden a la Alhambra sentido de fatal destinación, convirtiéndola en espectro que permanece allí de pie, para atestiguar de otros días humanos más hermosos y de almas idas sin regreso...

Melancolía, es la nota tónica de la gama emocional que toca su sinfonía en nuestra sensibilidad de hoy... Saliendo del Patio de los Leones, vamos a un edificio con galerías y patios construídos por Carlos V, sin plan, según parece. Recuerdo el departamento pequeño que ocupó Wáshington Irving mientras escribió sus cuentos árabes.

Desde la torre llamada *Boudoir* de la Reina, se descubre una vista incomparable. Los panoramas de Granada, por la extraña configuración de la sierra de Guadarrama, abierta, cual granada madura, por los ríos Darro y Jenil, dan visiones caprichosas. Desde la alta montaña, cortada a pique, se escapa la vista sobre un océano de verdura que tapiza la pendiente del cerro. En la profundidad de aquel precipicio se agrupa la ciudad de Granada, y corta al frente el horizonte la montaña donde habitan los gitanos — el Sacro Monte.

El panorama ideal que desde la altura domina el palacio árabe, montañas y perspectivas de azules horizontes, se añade a su misterio de empinada fortaleza y de recinto mágico.

Al pie del cerro mismo, sobre el cual se yergue la alta torre en que nos hallamos, corre un torrente que separa el jardín del Generalife, aunque permanece comunicado con la Alhambra por arriba.

Seguimos hasta el Salón de Comares, gran torre y a la vez sitio donde tenían su trono los reyes moros y recibían a los Embajadores.

Es la más regiamente suntuosa de las salas, y dobla su potencia en el espejo inmóvil del estanque, acen-

tuando por repetición la ilusoria realidad del palacio encantado. Estos reflejos en las aguas muertas, me producen extrañas sugerencias...

Se sale del palacio morisco como de una inmersión en la vida de los sueños — audaz quebradura del tiempo, que nos ha hospedado en siglos que no vivimos y en almas que deseáramos encontrar por las rutas del mundo...

La Alcazaba es la reunión de varios espesos torreones cuadrados, destinados a prisiones en los viejos tiempos y que, abandonados ahora, completan al viajero el poético ensueño a que dan pábulo las leyendas vinculadas a sus glorias.

La llamada Torre de la Vela va marcando con sus toques, en la noche, el tiempo que se distribuye a los regadores para dar agua a sus sembrados. Atrás queda la Torre del Homenaje, cuyo solo nombre evoca tantos sucesos y leyendas.

Complicadísimo es el camino que nos conduce. Entramos por una terraza suspendida sobre el abismo y cubierta de plantas trepadoras, de simétricos y floridos jardinitos, y ya subiendo o bajando por terrazas superpuestas, en pintoresco desorden, visitamos la Alcazaba. A veces un pasillo — puente al borde del gigantesco murallón — se alza sobre la montaña a pique que aísla la fortaleza. Penetramos a las heladas prisiones y negros calabozos... Es una emoción que transporta y remueve cosas que sólo se nos comunican en pesadillas.

El cansancio y la extenuación me paralizaban ya miembros y espíritu para seguir andando.

El placer más intenso, que siempre sentí en estas incursiones por siglos muertos así como por estos fantásticos mirajes de belleza, fué el de sentirme doblada e integrada en la sensibilidad de «El», valorizador tan emotivo, de aspectos artísticos, a la vez que hondamente permeable a toda clase de sugerencias.

Seguimos nuestra tarea de viajeros, que es una de las más pesadas que conozco, pues no deja en reposo alma ni cuerpo. Atravesamos lentamente la ciudad.

Divisé un patio ideal, con cancela de hierro finamente dibujada, columnata, enredaderas floridas y el musical surtidor. Son remansos de ensueño en las viejas ciudades chatas, olvidadas de la civilización en que se agitan las urbes modernas. Reía el sol, al interior, entre flores, mármoles y arcadas con esa gracia lánguida del sibaritismo árabe...

La Cartuja está situada en una eminencia con hermosísimas vistas. La obra de ebanistería del Sancta Sanctorum, en madera oscura, incrustada de carey, da al entrar, con la profusa luz vertida por la cúpula, deslumbradora impresión. Creo que allí encontré ese *San Bruno* de Montañés que, según Carlos V, no hablaba sólo porque era cartujo.

Visitamos la iglesia donde yacen los restos del Gran Capitán. «Su gloria no se ha enterrado con él». Sólo los que viven en carne y ambiciones humanas

quedan enterrados por entero y olvidados para siempre; de los otros sobrevive muchísimo más de lo que guarda la tierra...

La entrada, por un viejo patio con ropas tendidas, no pregona la gloria del Gran Capitán.

La Catedral de Granada asoma su soberbio pórtico al término de una angosta callejuela. La última Catedral que visito, es la que más me deslumbra. Son todas hermosas, riquísimas y diferentes. Esta es robusta y atrevida. Impone su fuerza sin aterrorizar.

Manojos de columnas romanas acanaladas, con capiteles corintios, sostienen las soberbias arcadas. Cinco naves altísimas y espaciosas convergen en una gran rotonda formada por las mismas arcadas que sostienen la inmensa cúpula.

Es la única Catedral de España que posee una rotonda tan monumental.

En torno de la cúpula circulan estatuas, columnas, ringlas de ventanas gemelas o aisladas, formando su riquísima ornamentación.

Por hallarse los canónigos reunidos, rezando sus oficios, no entramos a la Capilla Real. Divisamos los sarcófagos de los reyes católicos, con sus estatuas recostadas encima, y también los de Doña Juana y Felipe.

La Catedral me deja impresión de majestad, sumada por esa rotonda — única en su género entre las españolas.

En esa Catedral, como en casi todas las otras, el coro, incrustado al medio de la nave central, intercepta la vista y corta la prolongación, que acusa la potente unidad de los templos.

No continuaré haciendo descripciones, pues lo único interesante es la reacción que la obra de Arte produce en el que la contempla.

Cartujas y Catedrales se me confunden todas en ese sentimiento católico que la vulgar predicación y la rutina de los oficios han secado en mi alma. Me resta la admiración a la grandeza con que nos muestran a Dios los templos magníficos.

En cambio, el Generalife y las Torres de las Cautivas me asocian a un pasado que corresponde a algo misteriosamente real en mi alma. ¿Son los cuentos de mi niñez? ¿Es Barba Azul en su castillo tenebroso... y la angustiada princesa mora que aguarda su liberación escrutando el horizonte?

Cae la tarde — hora de románticas evocaciones para visitar el Generalife, logias y jardines estivales moriscos. Obscurece rápidamente y todo contribuye a que los dormidos jardines exhalen intenso aroma sutil y reminiscente de muda antigüedad...

Tuve una impresión honda que no me dieron después los mágicos palacios de los Grandes Mogoles en la India milenaria — impresión anticipada por el Generalife en mi sensibilidad intacta.

La vieja y soñolienta mansión se levanta en una montaña.

Conduce la pradera a una avenida de cipreses, tan funerariamente adustos como dos filas de penitentes en procesión... Los fantasmas negros, también semejan cirios monstruosos de un gran funeral...

Una logia de muros calizos nos recibe, y frente a la entrada se abre un canal en ascensión, hacia otra

logía muy empinada, allá en el fondo de la perspectiva, mientras millares de chorros de agua cantan alegre canción de vida en el jardín fantasmal...

Los bordes sombríos, de mirto inmóvil, dan mayor algarabía de frescura a las juguetonas aguas que se vierten sobre el canal, de donde huyen con vertiginosa premura, en loca fuga por la gradiente resbaladiza...

Esta vida del agua, en la dormida mansión que desde su letal soñolencia enfoca panoramas y ciudades vivas, tiene un poético encanto redivivo...

El alma arábica escribió su poema, de amor y de muerte, en los hoy solitarios jardines del Genera-life...

Lo he visitado después muchas veces... ya conocedora de su historia, pero la impresión de aquella primera tarde de 1900, con Joaquín, fué, en mi sensibilidad virgen, la más pletórica de indefinibles sensaciones...

Mientras menos palabras he tenido a mi disposición para dar forma a mi sensibilidad, más deliciosamente conmovida me he sentido por el misterio de las cosas... y más tarde, ni la leyenda ni la historia han añadido nada a esa especie de primer encantamiento inefable con que los sitios me hablan, sin explicación humana.

Estábamos solos, esa tarde. La portera nos abandonó dejándonos tranquilos en posesión de la morada desierta, en que podían evocarse los fantasmas y percibirse los apagados ecos de las voces silenciadas para siempre.

rimenté después, ya con medios literarios de expresión, ante sitios más hermosos y me convenzo de que esa inexpresada vida del alma, confinante en su vaguedad con las pesadillas, es más espiritualmente rica y nos introduce a mayor hondura que todos los recursos artísticos.

Verdad es que la vida subconsciente, por incapacidad de expresión, no se objetiviza ni crea arte, pero en nuestro jardín interior, la inexpresada emoción intraducible y sutil que nos ahoga, es más intensamente fecunda.

(Aunque las palabras «crean» las cosas al nombrarlas, separándolas de un conjunto, también mutilan su sentido, al precisarles contornos. Mi tormento, al escribir, consiste en servirme de tan vagos vocablos, como *fantasía*, *misterio* y *encantamiento*, para traducir el abismo interior, dentro de la emotividad que me producen las viejas civilizaciones intraducibles. . .)

Muchos años después leí a Maurice Magre: «*La volupté de Grenade*», libro admirable, en cuyas páginas encontré expresado lo que en su mudez me dijeran esa tarde los soñolientos bosquecillos del Generalife, en que las aguas, cual burlesco maleficio, profanaban la silente nostalgia del abandono final en los jardines de la Sultana.

Dos grandes dones me hizo el Destino, o sea, el programa con que Dios me echó al mundo: «El», como protector y confirmación de amor soñado, en realidad humana, y mi adivinadora y penetrante *Sensibilidad*.

El tesoro de mis emociones me ha enriquecido. He penetrado almas y me he paseado por el tiempo

muerto, descubriendo lo que ignoro y augurando el porvenir. Mi sensibilidad ha revestido la vida de creciente interés, que no disminuyen los años. Es también, esta potencia de finura sensible, espada de dos filos, que aquilata placer y dolor por agudización.

Trocáronse mis emociones en sentidos espirituales que, aún en huelga de los corporales, han suplido milagrosamente su falencia. Veo sin ver, siento los climas antiguos, e ignorando los hechos pasados, recibo la correspondiente impresión. Es una facultad sintética que suple a mi ignorancia.

El Generalife me ha integrado esa comunión con los moros, obtenida en la Mezquita de Córdoba y en la Alhambra.

Durante esta tarde de solitaria vagancia, en este año postrero del siglo XIX, el pasado se me ha revelado...

Las aguas siguen cantando su gloriosa locura de correr deslizándose fugaces, mientras los oscuros cercos de mirtos las contemplan envidiosos... Ellas se van y permanecen ellos en la mansión fatal...

La tarde ha caído, y al tomar el camino de los tristes velones funerarios, para alcanzar la cancela de hierro que da salida al bosque, está casi cerrada la noche.

Poseídos por la emoción del sitio «El» y yo, callábamos. Joaquín era tan inexpresivo como igualmente sensible por dentro que yo. Nos decíamos sólo alguna palabra ridícula, de puro banal. ¡Qué lindo! Pero la expresión alcanzaba el mismo sentido en nuestras almas... Significaba la imposibilidad de llegar a la hon-

dura, y cuán absurda es la tentativa de formular lo que carece de equivalencia en el lenguaje, por pertenecer al reino de lo inefable...

Ahora comprendo... Lo intraducible era el subconsciente, cargado de añoranzas, traídas en el alma y correspondientes a un pretérito sentimental inubicado en nuestra actual humanidad.

Vinimos a encontrarnos en el mundo, con la vista cerrada hacia atrás, y estos sitios removían los recuerdos de esos fondos ocultos... transmutados en emoción. Mi escrupulosidad religiosa también me recluía entre las dos líneas fatales del paréntesis: Nacimiento y Muerte.

(Joaquín temía extraviar su fe religiosa y sólo largos años más tarde, casi al fin, adquirió la libertad espiritual, que trae la propia luz y que nada puede desquiciar.) En las emociones artísticas de cualquier orden, nos sentíamos profundamente unidos, en un silencio vivo que toda palabra profanaría... Ni la más elevada disertación suple a la comprensión de dos criaturas que viven la calidad y la hondura del mismo silencio.

Ni siquiera fuí consciente de todo eso mientras lo viví. Sólo después, caminando sin «El», supe que estaba sola...

No viajaré nunca. Soy alma incompleta, mitad de ser... Necesito doblarme en otro, en el único, en el propio, para alcanzar plenitud...

Me llamó la atención, en *table d'hôte*, un obispo americano, con linda cabeza blanca y cabello erizado,

que celebraba misa en la parroquia cuando entré esta mañana. Habla italiano y aun alemán. Hasta en la iglesia el yanqui rompe los moldes sacerdotales con cierto aire desenvuelto, en que pareceavenido, *à son aise*, con dogmas y principios.

El hermoso cielo añil de Andalucía, en desafiante lucha contra las espesas torres bermejas de los árabes, no se ha dejado cortar por su filo agudo.

Suplo la deficiencia agregando al parque silencioso de álamos negros, y a sus agrestes avenidas, el esplendor azul de que carece y aun el canto de los ruiseñores, enmudecidos en otoño. En las sombrías enramadas estivales se agitará el bosque en amorosos arrullos, que no he escuchado, tal vez para que oiga mejor la voz añorante del pasado.

No obstante el estribillo de la canción de mi guitarra que traigo en el oído:

«Para mujeres, Sevilla;  
para jardines, Granada,»

no imaginé que esta ciudad de fantásticas leyendas estuviese engalanada de tan lujosa vegetación.

El cielo continúa amenazante. Ahora reparo que el Tiempo toma rostro en la atmósfera y nos presenta buena o mala cara.

Volvemos a la Alhambra. En esta segunda visita, el palacio árabe se nos ofrece más suntuosamente misterioso. Observamos sus detalles, sintiendo mejor la fantástica riqueza y la variedad dentro de la armonía.

La fuente, al centro del Patio de los Leones (que le da nombre), le añade ornamentación, con esos animales extáticos como esfinges. Por la prohibición religiosa de presentar figurás, se cree que esa obra ya marca debilitamiento del sentido místico y decadencia del poder político del Reino.

Forman la decoración de las salas, inscripciones del Corán que, a manera de guardas, encierran los magníficos encajes de arabescos esculpidos en los muros — arabescos que tenían colores vivos, sobre fondos de oro. La artística combinación de matices y tonos daba orquesta pictórica en el palacio de las hadas. El tiempo ha desvaído esa rica y brillante coloración, que, ya atenuada, adquiere fantasmal prestigio.

Pueblo las salas, hoy vacías, de sultanes y princesas vestidas de oro y plata, ceñidas de diademas chispeantes de pedrerías, para representarme esos Reinos árabes que nos cuentan las veladas de Las Mil y Una Noches...

Descendemos a las salas de baño — parte restaurada del Palacio, en que se ha renovado la riqueza de arabescos dorados y multicolores. Es una estancia cuadrada, de dos pisos, con preciosa techumbre. El guía nos muestra, en la sala baja, el hueco ocupado por los divanes en que reposaban después del baño, y arriba las galerías con balaustradas, donde se colocaban los músicos, que mecían en blandos compases de instrumentos de cuerda la refinada molicie de sultanes, princesas y odaliscas... Ligera de líneas y tenue de luz, se mira la sala en su estanque dormido. Allí todo dispone a deliciosos ensueños y suave pere-

za, dentro de la quietud de un fatalismo que recibe la vida como Alá la dispuso en su divina sabiduría...

Deseaba contemplar la Alhambra cortando el cuadrado de sus espesas torres rojas en el intenso zafir del cielo africano, con la ruda violencia que destaca líneas firmes, pero se encapotó el día burlando mi anhelo. El huracán de viento azotaba impiadoso los árboles, mientras un recio aguacero echaba torrentes de agua por montañas y quebradas. No logré ir al Albaicín, cerro opuesto a la Alhambra, para divisar el castillo árabe, suspendido sobre la montaña, al borde del hondo precipicio y elevando sus macizas torres bermejas, rotas sólo por las misteriosas y diminutas ventanas en ajimez.

En ese marco evocaba los frescos rostros de las odaliscas, cubiertas por velos recamados de perlas, sobre cabellos negros, acechando con centelleantes ojos el Amor que las arrebataría a sus prisiones.

No pudiendo *commander le beau temps*, me resigno a éste, nublado, que borra el panorama, y a la lluvia, que me priva de contemplar la ciudad árabe desde el otro lado del abismo que la defiende. Tampoco pudimos visitar el cerro de los gitanos y conocer a esa milenaria raza, que comunica con los misterios de la Naturaleza por tradición ancestral.

Esta tarde nos dirigimos camino arriba, por el lado que hace ángulo en la Avenida del Bosque. Nos desprendemos con esfuerzo de los guías y de los oficiosos, que imponen su inutilidad y su majadería. Nos siguen un cojo, un tuerto y muchos chiquillos...

En la muralla de fortificaciones, del lado donde la montaña es rasgada violentamente por el precipicio, separando la Alhambra del Generalife, en la pendiente aislada y solitaria, a grande altura sobre el abismo en que corre el río Darro, se espacian entre la verdura montañesa varias torres abandonadas.

Evocan, en su muda soledad, las tragedias amorosas de las mujeres árabes, prisioneras del hombre y del Islam.

Así olvidada y silenciosa se eleva la Torre de las Infantas — prisión en que el rey moro encerró a sus hijas enamoradas de cristianos... Las princesas suspiraban asomadas a sus ventanas, pequeñísimas en la soberbia grandeza de la cuadratura de la torre. Los abismos circundantes no impedían responder a los amantes.

Amor, siempre victorioso, las precipitó desde la altura. Se descolgaron de la elevada torre para caer en brazos de los cristianos. El rey, que guardaba la llave, seguro de la inaccesible prisión, halló la torre vacía...

Es severa al exterior y potente en su solidez esta Torre de las Infantas; sólo presenta por sus cuatro costados las caladas ventanitas en ajimez. Adentro es un prodigio de fantasía; tan desnuda por fuera como suntuosa en su decoración interior.

Contemplamos el panorama desde las ventanitas en ajimez, que encuadran deliciosamente el paisaje hondo, dilatado e infinitamente triste, en el seno de las montañas. Por dentro la torre, de tres pisos y lo-

gia en el superior, cubierta por magnífica cúpula, repite la sala de baños del palacio. ¡Es la romántica mansión del Hada de las Montañas!

Desde afuera admiramos el atrevimiento con que la Torre de las Infantas se eleva sobre la violentísima pendiente del cerro, dando en su misma potencia más audacia pasional a la leyenda amorosa de la evasión, en que las princesas se jugaron la vida.

La ventana del frente se suspende a grande altura sobre el precipicio y sólo las del costado, aunque también bastante elevadas, ofrecían escasa posibilidad de escape a las cautivas.

Visitamos la torre, que sirvió de prisión a Isabel Solís—noble mujer que no queriendo entregarse al Sultán, prefirió arrojar al abismo, en horroroso suicidio.

Más abajo y en parte más agreste de la misma montaña se eleva la Torre de las Cautivas; por dentro es una joyita arquitectónica—miniatura perfecta de la Torre de Comares, o Sala de Embajadores, de la Alhambra. Los encajes de estuco que cubren los muros y bóvedas, en que se agota la fantasía ornamental por magnificencia de dorados y colores, hacen de esta torre una creación mágica, que en el silencio del valle y el mudo encanto de la naturaleza circundante, evoca fabulosos amores, dramas y crímenes.

Sus ventanas enfocan los muros fortificados y otras torres que se aíslan de trecho en trecho, entre los murallones. Ahí también está la Torre de los Juicios, etc.

Desgraciadamente, caía la lluvia en la última torre que visitamos, humedeciendo muros y deteriorando los brillantes restos de la decoración.

En la montaña solitaria, las Torres de las Cautivas, encerradas entre cerros y abismos, dan a las leyendas amorosas su más trágico carácter...

Amor es inexpugnable prisión, circundada de fosos... A ningún gran sentimiento se llega sin elevación espiritual y sin riesgos que ponen a prueba temple y coraje de almas intrépidas. Todo amor está acechado de peligros... y amenazado de castigos.

Necesita soledad y silencio. En las Torres de las Cautivas granadinas, Amor halla su perfecta adecuación, en esta tarde tristísima, entre los cerros y al borde de los precipicios, en que se enfilan las prisiones abandonadas.

...Otras almas padecieron soledades y amarguras, en siglos pretéritos, iguales a las que sufrimos nosotros, almas modernas en toda la anchura y libertad de un mundo que rompió sus cerrojos... ¡Y es que Amor lleva su propia prisión, su pena, su gloria, su maldición y su castigo!

Amor es prueba fundamental de la vida y crisol de almas. En cualquier siglo, purifica por igual a mujeres árabes como a cristianas, forjándolas en la misma fragua y sobre el mismo yunque...

Se lisonjea esta generación de escapar a su cruel tiranía, y por esquivar Amor, se hunde en Sensualidad — vil sustituto de la pasión —, que con mengua de dignidad, por carencia de dolor, resta a la vida su pura belleza, su única felicidad y razón de ser.

En la tarde lluviosa de la montaña, en que el agua, como velo fúnebre, hace desteñido y turbio el paisaje, sueño frente a las viejas torres, cuyas soli-

Recorrimos esos jardines, graciosamente dispuestos en terrazas que se superponen, como lo exige el cerro en que se extienden.

Los accidentes del terreno desaparecen. Los fuertes murallones sostienen la tierra por rebaje y la alisan, nivelando planos distintos.

Escalinatas de piedra comunican esos distintos pisos, que ofrecen tan caprichosas vistas, creando deliciosos rincones de sombra.

Todo allí es gracia y novedosa sorpresa; ya se descubre un estanque, con su brillante espejo sin imagen, en que ya nunca se mirará nadie, o un bosquecillo espeso, o bien un cenador oculto. Las enredaderas floridas cuelgan y cubren de alto abajo los murallones de piedra.

Desde una de las altas galerías de esas logias abiertas, se recoge maravillosa vista, sobre río, ciudad y montañas... que la tarde y más que todo la visión enfocada desde este cementerio, muestra en punzante tristeza de soledad y abandono.

La vida corre todavía afanada y bulliciosa en otra parte... mientras aquí, en el silencio letárgico que crearon los siglos idos, parece burla la cristalina algarabía de fuentes, surtidores y de los collares diamantinos con que las aguas se escapan, en infinitos boquetes, abandonando traidoramente la mansión solitaria. Por las ventanas de la logia, medimos el precipicio que se abre bajo los muros del Generalife y la espesa vegetación circundante. Al frente, en esta *Granada* de verdad, que da a la ciudad la configuración del terreno, en que las montañas se cortan como cascos de naranja,

vemos el *Sacro Monte*, en que residen los gitanos, dentro de esas cuevas negras, cuyas bocas rompen el borde del cerro (1).

Las fuentes, que abundan en el Generalife, se comunican por canales, y el agua corriente, que salta de una a otra, en caprichos juguetones, hace irisados juegos de luces en su sinfonía de cristales sonoros...

Balaustradas de piedra, con maceteros de flores, vivas de color, decoran las terrazas. Vagamos solos, hasta muy tarde, en el laberinto de los jardines desiertos.

Nunca quizás la civilización árabe y el prestigio secular de esas existencias cautivas en el placer, hablaron más hondamente a mi sensibilidad de mujer cristiana.

¿Necesitó, acaso, el alma humana — en su larga peregrinación hacia el divino «Encuentro» de la alta conciencia — de largas estadas en estos planos inferiores? ¿Debió agotar la voluptuosidad y la pasión cruel, antes de ser digna del dolor y del amor?

Nada de eso pude yo pensar esa tarde, pero en mi emoción retrospectiva, todas las interrogaciones estaban ya puestas a contestaciones que me daría en otro siglo... ¡Cuánto más rica era esa informada vida subconsciente, imposible de humanizar, que la emotividad vivida después en los palacios mágicos de los Grandes Mogoles, o en las tumbas célebres de los monarcas asiáticos, cuyas apariciones asombrosas tuve en mi jira alrededor del mundo!

Comparo lo que sentí allí en el Generalife, sin conocimiento del pasado, sin vocabulario, con lo que expe-

---

(1) En mi diario de España, de 1914, tengo anotada la «Gitanería», explicada por el ocultismo.

tarias ventanas, todavía abiertas en las mansiones abandonadas, me retrotraen a la época rica en leyendas trágicas.

Comprendo la provocación inferida al heroísmo castellano, ante las princesas cautivas, cubiertas por velos blancos atados con hilos de perlas, y cuyas esbeltas siluetas se dibujaban entre los ajimeces de las altas torres, allá por las lunadas noches estivales...

Amor enredaría lazos de fuego, por incentivo de belleza y peligro, sus más fieles aliados.

No obstante las maravillas del palacio encantado que es la Alhambra, las hoscas torres abandonadas en la agreste soledad de la montaña, impresionan aún más fuertemente mi sensibilidad.

Sentí, como nunca en Andalucía, la belleza original de esa civilización árabe y el profundo encanto del Islam. Verdad es que la mujer estaba cautiva del hombre, pero tenía en su vida una parte sagrada, que logra raras veces en el exclusivismo del sacramento cristiano.

Pasaron los siglos... Los monumentos sufren los ultrajes del tiempo, que la incuria española no repara, pero *l'on juge de l'animal d'après la coquille*.

La Alhambra permanece como monumento de la civilización que dejó un ensueño de opio materializado en su palacio veraniego.

El *estilo* fué de creación morisca en España, pues antes de la dominación en el Continente, no poseían arquitectura propia.

Desde las ventanas de la altura, contemplamos el *Paseo de los Tristes* — camino sombreado por árboles, a orillas del río, que corre allí turbio y caprichoso,

atravesado en muchos sitios por viejos puentes de piedra. Nadie transita por ese camino. . .

El andaluz teme a la tristeza como a grave enfermedad, y huye de sí mismo para estar alegre. Abarcar la vida en su pesadumbre de conjunto, no le cabe en fuerzas; la bebe diluída en ratos insignificantes, sin conexión ni sentido que los enlace.

Desde los jardines del Generalife vi escurrirse, como una cinta parda en la verdura fresca, el camino que conduce a la Fuente del Avellano. Me gustaría sorprender los secretos de la montaña, descubrir los rinconcitos salvajes, las fuentes murmurantes bajo los bosquecillos, las cambiantes perspectivas de las lejanías y los nuevos perfiles que los cerros muestran al torcer de los senderos. Querría descender a las hondonadas solitarias o al fondo de las bulliciosas quebradas, pero una lluvia torrencial contrarió mis deseos.

Me contento con estrujar a Don Antonio, el Cura, que vino a visitarnos, pidiéndole explicaciones. Tienen estos andaluces un hablar tan dejado y se tragan tantas letras, que las palabras, invertebradas, se les caen de los labios, como frutos maduros.

En mis paseos por el bosque, se me presentó de súbito un extraño personaje con chaquetilla de terciopelo, faja roja, sombrero apuntado, pantalón corto y zapato bajo. Nada sorprende en aquella región y bien podía yo imaginar que fuese un genio tutelar del bosque. Era el rey de los gitanos y su título no restaba a lo pintoresco de la aparición. Este soberano sin trono y sin dominios, vaga por el bosque, acechando a los viajeros, para sacarles dinero mediante alguna enga-

ñifa. También él necesita adecuarse a los duros tiempos que anuncia y que han puesto fin a su reinado. Tan anacrónico es él mismo como la Alhambra y las Torres de las Cautivas, en la agonía de mi siglo.

El Párroco Don Antonio, aunque es domingo, se pasea con nosotros, y permanece fuera de su feligresía, como si sus fieles no requiriesen nunca urgentes auxilios religiosos. No enseña catecismo a los niños, ni tiene idea de Patronatos, ni de Círculos de Obreros, que hace diez años introdujo en Chile mi tío Francisco Echeverría.

Ya voy penetrando las causas de que menosprecien a los sacerdotes en España. Carecen de verdadera vocación, no sienten la responsabilidad de su estado, ni dan dignidad a su magisterio sacerdotal.

Voy sola por el bosque y me asaltan dos gitanas, blanca y hermosa una, y morenita graciosa la otra, con cabellos cortados en «panoja». Ambas me persiguen para decirme la buenaaventura y me anuncian lo de siempre:

— Ud., señorita, linda como es, va a tener un gran gusto en su corazón... hay uno que está suspirando por Ud.

— ¿Y me creen tan necia que me contente con suspiros? Para darme novedad, anúncienme siquiera que hay un rey dispuesto a tirar la corona por mí.

Me declararon demasiado ambiciosa.

Más tarde, yendo con Joaquín, se asustaron y hubo de suprimirse el suspirante anunciado, cambiándolo en futuro novio al gusto y deseo del señor.

El mal tiempo no da tregua. No podemos excursionar y decidimos partir. Salgo apenada, sin saciar las emociones que me embriagan. Es demasiado hipnotizadora esta ciudad para agotarla de paso. Además, aquí ha sido tan fuerte el choque de dos civilizaciones, que Granada quedó marcada a fuego por la historia. Luchan en arquitectura, en ideologías políticas y en conceptos vitales, el Islam y el Cristianismo. La tierra ha sido fecundada con sangre de combatientes; y las almas purificadas por los martirios de la Inquisición.

Moros, judíos y cristianos han luchado heroicamente, defendiendo sus ideales. En toda lucha cabe amor, y el heroísmo eleva y redime hasta los errores. En Granada abdicó Boabdil, último rey moro, y se muestra el cerro por donde partió. El ambiente está cargado de añoranzas. Si el pueblo ha olvidado, el clima espiritual es de triste e irremediable desencanto. Los monumentos mismos están engastados en el paisaje que les corresponde.

Sobre el precipicio de una montaña cortada a pique en sombrío bosque, se levanta el palacio árabe, cual inexpugnable fortaleza en la espesura de sus torres bermejas.

Deslumbra como un ensueño, excita la fantasía y deleita con leyendas de reinas moras y princesas cautivas, que liberta Amor en desesperadas evasiones...

¡Alhambra, la Roja, con tres torres y tres patios desiertos y melancólicos...! En sus miradores solitarios ningún ojo enamorado acecha al caminante tras los ajimeces vacíos, en los altos muros.

¡Cuánto he soñado, evadida yo misma de las rutinas de un mundo banal y descolgando mi fantasía por los balcones abandonados, en busca de la gran *Aventura*, que es la vida... con los peligros, heroísmos y renunciaciones en que querría encontrarme, ya que sólo en conflicto se acusa Amor!

Así soñaba yo en mi *Diario*, pobre niña inocente, en el moribundo siglo XIX — época la más dichosa y opulenta que conoció la humanidad, desde el año 70 hasta la Gran Guerra.

Se nos educaba en forma que no sospechásemos siquiera el dolor de vivir. Nos ocultaban la miseria y las traiciones de la carne, creándonos paraísos artificiales. Nuestra inocencia ignoró las asechanzas de la vida. Y en mí se mantuvo, tan peligrosa ignorancia, por tener un compañero que fué *marque déposée* del tiempo en que las grandes razas agotaron sus posibilidades en fuerte apremio de rápida consumación. Ignoré la vida y fatalmente lo ignoré a «El».

(Catorce años más tarde, volví a Granada, ya prisionera del Dolor, en terrible conflicto, oprimida cruelmente por la vida, que a ninguno deja de estrechar en su férrea tenaza, si está despierto. Culminó mi angustia en noche de Pascua — preparación a un nacimiento espiritual...! ¡Espantosa noche en vela! Se agitaba la ciudad cristiana en fiesta de Navidad con bulliciosa algazara, mientras se hacía pavoroso silencio en mi corazón — silencio que, ahondado más y más en Dolor, dejó escuchar por fin la gran Voz...)

## EN VIAJE A TOLEDO

Salimos al amanecer de Granada. Tan buenas son las combinaciones de trenes, en esta bendita tierra, que nos resignamos a partir de noche. En el vagón hallamos muchos tipos de esos que condensan el alma del país. Al sentarnos, ya sabemos que el señor del frente, un chato de expresión impávida, es abogado y ejerce en Madrid.

— Ni con un retén de guardia civil me aventuraría en los barrios gitanos de Granada — dice en tono campanudo.

Un joven flacucho y rubiete entra maleta en mano, nos mira y se va. Lo hemos atemorizado — pues querría dormir. Luego entra nuevamente y se instala... Le fué mal, sin duda, en su búsqueda... Querría soledad, y en vez de personas grandes, halló niños en los otros vagones. El señor de la punta tiene mucha gana de hablar y no halla por dónde colarse. Al fin logró contar que había subido en *carruaje* a los barrios de arriba (acentuó gravemente *carruaje*) y toda la gente salió a mirar como si nunca hubiera visto coches en aquellas alturas... Y en verdad, largo tiempo ha que ninguno pasaba, pues al fin de la calle había un hoyo profundo... adonde casi precipitó el vehículo aquel imprudente cochero. Para volver hubo que desenganchar el caballo y ponerlo a tirar el coche al revés.

Eso esperaban los curiosos. Ninguno previno el peligro, y aguardaban el desenlace del suceso. El buen

señor no reparaba en la mala impresión que nos daba de su tierra por el vanidoso placer de que supiesen que había andado en coche. Todos estos pequeños episodios nos pintaban la España de 1900... ¡País moribundo! — me escudaba en Chamberlain, contra la desaprobación de Joaquín y su optimismo.

La raza no sólo me parecía atrasada, sino deprimida, empequeñecida, vuelta a puerilidad, que es chochez... Estas conversaciones escuchadas de lance, me dan los distintos aspectos de su desolación.

Almuerzo en Bobadilla. Frente a nosotros, en la larga mesa de huéspedes, una familia, cuyo carácter prominente lo da la *Dolores*, ancha matrona, a quien su consorte urgía incesantemente a comer. No le bastaba la gruesa porción<sup>1</sup> que los mozos le ponían en el plato; él tomaba, a limpios dedos, trozos de carne supernumeraria de la fuente e insistía: — Come, Dolores. Ignoro si esto lo haría por afecto o por economía, pues siendo el almuerzo a precio fijo, convenía que la señora comiese a reventar, en buen aprovechamiento del dinero que se iba a gastar, y que no volviese a tener apetito en todo el día.

Casi todas las mujeres españolas son gruesas, anchas, caderudas y pechugonas. Se balancean como fragatas al andar. Los tallecitos traspirenaicos, la gracia elegante, no asoman a esta tierra.

El señor que anduvo en coche, allá en Granada, trabó conversación con el abogado madrileño. Se embromaban con tal gracia y acento que creíamos hallarnos en el teatro.

En voz baja comuniqué a Joaquín mi triste secreto:

— Nosotros no hemos heredado a los españoles la viveza, la agilidad, la réplica, ni el colorido de las palabras...

Me contestó:

— ¡Ni tampoco el coraje!

¿En qué se fundaría Joaquín para creer que estos blandengues perezosos e ignorantes son valientes?

— ¿Piensa Ud., hombre, que me hago rico?

— ¡Pus, sin duda, con los buenos duros que le pagamos!

Se detiene el tren.

— ¡Vaya Ud. con Dios!

Se queda el señor que anduvo en carruaje, una vez en siglo, por los barrios altos de Granada. Permanece el abogado madrileño; aun cuando conversaba con los demás, éramos nosotros su verdadero público.

El campo de Andalucía continúa en su aspecto de abandono — escasos cultivos, árboles diseminados caprichosamente, aldeas viejas y pobres... Tiene la tierra esa melancólica serenidad de una bella mujer que ha vivido, que fué amada y que envejece noblemente.

En una paradilla del trayecto sube una señora a nuestro vagón — tipo clásico de esas matronas provincianas, que por muerte de *Papa*, dejan su rincón y hacen una asomada a la capital cabecera de su región. Van asustadas, cohibidas y buscando apoyo en los compañeros. Todo es para esos seres novedoso e imprevisto. Cuando el conductor les pide el boleto, se

les pierde, o si ya se lo han dado a picar, se lo vuelven a ofrecer. Miran a los compañeros de viaje con asombro, curiosidad y deseo de hablar.

Trabé en seguida conversación con ella. No me había equivocado... Venía de Cabra, su pueblo — pronuncia el nombre con grave entonación, segura de que nadie puede ignorarlo. Se dirige a Córdoba y su acento vibra, a la manera que yo digo París a secas y no de Francia, como se acostumbra en España, para quitarle su gloria de unicidad mundial y que Madrid se le apareje o supere...

Me refiere, solemnemente, que va al bautismo de una nieta, llamada con urgencia por José María. Lo nombra también con unción, cual si se tratara de Maura o de Sagasta.

Al saber que somos americanos, temió que fuésemos cubanos.

— ¡Se ha padecido tanto con ellos!

El abogado terció:

— ¡Ni qué menos, si Cuba fué siempre la prisión a donde estos gobiernos mandaban a los calaveras!

La señora era sorda, y al preguntarle yo por qué temía a los cubanos, me respondió:

— Carmen de Porto Carrero, para servir a Uds.

En voz baja dije a Joaquín:

— Ese apellido lo tiene la Emperatriz Eugenia.

Su sordera no le impidió oír... Al vuelo cogió mi palabra.

— Y ya quedan muy pocos Porto Carrero en España...

Subió el precio de la mercancía por escasez. La vanidad, sin duda, aguza los sentidos. Su vestimenta

mostraba que la señora traía puesto el fondo del arca: pollera crujiente y repolluda, amplia manteleta negra, guarnecida con sesguitos de raso y franjas. Y por lo mucho que al accionar se le enredaban las manos, presumí lo poco que dedos y flecos se frecuentaban. Bajo la mantilla de blonda negra, aparecía un rostro seco y apergaminado, en que sólo por el corte de las facciones podía deducirse resto de belleza.

Su sencillez mental me recordaba esas almas chilenas que envejecen en limpieza infantil de pensamientos, y que por carencia de vida interior y de conflictos, no retienen de la vida más que fechas y sucesos— bautismos, bodas y defunciones, vistas por fuera.

*El parte* (telegrama) que le puso José María era urgente. La apuraban para bautizar a la criatura de que iba a ser madrina el día del Angel Rafael, patrono de la ciudad. Quedamos bien enterados de los sucesos de familia. Y yo también me entero, no obstante de vivir reñida con el santoral, que mañana es 24 de octubre.

## DE NUEVO EN CORDOBA

Nos entramos al ómnibus con la misma gabacha ingratable con quien salimos de Granada, una de esas mujeres reconocibles por lengua y acento, ya que no aportan gracia a ninguna parte.

Aun viniendo de Granada, Córdoba guarda preeminencia en la Mezquita. Después de conocer Sevilla y Granada, mantiene aún su originalidad. No se confunde con el aspecto de ninguna otra ciudad. Queda

ya más fuera de la evolución que el mundo va haciendo hacia calles rectas, a pavimentos buenos y a casas altas y regulares.

Córdoba, en la avanzada decrepitud moruna, es el perfecto desorden y la vejez sin resurrección...

Los niños van por las calles casi desnudos, todos sin sombrero; gritan, juegan y pelean como en su propia casa. Me produce impresión penosa, de extrema pobreza, este pueblo ingenuo en su bondad, holgazán y feliz en su decadencia y estagnación.

Nos engolfamos en esas callejuelas que serpentean hasta la *enceinte* de la Mezquita, dorada por soles seculares y engastada como una joya.

Llegamos al Patio de los Naranjos a esa hora de conjuros y evocaciones, bajo la torre del Alminar.

Las cinco fuentes están solitarias: ni mujeres con ánforas de greda, ni niños. Entramos al bosque de columnas, fresco y penumbroso, que es la Mezquita, en la mágica *futaie* de mármol y ladrillos blancos y rojos — umbría selva que recorreremos con temor de extraviarnos. ¿Por dónde cae la luz? Un millar de columnas se alinean, corren, se escurren, se cruzan y entrecruzan, huyendo a pérdida de vista, en oblicuas perspectivas.

El crucero de Carlos V me parece hoy más inicuo que la primera vez. Me hago contar la historia de semejante profanación. Culpó únicamente al fanatismo y mal gusto del soberano...

Cuando recuperaron a Córdoba, a cuchillo, los príncipes castellanos, aragoneses y navarros, se maravillaron de la hermosura de ese monumento. Los infieles habían hecho una obra estupenda, bien superior

a las de ellos, que se creían civilizados. Abderramán construyó la Mezquita. El rey San Fernando la utilizó para el culto cristiano, echándole agua bendita y poniéndola bajo la advocación de la Virgen.

Taparon las diecinueve naves, que se abrían sobre el Patio de los Naranjos, para instalar capillas. Cubrieron los muros de azulejos con estucos, pero el bosque permaneció intacto. Durante tres siglos, de 786 hasta el fin del siglo X, la Mezquita fué conservada. Los Emires la enriquecían más y más.

Cristo había sucedido a Alá, sin estropear la obra preciosa, pero al concluir el siglo X, se produjo la innecesaria mutilación. El Cabildo de Córdoba concibió el plan de destruir el centro de la Mezquita para hacer un templo cristiano, construyendo una Capilla Mayor. El Municipio de la ciudad protestó, considerando el proyecto absurdo y estéticamente sacrílego. La Mezquita de Córdoba, después de la Meca, era la más bella y suntuosa del mundo. Tenían los cordobeses su orgullo en ella. Su belleza la había hecho triunfar del fanatismo y del mal gusto. Era la joya de la ciudad, y nadie nombra siquiera a esa intrusa Catedral que la profanó.

Los ediles se sublevaron y hubo hasta amenaza de pena de muerte al obrero que se atreviese a tocarla. Se solicitó la autorización de Carlos V, quien consintió en ese acto de barbarie. Demolieron el centro, para hacer un crucero. Refieren que el monarca, cuando vió el desastre, se encolerizó contra los canónigos, diciéndoles: — Capillas Mayores hay en todas partes, pero Mezquita como la de Córdoba, no existe en ningún sitio.

Ni así perdonamos su equivocación. El crucero atrae maldiciones de todos los artistas sobre la memoria del soberano.

La cruz, rompiendo la extensión del bosque musulmán, me parece símbolo de esa lucha que ahogó en sangre, durante cinco siglos, a moros y cristianos.

La penumbra fué disipada por la luz blanca, algo cruda, del templo, con su alta nave y su *transept* en estilo barroco y plateresco, bastante rico, pero fuera de sitio.

La Mezquita ha sido humillada, aplastada por esta elevada construcción, que la destrozó, pero tiene aún tal fuerza de empuje y tan sobrecogedora es en sus ramificaciones, que la misma Capilla Mayor es su prisionera, y la desafía con su encanto, embistiendo al crucero con la multiplicidad de sus oblicuas avenidas, que van a estrellarse en sus muros.

A esta hora, el misterio musulmán es más penetrante y vivo en su tristeza moribunda. Las vagas penumbras hacen resaltar las obscuridades siniestras. La suntuosa cruz latina, con sus altas bóvedas luminosas, choca y desentona en el embrujo circundante.

La pura claridad cristiana se aviene mal con la turbia penumbra del Islamismo.

Poseemos el Dios-Hombre; los árabes, su Profeta. Los templos guardan armonía con sus religiones: más altos y claros los cristianos, más oscuros y bajos los islamitas.

¡La Mezquita ha sido profanada por el crucero! Lo repito indignada. Cada monumento en su sitio. Aquí la Mezquita. Allá las Catedrales. Nunca olvidaré el misterioso sobrecogimiento que me dió

el estilo gótico, y que culminó en la Catedral de Viena. Fué una impresión nunca sentida antes — mezcla de terror y de admiración a la belleza desconocida.

Seduca la arquitectura árabe por su exuberante y finísima riqueza, pero ese mundo de magia y de voluptuosidad inspira terrores ignorados de las conciencias cristianas

Si a la Mezquita se le restó belleza, al perder su unidad, ganó en misterio con las irregularidades consiguientes a la mutilación. La torpe incrustación de altares entre sus arcos, las capillas que cierran sus pórticos abiertos sobre el patio, el mirah solitario, donde los mosaicos guardan el desgaste impreso por las rodillas de fieles y peregrinos, todo ese desorden laberíntico la hace más extrañamente confusa.

Aquella tarde primera, que nunca creí repetir tan pronto (pues ignoraba que de Granada habíamos de volver por el mismo camino), sentí miedo en la dilatada prolongación del bosque de columnas. Sorprendíanme las dilataciones y temía perderme en la encantada soledad.

Cada columna semeja un chorro de agua vertical, que se quiebra en el techo y abre un ancho abanico de piedra — motivo que se repite siempre igual, enriqueciendo aquel pétreo follaje con esa segunda réplica que sostiene el techo.

Si añadimos los tapices, los mosaicos y las lámparas que faltan, así como los pórticos en que terminaba cada avenida sobre el Patio de los Naranjos, sentiremos el místico encanto de la casa de oración.

La vejez de Córdoba me parece hoy más caduca que ayer... Las callejuelas zigzagueantes y sucias,

los inmundos rincones, las construcciones ruinosas y un pobre cojo que nos persigue, todo me densifica la sensación de muerte.

Nos acoge, en calidad de antiguos amigos, el *maître* de la fonda, con amable gravedad de ejercer una importante función.

Es partidario de la Revolución Francesa. Cree que será imitada pronto en España, para derrocar, de una vez por todas, esos pésimos gobiernos.

— Al rey, si es que sale vivo, lo alimentarán en otro país.

Se retira haciéndonos profundas reverencias.

Miro a Joaquín con ojos burlones.

— ¿Tú compartes, sin duda, la opinión de este nuevo profeta político?

— Ríete como quieras; pero yo te aseguro — aunque ninguno de los dos estaremos ya en este mundo para verlo — que la Revolución Española será más cruel, sangrienta y heroica que la francesa... Ellos irán mucho más lejos que a la fundación de una República, y hasta en sentido espiritual, renovarán la religión.

A pesar de mi beaterío ciego, creí siempre que la Inquisición era un grave error. España ha pecado como pueblo violando la libertad de la conciencia humana y la Iglesia ha de ser perseguida en justicia, si este pueblo no sigue durmiendo la siesta de la última chochez.

— Las fuerzas dormidas hoy, han de resucitar pasado mañana, ¡eso sí que te acepto...! — respondí.

— ¡Duermen por cansancio del gran esfuerzo, no por viejas ni por gastadas, como crees tú!

Volvió el *maitre*, con nuevos ofrecimientos.

— ¿Sabe Ud. que mi esposo tiene sus mismas ideas políticas?

Sonríe en su ancha boca desierta.

— ¿Qué menos puede desear un gran señor, que por algo son grandes los señores de verdad, que ya los de España dejaron de serlo y no alcanzan ni a señoritos pigmeos?

Se alejó solemnemente.

— ¡Benditas pretensiones en un pueblo que apenas respira! — agrego —. Se dejan morir de consunción, de estrechez mental y de ignorancia antes que venga el despertar...

A más de las horas que hemos perdido en Córdoba, el tren a Madrid no pasa hasta las 11 de la noche. Trasnocharemos. Hacía un frío intenso en la desamparada estación.

Cuando vino el tren, no podíamos subir al vagón. Bajó mucha gente, pero una dama elegantona me impedía entrar, parada en la puerta, dueña del convoy. Se presentó Joaquín y la apuesta señorona se retiró y me dejó espacio abierto.

— ¡Pase Ud! —, con una desenvoltura impúdica en su brusco cambio de determinación.

Acechaba con vivo interés en la portezuela. Al fin descubrió a un muchacho.

— Dígale a Manolo que deseo verlo.

La comprendo... Manolo se le escapaba; en este caso Manolo es cualquier varón, y al ver tras de mí uno tan imponente, la puerta que a mí me cerraba, fué súbitamente abierta.

Habiendo subido al vagón sólo gracias a la varonía de mi dueño y señor, no entré tan pronto en relación con la dama.

Tenía dos asientos a mi disposición, para estirarme siquiera en la noche, pero el señor del frente me quitó uno, pasándose a mi lado.

Me iba poniendo colérica. Joaquín me hizo hueco para que me acostase y se quedó sentado. Me cuidaba mucho el sueño, dándome comodidades, con perfecta abnegación de sí mismo, que era más delicado.

No me sabía regalona ni siquiera en casa de mi abuela. Es muy curioso que el *regalo*, ese constante mimo, no llegase a mi conciencia. Ahora he comprendido que yo vivía lejos de esa conciencia lugareña en donde estaban centrados los demás, manteniéndome claustrada en mi propia ensoñación, dentro de mi alma solitaria, en que me sentía desamparada. Mi soledad interior se me hizo sensible sólo en el comprensivo acercamiento de Joaquín.

Ni siquiera era consciente de su mimo, por creer que los hombres trataban así a las mujeres, por ser moralmente más frágiles y menos robustas de cuerpo. ¡Pobre de mí! ¡Qué duras lecciones había de recibir más tarde!

El señor que me quitó uno de los asientos que yo me reservaba para la noche, dormía ahora con la cabeza rebujada, haciendo un ruido endemoniado, con ronquidos de trompeta. La dama también dormía  
ndamente, pero con decencia.

Hemos atravesado la Mancha, de noche; creo que sigue a Santa Cruz de Tudela. Admiro el poder del Arte. Don Quijote vive más intensamente que todos esos personajes que gobiernan el Reino.

El encanto de la amanecida me despierta. En ese último momento, de más intensa obscuridad, que precede a la aurora, el firmamento tiene una pureza y un fulgor de astros que me gusta sorprender.

Descubrí la Estrella Matutina, el Lucero del Alba, como me enseñaba mi mamá Rita. Tan inmensa y refulgente era, destacándose al borde del horizonte, que mis ojos la confundían con la luna, al reflejarse en los canales y pantanos del camino. Los espectáculos naturales me dan en cada ocasión tan puras y honradas emociones como si los contemplara por vez primera. Tengo una especie de virginidad anímica, la que sentirían los niños pequeñitos si tuviesen espíritu... El encanto de la aurora me retiene en vela.

Al venir el día se despertó, mustia, la dama elegantona. ¿Por qué se marchita tanto el cuerpo mientras el alma viaja? El reposo no le da frescura ni renueva su vitalidad... Precisa que torne el alma para que el cadáver a que se reduce recobre su vida.

Se había sacado el corsé, y las protuberancias, libres, los derrumbes sin puntal y las carnes fofas tomaron extensión y desplazamiento...

Miró asustada a Joaquín, que dormía; y con toda rapidez empezó a reconstruirse. ¡Penoso afán! pues el sueño la había hinchado. Se resistía el cuerpo a nueva encarcelación, y ni los zapatos se resignaban a hospedarle los pies. Joaquín la preocupaba sin tomar en cuenta al señor de los bufidos.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos para ajustarse el corsé, poniendo a raya las rebeldías de su carne en breves horas de libertad, se resignó a quedar hecha bolsa, y a arreglarse sólo la cara, con una pomada, sobre la cual los polvos la convirtieron en Arlequín.

Siendo yo muy delgada, no pasé por los mismos afanes. Tampoco necesitaba polvos. El pelo también se me arreglaba solo.

Desastre hubiera sido que me urgiera suplir a la naturaleza, pues por contemplar auroras, habría perdido novios y conquistas. Siempre la belleza natural y el arte han primado en mí por sobre toda otra preocupación que no sea amorosa, y en esa materia única, en fuerza de ser exclusiva, sentí con «El» un vínculo superior — don de Dios, agenciado por su Ministro, el Destino. No tuve la pretensión de creer que «El» me amaba por ser una criatura especial. Tenía ya entonces el complejo de inferioridad, que nunca me ha abandonado; pero mi confianza en su amor era tan absoluta, que aun sintiéndome inferior a las demás mujeres, y en especial a las preciosas *cocotas* de París, me hallaba única en el corazón de Joaquín y para siempre insustituible, por algo anterior y misterioso en que nuestro cariño venía e iba, encaminado a la eternidad. . .

La dama que se acicala, allí al frente, es andaluza de Córdoba. Esperaba, sin duda, un amigo que no llegó, cuando llenaba la portezuela entera del vagón. Había hecho un viaje a París y ahora regresaba, después de lucir sus trapitos en Córdoba. Le urgía componerse y no podía, por ese maldito corsé declarado en huelga.

Me hizo reparar en su vestido hecho por Redfern (el gran sastre de damas), tocar la tela y admirar los microscópicos y perfectos pespuntos. Que el corte era francés, lo gritaba el traje, ahora que la dama, al natural, mostraba los primores de la tijera, que logró sacar línea femenina a una albóndiga. El vestido era de marca francesa auténtica; ya lo había reparado, y que fué hecho con destinación a Córdoba, lo proclamaban también el feo color y el recargo de adornos.

Esta dama tiene el verdadero tipo español. Es morena, con esos hermosos ojos que busqué en Madrid y que sólo hallé en Andalucía. Las mozas madrileñas, bajo cuyas mantillas yo esperaba descubrir las majas de Goya y que me miraban con ojitos capotudos, que yo atribuía a las japonesas, me desencantaron.

Mi vecina recién despertada tiene gancho e interés, por la calidad de sus ojos, que no transportan, pero acarician. Su repertorio de matización no es vasto, pero se anima al hablar con cierta lánguida brillantez. ¡Mema! — hasta la saciedad, aunque no logro discernir si es torpe simpleza o natural expansión de almas vacías, frívolas e incultas.

Hablamos de costumbres andaluzas.

— Miusté, la mantilla negra de blondas me sienta de primor; pero no la uso más que en corridas *serias*.

— ¿Y qué es eso?

—Pues, vamos, la de Caridad que se correrá próximamente. Allí no lidian seis toros, como es de rigor, sino ocho reses... (Se esponjó su voz, para recordar las procesiones andaluzas.) ¡Ah, Sevilla es famosa en el mundo! ¡Es única! Jamás acompaño una procesión

en Madrid, pues sacan a Nuestra Señora desaliñada, poco menos que con delantal de barrendera. En Sevilla, ¡ay!, qué mantos lucen las Patronas, cuajados de pedrerías, con bordados de oro, altos así! (Y graduaba el espesor con sus dedos pochos.) Los curas ponen todo su empeño en lucir sus Vírgenes.

— ¿Sabe Ud. del asesinato?

— Nada, vamos de paso.

— Sepan Uds. que un clérigo, en connivencia con la propia madre, mató a su padre y escondió el cadáver. (Lo cuenta con fruición.)

— ¡Qué horror!

— Son como todos los hombres, y luego van en los *Pasos* y claman misericordia, los pocos que se arrepienten... como que dicen ellos: «la bondad de Dios es infinita»...

— En mi país — dije con orgullo —, el clero es devoto y honesto... Y si fuese malo, no me sería causa de escándalo, pues mi fe religiosa no reside en los hombres, como ocurre a las beatas, a quienes la culpa de un cura las hace dudar de todo. Cristo me basta y me sobra; los curas me dejan sin cuidado...

Los españoles tienen arraigada esa grosera religión pagana y fanática. Viven de la «gana»; se dan derecho a gozar de la vida a su antojo; en los trances duros, claman confiados a sus santos, y en el supremo de la muerte, se arrepienten y parten seguros de hallar su huequito en el cielo. Es una religión tan cómoda como infantil.

Sigue la dama hablando como una cotorra... Vive en Madrid, tiene una hermana muy engreída, que no quiere acompañar a la madre anciana.

— Mis sobrinos ¡tengo muchos en Andalucía! no van ni a la Escuela. No les importa, ni quieren tampoco darme ninguno para educar en Madrid. Eso de *aprender* se practica poco en mi tierra.

— Miusté, — continúa — ¿su color es natural...? ¿No se pinta Ud.?

— Color de trasnochada... ¡Claro! es el que no destiñe.

— Anoche creí que venía Ud. de arreglarse la cara; pero ahora veo que Ud. y el señor, a pesar del carboncillo, la trasnochada y todo, quedan como palomas de alborada.

En Madrid no es bien mirado que las mujeres se pinten. En París nadie se queda como la hizo Dios. *¡Ayúdate, que yo también te ayudaré!*

— ¿Qué tal las corridas? (Mi gesto debió ser de náusea...)

— Pues, vamos, aquí, mientras más caballos y más sangre, ¡mejor!

— No hablemos de eso — salté — porque me parece la ignominia de España.

Ella hizo un dengue gracioso... y miró a Joaquín, que estaba ausente, observando el paisaje por la ventanilla — ausencia que yo traducía en desinterés. Luego me diría:

— ¿Cómo te entretienes con esas lesuras?

Ella jugaba, entretanto, con su collar de cuentas rosadas.

— ¿Ese *sautoir* es de corales egipcios? — indagué.

— No es fino, miusté, pero lo finge. Lo compré en las Arcadas de Rívoli, para regalito de parientes, pero por bonito me lo guardé.

Llegamos a Castillejas — empalme con la línea de Toledo — y la dama sigue a Madrid.

— ¡Te sobra paciencia para oír tonterías y te falta para las cosas prácticas de la vida! — fué la primera reconvención de Joaquín. Yo no sabía entonces, por ser menos sensible, hallar los climas espirituales en que se nos entregan los seres. Y hasta en esas insípidas conversaciones iba buscando resquicio de entrada en el alma de la mujer española.

Entre nosotras, una palabra, un gesto, son reveladores de zonas de conciencia, que me son conocidas por propia experiencia y que tienen interés psicológico, pues marcan grado de desarrollo espiritual.

La vida se me presenta cual largo camino con estaciones, que van señalando las etapas. Llevo pasadas algunas paradillas del trayecto, y hasta en ese *sautoir* de corales encuentro indicaciones del recorrido. Revela que la dama va saliendo recién a este viajecito largo a veces y penoso siempre. También me entero de que ciertas personas no se detendrán ni descenderán nunca en los paraderos trágicos del camino; sólo mirarán sin ver por la ventanilla. Esta damita cordobesa se quedará en algún insignificante paradero del tren de la vida, comprando baratijas. No llegará al término de su propia destinación, como yo, que, sin duda, arribaré sangrante, herida y maltrecha.

En Castillejas no hay tren para continuar a Toledo. Se marcha el que nos trae y aquí nos quedamos, tirados en una estación sin refugio.

Entramos a la única cantina que divisamos. Es pobrísima. Simple depósito de aguardiente para los empleados de la Ferrovía. Pedí café, pero no había

leche. Nos dieron una aguadilla negruzca, con escrúpulos de café y un pan lapidario.

Los parroquianos se acercaban al mesón. Una vieja jorobada, desmuelada y pintiparada, vendía licores. Se daba el lujo de motejar los malos gobiernos y odiar a los ricos egoístas y crueles, que dejaban sus tierras sin labrar y a los pobres sin trabajo.

— Nosotros debemos parecer en este momento esos malos ricos que no trabajan — dijo Joaquín.

— ¡No pensarían eso si te vieran en Mallarauco!

— Dice bien; aquí los nobles poseen extensos bosques de cacería, mientras el pueblo carece de pan — agregó «El» —. Y les costará caro el descuido, andando el tiempo.

— ¿Entonces vendrá el poderío de España, según tu profecía?

— Me has entendido mal. España resucitará de su ruina, y con su heroísmo, el de todos, chicos y grandes, nobles y plebeyos, creará algo grande, un sistema nuevo, otra organización. ¡Sabe Dios...!

— Este café no me da ningún optimismo — díjele — y aún esperas a pesar de todo...

Yo me convencía de que en la vieja y legendaria Castilla, todo iba tan mal como en Andalucía. Y sin embargo, en la holgazanería sevillana, Castilla parece la tierra prometida a todas las proezas y heroísmos.

— Denos Ud., señora, una copa flojita—dice con énfasis un parroquiano.

— ¡Bueno! ¿Qué es esto? (con un gesto de saberle mal).

— Pues como ha pedido Ud. una copa floja, se la doy como me la pide y ahora la desdeña...

La patrona le sirve otra más *ágil*. Y así, entre chanzas y risas, la vieja jorobada se ablanda y su rígida cara de perpetuo anatema contra gobierno, frailes y ricos se torna alegre...

En pocos minutos la taberna se ha llenado de gente que fuma, bromea, escupe, y apura copas, flojas primero, más vivas después, y activísimas al fin... Crece la elocuencia, la generosidad, el optimismo y la violencia de las opiniones. A medida que calienta el sol de Castilla, se tornan los parroquianos más animosos y la fondera más amable.

No tenemos esperanza de tren. Nos han botado en Castillejas como fardos.

Avanza al mesón un cliente más avisado.

— Señora, haga Ud. la cuenta del otro día. Son 32 pesetas, ¡lo digo yo! — y dió un puñetazo afirmativo.

Debía ser mucho más alta la adición ofrecida que la real, pues la fondera se acusó por la expresión de miel, en que se confundían malicia y gratitud.

— ¡Así digo yo: 32 pesetas! Haga una cuenta y la envía a la dirección de este servidor.

— Vaya Ud. con Dios — dijo la jorobada.

— Y Ud. quede también con Dios.

Y se marchó muy orondo, lanzando por otros lados: ¡Hasta la vista! ¡Adiós! — como quien dice: ¡Volveremos a partir utilidades! Me dejó la certidumbre de que no pagaría nunca.

Al fin el tren de Toledo se ha colocado detrás de la estación. ¿Cuándo saldrá? Es el secreto que ningún itinerario revela, pero aquí esperamos sentados, lejos de la sucia taberna.

El tren estaba vacío. Eramos los únicos pasajeros. Al fin se marcha. Un día bellissimo. Los campos sonríen cansados, bajo un sol triunfante, en un cielo sin nubes.

Nos acercamos a Toledo. La llanura de Castilla no me muestra todavía esa negra tragedia de sus sangrientos crepúsculos.

## TOLEDO

¡Qué evocación en este nombre! «*La fière residence des rois de Castille*».

Toledo me resume en sus escudos nobiliarios la hidalguía, el heroísmo racial y todas las tradiciones caballerescas. En este nombre de Toledo vibra la altivez secular que, por culminación de dignidad humana, creó el tipo del caballero, del hombre sin miedo y sin tacha, que con sublime coraje da su vida por los valores eternos del alma humana.

Atisbo la aparición de Toledo en el horizonte de la parda llanura castellana.

Aún no aparece aquel legendario peñón de rocas que ciñe el Tajo, para hacerlo inexpugnable. No veo aún diseñarse con soberbia secular ese noble perfil del Medio Evo que da Toledo, encerrado en estuche de almenados murallones, coronada la ciudad por la floración gótica de la Catedral, de sus viejas torres y de la grandiosa fortaleza que es el Alcázar. En vano acecho; sólo diviso una especie de monasterio que me recuerda el Escorial.

¡Es Toledo! Me aquieto, confiando en que desde otro lado veré la noble y altanera silueta que busco.

Atraviesa el ómnibus el Puente de Alcántara, digna entrada a Toledo. A cada extremo se abre un pórtico de severa austeridad, que prepara, cual recogimiento de oración, a penetrar en el centro de la grandeza castellana. El Puente de Alcántara previene, al viajero burgués, de la llegada al santuario donde se forjó el alma humana de más rico temple que registra la historia occidental.

Rezo el «*Mea culpa*» de mi ignorancia y desdén por esta tierra. De tenerla siempre adentro de mi corazón, dejé de sentirla. Por causa de interioridad, no la oía latir y me lancé como una insensata a la búsqueda y deleite de otras tierras y otras almas, que siempre me decepcionaron en comparación con lo que poseía.

Este puente moruno de piedra antiquísimo es el digno prólogo del libro que voy a leer — la historia de una gran Raza que hizo del honor su ley y del heroísmo su destino.

El ómnibus trepa por una carretera al borde del cerro, que nos descubre los campos y el profundo Tajo, que ciñe el peñón que sirve de pedestal a Toledo.

El panorama es bello y noble.

Penetra el vehículo por callejuelas estrechas, tortuosas, sombrías, hasta la plazoleta irregular en que se esconde el *Hotel de Castilla*, palacio de piedra, cuya blanca modernidad detona con la menguada y triste vetustez de los edificios circundantes.

Entramos a un hall pretencioso, que presume de *toledano*, como si cupiera tal absurdo, fuera de la auténtica y nobilísima antigüedad. Nos dan una preciosa estancia, que desde gran altura domina la campiña que se extiende más allá del Tajo.

Es lo menos que busco en Toledo. Preferiría que mi balcón se abriese sobre un helado rincón de encrucijada, frente a un portalón de piedra. En vez de este paisaje risueño, querría verme encerrada tras de una jorobada ventana con barrotes negros, en donde sangrara una mata de cardenal en tiesto de greda.

Renuncio al padre Sol, a sus caricias y esplendores, por impregnarme en la atmósfera de Toledo. Quiero hacer un paréntesis en el Tiempo, romper todos los ritmos y sumergirme en el pasado...

En *table d'hôte* encuentro esa gente que me echa de bruces sobre el presente, sacándome de la nobleza que busco, a la burguesía que me asquea...

Frente a nosotros un matrimonio nuevo, inglés o yanqui, el par de buenos mozos que auguran hermosa sucesión, y otra pareja — ¡novios! a no dudarlo. Cuidada y flamante la *toilette* de ella, de indumentaria estrenada el mismo día. Talle deplorable, corsé que no cumple deber de alcahuetear formas, comprimiendo lo que sobra y aumentando lo que falta. Talle español, en fin, o sea, *palmito*, en que no cabe elegancia ni gracia femenil, pues la más bonita cara con ese cuerpo obeso, resulta flor en botija.

El consorte mostraba solicitud; hacía traer vino en botella empolvada y llevaba un flamante abrigo color canela. Son novios; y esa impresión que entristece a cualquiera mujer después de ocho años casada, por el recuerdo de la riña sufrida entre ilusión y realidad, a mí, que no he sido defraudada por el sacramento, me deja simpatía especial por ellos.

Queremos recorrer pronto las callejuelas. Al salir nos retienen las reverencias profundas de dos

mozos — espinazo arqueado, como en la corte de Berlín— que nos ruegan pasar al despacho del Director, donde nos esperan. Si no fuera por el excesivo respeto, temiera que nos hubiesen creído, como en Río de Janeiro, *noceurs*.

El Director hace una genuflexión igualmente cortesana:

— Su Señoría debía habernos prevenido... para reservarle cámaras que cuadren a su rango.

Joaquín se yergue rígido y desorientado:

— ¿Por quién me toma Ud.? Soy un modesto viajero; no necesito nada especial.

— ¿No tenemos, acaso, el honor de hospedar a Su Señoría el Duque de A...?

— No, señor; soy chileno, habito en Berlín y tengo cargo de Adicto Militar.

Sonrió el Director.

— Pues, señor, excuse Ud. y permítame decirle que si por algo dudamos, fué por ser Ud. más guapo que el Duque de A...

También Joaquín lo echó a broma.

— He conocido a mi sosia en Roma, donde es Embajador, y algún parecido tendremos, por lo menos en el porte, pues ya me lo habían dicho.

Galante, el hotelero continuó:

— Nada altera, caballero, mi deseo de que se le atienda como merece. ¿Le satisfacen las cámaras?

— Ya lo creo, son excelentes; pero mi señora, que en todas partes busca vista, y siendo que aquí es tan hermosa, ahora da en la fantasía de desear un sótano helado y por luz un candil...

Me defendí:

— ¡Es el puro deseo, Director, de sentir la anti-  
güedad...!

Quedamos en que iría a buscar la sensación de Toledo en la calle, pero que guardaría mi balcón.

— ¡Nunca me habías dicho que te confundían con ese señorón! (Siempre molestaba a Joaquín la alusión a su físico.)

— No me acordaba. ¡Tal vez nos parecemos en lo *grandotes*!

Tenía esa manera de tratar el tema y obedecía al sentimiento de no tomar en serio su figura, quizá por ser lo único que dentro de su ingénita modestia y de su silencio no pudo ocultar.

Vamos a engolfarnos en el laberinto de callejuelas.

No queremos guías, para gozar en libertad de nuestras impresiones. ¡Vano empeño! Un muchacho nos persigue, y es tan porfiada su majadería, que ningún argumento lo convence.

— El caballero te va a pagar para que nos dejes solos.

Se indigna.

— ¡Yo quiero servirlos, aunque no me paguen!

Nos vence. No deseamos explicaciones y nos pone en la necesidad de darlas. Transamos.

— Venga Ud. en silencio, tras de nosotros, y cuando necesitemos una seña se la pedimos.

Sellado el trato, se presenta otro.

— Pero, hombre, no queremos guías ni perseguidores, ni testigos... Ya tenemos uno.

Insiste.

— Si lo necesitamos, lo llamamos.

— Van Uds. a extraviarse.

— Y a Ud. ¿qué le importa? Hombre, déjenos.

El nos sigue impertérrito.

— ¿Quiere Ud. marcharse?

¡Nada! Permanece.

Así vamos subiendo las tortuosas callejuelas de Toledo por entre portones de piedra, ventanas enrejadas, rincones vetustos y plazoletas irregulares... hasta descubrir el Alcázar. Nos sigue siempre el muchacho primero, en silencio y a respetuosa distancia.

Su discreción me ha cautivado. Me vuelvo a él con simpatía.

— ¿El Alcázar de Toledo?

— Sí, señora.

Me resume este nombre toda la gloria del pasado. Es una poderosa construcción, monumental en su dimensión, con muros cerrados y altísimos, cuyo cuadrado flanquean cuatro torres y que se yergue cortado a pique, sobre el Tajo... Ciudadela, prisión, fortaleza, suma el poder de Castilla, y ante su grandeza no siento ya la España moribunda, sino la heroica tierra rediviva, que espera, en su gran raza, otra nueva hora en que Cristo — el Espíritu eterno — le diga: ¡Lázaro, sal fuera!

Explicación no pedida, es confesión manifiesta, y así ya por la emoción que me produce el Alcázar, entro en humilde transacción.

Joaquín está absorto contemplando el monumento desde afuera.

— Ya sabes — le digo —; yo no entiendo razones, sólo me convence el arte.

Hago ahora mi profesión de fe a España, ante este Alcázar que resume la ciudad cristiana y moruna, que no hicieron los hombres, sino la vida, las guerras, las hazañas, todo el heroísmo de Castilla.

En el fondo, nunca dudé de España, desde que en su sangre me hablara *Amor* de tan alta calidad. De hecho sólo conozco dos lenguas: Arte y Amor. Arte es camino, y Amor es prisión. El camino de belleza lo recorrí desde niña por las rutas de Francia y fuí por eso tardía en reconocer a España, que llevaba adentro del alma, mientras me encaminaba a París.

La mujer que ha poseído un auténtico caballero castellano, no puede desconocer esa raza, en que acusan excelencia desde los héroes y los príncipes hasta los mendigos, fonderos, alberguistas y mozos de cordel, todo el populacho que codeamos diariamente. En España son hechos de la misma pasta humana el príncipe y el mendigo. La calidad de la raza está repartida en todas las clases.

En esta primera excursión, la noche añade a Toledo su misterio. Todo se agiganta en la sombra. Los murallones son más altos, más medrosas las encrucijadas, más lúgubres las buhardillas, en que agoniza un candil o humea una lámpara de parafina.

Costeamos muros conventuales sórdidos, antiquísimos, que guardan, celosos, Dios sabe qué secretos. . .

El pavimento me lastima los pies, calzados en cabritilla blanda, sobre las piedras redondas, en que transitan asnos y mulas. . . Ningún coche tiene cabida en la red de callejuelas torcidas que nacieron sin plan y que el tiempo se ha encargado de adecuar a necesidades de razas y épocas diversas. . .

Mañana temprano mi primer cuidado será calzarme con zapatones toledanos. No pueden las mujeres soportar el martirio que yo vengo padeciendo... Sin duda, aquí se fabrica un calzado adecuado a vías tan ásperas de transitar.

Me sacan de ese misterioso plano que es el sueño — mundo sin espacio y sin tiempo, inconcebible dentro de nuestra espesura física — las campanas matutinas... Son graves, solemnes y armoniosas. Nunca había oído voces semejantes. ¿Dónde estoy? La vaguedad del paso entre dos mundos, no me permite ubicar el sitio en que me hallo... ¡Abro los ojos... Alta estancia... luz que filtra pálida... ...¿Anoche? ¿Dónde me dormí anoche...?

Las campanas siguen estremeciendo el aire con sus grandes voces, tan solemnes como nunca oyera en mi vida. Es un llamado a eternidad... ¡Toledo! Sólo esta orgullosa residencia de héroes— *carrefour* de civilización y razas — puede llamar con tan secular autoridad... ¿Por qué tocan así tan gravemente? ¿Y por qué cobran en el aire esa resonancia de trompeta apocalíptica...?

Hay desproporción entre el moribundo poblacho reducido a escombros de construcciones moriscas, cristianas y judaicas, y estas robustas sonoridades, tan ampliamente majestuosas, de ciudad viva, poderosa, guerrera y monumental.

Escucho ferviente esta voz, que encara mi dormida conciencia de niña, recordándome que vengo de muy hondo y me encamino muy lejos... Es, el pre-

sente, un día de la eternidad en este mundo que habito, y a mi compañero, tan profundamente dormido, a quien no despiertan las graves campanas, lo siento mío desde siempre y hasta siempre. Y mío, suceda lo que sucediese.

Nunca como en esa alborada toledana he experimentado el poder del *sonido*. Ninguna música, ni las argentinas trompetas wagnerianas, me dieron una sensación tan cabal de la vida trascendente, de esa profunda vida que corre tras de la conciencia oficial, reducidamente encuadrada a la existencia humana.

Me volví a dormir hasta que la doncella entró abriendo estrepitosamente la puerta. Y con voz entonada y pura cantó: —¡Las ocho, chocolate espeso y día claro! Desayuno exquisito como no nos dieran en parte alguna. Destinado, sin duda, al presunto Duque, que dormía un robusto sueño, envidiable para mí, que lo tuve siempre de extrema livianura.

A causa de este sueño enfermizo, «El», que lo disfrutaba con esa profundidad que trae a la vigilia cerebro limpio, en pureza de regiones extraterrenas, me concedía muchos privilegios en compensación al daño, que consideraba robo de la naturaleza al necesario reposo de mi mente.

La cuchara se paraba sola en la densidad del chocolate toledano. «*Razones claras y chocolate espeso*», dicen en Castilla, para significar que cada cosa tiene su manera y su sitio. Por las ventanas ríe el sol mañanero, en campos rocallosos y tierra parda. Deben de ser los mentados cigarrales.

—¡Lamento que no hayas escuchado las campanas de amanecida!

— ¡Serán de la Catedral; el inevitable llamado a misa, que te corta el sueño!

— ¡Ah, no, es algo superior a Wagner; un llamado de eternidad... Créeme, es algo profundo...!

— ¡Poeta! — me disparó, aunque yo subentendía: — ¡Fantástica!

— ¡Profeta! — respondió, también con retintín burlesco.

— ¡Imaginaciones tuyas! Usufructo de la cualidad que más me falta...

Siempre creyó Joaquín que yo era una imaginativa, y Dios sabe a qué extremo carezco de ese don magnífico, que en la *creación* nos hace émulos de Dios... Soy sensitiva, ¡eso sí!, terriblemente sensitiva, para dolor y placer... La vida se me comunica sólo en sensación y sentimiento, nunca en visiones; pero me complacía que Joaquín me atribuyera una poderosa imaginación. ¡Cuánto colaboró a mi desarrollo artístico y espiritual, por esa fe, en los supuestos dones que me concedía!

Nunca me alababa; se complacía en acusarme de lo que me faltaba, pero yo, sensible, con sensibilidad adivinatoria, traspasaba su fría corteza y me apoderaba de sus secretas impresiones.

Mañana me vengaré de su despreciativa sujeción. Lo despertaré a la hora en que las campanas toledanas abren el día, atrayendo sobre su ruina todas las glorias pasadas.

Ya Joaquín no me llamará *poeta*, nombre que, por quedarme grande, siento con acre sabor a burla, como a «El» también le parece ridículo que le atribuyan don de profecía.

El sentido de *profeta* nos evoca a los grandes hebreos: Isaías y Jeremías. Yo creo, sin embargo, que los sabios y los artistas son, en nuestra época, también profetas, que explican la obscuridad del pasado, o anuncian el porvenir, en sus obras o descubrimientos...

Vamos a contemplar el Alcázar con luz de sol. Temo que se nos desvanezca la ilusión de anoche. Nos escolta un guía de los mismos terribles y oficiosos guías toledanos. No podemos escapar. Dentro del Alcázar, el guía oficial se nos presenta.

Nos lamentamos de vernos perseguidos sin tregua. El de adentro se hace solidario nuestro, ya que los guías venidos de afuera son sus competidores de propinas.

— Pues, hombre, ¿por qué molesta Ud. a estos señores?

— ¿Y en qué los molesto, si vengo resguardando sus pasos de los mendigos?

Se arma una violenta algarada entre ambos. El de adentro pretende echar al de afuera. Nos defiende con calor; el otro se insolenta, pero quedamos libres, por fin, de aquel fantasma.

La impresión del Alcázar visto desde el exterior, se completa en el interior. Es soberbio, altanero y grandioso. Tiene un hermoso patio restaurado.

No podemos visitar la mazmorra de sus prisiones subterráneas, ni sus altos pisos, pues está ocupado por la Escuela Militar.

Nos contentamos ahora con un saludo a Toledo legendaria y heroica — ciudad que construyeron los siglos. Es baluarte y refugio en que las grandes almas

afirmarán ante el mundo, egoísta y cobarde, los sagrados blasones del alma humana.

— Esas campanas que has oído esta mañana en sueños, ¿no serían, acaso, las cornetas que tocan diana a los cadetes del Alcázar?—me dijo Joaquín, burlesco.

— ¡No! Esas campanas llamaban a Dios. ¡Tenían sonoridades graves y hasta su pausado ritmo era ritmo de cosas eternas!...

— Mañana las oiremos, para dar fe... aunque temo sean las campanas de viejo monasterio que tu imaginación oyó graves, o de algún convento de monjas dementes, en que sólo queda la torre para que toquen las ánimas.

Me eché a reír; mi venganza comenzará mañana...

Siguiendo, solos ahora, callejuelas inverosímiles de puro torcidas, viejas, sin pavimento, por entre altas casonas de piedra leprosa, que bajan, suben, tuercen y se entrecruzan con otras igualmente heladas, obscuras y sórdidas, llegamos hasta la Catedral, que nos sorprende de improviso con una fachada monumental, que forma la puerta llamada de Bisagra.

No se presenta la maravilla aislada en su soberbia unidad, sino escudada u oculta entre viejos edificios.

La sola puerta que tenemos delante es un prodigio de piedra labrada y de riqueza escultural. Desde el umbral siento paralización y carencia de palabras que traduzcan mi emoción. ¡La Catedral Primada de Toledo! Queda en mi recuerdo como el «*Non Plus Ultra*» del deslumbramiento (que pude tener antes del *Taj Mahal* en India) y de la suprema belleza a que alcanza el estilo gótico. Es la plegaria mayor que el hombre puede hacer a su Dios, con elementos terrestres.

No es tremebunda como la de Estrasburgo, ni terrible como la de Viena. Es atrevida como la de Sevilla, majestuosa como la de Burgos y suntuosa como ninguna.

Toledo es de una riqueza exuberante. Fáltame expresión castellana por escasez de léxico y tengo que recurrir al francés para acercarme a la impresión recibida.

Al traspasar el umbral, yo me sentí *saisie* por la imponente majestad y perfección de belleza. ¡Sí! Eso es: *saisissante!* No se presenta, se despliega; cautiva y sobrecoge...

La discreta blancura, que la envuelve en penumbra tenue, y la luz vertida por los vitrales multicolores, dan una prodigiosa sensación. El coro se interpone cortando la fuga de la nave principal, y no rescata su rica sillería gótica, en obscura madera tallada, esa limitación que obliga a levantar los ojos para dilatarse en las soberbias bóvedas, que animan las luminosas coloraciones vertidas por los vitrales.

Con gran sorpresa nuestra, no nos acosan los guías. Las capillas están cerradas.

Interroga Joaquín a un hombre, que no parece devoto en oración.

— ¿Cómo podremos visitar?

Nos explica que necesitamos un boleto para entrar a las capillas, y que se toma frente a la Catedral.

Mientras Joaquín sale por el claustro, yo me quedo en la puerta. Los que transitan, me miran como si jamás hubieran visto mujer alguna... Me da rabia.

— ¿Qué me mira Ud?

— ¡Pues, vamos! ¡Tu guapeza!

Pasa un seminarista y se detiene impávido;

— Tienes ojos de pecadero de curas, entre hostia y cáliz...

Furiosa le disparo:

— ¡Blasfemo! ¡Aprende teología y no desvergüenzas!

Se me acerca un mendigo, deteriorado hasta casi borrar en su ruina la figura humana... Me tiende la mano con altivez, reñida con su miseria; yo, ardidada de cólera, pierdo hasta la compasión:

— ¡Pueblo de holgazanes y de monaguillos estúpidos!

— No pido a Ud. injurias — me responde inmutable —, sino una limosna, por amor de Dios...

Quedo petrificada. El mendigo me vuelve a mí misma.

Regresa Joaquín, sorprendido. El fraile que vende los billetes le pidió 30 pesetas por dejarnos visitar las capillas que rodean la Catedral. Ante su asombro, bajó a 10 pesetas. Me sulfuro de que sea posible comerciar con estas cosas.

— ¡Te tomaron por grande de España y a mí por mujer mala! (Así llamaba yo a las vendedoras de placer, que en mi juventud creía sacrílega profanación de la santidad del amor. Ignoraba cuán escaso es el amor en el mundo, por haberlo hallado sin merecimiento, al comenzar la vida, y pretendía imponer a todas las mujeres el conocimiento de un secreto que yo misma no valoré hasta el fin.)

Quedo enervada tras de una rabieta, y me doy el lujo de hallar sin interés lo que me muestran. Niego mi admiración a las capillas, como si necesitaran de mi opinión...

— ¡Y esto no más era! — voy repitiendo, en un tonito que sacaría de quicio al más paciente.

Armados de nuestros boletos, imperábamos ahora sobre los guías, que en justicia se nos debían.

Verdad que, a causa de miopía, nunca me he interesado por los detalles de los monumentos. Ya había sentido esa belleza de majestuosa potencia que da la Primada, entregando su alma de fe heroica, y el resto me era secundario.

El ábside es formado por la columnata que continúa las naves, haciendo hemicycle. Los relieves de mármol que cierran las arcadas sobre el altar mayor son primorosos. ¡Cuánta riqueza en las agrupaciones de figuras esculturales! El llamado *Transparente* — apoteosis a la Virgen en asunción, tras el altar mayor, — es prodigiosamente suntuoso.

Con mis *malos modos* he corrido al guía. No sabe si puede hacer largas o cortas explicaciones.

— ¡Capilla de Don Alvaro de Luna! — dice con énfasis.

— ¡Ni sé quién es, y nada me importa!

De reojo me mira Joaquín en burlilla y me clava su reproche, por mi falta de versación en literatura castellana.

Este señor de Luna es conocido suyo, y no le daré el gusto de preguntarle a qué debe su celebridad. Dormiré tranquila esta noche ignorándolo.

El pobre guía murmura:

— Estamos perjudicados, señora, con esta orden de vender boletos para visitar.

— Claro es que a Uds. les conviene trabajar por cuenta propia y no de los canónigos...

Recorrimos una serie de capillas, de poco interés, pues sólo me entusiasman los golpes de vista que con-

densan atmósfera de épocas, que retrotraen a siglos pasados y que nos comunican secretos de razas muertas. No me importa el primor de un mármol o el bordado de la casulla de un obispo.

En la Capilla de la Aparición de la Virgen, hizo el guía muchos aspavientos en unos relieves. Iba yo de tan mal humor que no presté atención y hasta manifesté incredulidad, de pura *cargazón*. Cuando algo me *carga*, salgo de quicio y me traiciono. Fuí alegre, paciente y amable de niña, pero desde que sufre este mal de *cargarme* con personas y cosas, me he vuelto insoportable.

He desmentido tristemente a mamita Lolo, que me recomendaba como un «ángel», y le ha quedado a «El» sólo el vinagre acumulado por la enfermedad nerviosa que me trajo la maternidad.

No sé si en esos relieves estaba esculpida la historia de la Aparición, o si era la piedra misma en que se presentó la Virgen. Iba tan impaciente, que el guía no se atrevía ni a continuar sus explicaciones.

Terminada su misión, nos puso en manos de los frailes, que iban a mostrarnos el Tesoro, el Ocho y las Ropas.

Se nos advirtió que debíamos esperar hasta que pasase la hora de coro. Estaban gorgoreando latinos los prebendados. ¡Nueva *cargazón*! ¿A qué venden boletos si no hay quien muestre los tesoros?

El furor me dictó conceptos que en mi beaterío tomaban alcance de rebelión y de escándalo.

— Estos frailes de España debieran ser quemados, en castigo por los buenos cristianos que ellos inmolaron en la Inquisición.

Joaquín me dió una mirada reprobatoria, de esas que me refrenaban humillándome... Al increparme mis insolentes audacias a base de exacerbación nerviosa, no sabía «El» cuán pequeño era el estallido en comparación de la cólera que su mirada reprimía. Y así, al decirme: ¡Eres la mujer que más ha satisfecho la real gana!, yo lo miraba con lástima:

— ¡Si supieras lo que he dejado de hacer y hasta qué extremo he reprimido mis ímpetus!

Es muy relativa la libertad; precisaría saber las posibilidades de cada cual y la fuerza del impulso en relación con la fuerza de resistencia. Lo que nunca decía y lo siento, es que «El» era la mayor y la única fuerza de contención que pude oponer a mi excesivo temperamento nervioso.

Sacristanes y maestros de ceremonias me escucharon sin inmutarse. Tal vez deseaban en silencio lo que yo sólo expresaba por momentánea rabia,

Olvidaba la preciosa Sala Capitular, con maderas talladas y tapices. Por cierto que la hallé atroz, sin que descubriese nada digno de mirarse.

La capilla mozárabe, donde aún se celebra la misa de este rito, tiene una Virgen en mosaico, enviada de Roma — maravillosa en la hermosura delicada del rostro, con un lindo bambino, de exquisita suavidad de colorido. La belleza me calmó la ira.

Ahí encontré unos canónigos mal agestados en pétrea dureza, que parecían oler mal. Me dulcifiqué y mostré al guía mi complacencia en el mosaico de la Virgen. Terminaba aquí su misión y quedamos a merced de los prebendados, que vendrían cuando buenamente se les antojase a mostrarnos el Tesoro.

No tardó demasiado en aparecer una procesión de clérigos, con sobrepellices blancas y armados de llaves, más grandes que las de San Pedro.

Me preguntó un joven francés lo que significaba ese numeroso cortejo y las enormes llaves de que venían provistos.

— *C'est à cause de la frayeur que depuis l'Invasion ils gardent de vous autres français... Ils craignent que le vol de leurs richesses, au temps Napoléonien, ne continue encore.*

Dibujó una fina sonrisa...

— *Vous êtes française, Madame! Votre esprit gaulois vous trahit!*

Al fondo de la Catedral, en una capilla cerrada por inmensa reja, se halla el Tesoro, que es riquísimo. Está expuesto en vitrinas. Acerca vela un monaguillo y saca reflejos de los bordados, oros y casullas incrustadas de piedras preciosas. No se goza con la vista y se padece con el olfato, pues el sacristán huele a pestes.

Nos muestran piezas de oro esculpidas por Cellini y una inmensa custodia también de oro, de complicadísimo trabajo, en que el Ostensorio era sólo la coronación del edificio monumental. Fué hecha con el oro que Colón trajo de América.

El manto de la Patrona, que aquí es la Virgen del Sagrario, es todo recamado de piedras preciosas y de auténticas perlas. Me molestó esa inmensa riqueza material, en oposición a la pobreza predicada por Cristo. Formulé mi reproche, encontrando que el trabajo no era artístico.

Amostazado, un fraile quería imponerme la admiración de las maravillas.

— Diga Ud. ¿y esto no es arte?

— ¡Pues no, señor Cura! Es sólo lujo, derroche y mal gusto...

Ardua fué la ceremonia de la cerradura y hubimos de aceptar que las pesetas estaban bien ganadas. En el Ochavo, preciosa sala circular, se contienen muchas reliquias — espinas de la verdadera corona, un brazo de Santa Mónica, etc. Ante una reliquia obsequiada por San Luis, consuelo al joven francés:

— *Parmi tant de vols, Dieu merci! la France a fait un cadeau!*

El fraile, muy entonado, contaba la historia de las reliquias sin reparar en los gestos de duda que hacían los visitantes... Después de explicar con énfasis, se volvió el canónigo al joven francés:

— ¿Entendí, Mosiú?

Soltamos la risa, mientras el aludido, muy serio, nos pedía explicación.

No obstante el gran interés que, por ser mujer, me atribuían los canónigos en ver las «Ropas», con ese espíritu de oposición que me desarrolla el fastidio, preferí marcharme — ejemplo que imitaron los demás.

Me urge un calzado fuerte, que desafíe valientemente las piedras toledanas. Veo mozas con piecitos bien ajustados y relucientes... Las mujeres tienen su vanidad en el peinado y los botines — yo siempre he descuidado mi calzado, y mis cabellos se cuidan solos, ondulándose por cuenta propia.

Busco una zapatería. Es un gremio, el de este oficio, que detesto. El cliente aquí es muy solicitado,

por ser más fuerte la oferta que la demanda. Sólo se calzan las muchachas a quienes Amor sonríe por pocos meses en los Cadetes del Alcázar y en el Cuerpo de Guarnición. Nunca se llega a sacramento, pues los novios duran el período de servicio y de aprendizaje.

Quedan todas las niñas asomadas al balcón de Julieta, sin que suba Romeo por la cuerda. Ese único y breve idilio es el consuelo de la vida entera. Después permanecen solteras o se meten de monjas, en cualquiera de los innumerables conventos toledanos, masculinando latines hasta la muerte, en desabrida salmodia.

Los zapaticos comprados para pasear con el novio, son las alitas con que han ensayado sus amorosos vuelos.

Llego mal humorada a la zapatería. El maestro se deshace en reverencias.

— ¿Deseaba Ud.?

— Sí, señor, zapatos muy sólidos. . .

— ¿Y con esos piececicos de muñeca queréis calamorros de guarda-cortijo?

— Sí, quiero zapatos de mula castellana, para vencer los pedrones de Toledo.

Se indigna el maestro.

— Aquí calzamos señoritas y no mulas.

Son siempre duras mis relaciones con los zapateros. Al llegar a Berlín, tuvo prisa Joaquín de que el zapatero del Emperador (que de tatarabuelo a tataranieto calzaba a la familia imperial) me hiciera una docena de botines, con las hormas correspondientes, para no sufrir la afrenta de los mal calzados pies de la mujer del Adicto chileno. ¡Inútil empeño! Se me olvidaba al acostarme embutir las hormas en los zapatos quitados.

Viendo ahora tan azorado al maestro, intervino Joaquín.

— Necesita la señora zapatos cómodos; somos viajeros y no le sirve el calzado que trae, para las excursiones. . .

No se convencía.

— ¿Cómo podría deshonar esos piesicos diminutos y avergonzar a tal señorito? — y miró a Joaquín de alto abajo, con rendida admiración—. No tengo zapatos rudos. . . ni los podría usar la señora. . . Pues, si es tan delicada, que la lleven en silla de mano, aquí no calzamos mulas — asunto de herrería.

— Déme entonces zapatos de lavandera.

— Pues ni una fregona se deformaría los pies, por decoro, ante su novio.

— Es que yo, maestro, no presumo por los pies, sino por la cabeza, y por lo que guarda adentro. . .

— No es Ud. castellana, señorita, si ignora que un pie gracioso y listo para el zapateo de una jota, puede más que una cabeza de sabio con gafas o de doctor en teología. . .

¡Perdido empeño! No tendré zapatos. Necesitaré caminar con zuecos de palo, como los que mamita Lolo usaba en días de lluvia para ir a la Catedral de Santiago.

— ¡Qué duros son estos maestros! — comento—. Fíjate, en París, cuando compré mi primer par de zapatos, el dependiente del «Louvre» me cogió el pie, me lo estrechó en su mano y me decía con ternura: *On dirait un petit oiseau, si mou, si tendre, si délicat!*, mientras este godó no me ha dado más que lecciones de resistencia al dolor por complacer al hombre. . .

Nos asedian los mendigos. El pueblo no tiene trabajo. El odio a las monjas proviene de que en los monasterios han acaparado las pequeñas labores de costuras, bordados, dulces, lavados — y las mujeres del pueblo, cargadas de familia, no pueden ganar dinero en esos menesteres que ellas debían aprovechar.

Asimismo el pueblo mira al sacerdote como a un holgazán que se metió cura para descansar, viviendo del trabajo de la comunidad.

Hasta yo pierdo el respeto que en mi tierra tenía por el sacerdocio. Nunca encontré en ellos solución al terrible problema de conciliar mi salud, o mi vida física y espiritual, con la maternidad. La sola amenaza me consumía de espanto. No halló consuelo en ellos, ni comprensión alguna, mi angustiado misticismo, pero siendo la comunión sacramental parte esencial de mi vida — luz, paz y fuerza—, necesito de ellos para obtener absolución y he de someterme a la necesidad, a la tiranía y más que todo a la obscuridad de esa ciega rutina sin vida en que se mueven.

Me basta obtener la gracia de la absolución y llegar al comulgatorio, pero me queda un rencor sordo por cierto menosprecio, de que tomo venganza burlándome y contando los chascarros que se suscitan en mis confesiones.

Busco esta mañana en la Catedral un sacerdote. Penan las ánimas en la Primada. No hay fieles. Los canónigos rezan sus horas litúrgicas en el coro, offician la Misa Mayor y ¡santas pascuas!

La iglesia queda vacía; no se rezan misas bajas, no hay sacerdotes confesando, ni fieles que aguarden. ¡Nada!

La maravilla de piedra gigantesca, la sinfonía de luces, que se transparentan por los vitrales, todo ese mundo soberbiamente suntuoso, está solitario, mudo, vacío... No tiene alma. ¡Silencio! Ni músicas ni cantares. Resuenan en la grandiosa cavidad hueca los pasos secos de algún sacristán o monaguillo de coro.

En cuanto a fieles, sólo se arrodilla alguna vieja andrajosa, o algún harapiento mendigo. Transitan los guías en acecho de ingleses — únicos viajeros que llegan a Toledo.

Castilla es una altiva mansión vacía, cuerpo sin alma, de mezquitas convertidas en iglesias y conventos muchísimos, en que agoniza la fe cristiana o chochea en monjas ya casi dementes.

Queda la Catedral en pie — testimonio milagroso del Pasado, monumento digno de las glorias castellanas—; pero es un cementerio. Subsiste como tumba abandonada, sin flores y sin recuerdos...

En aquella orgullosa inmensidad, se pierde el elemento humano... Falta la imagen familiar, que dé esperanza de ayuda, de divina protección a la miseria del hombre. No podría ni siquiera arrodillarme para hacer mis pequeñas oraciones infantiles, tan breves de vuelo, tan reducidas a mi felicidad terrenal, de que soy apenas consciente...

Me interesan los viajes, los trapos, mi personita... Mis anhelos son demasiado cortos y me avergüenzan ante la potencia desmesurada de las bóvedas...

Por fin, después de pedir a un sacristán, como urgente favor, para obtener algo de insólito y de extravagante, que llamase a un sacerdote, vuelve a avisarme que espere, pues vendrá un prebendado.

Parecía cosa rara esta ocurrencia de confesarse en Toledo, y el clérigo vendría sin duda fastidiado de que se le molestara.

En otra ocasión, allí mismo me dijeron: ¡No son horas! ¡Y eran las nueve de la mañana! No pude saber si en la negativa se subentendía que esas horas eran demasiado altas o bajas, si tempraneras o tardías...

Sólo ahora presumo el gestillo del muchacho, que no llevaría a los canónigos, con la anunciada penitente, ningún agrado y quizás disgusto de caminar unos pasos, de interrumpir una charla o aun de dejar enfriarse el chocolate...

Aguardé largo rato — tiempo de engullir muy sólidos desayunos — y seguí esperando, sin que se divisara un solo sacerdote, ni se diese comunión, ni se celebrase misa.

Al fin apareció un canónigo largo, flaco, moreno y encorvado.

Me puse de mal humor. ¡Tan pocas faltas, ni siquiera «culpas», para tanta demora en venir a recogerlas! ¡Y todavía creará hacerme un gran favor, este viejo ocioso!

Me fastidiaba por mi carencia de libertad espiritual para juzgar yo sola mi imposibilidad de pecar mortalmente, faltándome deseo y ocasión, y prescindir así de estas confesiones tontas.

El Cura mismo creería encontrarse con un alma cargada de gruesos pecados contra el «Sexto» y se iba a hallar casi con una primera comulgante. ¡Qué chasco!

Me acerqué de mala gana, sabiéndome mujer sin interés. Por los cuadraditos de madera de la ventanilla, divisé un fuerte perfil de águila y un ojo negro terriblemente inquisidor, que me aterró...

En todos los pasos de mi vida iba con «El» y su protección me apoyaba hasta frente a Dios y a las fuerzas naturales, pero ahora me voy a hallar sola con este hombre y me siento abandonada a su torpe incompreensión, dentro de mi pequeña conciencia infantil, tan confundida como menuda y perdida en detalles ínfimos, que dan a las tonterías, contornos de materias graves, por carencia de términos adecuados.

Nunca he aprendido a confesarme. Tengo una es-  
crupulosidad minuciosa, falta de discernimiento, y temor de no explicar bastante. Experimento una serie de cohibiciones y miedo de hacer mala confesión.

Concibo allí mismo ideas ridículas del Cura que me oye, y temo que el escrúpulo me lleve a decirse-  
las... Me sentía en pésima disposición, con aquel hombre antipático de quien esperaba sólo absolución.

No sé cómo, ni a propósito de qué, saltó el Cura:  
— ¿Leéis novelas?

Me fastidié. ¿A qué se metía en mis lecturas si nin-  
guna de mis leves faltillas lo autorizaba a interrogarme?

La cólera me tornó lúcida:

— Cuando era niña, leí novelas — díjele, ya con aplomo —. Ahora las vivo, y cuando sea vieja, las escribiré... para no olvidar la mía propia, que es la única interesante...

— Bien me supuse al veros, que estabais llena de novelerías... Cuidad lo que leáis, no sea que perdáis la fe... y os vayáis al infierno con vuestra novela vivida y escrita... Novelas que en el fondo son lujurias, con barniz poético, para cubrir la podredumbre.

— No le inquieten mis lecturas — dije con cierto tonito agresivo —, pues tengo permiso de Roma para leer libros prohibidos...

Fué una ametralladora... Saltó el prebendado dentro del confesionario:

— ¡Permiso de Roma! ¿Y da la Iglesia permiso para que las mujeres acaben de perder el seso...?

Por fortuna el chaparrón le caía a León XIII, y yo quedaba fuera del combate.

— Decid: ¿y cómo lo habéis obtenido?

— Fácilmente. Mi cónsul presentó la solicitud, informó de mí, y a los dos con mi esposo nos dieron un amplio permiso que me autoriza a leer lo que quiero.

— Roma no da permiso para leer obras inmorales, o impías, pues para eso tenéis conciencia, y si no la tenéis, peor para vos, pues el que peca por ignorancia, como ignorante se condena...

No sospechaba el prebendado que, por ser tan excesivamente escrupulosa, Joaquín me pidió el permiso, y aun con autorización, leía a D'Annunzio haciendo continuos paréntesis.

Seguía monologando el canónigo. Deploraba la perdición de la mujer, ya de suyo tan extraviada, y ahora con el incentivo de los libros...

— Prometed, para recibir la santa absolución, que no haréis uso de ese permiso sin el conocimiento de vuestro esposo.

Me fué fácil prometerlo, porque leíamos los mismos libros, pero yo sentí la humillación de que, sin conocerlo, juzgase a mi marido, sólo por ser hombre, con más conciencia y más juicio que yo. ¡La eterna masonería masculina!

Otra gran dificultad tuve para conseguir la comunión. Se la pedí al mismo canónigo. Se excusó. Debía marcharse.

Fuí al Sagrario. No había nadie. Me encaro con un sacristán.

— ¡Vaya que está bien servida la Catedral! ¡Aquí no hay culto, ni sacerdotes, ni fieles!

— Perdone Ud.; el sacristán mayor, encargado de dar la comunión, ha salido, por una urgencia. ¡Vamos, que todos las tienen!

— ¿Y no queda nadie en su lugar?

— No son horas.

La misma respuesta.

— Querría saber si aquí dicen misa por la noche o después de almuerzo.

— Se ve que Ud. es de Inglaterra, país de herejes, que no saben de horas canónicas. . .

Pasaba un viejecito muy encorvado y apergaminado. Me dirigí a él:

— ¡Deme la comunión, padre!

Accedió, algo atemorizado de molestar al sacristán, cuya pereza debía conocer, y a quien hubiera querido evitarle el trabajo de quitar el paño del altar, encender velas, darle sobrepelliz y contestarle los latines... Malhumorado, el ayudante hubo de hacer esos esfuerzos que había escatimado porque las 9 1/2 de la mañana no eran horas de servicio en la Primada de Toledo.

Joaquín, que al principio tachaba de holgazán al pueblo, se ha convencido de que falta el trabajo. Fuera de los guías, nadie tiene medios de ganar *perras* gordas ni flacas.

La población está reducida a militares en guarnición y a curas.

Las callejas presentan altos y espesos muros de conventos, en que aguardan la muerte — ¡y nada más! — pobres mujeres que no tuvieron hueco en el mundo, por alta alcurnia, por estorbar intereses, por romanticismo o hasta por pobreza de familia.

Sobre el peñón de Toledo, y encerradas en sus murallones, muchas nobles vidas, paralizadas en juventud, esperan la liberación del último trance.

Estos numerosos conventos de contemplativas crean a la ciudad una melancólica atmósfera psíquica, de naufragos que imploran socorro en ribera desierta.

Los monumentos también exhiben en sus mutilaciones, en las afrentas seculares y en sus transformaciones, los pasos del tiempo, la sucesión de épocas y civilizaciones...

En la iglesia del Tránsito, antigua mezquita árabe, se están descubriendo finísimos estucos, cubiertos por una capa de cal blanca, con que pretendían borrar los versículos del Corán.

Los cambios y destrucciones con que han estropeado las huellas moriscas, no anulan la atmósfera que se desprende de las cosas. Viven ocultamente, pero se siente aún mejor el ambiente moruno: ese *charme* sutil y lánguido que ningún artificio desvanece...

Santa María la Blanca recuerda la Mezquita de Córdoba, en arcadas que se ramifican por un segundo piso.

Vamos de sorpresa en sorpresa, descubriendo la riqueza de este centro de remotas civilizaciones perdidas, en que el tiempo acusa, como en parte alguna que yo sepa, sus traiciones y mudanzas.

Me regocija San Juan de los Reyes, pues la belleza es descanso en la armonía, con sorpresa de júbilo.

Este palacio fué construído para habitación de los reyes católicos; tiene un precioso patio cuadrangular con el más lindo claustro gótico que jamás he visto. Corren, en dos pisos, arcadas de piedra caladas, bordadas, fileteadas, en primor de delicadísimos encajes. Palacio digno de los Reyes, a quienes la vida (o la suerte, si existiera) hizo el obsequio de un nuevo Continente. En el éxodo de belleza hacia la fealdad, a que tiende el mundo, la Armonía es una satisfacción cada vez mayor. Calma esa inquietud del sistema nervioso, en ardiente búsqueda de emociones estéticas.

Pintar a Toledo excede a mis recursos descriptivos. Sólo puedo expresar las reacciones que en mí se producen. . .

La sensibilidad de Joaquín dobla la mía. Descubrí muy pronto, no obstante, mis pésimas condiciones de psicóloga y sólo por el propio aumento de emoción, que su honda sensibilidad artística me completaba. . . Vibrábamos en silencio al unísono y siempre casi coincidíamos por ajuste, no por repetición.

En esta ciudad, la densidad de atmósfera psíquica hace todo interesante. Vagamos al azar sólo por esa voluptuosidad de sentir los *ayeres* irrenovables, la

tristeza moribunda y la suave melancolía de los días gloriosos que fueron, y de que sólo «El» espera resurgimiento. . .

Ya es un portón de piedra monumental, que muestra un patio helado y vetusto; ya es un balcón defendido por barrotes de hierro negro, o una ventana con reja jorobada y siniestra — ventana de prisión, donde el solo macetero, en que sangran cardenales rojos, da sensación de vida en triste languidecer. . .

Tuerce la calleja y continúa en pendiente, a lo largo de altos murallones, desvaídos de los colores de antaño y ahora carcomidos y requemados de soles.

Niños *accroupis sans vergogne* insultan la nobleza del tiempo, que la ciudad atestigua. Basuras e inmundicias en montones, tropeles de chiquillos que corren, mujeres raídas, cubierta la cabeza con sucio pañuelo, de color sin nombre, atado bajo la barbilla, todo afrenta la gloria toledana. Un terrible olor a aceite se escapa de los tugurios, y huele a nauseabundas fritangas.

Contrastes de opulencia se encaran en la piedra ricamente tallada y nobilísima de los monumentos frente a la sórdida miseria actual.

Descendemos hacia el río, que corre a inmensa profundidad, encajonado entre las montañas. Fiel a su nombre, el Tajo, turbio y triste, ciñe a Toledo, lamiendo el glorioso peñón — cumbre de las glorias españolas.

Sobre el abismo que forma el río, la vejez sucia y miserable se asoma, cual pobre avergonzada de haber venido tan a menos. . .

No pudiendo atravesar desde este sitio, bajamos hasta tomar el Puente de San Martín, otro monumento árabe, con imponentes arcos a ambos extremos, sellando noblemente el paisaje.

Las dos vetustas arcadas, con sus blasones esculpidos en grandes escudos, dan acceso de entrada y salida al puente. Una hermosa balaustrada de piedra con gruesas bolas, completa la sobria y maciza decoración.

Ahora, desde la ribera opuesta, se nos entrega esa alma orgullosa y heroica de Toledo, que la ciudad nos insinuaba con dulce melancolía.

La adusta vejez que corona el peñón de piedra y que se exhibe en conjunto de torres, de muros almenados y de monumentos, se recoge ahora en una sola visión... que diseña nítida la tarde clara, desde esta parte baja en que nos hallamos.

¡No importa que los edificios se desmoronen, que huelga mal la ciudad y que la habite un pueblo miserable, si todavía se yergue soberbiamente altiva sobre sus rocas, cual faro que dejara el Tiempo, vigilando la frontera, entre dos siglos. (Entre dos civilizaciones, debí decir.)

Es duro el ceño que guarda Toledo, y blandas las almas que hoy alberga en su seno.

Por una buena carretera subimos la montaña; dominamos la visión de la ciudad, que se destaca orgullosa en un cielo cuyo intenso azul da relieve a todas las líneas.

Vese la revuelta aglomeración de las casonas viejas, el caprichoso ventanaje que rompe los muros carcomidos, las tejas rotas, los edificios irregulares, apretados y escalonados en la pendiente.

Domina la Catedral, alzando elegantemente sus agujas y filetes, que forman la punta culminante de Toledo — mástil o palo trinquete de este *Barco Fantasma* que navega en los siglos — y el Alcázar, magnífico, sobre amplio pedestal, con sus murallones macizos, flanqueado de torres.

Todos esos monumentos han escrito en piedras inmortales, que desafían al tiempo, la vieja historia de la ciudad eterna.

El acentuado perfil de Toledo brilla con un destello de gloria en la tarde muriente, que cae luminosa y serena, armonizando la caducidad de Castilla la Vieja con sus ruinas, enardecidas por otros soles... que ya se hundieron en el horizonte del tiempo...

Los arreboles sangrientos, las fajas irisadas que ciñen el espacio, envuelven a Toledo en apoteosis de triunfos redivivos... Impresión fugaz, como todo lo hermoso de la vida.

Pronto el paisaje se destiñe, palidece la visión y Toledo, con su agudo perfil, pasa a ser el espectro ciudadano que las civilizaciones muertas dejaron señalando una gloriosa etapa del tiempo... Los amarillos arcos de piedra, con los últimos oros y rubíes crepusculares, se entonaban cortándose violentamente en el añil del cielo.

En la pureza del aire y en la quietud de la tarde otoñal, la apacible existencia toledana revivía por una hora. La solemnidad moribunda del día daba el íntimo sentido del alma nacional, la esencia anímica desprendida de la visión. Yo también siento ahora que Castilla no ha muerto, que no puede morir, y que

sigue viviendo junto a mí, en esta alma fuerte y clausurada, heroica y silenciosa... Casi me entrego a la fe de mi compañero.

—¿Sabes—le digo—que ahora he tenido la extraña impresión de la inmortalidad de Castilla...? No creo que vuelva a vivir como antes, en su poderío guerrero y político... pero su alma de madre de un Contingente seguirá, ¡sí!, germinando en otras tierras, como nuestra misma lengua...

—Nuestro idioma castellano enterrará al francés, al alemán y al inglés — me dijo «El», con vengativa firmeza. (No contábamos con el arte cinematográfico, que haría universal el inglés)—. Nunca te he dicho que España vuelva a ser poderosa como bajo el imperio de Carlos V, pero revivirá en las almas el romanticismo, el sentido del honor, de la Caballería Andante, de Don Quijote, para decirlo todo de una vez. Esos valores eternos del alma humana, no pueden perderse por causas materiales, y aun cuando desaparezcan momentáneamente, renacerán...

—Pues yo te confieso que aquí, más que en ninguna otra parte, se me ocurre que hemos de vivir muchas veces y que resucitaremos no sólo en el último día de los tiempos, como dijo Marta a Nuestro Señor, al borde de la tumba de Lázaro, sino en este mundo, en otra época, ¡en otra civilización...

Me miró con luminosa sonrisa de complicidad.

—Vas a acabar por crearte una religión personal, para tu uso exclusivo.

—¿No piensas, acaso, que este pueblo tan cargado de Destino, o sea, de virtudes y culpas, de heroís-

mos y crueldades, tendrá que expiar aquí mismo sus crímenes, mejor que en un purgatorio distante? Y recibir aquí también sus premios...!

Todos los herejes quemados en la Inquisición, pueden volver animados de un nuevo ideal religioso, de un entusiasmo más puro y creyéndose con igual derecho que sus victimarios a quemar frailes (1).

— Tus fantasías te van a llevar lejos... Creamos solamente que España, en una futura cruzada redentora, puede, en el porvenir, devolver al mundo el sentido del honor, la pureza de la fe cristiana y el culto a la mujer, llevado al heroísmo. ¿No te basta con eso?

Ya no me bastaba; me había prendido en el alma el deseo de volver a vivir... en carne humana, en el planeta Tierra, y hasta en Chile, donde encontré el amor a la medida de mi ensueño...

Un grupo de mujeres lugareñas camina delante de nosotros. Llevan polleras cortas, van envueltas en pañolones de colores fuertes y tienen la cabeza atada con un fular desteñido, cuya punta les cae por la nuca. Al pasar por el *octroi*, donde los guardias civiles cobran el impuesto real, uno de ellos exigió a la muchacha, que llevaba un chico en los brazos, diez céntimos de contribución, por el manojito de verdura que traía en la mano.

---

(1) Los que traigan un puro ideal religioso se sentirán dispuestos a sufrir el martirio, pero no a martirizar.

Ardió Troya. La muchacha protestó, se irritó y se negó a pagar. . . ¿Vale, acaso, la pena de dejar llorando a una criatura a todo sol, durante el largo día, para recoger unos miserables garbanzos, y tener que pagárselos a un pícaro, mandado por el gobierno para estrujar a los pobres. . . ? Quería pasar y los guardianes la sujetaban.

Por fin pagó una de las compañeras. . . Ella andaba un paso y volvía atrás la cabeza.

— ¡Que te lo comas en veneno! — gritaba — ¡que te revientes! . . .

Y ya desde lejos seguía insultando al guardián:

— ¡Que compres con esa *perra* el pasaporte pal infierno!

El torrente de injurias no se interrumpía y a medida que se alejaba gritaba más fuerte, y al que se aproximaba, le arrojaba la sarta de insultos contra el recaudador del impuesto, que ya no la oía. . .

Así se venía acercando a nosotros, que la observábamos. Joaquín le alargó unas monedas, en aplauso a su valiente alegato. Las rechazó con toda dignidad, como una ofensa.

— ¡Gracias, mi señor, que Dios lo guarde por guapo y gran caballero; y maldiga a esos vendidos de la Administración, que le quieren robar su trabajo al pobre!

Nos quedamos admirando lo pintoresco del grupo que formaban las muchachas, con sus trajes colorinescos y ese andar rítmico, cimbreando la cintura a compás del armonioso juego de las caderas. Bajo las delgadas telas que les cubrían los ceñidos bustos se les marcaban redondos los pechos. Ellas solas animaban el desierto paisaje moruno.

Al siguiente día Joaquín me propuso, entre bromas, ir a visitar a aquel canónigo compañero de viaje en Tierra Santa, de quien le contara tantos chascarros.

Al indispensable acompañante que tenemos siempre tras de nosotros, y que ahora es un niño, le hacemos buscar la calle, cuya dirección me dió. Nos internamos cuesta abajo en una callejuela desierta y torcida. En Toledo los barrios más honestos son como encrucijadas que sugieren misterios de emboscada o de cita amorosa.

La residencia del canónigo no estaba situada en lugar tranquilo de aspecto. El muchacho penetró por un antiquísimo portalón de madera tallada, al atrio de una casona. Una muchacha joven nos abrió y preguntó al niño que nos guiaba, lo que se ofrecía. El nos señaló y nos adelantamos, para significar que éramos visitantes.

No sabía la moza si el señor canónigo estaba en casa, pero con seguridad llegaría en media hora más, a tomar el chocolate.

— ¿Querrían Uds. esperarlo?

Aceptamos. La doncella era ceremoniosa y bien estilada.

Cruzamos un precioso patiecito en arcadas, con ligeras columnitas árabes, lleno de flores y plantas verdes; al centro cantaba un surtidor en azulejos, frente a una fachada morisca. Yo deseaba ver a Don Ramiro Fernández Valbuena, autor de «*Asiria y Egipto resucitados*», en su marco toledano. Tendríamos también la ocasión de conocer un hogar castellano.

El patio, fresco, íntimo y hermoso, era pequeño paraíso, en la austera vejez toledana. Subimos a otro

piso, y nos hallamos en una salita sencilla y noble, con muros calizos, objetos antiguos y cierta quietud árabe, cual nido de paz que restara entre ruinas.

El sobrino del canónigo, que estaba ahí, se levantó a saludarnos — joven sacerdote, fino y etiquetero.

Hablaba de su tío con un respeto rayano en veneración. No quiso ni aceptar el cigarro que Joaquín le ofreció, temeroso de que el prebendado apareciera y lo sorprendiese fumando.

Nos contó la gravedad del golpe que Don Ramiro sufrió en la caída del caballo — camino de Damasco — y cómo, por ser muy reservado, no se lo comunicara, ni tampoco los incidentes cómicos del viaje. Se notaba que entre tío y sobrino mediaba ancha y respetuosa distancia

¡Y yo, que me había divertido tanto con él! ¡Cuánto cambia el aspecto de las personas, fuera de sus marcos y atmósferas correspondientes! Aquel clérigo de cara de palo, grave y reposado, levantando una mano, desde el tragaluz de vil casucha, en estación de país bárbaro, para detener el tren que lo dejaba — era el gesto que correspondía a su dignidad de prebendado en la Primada de Toledo, y de autor de altas obras de apologética, pero en jira turística — y saliendo la mano de tal sitio, resultaba de un ridículo delicioso...

Ahora, en su hogar, Don Ramiro se levantaba sobre alto pedestal ante mí, que lo había observado en cuanto hombre en los incidentes de viaje, fuera de su noble concha toledana.

Ignoraba yo que su mismo perfil de mono, tallado toscamente a navaja, cambiaría, visto sobre el sillón gótico del coro de la Primada y rodeado de su fama de

escritor mundial que lo circunda aquí en su tierra... Iba despojado de todo cuando lo derribó en tierra y lo pateó un caballo musulmán...

Empezaba a verlo de nuevo. Ya no era el clérigo feo, vestido de futre... Ahora se me venía anunciando en gloria y dignidad, autor de gruesos volúmenes que resucitan de sus cenizas al mundo antiguo, y tío de un joven sacerdote, a quien su sola presencia hace enmudecer de respeto.

Se escuchan voces, entre las que distingo la voz velada de mi señor canónigo — velada o apagada —, pero voz distante que contribuía a envolverlo en misterio

Su tipo se avenía mal con la premura del viaje en que lo conocí y en ese abandono de convenciones en que nos pusimos todos los peregrinos a vivir una vida imprevista y fuera de rutinas. Don Ramiro, que salía por vez primera de España, no tenía adecuación fácil a modalidades nuevas, impuestas por las circunstancias, y conservaba el sentimiento de su importancia personal, allí donde no se reconocía más valor auténtico que el de la agilidad y resistencia al cansancio.

Ninguno como él apareció tan anacrónico en la peregrinación, ayudado por esa lejanía enorme del mundo moderno en que vive el toledano.

Yo también estaba muy ufana de lucirle mi marido.

Don Ramiro se me había impuesto como un hombre superior, y aunque me burlaba de él a hurtadillas, le guardaba sus fueros en presencia y me complacía mostrarle en mi esposo un castellano auténtico, de los grandes siglos gloriosos.

Yo produzco impresión indefinida, entre bondad y picardía. Soy, a veces, profunda y casi siempre frívola, traviesa e irónica, y si deseo dejar a alguien un recuerdo bueno, precisa que esté con Joaquín. El era mi explicación — aclarador de mis paradojas y contradicciones, garantía de mi prismática, resbaladiza y compleja personita...

En su manera picaresca de tratarme con finas burlillas, no exentas de ternura, me ubicaba en el mundo y me situaba en atmósfera clara. Su altura espiritual me ponía también un marco de hierro, del que no lograba evadirme...

La moza viene dando parte a Don Ramiro del gran acontecimiento que ocurre — una pareja de señoritos, nunca vistos en Toledo... Nos miraba sorprendido el canónigo, sin recordarme, hasta que yo grité: ¡Don Ramiro! Avanzó dignamente grave el prebendado...

Venía aureolado por la Catedral, sintiéndose asimilado a la grandeza y maravillosa hermosura de la Primada, en cuyo coro tenía su asiento de canónigo penitenciario, por las muchas lenguas antiguas que conocía.

Se ilumina su rostro opaco con afectuosa sonrisa al estrecharme la mano, trasluciendo sinceridad de buena ley, amabilidad cordial que no falsifica la convención.

Su presencia me traía la dichosa época vivida en el país de Jesús — vida de que extraje valioso caudal... En Jerusalén celebré mis nupcias con el Espíritu Santo, y la muchacha frívola supo, en una noche de honda oración en el Sepulcro Santo, el secreto pavoroso que se compra con dolor y más dolor...

Bajo las apariencias materiales, se me reveló otra vida profunda de suprema verdad y belleza, en que todo viene de atrás y va muy lejos... camino del infinito... Tenía horror al sufrimiento, pero hice no sé qué pacto de misteriosas transacciones con las fuerzas divinas, para ser modelada en pena de amor y nunca en desengaño o en traición, por vaciedad de corazón o avaricia de la vida...

Hubo *condición* en el trato, o sea, *contrato*; y yo sabía desde entonces que se respetaría la excepción que yo pusiera en la prueba. Esperaba — ¡eso sí! — que tardase mucho en venir el dolor, que me cobrasen tarde, muy tarde... y con piedad divina... Quería vivirlo todo y sufrirlo todo, siempre por amor, nunca por odio...

No fuí generosa en la dádiva. Exigía para mí aquello mismo que era incapaz de pagar...

El canónigo me trajo el recuerdo de la honda vida vivida en medio de mis bromas, de mis cuchufletas y excursiones místicas por los santuarios de Oriente.

Miraba entonces, de lejos, a don Ramiro, gozándome en aquella digna fealdad, tan ajena a la impresión que producía...

Recordó a Joaquín mi visita aquella noche que estaba tan estropeado por las patas del caballo árabe, a su regreso de Samaria, y yo traje la memoria del sevillano enjugándose el sudor de la frente, que a juzgar por su abatimiento y quejumbres parecía sudor de sangre... Y también recordé a «Don Martínez», con la bien cortada sotana madrileña hecha jirones... Todos venían maltrechos y cariacontecidos...

Joaquín dijo:

— Debes confesarle al señor canónigo — como a penitenciario que es — para que te absuelva, los buenos deseos que has tenido de quemar a los frailes españoles.

Don Ramiro se reía con estremecimiento de todo el cuerpo... Comprendía mi impresión... No me juzgaba por palabras, como me sucede con los sacerdotes de mi tierra.

— Toledo — dije — tiene gruesas cuentas pendientes.

En la plaza Zocodover me asalta la visión horrible de los autos de fe, con las piras de carne humana en llamas. Me espanta la crueldad.

— ¿Sabe Ud. que el Papa no estaba de acuerdo con Felipe II? — excusó don Ramiro, para salvar los fueros de Roma.

— Peor aún, para la Iglesia española, fué el prestarse a esas infamias. Mi esposo cree, a pesar de todo, en el resurgimiento de España, y casi me convence...

Los dos hombres se dieron una mirada de comprensión, como si estuvieran en un secreto que yo ignoraba y que convenía ocultarme.

— Antes de resucitar, España tendrá que pagar el crimen de la Inquisición — continué —. Desde luego, ya los sacerdotes son odiados.

Joaquín me apoyó.

— Nos ha sorprendido que el pueblo sea aquí hostil al clero... En un tranvía los pasajeros hicieron el signo de la *jettatura*, tras la espalda del sacerdote que entró...

— Las verdaderas vocaciones son escasas — dijo Don Ramiro —, y nuestro sacerdocio, por incultura, no ocupa el lugar que le corresponde, ni es respetado en su magisterio.

Deseaba saber mi impresión de la Catedral, y con solemnidad inquiría:

— ¿Ha visto Ud. la Capilla de la Aparición? Antes venían grandes peregrinaciones a Toledo, pero han disminuído en el último tiempo.

No me cabía duda que la devoción mermaba y que dentro de corto tiempo sucedería algo grave.

— La señora — continuó Joaquín — no participa de mi profunda convicción en el resurgimiento de España... Yo estoy seguro de que este país atraviesa un período de abatimiento pasajero... pues la raza conserva los elementos de vitalidad necesarios para recuperar los valores perdidos — más en apariencia que en realidad

Don Ramiro callaba.

— Voy a presentarme al Alcázar; deseo conocer la Escuela Militar. Vengo de Alemania y me interesa mucho el Ejército español. Traigo cartas de recomendación.

— Bastará que se presente Ud., caballero, para que lo reconozcan por nuestro. Lleva la mejor credencial en su presencia. Los grandes de España envían sus mayorazgos al Ejército, y en la artillería se reúne la flor de la nobleza castellana.

Joaquín lamentó que en Chile hubieran convertido la milicia en escuela correccional de inútiles o de viciosos.

— La Iglesia y el Ejército necesitan de una esmerada selección. Yo aprecio las aristocracias sólo en ese sentido. Son indispensables, para los altos cargos, los espíritus cultivados y escogidos.

Pronto vino la moza trayendo el chocolate. Don Ramiro tomaba una tostada de bizcochuelo, que hundía en cada taza, antes de ofrecérsela. Precisaba agilidad para hacer pruebas de equilibrio, tendientes a que el bizcocho no se derrumbase en camino a la boca...

Recordó Joaquín el gran poder que en los pasados tiempos tuvieron los frailes en Toledo. Eran señores de horca y cuchilla.

La voz de don Ramiro se hizo cavernosa, y una satisfacción profunda se pintó en su rostro.

— ¡Verdad que eran poderosos... y aún lo serían si reinara Don Carlos! (No pueden desprenderse del Carlismo.)

— La reacción vendrá de todos modos — dijo Joaquín, ya con acento profético—. ¡Sin Don Carlos! Pero por la fuerza propia de la raza. El pueblo está sumido en profunda ignorancia y la nobleza vive descuidada de sus deberes. Mantienen campos incultos y grandes extensiones de terreno reservado a cacerías. Eso no puede continuar...

— Los desastres han traído gran postración — consintió el canónigo —; la pérdida de Filipinas y de Cuba...

Su rostro se contrajo.

— Miremos atrás; los moros expulsados y los turcos vencidos — continuó «El».

Yo salté:

— No lamenten la dominación árabe, pues hizo lo más hermoso de España; a ti mismo te encuentro tipo árabe — lancé a Joaquín.

— Sin duda, han enriquecido la raza y el país — asintió don Ramiro.

— Todas esas jugarretas que Amor hace tras las bicocas de los curas y que llevarás en tu sangre — dije a «El» —, jugarretas hechas en otras generaciones por cruce de árabes con cristianos... ¡te han aventajado...!

Me volví al canónigo:

— Me refiero a lo sucedido aquí, pues allá en Chile tienen tan oprimidas a las mujeres, que hasta respiran sacramentalmente...

— Esos elementos judíos y árabes de la raza no permitirán — continuó Joaquín —, ni tampoco los carlistas, que siga la estagnación...

— ¡Decadencia! — protestó don Ramiro, con energía.

— ¡Vendrá un cambio radical! — auguró Joaquín —. Ni tampoco será como el que mi mujer supone que yo espero, sino una renovación espiritual, en el sentido de cristianismo... Los templos tienen aquí un lujo pagano, y la devoción misma es sensual. El fanatismo prevalece sobre la fe. Todo eso debe reformarse...

Don Ramiro hacía reticencias complacientes a Joaquín. No estaba muy de acuerdo en que el culto católico fuese menos brillante.

— ¡Bien debe la criatura rendir la riqueza de la tierra en homenaje a su criador!

Yo, mística, añadí que tal vez cuando la Iglesia volviese a la desnudez de las catacumbas, recobraría la fe y el amor de los cristianos primitivos...

Don Ramiro no aceptaba que se negase a Dios el culto magnífico que se le debe. Canónigo de la Primada, enamorado de su Catedral como de la novia que no tuvo, se apartaba de nuestro idealismo religioso, puramente espiritual.

En esta conversación me convencí de que Joaquín creía en una resurrección espiritual de España... Nos encontrábamos de acuerdo en esa idea, y también en su temor de que fuese con guerra religiosa y que corriese mucha sangre de hermanos. Dada la violencia y la crueldad de la raza, sería espantosa una guerra... Me detenía el vuelo de estas imaginaciones la aparente holgazanería que yo le atribuía al pueblo, a base de sensualismo y quietud moruna, que también complicaba el fatalismo oriental...

— Suceda lo que suceda, don Ramiro,— dije yo — este pueblo es romántico y prefiere la vida del corazón y del alma, aun a comer; con ese idealismo sólo subsistirá.

— ¡Cierto — dijo Joaquín —, Don Quijote siempre vencerá a Sancho!

— ¿Qué sabe Ud. de Cardemil? — preguntó el canónigo.

— Quedó en París, sin tener contra quien combatir. Sus iras neurasténicas lo impulsan a esos violentos deseos de quemar a los monarcas españoles.

Don Ramiro, desde la primera disputa, se había enterado de que estaba enfermo.

Nos regaló dos gruesos volúmenes de su última obra: «*Egipto y Asiria resucitados*». Pasamos a su escritorio. Nos dedicó un libro a cada uno.

Diviso un retrato al óleo, de un sacerdote muy guapo, que hasta me pareció Cardenal por el traje... Don Ramiro, que me observaba con el rabillo del ojo, respondió a mi muda pregunta:

— Ese es su servidor.

¡Qué transformación! ¡Cómo crecía en su casa! ¡Qué aureola de grandeza lo circundaba en su rincón moruno!

Considerado Don Ramiro como simple mortal, en un navío francés, donde los españoles son menospreciados y siendo él mismo modestísimo, ajeno a apariencias, que tan bien cotizan ellos, tuvo lugar secundario en la peregrinación. Así, mientras muchos peregrinos fueron presentados en la audiencia pontificia, al besapiés del Papa, él, sin hacer ruido, obtuvo, por su propia cuenta, audiencia privada.

Nos mostró su casa. Precioso el patio árabe, a cuyo fondo se encuentra el *aljibe*: pocito moruno, en que se conserva el agua fresca, que se coloca para beber en jícaras de greda.

Trinan avecitas en las enramadas, huelen capitosamente claveles y jazmines y en el surtidor de azulejos murmura su canción el agua cristalina.

Nos despedimos de Don Ramiro.

— ¿Hasta cuándo? — dije yo.

— Hasta el cielo — respondió —; yo estoy viejo y muy moza Ud... (1).

— Caballero, vaya con Dios — dijo a Joaquín —; su visita honra mi casa esta tarde. De allá, de su país

---

(1) Ha muerto hace poco de Arzobispo, en Santiago de Compostela, (Galicia).

distante, me llega la grata nueva de la inmortalidad castellana. Si decae la raza en España, florece magnífica en otras tierras... donde quizás son más necesarias las virtudes tradicionales.

— ¿Y yo, don Ramiro, — protesté — no le he traído ningún recado de mi tierra?

— ¡Vamos! Que no es bueno exigir confesiones. Yo la creía francesa — dijo a Joaquín, con gravedad — en los primeros días de la navegación; pero francesa del San Germán, pues a los mismos franceses alelaba con sus dichos... Sólo después la conocí como nuestra y muy nuestra, en la firmeza y en la hondura de la creencia. No respeta el traje eclesiástico, es verdad, pero sí la unción sacerdotal.

Quedamos citados para el cielo.

— La única cita que no falla es la del otro mundo, donde, para que sea *cielo*, precisaría que no entrasen los tontos... — agregué — ya que hasta un malvado es susceptible de ser iluminado por la gracia, pero a los tontos no les queda más que el camino del Limbo.

Salimos complacidos de este hogar toledano.

— Ya ves que, según el canónigo, mi nobleza se apareja con la tuya, pues si eres castellano auténtico, yo aparezco francesa del Faubourg San Germán, como dijo don Ramiro. Esas impresiones valen, porque se reciben a primera vista.

Siendo tan complicadas las calles de Toledo, que, como expresó el canónigo, *decir no basta*, encargó a la doncella que nos acompañase.

Ya en la calle observamos la frescura de la muchacha, de bien cortada caruza y ojos vivarachos. Llevaba el cabello ondulado con arte. Admiré la gracia y destreza que suponía su arreglo, y me respondió: ¡Pues, vea Ud., con las tenacillas se doman todas las rebeldías!

De la rancia casona de un canónigo salía aquella carita de manzana, con cabeza *fin de siècle*.

Trotinaba con piecitos menudos y bien apasionados en zapatos relucientes.

— Chica, ¿ya tendrás novio? — preguntamos.

— Ca... dice Ud. bien: ¡novio!, es lo único que da Toledo, ¡pues marido nadie espera, como que cambian tan pronto las guarniciones! Las mozas nos quedamos viudas, sin sacramento... Y después que se marchan los novios, en el largo duelo llega calladita la soltería y no resta más que meterse monja... La que logra novio, mire, ya es algo, pues Madrid envía remesas de niñas que ni novio han conocido y que llenan los huecos vacíos, de conventos en que las monjas se mueren dementes de puro viejas...

¡Cuadro horripilante, que explicaba la cuidada compostura de la niña!

Tendría, del amor, ese aroma de flor que es el noviazgo... — un noviazgo imaginario, sin más panorama que tres primaveras, para fomentar la dulce ilusión... que se sabe fugaz desde el comienzo... Mujeres que no conocerán de amor más que la música, bella canción que promete eternidad en un beso. Le deseamos a la chica un noviazgo que le dejara mejor recuerdo que la misma realidad.

— ¡Qué triste! — dije al verla alejarse. — ¡Niñas sin más lote que la memoria de un cadete que nunca vol-

verá, o que quizás torne a Toledo jefe de guarnición, casado, cuando aquella noviecita haya envejecido!

— ¿Para cuántas—díjome Joaquín—esa ilusión que les mató el matrimonio será lo mejor de la vida?

Me quedé cavilando. En mi sentir nunca ha existido destino de mujer sin amor... ¡Estas, quizás, son más felices que aquellas que no tuvieron novio, o que en el matrimonio sin amor, no les cupo ni ilusión pasajera!

Al pasar por el comercio — pues hay tiendas en Toledo, y con vidrieras —, notamos que las mercaderías son de última clase, y de artículos sólo de primera necesidad. La única industria que florece es de láminas de acero — hojas de espadas, flexibles como cintas: «Me doblo, pero no me quiebro», industria que también dejaron los moros, continuación de las espadas de Damasco.

Tierra de guerreros, posee fábricas de armas blancas, primorosamente cinceladas, en dibujos oscuros. Estas espadas, puñales y cuchillos, famosos en la antigüedad, siguen fabricándose en Toledo y constituyen la nobilísima industria que perpetúa la tradición de la ciudad.

Hoy Joaquín va al Alcázar y yo me encamino a la ermita de la Virgen del Valle — santuario que, suspendido en las rocas, queda en la otra empinada ribera del Tajo. Bajé por un precioso camino que conduce al Puente de Alcántara y que domina la vasta extensión de la campiña.

Molesta andar sola en España. Todos los hombres se sienten con derecho a  *echar flores*, en sabrosos dicha, rachos, y más aún a las forasteras, cuyo *aire* traiciona-

y alimenta la curiosidad de los ociosos, en un pueblo donde no sucede nada desde los remotos siglos pasados.

Los hombres del pueblo, parados en grupos, miran, se sonríen y dicen cosas que no me gustaría oír.

El Puente de Alcántara es tan noble como el de San Martín — digno pórtico de la ciudad antigua. Una viejita tiene su venta al lado exterior, sin más posesión que el piso en que está sentada. Vende castañas, peras y melones. Junto a ella se alza un brasero alto, como estufa para asar castañas; un tordo en jaula y una caturra parada en su hombro, suman sus bienes.

No se cansa de referir habilidades de pájaros.

— Ayer cuando pasaron los cadetes, la caturra entonó la Marcha Real.

Hacia cuadro la venta, con cachivaches y pajaracos, junto a la adusta arcada del puente moruno.

En la pendiente de la montaña, se alza un gran castillo feudal abandonado, proclamando tristemente el fin de su época.

Según las voces que vengo tomando, el santuario que busco se halla muy lejos. Unas lavanderas que están tendiendo ropas, me indican que debo subir la montaña y seguir el camino que encontraré arriba.

— ¿No tiene Ud. miedo de ir sola tan lejos?

Me da recelo.

El paisaje mezcla el salvajismo rudo de la indomable naturaleza castellana con la poesía del Medio Evo, en el abandonado castillo o fortaleza de San Servando.

El río, verdadero Tajo profundo, abierto en el hondor de las rocas, se escurre entre los murallones de las montañas. Estos aspectos bravíos, recios, me deleitan. Corresponden a algo grande que llevo aden-

tro, a una fuerza secreta o idealismo heroico... Tal vez nunca tenga empleo en mi vida de este tiempo *chato*, que transcurre monótono, pequeño y encajado en el férreo círculo de conveniencias mezquinas.

La Edad Media me cautivaba cuando era muchacha y vegetaba bajo la adusta torre de la Catedral de mi pueblo. Sus horas me sonaban vacías y sólo las campanas volaban con mis ensueños...

Las historias de caballería y de castillos feudales, de peregrinos y trovadores, me embellecían los tardos días, que no marcaban ningún suceso. En el Medio Evo se vivía, y ahora el mundo, y España, se dejan adormecer, sin más ambición, en los pueblos vivos, que el progreso material.

Sigo mi excursión a la Ermita. Me gusta el peregrinaje, la aventura, la plegaria en un santuario nuevo, pintoresco y desconocido... como si a ciertos sitios estuvieran vinculadas gracias especiales, que conquista la intrepidez y el cansancio del caminante.

El campo que recorro es solitario y triste. Sólo se escuchan, en la limpidez del aire, las campanitas de los rebaños que pastorean entre las breñas. El silencio, hondo, picado por el tintineo de las cabras, dispone a escuchar las hondas voces del alma, que apaga el bullicio de las ciudades...

Avanzando descubro la manada. Me sorprende que el rebaño no esté agrupado, pues cada cabra, aislada en un risco, guarda altiva independencia.

Signo de raza es, que ni las bestias, y aún hembras, sean gregarias en Castilla. La soberbia individualidad ha saltado las especies. ¡Noble tierra de libertad indestructible! ¡Creo en tu supervivencia!

Me senté sobre unas piedras, en sitio donde una mirada recoge la visión del río, del antiguo castillo y de la orgullosa Toledo — ciudad que enseñó al mundo el Honor, sin el cual no vale la pena de vivir, y el heroísmo que arraiga en verdades y amores eternos.

Más allá del Puente de Alcántara se extienden campos alegres, en suaves colinas de blandos contornos. Contrasta esta gracia amable con el atrevimiento y violencia del río, corriendo entre precipicios y rocas escarpadas, al pie de orgullosas montañas.

Una lavandera se me acerca:

— Podría acompañarla, si da Ud. el pan de hoy a mis hijos.

Vestía con pobre limpieza y de sus orejas colgaban unos aros rojos, excesivamente largos.

Las sencillas conversaciones me extraen el alma de los sitios.

— Soy casada—continúa—y tengo tres chicos... Y sabe Ud., mi señora, el trabajo de uno solo no tira para cuatro. Se les pone un *pingo*, para que no vayan en *huarrería* y se vean *curiositos*.

Entiendo el sentido, pero oigo las palabras por primera vez.

— Y eso, ¿qué no cuesta? El trabajo escasea en Toledo; los ricos tienen sus *posibles*, pero guardan los duros o traen forasteros para la labranza de la tierra... y ha quedao desnudo y sin pan el pobrero de este pueblo.

— ¡Está viejo Toledo!

— Sí, señorita, muy estropeao; nadie levanta lo que cae; murallón que viene abajo, casa que se derrumba; allí queda... ¡No hay con qué parar lo desmo-

ronao...! Si no tengo todos los niños que debiera, es porque estuve malita siete años, y ahora — ¡Dios santo! —, tres meses demoré en crearlo... ¡viene otro angelito! Enferma no estuve más que cinco días, en que devolvía todo y nada me paraba en el estómago, pero después comí y trabajé también, para el angelito nuevo...

¡Bendita providencia!, digo, comparando su mal con el mío, que sufro nueve meses embarcada en navío de *Tormento*, sin abordar en playa alguna, hasta el tremendo día apocalíptico, en que el ángel que traemos al mundo, entra en la opaca luz de esta tierra, para conocer la espesura de la carne, la flaqueza humana y las traiciones del corazón.

Bajo con la lavandera; la tarde avanza. Tomaban el último rayo de sol, con las cabezas cubiertas por pañuelos de color, la vieja madre y el anciano labriego, cuidando ropas tendidas en las rocas.

Ya diviso a los maldecidos guardias civiles, estacionados frente al nobilísimo arco de piedra que precede al Puente de Alcántara.

Todavía conservo rencor por los céntimos que cobraron a la niña. Los miro con aire de desafío.

Los dos guardias avanzan y me cierran el paso. Me armo para la pelea, y ellos, muy entonados, me gritan:

— Di, chica, ¿no paga el Impuesto Real toda esa *gracia* que entra hoy en Castilla?

Me desarmaron, convirtiéndome el vinagre en miel, con rapidísima transición, provista como estoy de ambas materias. Urgía el tiempo; no heredó Chile la viveza de España. Dibujé mi más dulce sonrisa:

— ¡No debe nada al Real Impuesto una gracia castellana florecida en otro suelo!

— ¡Sí, chica, que lo pagas, pues atraviesas todos los días por este puente, llevando *sal* de contrabando...!

— Hace falta en Castilla sal de tierra nueva, con que aliñar la ranciedad. . . y soy yo ahora la que recaudo el Impuesto Real. . .

— Bien te decía yo — dijo un guardia al otro—: ¡ésta es la chica que contrabandea en sal!

Llevaba una aventurilla para contarle a Joaquín, que solía humillarme probándome que en mis solitarias excursiones me creaba disgustos por exceso de agresividad y falta de protector. . .

Más lejos encuentro un chico:

— *Parlé francés, Madama?*

Me sonrío. . .

— *Llu piclín, Mis?*

Joaquín llega del Alcázar. Le pareció de excelente calidad el personal. Los cadetes pertenecen a las mejores casas y nombres españoles. Tienen prestancia, garbo y desenvoltura; son francos, cordiales y listos para la réplica. . .

Algunas familias de cadetes viven en Toledo para acompañar a sus hijos, mientras duran los cursos en la Escuela.

— ¿Qué te pareció la técnica militar, los armamentos y la enseñanza, en comparación con Alemania?

Guarda un silencio en que creo descubrir que España retarda en conocimientos de armas y métodos modernos. . .

Como todos los silenciosos, Joaquín es huidizo. Sabe que el mutismo suple indiscreciones y que el silencio aventaja a la palabra, comunicando sólo lo que el oyente penetra... Insisto.

— ¿Has perdido, acaso, tu esperanza en la raza, al conocer a los cadetes? ¿Temes que esta generación no responda al pasado de España?

— Este no es un país militar — me responde—, ni la guerra está en las posibilidades actuales, como para Alemania, pero guardan el espíritu racial. Llegada la hora, combatirán como deben. La aristocracia no ha soltado el Ejército — pecado nuestro, que pagaremos caro en el porvenir... En toda Europa la nobleza va al Ejército, y es una honra, mientras que en Chile la carrera militar supone mozos incapaces. ¿Recuerdas que en Austria toda la familia contribuye a mantener con lujo en su puesto militar al hijo o al hermano?

Habíamos conocido, en Viena, hasta damas nobles, relacionadas con la Corte, que tomaban puestos de institutrices en familias extranjeras acaudaladas, para costear los uniformes, los caballos y las cuentas de clubes y diversiones de sus deudos milicianos. Si la aristocracia no se sacrifica por el servicio de su país, ¿qué deja a los otros?

Sigo observando la pareja de *table d'hôte*. Ese joven, a no dudarlo, se inicia en su oficio de marido; habla a la niña con esa solicitud cariñosa que tan pronto se gasta o se pierde en el matrimonio, y cuando Joaquín mira a la señora, ella enrojece. No está *à son aise*. Se deja querer, presintiendo el fin de su breve reinado.

Aquí y allá los hombres conquistan a la mujer de una vez por todas... como quien compra un objeto, que entra a ser de su pertenencia. Ignoran ellos y nosotros que el Amor se teje cada día y que está hecho de pequeñísimos detalles.

La *luna de miel* es un decir sonoro... Parece muy importante y no cuenta, ni tampoco el noviazgo... Son épocas que se viven al exterior, y en cambio hay *horas* sin nombre ni escenario, cargadas de destino, en que se juega la felicidad...

Quiero conocer el Cristo de la Luz, imagen famosa en Toledo... Cuenta la tradición que se le empacó el caballo al Cid, frente a un murallón, permaneciendo clavado allí hasta que se cayó la muralla y apareció detrás un Cristo, con una luz encendida. Los cristianos habían tapiado la imagen, para defenderla de las profanaciones de los moros; la iglesia, según el guía, está destruída.

Otro guía interesado en sustituirlo por no divisar en perspectiva a forastero alguno, le decía:

— ¡Lleva a los señoritos adonde te piden!

Atravesamos callejuelas indescriptibles, con inmundos rincones, donde termina un infecto pasillo que no merece nombre de calle. Imprevistos ensanches forman plazoletas torcidas, de desconcertante irregularidad, dentro de esa complicada madeja de enredados vericuetos que las épocas han formado en Toledo.

Seguimos los espesos muros de un convento — San Juan de la Penitencia. La caducidad de aquella

construcción en calle solitaria da la sensación de vidas ancladas en tiempo muerto.

Si hasta afuera hacen indicaciones los siglos que tan sigilosamente van empujando al mundo, ¿qué será en los conventos de antigua data, de reglas medioevales, y dentro de la inmovilidad toledana?

En otros monasterios como Santo Domingo el Real, su sola aproximación me entenebrece el alma. Son pequeños purgatorios, de desencanto, de hastío a la vida y de miedo a la muerte, cuya sola finalidad vinieran a buscar, en vez del suicidio, mujeres nobles, tal vez hermosas, nacidas en gradas de trono.

Llegaron como náufragos a playa desierta, sin esperanza de que nunca velero alguno, con bandera de país remoto, animara la desolación inmutable de su mar interior...

Entré una tarde a la iglesia de ese convento. Las monjas cantaban sus viejas salmodias con voces desteñidas y nasales, que semejaban ecos de eternidad, en vidas sin ayer y sin mañana. En mis horas tristes recuerdo esas salmodias, y me consuelo de cualquiera pena.

Recordé que se contaba en Viena la amenaza del Emperador Francisco José al Archiduque Rodolfo, si no se separaba de su amada: *Il y a des couvents, d'où l'on ne sort jamais plus*. Esas monjas dan la impresión de estar sepultadas en vida. Aumenta mi simpatía por el Príncipe Heredero. Fué humano que prefiriese morir con ella, que abandonarla al horror de un destino semejante... ¡Ah!, pero habría seguido el romance tras las rejas, que son propicias y aliadas a Amor. Detenido afuera, se intensifica y embellece adentro...

En barquitas de forma cuadrada atravesamos el Tajo. Extraño pasaje sobre ese turbio río, embutido entre atrevidas y escarpadas rocas. Cerrando la decoración, aparece el Castillo de San Servando. Pinta una vieja estampa medioeval.

...Aspectos de un mundo que pasó y que enriquece ahora la imaginación con el cuadro vivo de lo que fué... Me encanta vivir para atrás y adquirir la comprensión emocionada de la vida anterior a mí.

Toledo es la ciudad con más acentuado carácter de épocas, que jamás he visto; no tan sólo judío y árabe, sino castellano... Aquí se confunden y transforman todos los estilos, pues cada época ha dejado sus monumentos.

Esta parte del Tajo es grandiosa por la altura casi perpendicular de las montañas que lo encajonan. La ermita de la Virgen del Valle aparece colgada de las rocas, encima del precipicio.

Nuestro viejo barquero tiene una filosofía que lo hace contemporáneo de Carón.

— ¡Qué estropeado está Toledo, mi amigo! — le dice Joaquín.

— ¡Quia, y no ha de estarlo, si es tan viejo y ya le toca morirse!

Linda y deliciosa vista desde arriba. Abarcamos de una mirada la confusa y apretada ciudad con sus torres, sus muros y sus campaniles... Abajo el triste río, los campos agrestes, los cigarrales, y en lo alto de las rocas, la Ermita, que «sobre loma desigual descue-lla».

A Joaquín le afloran siempre a los labios trozos del «Idilio» de Núñez de Arce, que yo menosprecia-

ba, hasta que vine a España y sentí esta atmósfera de romanticismo, más mía de sangre que el francés. La viva realidad de ciertas páginas de robusta poesía castellana, se me revela aquí mía propia, sin ese algo de artificial o prestado que forzosamente tiene para nosotros la poesía francesa.

Las capillitas suizas escondidas entre las gracias del terreno montañoso y de los bosques alpestres, no me daban la impresión de esta Ermita. Son nuevas y carecen del encanto de vieja leyenda, dentro de esa alma nacional que cada país tiene y cuya penetración es la clave del enigma racial.

Castilla nos produce adivinación sensible, traída por la sangre misma, que nos pone en contacto con la intensa vida pasional pretérita.

Así abandonadas e incultas, las montañas castellanas dan relieve al pasado, y en su desolación cuentan la historia heroica de la tierra cansada, que se reposa bajo un sol de fuego.

En el largo camino de regreso, en que voltea la carretera, ya aproximándose o alejándose del río, iba presentando Toledo diversos perfiles pintorescos, nobles y graves. Nada perturba allí la visión del pasado. Ninguna moderna invasión, de esas que rompen con insolencia los cuadros clásicos, ha venido a desfigurar la fisonomía toledana.

A su configuración de terreno,alzada en un peñón, se debe que ni siquiera los coches transiten por sus callejuelas y sus riesgosas encrucijadas. Circula libremente la escasa y empobrecida población y Toledo se muestra, en sus monumentos, como una reina vestida de harapos, en el abandono de la decrepitud.

La vida es sencilla y patriarcal, los niños juegan en comparsas por las calles y las mujeres van vestidas como en tiempo de los reyes. Ninguna gran ciudad histórica se exhibe en tan perfecta paralización, tan olvidada del tiempo y menospreciada por el avance de los siglos.

Toledo, en su desmoronamiento, tendrá siempre admiradores — almas que sueñen a la sombra de sus antiguos y blasonados arcos o que vaguen en las penumbras de sus vetustos claustros de piedra. Somos aún tantos los seres que en este fin de siglo necesitamos la poesía de los grandes recuerdos y la gloria de los tiempos idos. No a todos satisfacen las comodidades materiales, que con tanto orgullo va adquiriendo el mundo. Quedamos aún muchos que nos hemos apropiado ese tormento de Pierre Loti, del *siècle finissant*.

Las proezas y la hidalguía castellanas viven aún en las almas.

Joaquín y yo participamos de un vago sentimiento triste, al imaginar que la vida espiritual y los valores eternos van a sufrir violenta crisis en el siglo que viene. Hasta se me ha despertado repulsión hacia los Estados Unidos. Son burgueses que extraen de la vida todo el provecho humano, (Wilson y Roosevelt me han convertido).

Cruzamos un elegante *coupé* en que venía el Arzobispo, acompañado de dos canónigos. Impresiona en Toledo aquel soberano espiritual, representante de la suma de un gran poder, que ya nadie le disputa... Ninguno como el Prelado debe hallarse tan desposeído de fueros y grandezas. Se reduce su

potencia a la Catedral desierta, sin oficios y sin fieles — monumento de un gran reino, sin Rey, sin Corte y sin vasallos.

De calle en callejón y de vuelta en revuelta, a través de ese laberinto de vejestorios, aparece al fin la plazoleta, en que la Catedral presenta su espléndida fachada.

La rigurosa unidad de su belleza produce sensación de honda armonía, en el desorden de Toledo.

Esta fachada difiere de todas las que he visto, y siendo menos audaz que la de Viena, puesto que en aquélla el campanario arranca desde el suelo, ésta posee suma riqueza y elegancia. Entramos por el gran claustro, que forma digno vestíbulo a la Catedral.

Gasto inútil empeño en describir monumentos, que sólo interesan por las reacciones que producen en nosotros. Vencida por la belleza del templo, derrotada en mi afán de aprisionar la emoción estética, me contentaré con sentir lo que me significa esta maravilla, que corresponde a otro tiempo y a otras almas.

Su grandeza y magnificencia a esta hora de la tarde, en que los vitrales dan la magia de sus luces, a mí se me traduce en tristeza.

Presiento que estos prodigios del Arte y del poder de la Iglesia católica, se despiden, ya son anacrónicos; el mundo va camino de un horrible materialismo... y la fe sufrirá denso eclipse en las almas.

Estos grandiosos monumentos ya no responden a la sensibilidad del alma moderna. Los místicos miramos menos para afuera y nos replegamos hacia adentro.

¡Me enternecen esos obreros anónimos que han construído estas maravillas y me siento mezquina en querer que mi nombre aparezca en un hermoso libro...! Ellos trabajaron modestamente para su fe... No les importaba que la posteridad los ignorase... ¡Los veía Dios...! No contaban con la memoria de los hombres, que en verdad nada vale y que sólo existe en el *Amor* que trasciende al más allá...

La Iglesia, orgullosa de la herencia cristiana, levantó estas catedrales magníficas; los frailes, para asegurar la integridad de la Doctrina, establecieron aquel inicuo tribunal de la Inquisición; violaron la conciencia humana, haciendo mártires de la Fe a los que no se ajustaban a sus cánones. Han perdido la riqueza y el poder; la humanidad invoca en vano a la Razón y no logra explicar el eterno misterio de las cosas... ¿Adónde vamos? No me atrevo a pensar, pero estoy cierta que la palabra de Cristo permanecerá, suceda lo que suceda en el mundo. ¡Sabe Dios si en esta tierra, culpable de tanta iniquidad, se van a cumplir en el futuro, por sabia y divina economía, los mayores milagros de renovación y de purificación!

Siento, en esta tarde, que si la religión está muerta, Dios está vivo, y buscará nuevas formas de comunicación con los hombres. Están gastadas las modalidades exteriores, pero el Espíritu Santo renovará y creará nuevas vías de transmisión, con los corazones humanos. Tengo una confianza a toda prueba. Nada logrará desquiciar esta fe en los graves acontecimientos que presiento venir...

Tal vez la Iglesia se va petrificando, y necesita de un gran terremoto que la desprenda de la materia y la haga buscar la espiritualidad, en más altas esferas.

Esa confianza de Joaquín en que la raza, con el tiempo, se hará digna de sus grandes destinos, yo la comparto en el sentido de renovación religiosa.

En todo caso, España guarda, en su misma decrepitud, el respeto de la vida emocional, del honor y del amor, que se va perdiendo en la sociedad moderna...

En Francia el matrimonio sólo atiende a la conveniencia de la familia y de los intereses. La *pasión* es la hembra bohemia y loca que se pasea afuera y que no encadena ningún sacramento, mientras que hasta en las antiguas colonias de España, el Amor tiene hueco... Y no será desterrado...!

Doy vuelta por la Catedral, para grabarme en el recuerdo este prodigio de deslumbradora riqueza. No me detengo en detalles; busco las altas naves tenuemente blancas y los ventanales, que vierten pedrerías de colores, fundidos en luces de oro. El sol juega tras de ellos sus gloriosas sinfonías cromáticas.

No tengo hora. Se la pregunto a una linda dama inglesa, que está arrobada por el encanto de esta maravillosa creación de piedra que con soberana potencia levanta el alma y robustece nuestro ardiente anhelo de alcanzar a Dios.

¡Sí! Las catedrales góticas son gritos del alma huérfana en el mundo, irresistibles ansias de unión divina, que se yerguen en piedras labradas, transportándonos y clamando con nuestro ser entero, en demanda de respuesta...

Esta muda interrogación de piedra se encara al tremebundo misterio suprasensible, en que se envuelve el sentimiento religioso.

La majestad del templo desierto invita al impalpable Más Allá, a ese temido Infinito, de que es símbolo y que sumerge y dilata el alma en abismos de luz.

La arrogancia de los arcos, la riqueza de las formas, delicadas y leves, las pálidas penumbras, el inquietante misterio que palpita en las sombras, nos desprenden de la rutinaria pequeñez de la vida ordinaria, haciendo perceptible ese otro mundo oculto, grande e infinito, que sólo presentimos a través de un denso velo luminoso.

Las catedrales góticas revelan los ideales del Medio Evo, los esfuerzos heroicos, las gigantescas luchas del hombre abandonado a sus fuerzas, sin amparo de leyes ni de Estado nacional. Satisfacen también la necesidad del alma, que en la religión busca, más que la esperanza, la saciedad de una eterna sed y la realización de un supremo ideal que la vida menoscaba y burla a diario. . .

El estilo gótico será siempre el estilo preferido de los místicos y de los románticos. . . Va unido al gusto por las ruinas, por la música alemana y los amores trágicos.

La Catedral de Toledo, como monumento, en relación con las otras Catedrales, responde a la designación de «Toledo la Rica», como «Sevilla la Grande».

La de Sevilla, con su grandeza, no me impresiona tanto como la severa vetustez de la Catedral de Viena. La sentí aterradora, inspirándome tremebundas emo-

ciones, aunque no me seduce con la bella opulencia de la de Toledo. Es sublime el atrevimiento de la Catedral de Burgos, con aquella cúpula sostenida por cuatro pilastrones monstruosos y con rincones, como el de la Capilla del Condestable, que de noche dan pavores de ultratumba, pero carece de la suntuosa elegancia que la Primada ostenta al interior. Por dentro, la de Toledo supera a todas las Catedrales que conozco. La fulgurante luz que vierten los vitrales, rompiendo los muros, luz en que predominan el oro y el ámbar, simboliza esos golpes de iluminación sobrenatural con que se desgarran la opacidad, a veces tan densa, del materialismo en que vivimos...

... Vuelvo a contemplar a Toledo por fuera. Paréceme, dorado ahora por el sol poniente, que le añade fantástico prestigio, una antigua galera, en que la proa sería el Ayuntamiento, San Juan de los Reyes formaría la popa, y el mástil o palo de mesana lo levantaría la Catedral.

Me queda por conocer el Alcázar. Contemplado desde el Tajo, aparece a una enorme elevación. Me coloco bajo el puente que parte de las macizas construcciones en que se levanta y que forman su imponente pedestal... No es sólo monumento; es inmensa ciudadela. Sobre el muro, que continúa perpendicularmente el gigantesco sub-basamento en que descansa, aparecen espesas copas de árboles.

El palacio-fortaleza tiene vastos jardines, encerrados en la enorme construcción.

Los muros salientes forman terrazas llenas de árboles con espesa vegetación, ante los pequeñísimos ventanales que se divisan a vertiginosa altura desde la parte baja, en que contemplo la potencia inexpugnable del Alcázar de Toledo.

En una terraza baja que da acceso al puente que atraviesa el Tajo, la fortaleza presenta hermosa fachada en un portón austeramente medieval, flanqueado por espesas torres almenadas, con el labrado escudo heráldico al centro.

El edificio que encierra las habitaciones, continúa la línea que hace cuerpo con la gran portada... Más arriba aún, corona el grandioso monumento otro edificio cuadrado, flanqueado también de torres, que rodean espesos árboles, asomando sus copas sobre los muros. Mirado el Alcázar desde la parte baja, en que me he situado, presenta su majestuosa potencia de ciudadela, palacio y jardín...

Impone el sentimiento de la fuerza guerrera de Castilla, como símbolo que suma el tiempo...

Las diversas épocas en que ha sido construido, las diferentes finalidades que ha tenido, todo ha contribuido a darle esta vasta extensión de tan diversos aspectos.

La acumulación de varias destinaciones le acrecienta el carácter de estabilidad secular. Se eleva con tanta pujanza sobre el Tajo, son tan sólidos los murallones que lo cimentan y tan nobles como desnudas las moles de piedra que lo encierran, que sobrecoge su fuerza. Allí puede habitar un ejército, en caso de emergencia.

Su situación, por un lado encima del Tajo, con puente propio de salida, las escapadas que ofrecen por abajo los subterráneos y mazmorras sobre el mismo río, lo hacen inexpugnable.

La capacidad que tiene de resguardo y plaza fuerte, para el ataque y la defensa, junto con la hospitalidad que dan las amplias habitaciones, con hermosa vista sobre los cigarrales, y sus dormidos jardines, todo el conjunto, mirado a esta hora de la tarde, me presenta al Alcázar como la imagen rediviva de Castilla Inmortal — urna de piedra, en que a la voz del Señor renacerá el alma de España...

Podemos decir hoy, frente a este monumento, como dijo Cristo sobre la tumba del amigo de Betania: ¡Lázaro duerme!

Se alza en lo más alto de Toledo, con aquella soberana potencia de una raza que tuvo durante largos siglos el cetro espiritual de nuestro mundo.

Su primer fundamento fué, en la ya remota antigüedad, un *Castellum* romano, que reemplazó más tarde una ciudadela visigoda.

Su posición de altura, sobre las más altas rocas del peñón toledano, a orillas del Tajo, que allí corre encajonado a pique, era desde siempre la apropiada peana de una Fortaleza visible por doquiera...

Reviste el gran símbolo de la gloria de Castilla, donde los moros dejaron preciosas reliquias de su arte maravilloso, que aun recubiertas de cal, como en Santa María la Blanca, comienzan ya a reaparecer, merced a trabajos arqueológicos.

Uno de los reyes Fernando y Don Alfonso el Sabio convirtieron la antigua y primitiva fortaleza en palacio.

Llegamos a un patio inmenso. No es propiamente patio sino «Plaza de Armas». Lo circundan nobles arcadas de columnas corintias en dos pisos. Se siente una paz casi conventual dentro de su altiva belleza... Da la sensación, en su quieta estabilidad, de un compás de espera en la sucesión de los tiempos... Y sin embargo, está habitado desde hace años por la Escuela Militar — los cadetes, que dan a la decrepita ciudad bizantina, cristiana y moruna, su sola vida actual.

Ellos estremecen de amorosa vibración el letargo toledano y escriben en los corazones de sus mozas el poema idílico — prólogo de amor sin continuidad, en que permanecen envueltas como en un sudario...

Las jóvenes castellanas están condenadas a conocer sólo las primicias de amor, en un apuesto cadete, que será pronto llevado a Madrid, en donde hará matrimonio, según su rango... Toledo no será en sus vidas más que el indispensable idilio.

Durante las Guerras de Sucesión, comenzó a cumplirse el trágico «devenir» del Alcázar... Ha sido quemado muchas veces. Después de uno de esos incendios, lo restauró completamente el Cardenal Lorenzana; más tarde, en 1810, fué quemado por la invasión francesa y no ha mucho, el 87, se incendió otra vez casualmente, estando ya ocupado por la Escuela Militar.

Es vasto el Alcázar y posee infinitas dependencias; desde subterráneos, salas de armas, habitaciones, torres almenadas, espaciosos jardines, terrazas y torre-

cillas, que forman el palacio, la Escuela Militar, el convento, la prisión y el campo de ejercicios. Todo lo reúne el grandioso monumento... dominando a la orgullosa ciudad, en que alternan campanarios de iglesias con minaretes de mezquitas, en revuelto hacinaamiento de templos, palacios, sinagogas, encrucijadas, claustros, conventos y ruinas.

Es tremenda la pesadumbre del estilo del Alcázar, pero impone esa fuerza soberana, que ha tenido y seguirá teniendo razón del tiempo, que lo ha ultrajado y teñido tantas veces con sangre y devorado otras tantas con fuego.

Para sentir la honda emoción de grandeza y de duración, me faltaba pasearme por el patio del Alcázar.

Domina el centro una estatua de Carlos V, marcando el meridiano de la gloria española, de aquel período en que no se ponía nunca el sol en tierras españolas.

De este patio arranca una hermosa escalinata, que va al segundo piso, en que se completa la fila de arcadas corintias del primero, añadiéndole majestad de tamaño y ornamentación.

Toledo se arruina, pero guarda su tradición, y en este noble Alcázar — corazón latente, nutrido siempre de sangre joven, dentro de la ciudad eternamente antigua y nueva — un puñado de muchachos resume la gloriosa tradición, manteniendo la herencia sagrada de honor, en cumplimiento de la promesa que Castilla contrajo con todos los «Futuros» del mundo, de no desmentir jamás su pasado heroico...

Esos jóvenes cadetes, pertenecientes a los más antiguos nombres castellanos, conservadores de las no-

bles tradiciones guerreras y caballerescas, fueron desde la cuna destinados al Ejército, y sobre aquel peñón guardan, como las vestales, el fuego sagrado de una patria pesada de gloria...

Vamos a buscar la casa del Greco, allá arriba, cerca de Santo Tomé, donde está su obra maestra — «Entierro del Conde de Orgaz». Es un antiguo barrio judío, aproximado a Santa María la Blanca.

Infectas callejuelas, llenas de escombros, acceden a la morada del Greco, en esta ciudad muerta, mezcla de belleza y de miseria.

Vagamos en Toledo por entre los siglos, liberados del tiempo, asociados a las civilizaciones fenecidas, descifrando la clave de los misterios históricos...

La casa del Greco permanece erguida en una eminencia, de cara al Tajo, sobre el desnudo paisaje rocalloso, que desean las almas ya desligadas de materia, en tenaz búsqueda de absoluto entre las relatividades y claudicaciones humanas...

Es un pequeño museo aquella morada clara y reposante, arreglada con ascética sencillez. Pocos muebles, y todos de la época — sillones de baqueta y objetos de cobre. El nombre de *Greco* (griego) corresponde a su nacionalidad verdadera, que italianizó a su paso por Venecia, de donde también cogió elegancia pictórica.

Sólo he visto un Cristo en cruz, creo que en el Louvre, alargado y deforme, de un color horrible (color de putrefacción), pero que me emocionó por la tragedia mística que encierra. La pintura me interesa

menos que las otras artes, excepto el caso de que sirva de evasión al Espíritu — ventana abierta sobre el mundo sobrenatural —, pero si no cumple esa revelación indispensable que busco y me deja en la tierra, sin posible elevación, prefiero la naturaleza, que por vivas sugerencias es espejo divino para el místico.

Hasta prefiero una buena fotografía — mil veces más fiel transmisora de la realidad, que un cuadro que sólo da armonía de colores, como festín visual.

El arte ha de ser puente entre dos mundos — objeto que cumple el Greco, en su «Entierro del Conde de Orgaz».

Lo natural y lo sobrenatural oponen allí sus características. Los dos mundos acusan sus diferencias, siendo el suprasensible sólo la transfiguración sublime de la realidad humana.

En estilo y calidad de pintura es horrible el Greco, pero como sentido místico, creo, aun siendo tan ignorante, que es la cúspide a que puede alcanzar el arte de la pintura.

Sus personajes son seres espectrales, en espantosos trances, que no tienen de humano más que la forma; pero de estos seres emana una fuerza espiritual de superación a la materia, que arrebatada y transporta en vértigo de infinito... Diría aún que sus «Cristos» en cruz son caricaturales si no apareciese, bajo su deformación, la terrible tragedia del hombre limitado que se lanza a la divina búsqueda...

Yo no sé de anatomías; pero me hiere el ojo la espantosa deformidad de estas figuras, que no pue-

de ser casual, sino buscada por un místico que ansía revelar la estrechez del cuerpo en el irresistible arranque que impulsa a lo divino...

El alma está, por decirlo así, extraída de la opacidad carnal y resume la potencia individual, prendida también a una raza, a una clase y a un tiempo histórico.

La deformación llega, en el Greco, a un grado de humana inverosimilitud, que prueba, no obstante, el derecho del artista a deformar la naturaleza para acentuar la expresión.

Caben, sin duda, hondas posibilidades de revelación espiritual en estas horribles deformaciones naturales que realiza el Greco.

Entre los Crucificados que he visto, hallo poemas de dolorosa angustia. Es la desesperada evasión de la carne, como de horrenda cárcel que aprisiona al Espíritu... El alargamiento de esos miembros dislocados pone un acento espiritual tan intenso, que produce embriaguez de divina y sublime locura...

Estirando verticalmente los cuerpos, trataba el Greco de expresar la irresistible aspiración a una anticipada unión con Dios. Todos sus Cristos y sus Apóstoles en la Pentecostés están ardidos por el fuego interior que los devora...

El Greco nos introduce al inquietante y tremebundo misterio de la *Mística*, iniciándonos en el rudo combate de superación propia, que ha de redimir a la creatura ahogada en la carne breve, para alcanzar el «Todo» que la solicita y de que se siente exilada...

Hay en estas obras, consideradas fuera de todo tecnicismo pictórico, algo tan alucinante como

real, tan fantástico como ya sentido y que se nos abre rara vez, rompiendo la tela del Tiempo en momento de trance.

Sólo en el «Entierro del Conde de Orgaz» divide el Greco los dos mundos; pues en las pinturas que ahora contemplo turbada, hallo la revelación misma del instante en que los dos planos pugnan por apoderarse de la criatura frágil, en gigantesca lucha.

Este Arte, que atormenta nuestros sentidos, cumple, a mi entender de mística, su razón de ser, en este único caso, mejor que la música — la primera de las artes, porque nos lleva al mundo sin forma—, pues el Greco nos muestra el arriesgado y temible paso que se ofrece al hombre en la región fronteriza de los dos mundos. . .

Este gran visionario desnuda el alma humana y nos la exhibe en el elevado proceso de «Iniciación».

Su fe de creyente o su alto misticismo nos lleva a la cima donde se libra el gran combate entre la Materia y el Espíritu — fin supremo de la vida y trance a la santidad, o sea, el sublime «trueque», por vencimiento y martirio, de lo inferior a lo superior.

Es el Greco el comentador plástico de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, revelándonos la fuerza mística española. Su tentativa espiritual, esta grave aventura realizada en el Arte, sobrepuja los esfuerzos artísticos con que nos sobrecogen las catedrales, y en sí sola nos muestra la esencia anímica de una raza superior.

Es curioso que tras el desprecio que tenía por la pintura, siendo para mi alma mística la menos expresiva de las Artes, sea también un *Pintor* quien

me entregue el alma de España, en el momento en que la desconozco y me inspira su decadencia la mayor desconfianza...

Después de haber recorrido los sitios más cargados de Destino, o preñados de significación, que posee España, hallo su alma y la clave de su heroísmo, en la pintura, a que me siento ajena.

Siempre he sido sensible a la naturaleza, a las atmósferas, a las ruinas, que suman el tiempo *en raccourci*, y ahora me hallo en una extraña y sorpresiva reacción de mi alma, producida por la menos espiritual de las Artes.

No creí hallar en este montón de escombros que es Toledo, desde los tiempos romanos, godos, judíos, árabes y castellanos — que por sucesivas transformaciones lograron hacer una ciudad, ya legendaria por su majestad extraordinariamente triste —, el esclarecimiento del enigma que me obsede... Y después de recorrer a Toledo en sus monumentos, ruinosos o restaurados, vengo a hallar el alma de Castilla en un pintor griego — ¡tan cierto es que el Espíritu sopla donde quiere!

La luz me llega siempre por vías artísticas, pero por vez primera me penetra a través de la pintura.

La literatura me ha sido ventana abierta en el mundo del Espíritu, y hasta mis emociones religiosas necesitan pasaporte de Belleza para apoderarse de mi sensibilidad.

Despreciaba a San Pedro como al más rústico y plebeyo de los discípulos de Jesús; pero cayó en mis manos un volumen de la primera edición del «*Quo Vadis?*» y me mostró en luz espiritual al apóstol cobar-

de. Fuí entonces a postrarme en la «Confesión» de la Basílica Vaticana, para hacer *amende honorable* de mi invencible ceguera. No sentí nunca tampoco la atracción fascinante del Evangelio en predicación de Curas, por más elocuentes que fuesen, hasta que leí los textos, sin anotaciones. La desnuda palabra de Cristo penetró entonces como dardo de fuego en mi inexpugnable corazón.

El alma castellana me tenía *hantée*. Sus Catedrales me cantaban himnos de júbilo; los palacios árabes me sabían a remotas músicas que desvanecía el tiempo; pero no lograba unir esta alma española moderna, dormida e infantilmente holgazana, con la proeza de sus guerreros, el heroísmo de sus caballeros y el noble quijotismo del ambiente, que sabe de amor, de elevación y de pundonor...

No encontraba el ligamento de tiempos tan varios y de almas tan opuestas.

Este griego, el Greco, mezcla de bizantino e italiano, me ha unido las hebras sueltas de la embrollada madeja en que se me revolvían el arte, la historia, las razas y las civilizaciones, sin hallarles la unidad sintética en que calzan todos los elementos dispersos.

Me ha traído el Greco la llave de la *puerta secreta*, que no abren los ojos sino el Arte.

Este pintor agrio, áspero, brumoso y horriblemente desproporcionado, que ha hecho de la *forma-hombre* un símbolo o un estado de trance siniestro entre dos mundos, me ha iluminado...

Sólo por el ascetismo podemos penetrar al alma de España — la negra España de la Inquisición y de los tormentos...

... Y sólo en un país de almas torturadas de Más Allá, de visionarios de Infinito, pudo producirse esa sangrienta y horrible lucha entre seres acechados y hostigados de revelaciones supraterrrestres, y los que aún permanecían ciegos — los Inquisidores.

El Greco nos da entrada a un mundo oculto, regido por otras leyes, donde la pasión se sublimiza y los valores humanos se transmutan — mundo en que perdemos fondo sobre la tierra firme y el alma se mantiene suspendida sobre abismos...

En esos rostros afilados, en esos ojos que traspasan todos los horizontes del mundo, se proclama la existencia de paraísos aun inaccesibles o de tierras de promisión a donde sólo alcanzaremos por renunciación de lo positivo y violencia de conquista, en reinos percibidos por aquellos audaces que rompen ligaduras carnales.

Esos hombres — los Apóstoles de la Pentecostés, o esos Cristos crucificados, que ya no miran «aquí» sino «allá»... arrebatados en vértigo de doloroso apasionamiento — nos superan de tal modo en su sublime silencio distante, que me dejan anonadada...

Ellos son los exploradores atrevidos de rutas que avicinan cumbres de donde nosotros estamos todavía muy lejos...

El Greco nos introduce a las ardientes Moradas de Teresa de Jesús; nos explica el apasionante dilema de padecer o morir. Nos lleva a las luminosas obscuridades de Juan de la Cruz, enseñándonos el secreto de los heroísmos — origen del desprecio a la vida, que hace héroes, conquistadores y santos.

El Greco pintó esas almas que han vivido un instante de infinito y que saben lo que se oculta tras el martirio y la muerte. Nos asocia al eterno secreto de Dios, a ese misterio que, apenas transparentado, nos torna en superhombres.

Nos propone este genio, en sus figuras deformes, estiradas y verdosas, el impulso que arrastró a los anacoretas a los desiertos, que sacó del mundo a los pobladores de cartujas, que hizo monjes penitentes y religiosas sepultadas vivas en monasterios como tumbas.

El Greco ha pintado la más milagrosa aventura espiritual, que puede realizar el alma humana...

Todo está ahí... No buscaré el alma castellana en otra parte... Este horror desconcertante tiene fondo de heroica sublimidad. Esas caricaturas horribles nos muestran a los despreciadores del mundo, a los que, más allá de las tristezas del Eclesiastés, han divisado la gloria del Espíritu liberado.

El alma de España está en sus ascetas, en sus místicos, en los valientes violadores del misterio supra-sensible. Ellos han dado la nota tónica de la civilización, en que culmina el alma trágica española. Y sin el Greco permanecería cerrado el enigma de Castilla...

Al fin he encontrado, como siempre, en el Arte, iluminación y directivas.

España se verá de cara al dilema teresiano: «*O Padecer o Morir*».

Todas estas ideas me han asaltado en confuso torbellino... A la primera impresión obscura, sigue un lento esclarecimiento, que anoto rápidamente, pues sé que pronto se borrará de mi conciencia. La luz se apagará en mi alma, hasta parecerme, cuando releo mis páginas, que estos procesos me son extraños.

Mi razón de escribir ha sido siempre acuciada por la necesidad imperiosa de encerrar estas emociones fugitivas, de que no soy dueña y que pasan por mí y me abandonan.

No tengo otra manera de fijar las luces errantes que me enciende el arte y de incorporarlas a mi vida, que dejando su débil reflejo en mis cuadernos. La luz — o sea, las ideas en que se suma la emoción — no hace carne y sangre conmigo. Me traspasa y me deja en sombra.

Joaquín, en cambio, lleva la luz adentro. Es luz él mismo — luz que no parpadea ni se eclipsa. «El» es lámpara, y yo soy reflector.

Veo la luz, trato de acapararla; pero ¡en vano!; me quedo siempre a oscuras. Logro sólo analizar las emociones; él las vive; son su ser mismo, y no puede expresar, como yo, lo que le es propio y lleva adentro tan unido a sí mismo, que no tiene conciencia de poseerlo. La luz alumbra, pero no al que la lleva consigo...

Me interesa saber cómo se ha elaborado en su conciencia esa honda persuasión sobre el resurgimiento de Castilla, corazón y alma de España.

Sé que no sacaré nada en claro... Es de escasas palabras y más escaso de explicaciones. Su mayor

elocuencia reside en el silencio, y hasta se da en ejemplo sin quererlo y sin saberlo.

— Me ha impresionado mucho el Greco —le digo, al pasarnos el mozo las eternas merluzas fritas en aceite, que me repelen—. Es espantosamente interesante, pero tan desagradable, en cuanto obra de Arte, como estas merluzas que me dañan sólo de sentirlas.

— En el Arte buscamos complacencia, y el Greco me produce la repugnancia de algo monstruoso que encierra la vida... y de que la obra artística nos libera...

— ¡Sí! Estoy de acuerdo contigo; pero hay una sublime belleza de fealdad, que nos transparenta el Espíritu, y es eso lo que me cautiva en el Greco.

— Tenemos ya de sobra con vivirlo.

— ¿Crearás que este loco genial me da razón de la fe que tú guardas a España?

Me mira, con esos ojos de fina ironía, tan bellos en su lumbre, cual si sus pupilas guardasen luz de sol sin ocasos...

— ¡A ti te encumbra la imaginación!

— Si supieras, hijo mío, qué desprovista soy de esa cualidad que me regalas con excesiva generosidad y que voy, mano tendida, mendigando en caminos... Yo nunca puedo imaginar una intriga de novela; estoy a merced de las limosnas que me quieren dar...

— Tú llamas imaginación al don de inventar, y yo te digo que vives encendida de emociones que, sin razonamiento ni pie en la realidad, te arrastran lejos...

— Sí. Eso es cierto. Acepto... Y ahora quiero saber en qué fundas tu fe en esa resurrección española de que estás tan seguro.

— En que es un pueblo que siempre ha vivido de altos ideales, de sentimientos generosos... por ser raza que ha logrado espiritualidad y que la ha impuesto...

— Empiezo a entender; pues, es lo mismo que a mí, tan poco razonable, tan incapaz de discutir, como dices tú, me ha revelado el Greco.

— No te digo que seas incapaz de raciocinar, sino que eres débil en las discusiones, hasta con gentes mucho menos capaces que tú, porque fuera del terreno imaginativo o emocional, no pones pie en tierra firme.

— Ya te he confesado que no soy roble, con raíces, como tú, sino ave, y por eso me encuentras tan voluble e inconstante.

Me miraba con tierna compasión, hallándome seguramente desvalida y demasiado sensible para el combate, para el que «El» nació aguerrido.

—Volvamos a nuestro punto de partida. Repitió mi pregunta: ¿En qué fundas tu gran fe en que España volverá a imponerse al mundo?

— Pues en lo que te dije, en que vive o vivió de los valores eternos, y por eso seguirá viviendo. El heroísmo de la raza está cimentado en una «Fe». ¿Crees que es posible despreciar la vida, sin firme creencia en la inmortalidad, ni el sacrificio de un bien, que no sea por adquisición de otro mayor y más duradero...? España ha forjado en esas creencias su temple heroico.

— Ya lo veo, tú te sientes castellano...

— Me siento únicamente hijo de mis padres, que han vivido en esos sentimientos.

— Nunca me explico tu excesiva modestia, que se escuda siempre en los padres. Convéncete de que eres «hasta» buen mozo; no te digo «desde»... donde se empieza la cuenta... pues te ofendería la enumeración...

— No soy modesto, soy justo. Y si doy tanta importancia a la raza, es porque sé lo que he recibido de mis padres... Todos los sacrificios y renunciamientos que ellos se han impuesto, son fuerzas transmitidas con la sangre misma, aparte del ejemplo, de la educación, de la atmósfera sana, etc.

— Y el haberlas mantenido y desarrollado, es tu esfuerzo propio... y te vale a ti!

— Tal vez; pero siempre tú pareces atribuirnos a mi padre y a mí un orgullo insensato en la raza... Te equivocas; al tratar de razas, me refiero a la sangre, que opera hasta en los animales — ¿cuánto más dará en los hombres? No se trata de alcurnia, de rango, ni de nombres, sino de sangre, como suena — que es pureza, tradición, estímulo, represión y temperamento. En el campo mismo, entre nuestros inquilinos, mi padre hacía esas distinciones: éste es de buena sangre; aquél es peligroso... Si la que fué noble y sana sangre se estanca ahora en dinero y en nombres, o decae y se corrompe, no hace al caso que te sostengo...

Fué el fundamento de Toledo un *Castellum* romano — simiente del pasado con que la poderosa

civilización latina se ha transmitido a nosotros. Esa célula inicial, en que del grano podrido del paganismo brotó un cristianismo de amor, aún se conserva en Castilla. Está sepultada entre las ruinas árabes, judías y bizantinas, obscurecida en un catolicismo rutinario y seco... pero siguiendo la eterna ley de transmutación, prepara obscuramente su futura eclosión. ¿Volverá a ser, Castilla, forjadora de caballeros, de héroes, de místicos, de artistas y de santos? ¿Reedificará el derruido Castillo Espiritual — crisol de nuestra civilización occidental— para transmitir al porvenir su código de honor y su antorcha de luz sobrenatural? Sí, lo creo. Castilla probará al mundo venal, egoísta y cruel, que si todo pasa, devorado por el Tiempo, permanece el Evangelio de Cristo. Ninguna catástrofe desquiciará los fundamentos en que se desarrolla la vida. La simiente sepultada bajo los escombros de varias civilizaciones, en el cementerio de razas que es Toledo, brotará nuevamente en la divina palabra: «Amaos los unos a los otros». ¡Lo creo con la ingenua fe de mi fervorosa juventud!

No en vano la Virgen, amoroso culto exclusivo de España (a excepción hasta de la Santísima Trinidad), apareció al Apóstol Santiago, en Zaragoza, de pie sobre un pilar. ¿No significaría, acaso, que España sería el Pilar que sostendrá la pureza renovada del futuro cristianismo? Refuerza mi fe en esta próxima regeneración española, la actual comprobación de ser la tierra en que la religión cristiana se ha materializado más densamente.

¡Sí, señor! Yo afirmo mi creencia de que en España resta el último Castillo Espiritual — celeste mo-

rada de Teresa de Jesús — , a que Cristo nos invitará a penetrar, si queremos alcanzar las más altas y divinas posibilidades ofrecidas en la tierra al alma humana para una milagrosa ascensión.

Basta a mi fe en el gran destino de España, que la eclosión espiritual se realice en esta tierra de pasión y que elaborada aquí la regeneración en ruda lucha y con sangre de amor, se esparza y cunda por todas partes, cual la palabra de Cristo, que predicada a pobres pescadores del mar de Galilea, fué escuchada y seguida por el mundo entero.

El Espíritu no tiene arraigo en tierra alguna; atraviesa como el aire y sopla donde quiere...

Entramos ya a la última centena que precede al año 2.000, cargado de misteriosos augurios, no ya de los Profetas hebreos, sino por obscuras predicciones casi anónimas, venidas de todas partes.

Tal vez entonces toque a España intervenir en el concierto del planeta, para esa presunta venida de Cristo en gloria y majestad, adecuada a la mayor capacidad de conocimiento adquirida por la humanidad en veinte siglos de penosa búsqueda y de rudo afán. Yo espero que esta renovación anímica sea traída por España, y me adhiero a la fe de mi compañero... que se siente tan despectivamente llamado ¡Profeta!...

Me quedo cariacontecida y taciturna... La despreciada literatura castellana, con sus romances de capa y espada, que hacen del amor un culto y de la mujer un altar, me está cautivando...

Las callejas toledanas, de tan sórdida miseria, las oscuras encrucijadas, los monumentos convertidos de mezquitas y sinagogas en templos, no me hablan ya lengua de decadencia, miseria ni abandono... Todo entra en movimiento de ascensión espiritual...

El Tiempo, de que dispone Dios como elemento de realización, deja aquí en Toledo las hondas huellas de su paso. En esta tierra parda y desolada que es la llanura de Castilla, con siniestros o sangrientos crepúsculos, arrebolados o tormentosos, pinta sus mirajes la historia, y las sucesivas ruinas de sus monumentos esculpen las batallas con que Tiempo, príncipe de este mundo, pelea con el infatigable ejército de siglos, años, meses, días y horas, su gran campaña renovadora.

Sobre este montón de ruinas, en el pueblo mísero y triste, donde deambulan niños vagabundos, o mendigan harapientas criaturas, canta la Vida una canción de promesa...

No muere Toledo en cólera ni en maldición. Muere cantando, porque sabe de resurrecciones y de glorias futuras.

Ya se lo enseñaron sus místicos; se lo pintó el Greco, se lo labraron en piedra los obreros anónimos de la Catedral, que erguida sobre el hacinamiento de ruinas, proclama triunfante, al borde de este moribundo siglo de opulencia, — atalaya colocado en la frontera de los Tiempos —, la defensa del último *Castillo Espiritual* en que el alma recluyó su fe cristiana!

Quedará aquí guardada la esperanza de fraternidad entre los hijos de Dios...

La pintura del Greco, áspera, desconcertante y espantosa, me ha reconciliado con Joaquín. Esa quimera insostenible que me parecía su confianza en el resurgimiento de este país, se me ha explicado.

¡Creo, sí!, como «El», y hago mi profesión de fe en que la Mística, esa zona candente de las peligrosas elevaciones, ha llegado a cúspides cuyas visiones extrahumanas, depositadas en el subconsciente obscuro de la raza, moverán en tiempos venideros — sabe Dios con qué poderosos impulsos — a esta raza hoy dormida, para devolverle al mundo, que tiende al materialismo y que se torna cada vez más fríamente soberbio y sensual, la pura fe en Cristo de los tiempos primitivos.

Esa fe con que iban los cristianos alegres al martirio, y que permite arrojar la vida del cuerpo como una piltrafa a los perros. ¡Sí, lo creo!; pero padecerá mucho España para «recordar» (1) que el pasado la llama, que tiene blasones seculares y solemnes compromisos contraídos con el Futuro del mundo. Padecerá y luchará hasta volver a adorar a su Dios crucificado para redimir el alma humana, cautiva de la carne...

Todo se ha perdido en España. Castilla ha muerto, ya no tiene fe, ni dominación, ni fuerza, pero le quedan

---

(1) Palabra que se usaba antiguamente en vez de despertar y que recoge ese hilo de continuidad cortado por el sueño.

Coraje, Amor y Pasión — fuertes resortes espirituales, que en un instante sacrifican la vida humana ante misteriosos valores eternos.

No importa que los gobiernos sean malos, débiles los hombres; que las almas estén ciegas; que el mundo progrese vertiginosamente, ni que el avance se detenga en los Pirineos... En España se hará reserva de ideal, de honor, de violencia y de pasión.

Y cuando en el planeta, devastado de odio, de concupiscencia y de egoísmo, se extingan las últimas fuerzas divinas, sonará otra vez en Castilla la hora de repicar las altas campanas enmudecidas de sus torres legendarias, para agrupar, en torno de una Bandera Nueva, lo que reste de Fe, de Pureza y de Amor en el naufragio del mundo — crepúsculo de los dioses, «*Gotter dommerung*» wagneriano.

Sobrevivirá entonces sobre la ruina — lo que nunca muere — el Espíritu Universal, que ninguna civilización encadenó, soplando sobre el caos tenebroso — donde y como quiera — la santa libertad de los Hijos de Dios, de que *Amor* es base y cúspide.

## H O Y

(1937)

(PAGINAS SUELTAS DE MI DIARIO INTIMO)

El placer de viajar espiritualmente con mi esposo, me ha inducido a este trabajo. Su visión tan anticipada de la hora actual, inspirada por su fe viva en la excelencia de Castilla, me decidió a publicar este trozo de mi *Diario* íntimo. El ha expresado su invencible confianza en esa raza

*De casta mora y de blasón latino.*

No cree en la potencia futura de España como país guerrero, conquistador ni colonizador... Confía en el resurgimiento espiritual de los valores eternos que el alma viene a desarrollar en la tierra.

Conquistas y descubrimientos pertenecen al pasado. Los hombres ya domaron y poseyeron el suelo. El mundo está ahora dividido, repartido, y alerta cada país a adquirir nuevas posesiones, haciendo ley el poderoso al débil.

En esta prosperidad traída por la industria y la ciencia, la tierra ha sido vencida por el hombre, que se la ha apropiado con su esforzada labor.

El avión, el teléfono y las maquinarias han acortado distancias y disminuído el trabajo. Estos valiosos aportes y las comodidades consiguientes, han suprimido hasta dolor y esfuerzo...

Tras de conquistarlo todo, el hombre se ha perdido a sí mismo, anulando los más preciados y divinos dones. Ha trocado colaboración, que es unión, por competencia, que es separación, amor por sensualidad, abnegación por egoísmo, y hasta diplomacia por comercio.

Reina la burguesía en el mundo, tornándose el idealismo en materialismo.

El sentimiento religioso de vida eterna, se ha trocado por ambición de bajos goces inmediatos, procurados y logrados con odiosa cupidez.

La mujer ha sido, como siempre, víctima de esta nueva evolución de valores. Ha ganado en derechos, se ha cotizado a sí misma, cesando su oprobiosa esclavitud, pero ha perdido el corazón del hombre, y su oscura pero penetrante fuerza espiritual, de alta dominación.

Antes la mujer tenía altar y recibía culto. Hoy, convertida en «camarada», sólo inspira deseos y es explotada. Ya el hombre no trabaja para ella, sino que exige su colaboración en la lucha por la vida. Hasta se hace pagar la pasión que inspira, por el trabajo con que ella lo ayuda.

Personalmente la mujer ha ganado en sí misma. Ya no es feliz, o mejor dicho, la felicidad no forma ni

siquiera parte de su programa de vida, pero este nuevo desencanto de hallar interés donde hubo amor, y explotación a trueque de culto, la ha desarrollado espiritualmente.

El varón, sin perder su orgullosa dominación, la pone al servicio de sus intereses... pero ya supo Ella lo que el hombre actual llama *Amor* y que sólo es el mísero disfraz de su egoísmo, pereza y sensualidad. Esta lección le ha sido provechosa.

Con la pérdida del Amor, el mundo ha suprimido su motor primordial. Surgieron las fuerzas telúricas, los demonios encarnados, y la sociedad humana va al abismo, disgregada por el odio, que es tan muerte como el amor es vida...

... España conquistó la tierra y ahora reconquistará el alma humana, perdida y errabunda por sendas torcidas.

¿Volverá Castilla a imponer la supremacía de los valores espirituales que estableció con su civilización?

Verdad que lo hizo a sangre y fuego, porque era ruda el alma antigua.

El materialismo imperante ha destruido casi hasta la noción del cristianismo; y los mejores entre los hombres, al servir sus intereses, se lisonjean de estar sirviendo a Cristo.

En este doloroso martirio, España ha de forjar el alma nueva, el neocristianismo, a base de amor y sacrificio, añadiendo el acervo espiritual de veinte siglos de oscuridad, de dolor y de lucha.

Las verdades eternas que predicó Jesús son ahora susceptibles de más elevada comprensión, y esta alma humana que ha peregrinado durante siglos, sufriendo, esclavizada, oprimida y desorientada, escuchará ahora, más clara y resonante en todos los ámbitos, la voz del Espíritu.

Un obispo chileno aseguró, en un discurso, que si Cristo volviera al mundo, no tendría nada nuevo que decir. Felizmente todo sería nuevo en sentido de *comprensión*, pues lo que aceptó una humanidad ciega, grosera y oscurecida por pasiones brutales, y bajo la sola ley de justicia, hoy lo comprendería, en su profundo alcance, otra humanidad traspasada de dolores, herida en mil combates, desengañada de sus falsos ídolos, humillada y sangrante de derrotas...

Me hallo desorientada. Es turbia la hora, oscura la noche, sin anuncio de amanecida próxima...

... Busco afanosamente angustiada mi brújula ante los horizontes cerrados. Observo en redor por si acaso diviso mi Bandera. Vivo en acecho del Ejército en que debo enrolarme, y no reconozco en parte alguna a mi Jefe...!

... Hallo a veces almas solitarias, hermanas mías, pero no hacemos grupo, faltas de eco para atraer a otros caminantes perdidos en el desierto gris...

He encontrado también algunos soñadores enardecidos de amor a la doliente humanidad. Son perso-

nas a quienes su *credo* les roba todo, sin darles nada. Para ellos la *Idea* comunista no es conquista, sino despojo.

Me alucinaron con miraje cristiano de amor, pero ellos sólo reconocen en el hombre la parte humana, sin apiadarse del ser espiritual — ese eterno exilado de todas las tierras, que encubre la breve envoltura.

Y este Amor sin promesa de inmortalidad no me satisface. Necesito prolongación y permanencia para reconocer un plan divino.

Digo como Pedro: «¡Tú sólo, Señor, tienes palabras de vida eterna!» Ningún *Ideal* me seduce sin la credencial del *Tiempo*, esa nueva forma con que en esta época de derrumbes nos solicita Dios, señalando en los sistemas caducos la carencia de su firma.

Mi única oración es: «*Venga a nos tu Reino.*» ¡Y ese Reino del Señor no me lo promete ninguno de los bandos en lucha!

Mi Dios no se anuncia todavía.

Vendrá desde muy alto, pero aparecerá quizás entre los humildes, ya que los valores espirituales se trastruecan dentro de la divina economía.

Aparecerá tal vez en gloria espiritual, despojado de materia, en ese esplendor que no soportarían los ojos carnales de sus groseros discípulos.

De todas mis esperanzas, anhelos y decepciones, sólo deduzco, en la contienda actual, que por ahora: «*¡Yo no tengo Señor a quien servir!*»

¡Cuántas veces, en esta sombría época, he enviado a los apóstoles de Jesús, que no tuvieron enigma

por descifrar! Se les presentó un claro dilema. De un lado la podredumbre del Imperio romano, el corrompido sacerdocio de Israel, que perdiera hasta el sentido de la Ley mosaica, guardando sólo la letra muerta, y del otro lado Cristo con su luz divina, su palabra de vida eterna, su amor y su misericordia infinita.

¡Si nosotrosuviésemos tan despejado horizonte, nos arrojaríamos sin vacilación al martirio por nuestra fe! ¡Y con qué ganancia! En vez de morir oscuramente en nuestro lecho, entre la enfermera cruel o el médico inescrupuloso, pinchados por agujas inyectoras de venenos, que prolongan la vida como el latigazo al animal agotado, irnos por el sacrificio voluntario, triunfalmente, al encuentro de los seres amados, en el seno de Dios.

Entre mis dudas, vacilaciones y ansiedades, me sentí más exacerbada que nunca por la elección del nuevo Congreso. En ningún partido lograba mi conciencia hallar ubicación al sufragio electoral de nuestros inquilinos. La ley otorga voto a ellos, que leen apenas letras muertas, y me lo niega a mí, que escribo, no ya con tinta sino con ideas y sentimientos.

En la conquista de los Derechos del Hombre, la mujer quedó excluida de la humanidad. Es la prueba mayor que de su egoísmo ha dado el Amo del Mundo. (No ahora, que es Satanás.)

Ninguna asociación política contenía mi credo religioso. Consulté a un amigo eminente, quien me aconsejó buscar hombres y prescindir de partidos. Un

noble sacerdote me recomendó a un mozo nacido como fresco brotecillo, en tronco viejo y carcomido...

X... consultada la primera, me habló en imágenes. Díjome: Veo el mundo dividido en dos bandos; los fariseos que se escudan en Cristo para defenderse del robo y del asesinato que temen; y en el otro bando descubro seres humildes y desorientados, que capitanean hordas infernales. Entre ambos bandos, se va abriendo un abismo más y más hondo de incomprensión y de odio. Cada día están más separados y enfurecidos los combatientes...

... De ese oscuro abismo surgirá una lucecilla débil al principio, refulgente después, que se elevará más y más alta, hasta que su lumbre de sol ponga en transparencia la miseria de todos. En el resplandor de ese fuego han de consumirse, para que resucite el elemento divino — el Espíritu — ¡encenagado en tales lodos!

Marañón, en su discurso pronunciado en el Pen Club de París, llama a Unamuno Profeta de la España Nueva.

En este caso el concepto de *Profeta* está modernamente aplicado a cada escritor de la altura y calidad de Unamuno, por su gran poder de iluminación.

El escritor o el artista, en su subconsciente pozo de sabiduría, encuentra la visión y la directiva del porvenir. Debe guiar a los demás dirigiendo su piuma

en pos del viento: *Go on the wind* (título de un libro femenino, que está siendo famoso) o sea, la corriente vital más elevada. El artista debe descubrir, en la confusión de la tormenta y en el estrépito del huracán, la divina voz...

Dice Marañón, en el aludido discurso, refiriéndose a Unamuno, recién desaparecido: «El *Profeta* busca la paz y enciende el odio. Ni en uno ni en otro bando lo pueden comprender. Unos y otros dicen que les ha hecho traición, y es cierto, porque el Profeta sirve a la verdad, y para «serla fiel» hay que traicionar a los que no saben conocerla».

Esta última frase me ha impresionado profundamente. Nuestra verdad, siempre traiciona la verdad de los que se hallan en otro grado de conciencia o que no se han cortado una verdad a su medida, o sea, en relación a la luz espiritual que poseen.

El escritor, además, manifiesta su verdad en belleza, es decir, limpia de manchas, desnuda, cristalina y sublimada — ¡cáliz resplandeciente, elevado en alto, y rebosante de vida transmutada en Espíritu, cual oblación suprema!

Una tarde salí en el campo, con sol puesto, a caminar con los cuatro chicos «*Iros*». Fuimos a un bosquecito encerrado entre río y montaña. Estaba oscuro allí, entre la sombra de los árboles, que iluminaba con fulgor siniestro de incendio una gran fogata.

Mis ojos miopes distinguieron al fin, en torno de tablones apoyados en piedras, sobre el suelo, una

multitud de gente, que seguía una comilona empezada en la mañana. También descubrí un camión y un auto.

La llamarada se levantaba muy alta y amenazaba incendiar el bosque. Mis nervios se encresparon... pero buscando en mi voz su más dulce registro, indagué:

— ¿Con qué permiso han entrado aquí?

— No necesitamos permiso—contestó una voz agria.

— Esta es propiedad particular, y hay una puerta — añadió.

— Eso es lo que Uds., ricos, llaman propiedad. ¡El robo de la tierra!

Yo iba a decir la tontería de siempre: La tierra pertenece al que la trabaja; pero me retuve, y agregué secamente:

— No voy a discutir principios con Uds.; sólo les ordeno apagar ese fuego, que va a quemar el bosque, que Uds. no han plantado, y que partan inmediatamente.

No tenía para dominar más que mi voz, el bastón y cuatro niños temblorosos... Invoqué a mi esposo. Me siento más escudada por El, desde allá, que en el mundo. Antes necesitaba su presencia sensible y ahora lo llevo conmigo y es más poderoso que nunca. Recordé también que me decía: «El pueblo es cobarde; aun cuando el Patrón avanza con intrepidez y derecha al peligro, ellos retroceden. No hay que confundir las bravatas y crueldades que cometen bajo la acción del alcohol, con el coraje de que carecen». Justamente, el licor era el terrible enemigo que tenía al frente... Pasó un muchacho a caballo: Apéate y echa a esa gente, y si no puedes, los arrojaré yo con este palo, así mujer y vieja, para vergüenza tuya!

Ante mi resolución, las mujeres, conocedoras de sus hombres, recogían tiestos y comistrajos, tratando de apagar la fogata.

Los hombres estaban embrutecidos. Me gritaron furiosos:

— Vieja tal por cual (aquí cabe todo el grueso vocabulario), a ti te vamos a cortar el cogote antes que a nadie!

— ¡Desgraciados! No saben Uds. el favor que me harían, a mí, vieja, condenada a morirme en cama, pinchada por médicos que en cada inyección sumarán los pesos con que van a engrosar la cuenta a la sucesión. ¡Y por encima de la gran miseria que me aguarda fatalmente, me ofrecen Uds. la gloria del martirio! — gloria nunca soñada, por indignidad personal! ¿Qué más puedo aspirar que el cambio de esta horrible vida por otra grande y hermosa, en que voy a encontrar a los míos, mientras que Uds. — ¡pobrecillos! —, seguirán padeciendo, y por el triunfo que aguardan de la revolución próxima, sólo habrán cambiado de explotadores?

Los hombres me escuchaban, pero las mujeres preparaban la partida, guardando sus tiestecitos con premura.

— ¡Ni eso alcanzarás, vieja cara de diablo, que te cortemos el cogote — saltó otro — porque de puro vieja te vais a morir en tu cama, con el fraile, que te echará pal infierno...!

Llegó gente, y subieron a sus vehículos, lanzando denuestos y burlas, más de veinticinco personas entre hombres, mujeres y niños. Al alejarse, sentí la imperiosa necesidad de descargar mi represión, en la palabra nacio-

nal, que lleva contenida la electricidad y la fuerza de las cóleras, desprecios y amenazas de varias generaciones. ¡Voló como un disparo...!

— Bien nos habían dicho—respondieron—que éste era fundo de frailes y tú no sois más que una beata... (Aquí queda guardada la más fea palabra del léxico. La nacional es inocentemente fuerte, pero esta otra, que dejo en el tintero, no la pronuncio ni la aplico nunca a nadie. Ninguna mujer la merece en su alcance mayor, que, para serlo, es espiritual, y en sentido material sólo traduce miseria y fragilidad.)

Al día siguiente de mi encuentro con los rojos — así designaré a los que pecan de ignorancia, hambre y justa rabia—fuí a una fiesta religiosa. Frente al altar el suelo era un pantano. El sacerdote estaba enojado.

— ¡Los comunistas del lado desbordan la acequia cada vez que tengo fiesta! — exclamó.

— ¿Qué es eso de los comunistas? — respondió—. Son mis pequeños y tiernos hermanitos. Ayer me han ofrecido lo que ninguno de Uds. ha osado nunca. En vez de invitarme al cielo, que nos pintan al gusto infantil, ellos me han prometido la gloria del martirio. Si los sacerdotes hablan duramente de los hermanos atrasados, ¿qué dejan a los civiles? No es digno de Uds. que Mahatma Gandhi esté dando en la India, con la «no resistencia», una gran lección, aunque tan inferior a la que enseñó a Uds. Cristo, poniéndoles en la mano esa poderosísima arma del bien contra el mal y del amor a los enemigos...

... ¡Sé que cuando vuelva la espalda dirán que yo soy comunista! Ya leo lo que piensan estas señoras que me rodean (yo estaba al centro de un numeroso grupo que se había congregado)... pues bien, confieso que soy sólo ferviente aprendiz de cristiana. Desde que nací camino tras el Divino Maestro, sin alcanzarlo. Siempre retrocedo ante la prueba mayor que me aguarda. El camino de la Cruz—único que conduce—es un sendero que asciende sin cesar. Creí que para ser cristiana bastaba el cumplimiento de los preceptos, pero ya he experimentado lo contrario. El Señor exige más y más. Cada grado de luz se compra con muchísimo dolor. Creo también que si los pseudo-católicos conociesen a Cristo en verdad, lo aborrecerían, por sentirlo enemigo de sus más caros intereses. Pretenden que su Reino comience aquí. ¡Error! Aquí la esclavitud y el martirio, allá la liberación!

Consultamos hace años a un eminente espiritualista.

— Maestro, ¿Ud. cree en una próxima venida de Cristo? — le preguntamos.

— ¡Sí! Todo lo anuncia: se están cumpliendo los tiempos de su segunda venida. No aparecerá en cuerpo físico, que ya su encarnación humana marcó, hasta en el Cosmos. Se manifestará en fulgurante luz, traída por grandes descubrimientos científicos, que pondrán al hombre frente a milagros en que se le evidenciará el mundo invisible.

De maneras insospechadas y maravillosas, brillará el Espíritu cuando las tinieblas se hayan densificado, por espesura de materialismo y culminación de soberbia, y cuando el odio devore a la humanidad.

Vendrá Cristo en la hora negra del naufragio y su venida será ostensible por efusión de amor.

Se apoderará de los que hayan creído en «EL» durante la prueba y se establecerá en los corazones fieles, por la Paz, que es visión anticipada de infinita bienaventuranza.

Asistí a una entrevista que Krishnamurti dió a los artistas, escritores y revolucionarios. El joven hindú, con ojos magnéticos, delgado, silencioso y concentrado, se dejaba interrogar. Guardaba silencio y se mantenía impasible y hermético, devolviendo cada interrogación con otra más punzante, que hería con filo de estilete.

Avanzó a la mesa en que se aislaba, un izquierdista ardoroso y caudillesco.

— ¿No es, acaso, lícito — le preguntó — matar mil hombres para salvar a una sociedad entera, suprimiendo un régimen malo e instaurando otro bueno?

El joven hindú lo miró triste y serenamente a los ojos que traía encendidos de pasión apostólica.

— ¿Y con qué fin? — preguntóle.

— Para salvarlos a todos.

— ¿Está seguro de que sea ése su secreto móvil?

El joven campeón de ideales estaba seguro de sí mismo.

— Reflexione bien — dijo Krishnamurti, despojado voluntariamente de toda sagrada investidura, para de-

clararse un hombre igual a los demás, deseoso de ser útil a sus semejantes, y seguro de que la vida es campo de experiencias para encontrar a Dios.

Y mirando al joven revolucionario, con firmeza compasiva, díjole:

—¿No deseará Ud. el *Poder* para tiranizar a los que ahora lo tiranizan a Ud., cambiando el turno en propio beneficio? Sólo hay — continuó, con voz honda y grave — una revolución legítima y eficaz, que es la renovación de nuestra alma en verdad y amor; ¡el resto es la mentira con que nos engañamos, para esquivar la vergüenza de nosotros mismos!

Querría concretar mis anhelos en la confusión de esta hora, formulando las ansias difusas en el aire, cargado de odios, amenazas, temores y cobardías.

Pregunté a un gran político, en nuestros paseos por el bosque, el programa que seguirían las derechas.

— Debemos infundir conciencia cristiana a las masas — contestóme.

No quise desalentar su excelente propósito; pero creo que tarea tan ardua incumbe sólo al Espíritu Santo.

En mis adentros pensaba que nos tocan programas modestos y ceñidos a nuestro corto alcance; todos referentes al cuerpo y no al alma social.

No puede siquiera nuestro pueblo levantar la frente, si desde el pequeñuelo hasta el anciano tienen enturbiada la mente por el alcohol, ardida la carne y anulada la voluntad.

No aguardemos que el pueblo venga a nosotros. Ya somos justamente odiados. Bajemos a su miseria. En vez de temer el despojo y vivir a la defensiva, desprendámonos y renunciemos a lo superfluo... La peor dictadura es más sana y eficaz que elucubraciones en las nubes.

El Universo está hecho sobre el número tres, desde las Tres Divinas Personas, que se suman en una sola. Es un sistema ternario.

El primer período, de los tres que debe atravesar la humanidad, es el período del *Padre*, a que corresponde la *Creación* (Antiguo Testamento).

El segundo período pertenece al *Hijo* y consiste en el desarrollo del alma por dolor. Es la Crucifixión del hombre, para que se enseñoree el Espíritu y domine a la materia.

Entramos ahora al tercer período, perteneciente al Espíritu Santo, en que alcanzaremos iluminación y transfiguración. Estas tres fases del desenvolvimiento espiritual se resumen en la unión de la humanidad, a que todo tiende, desde la navegación aérea, que suprime fronteras, hasta la convulsión mundial, que divide a los hombres en dos bandos furiosamente enemigos, que por sacrificios, martirios y renunciamientos unirá *Cristo*, manifestado en el esplendor de nuevas verdades y por efusión de Amor entre los hombres.

En la oscuridad de esta hora negra que vivimos, pareceme que cabe, dentro del plan divino, que sea

borrado el Evangelio de Cristo en los corazones humanos, para procurar por limpieza de visión una claridad mayor en el resurgimiento próximo.

En fuerza de haber perdido la clave de su sentido espiritual, no nos produce ya la palabra divina el asombro que corresponde al milagro permanente que encierra. . . Y puede, o debe ser, que la humanidad necesite de un período tenebroso, para descansar sus ojos, preparándolos a la nueva y sorprendente visión de un Evangelio que patentice la trascendencia de su eterna verdad, en sentido puramente espiritual.

La Iglesia necesita ahora seguir el paso de sus fieles retardados, que hacen la inmensa mayoría de la grey católica, y al producirse el desarrollo espiritual de los *más*, revelará el *Esoterismo*, que hoy es el privilegio exclusivo de los *menos*. Con sabia prudencia maternal, la Iglesia reserva las verdades prematuras aguardando la manifestación directa del Espíritu Santo en las almas. (En ocultismo se enseña que no somos dignos de conocer más que las verdades de que nos apoderamos por nosotros mismos.)

La espantosa guerra fratricida ha despertado a España de su letargo. Todos se han puesto de pie ante una misteriosa Consigna: los que reclaman derechos y los que mantienen privilegios.

Luchan el noble y el plebeyo; el poderoso y el indigente, por su tierra gloriosa, y cada uno de los bandos busca la resurrección de España según su conveniencia personal.

Todos aman a su Patria, pero no postrada y humillada, sino fuerte y poderosa como en el pasado... Y pelean furiosamente con heroico desprecio a la vida!

Durante la contienda surge un tercer elemento internacional, que me pareció, *en principio*, el resurgimiento del primitivo cristianismo. Me halagó como esfuerzo de fraternidad mundial, pero no traía el amor de Cristo, ni esperanza de vida eterna, sino odio satánico y las bajas fuerzas desencadenadas por los torpes instintos, que ansían desesperadamente gozar de esta única existencia en que creen, por todos los medios, incluso el crimen.

Proclaman la destrucción del individuo, o sea, de las cabezas y de los corazones humanos, para que la humanidad se convierta en una masa ciega, insensible, soberbia y cruel.

En nombre de una futura humanidad dichosa, secaron las fuentes de que se nutre la vida espiritual. Por alcanzar quimérica igualdad, han suprimido la jerarquía, que establece la relatividad de los valores, o sea, la armonía del cuerpo social.

Cada noche me hago un prolijo examen de conciencia, que acaba con esta interrogación, la más importante y actual: ¿Te disgusta acaso el sistema comunista sólo porque no te conviene y te obligaría a cambiar de vida material? Me respondo con lealtad: Sería muy hermoso el comunismo, de caridad cristiana, de simplicidad y despojo de inútiles

materialidades en beneficio de nuestros prójimos; pero no viene al frente el Rey de Amor, que es mi Dueño y Señor, y no creo en la verdad de sistema ni de ideal alguno que no traiga su blanca bandera de Paz, su abrazo de misericordia y su luz de eternidad.

Ya me he respondido que el sistema socialista o comunista me complacen, en cuanto a mejor reparto de la tierra y de sus frutos entre los hombres, conservando siempre la indispensable jerarquía. Va comprendido en ella el desarrollo espiritual de cada uno.

La nivelación que se pretende hacer, suprimiendo la individualidad, es absurda, porque no corresponde a la diferenciación anímica — única verdadera — y a las diversas edades espirituales en que venimos al mundo las criaturas humanas. Nacemos niños o viejos y raras veces vivimos tan rápidamente, hasta alcanzar pubertad, si traemos alma nueva.

La jerarquía debe ser espiritual, para legitimar su autoridad. No podemos aceptar mandato ni dirección de poderosos o de caudillos políticos. La superioridad jerárquica basada en buena sangre, que sirve de cauce al Espíritu, y fundada también en capacidad, inteligencia y bondad de corazón, es absolutamente legítima. Todos aceptamos la dirección de los que nos son superiores, y si algo tiene de odioso la altura jerárquica, es que sean inferiores de alma los que pretenden ser dirigentes.

En mi examen de conciencia descubro la terrible llaga que me roe. Mis *prójimos* me son lejanos, distantes, casi enemigos. Yo amo a los míos, a los puros, elevados, nobles, fuertes y caritativos. Los otros, los débiles y corrompidos, me repugnan.

Keyserling llama al prójimo *inevitable vecino*. Para mí, el caso es peor; el prójimo se me convierte en *feroz allegado*. Prefiero a los animales domésticos y soy más sensible a sus padecimientos.

Al denominar así al *prójimo*, no me refiero al pueblo, sencillo, bueno, hospitalario, pintoresco en su rusticidad y digno del mayor respeto, en su ignorancia y hasta en sus mismos vicios. ¡No! El *feroz allegado*, en mi sentir, es el plebeyo desalmado, ruin, inconsciente, vil, repugnante en su lengua soez y en su traza, soberbio, cruel y movido por los peores instintos brutales. A ese conato de hombre o animal en dos pies, no puedo sentirlo hermano mío. Lo considero fruto espurio de la concupiscencia, nacido de la carne sin unción espiritual.

Se me ocurre, a veces, que son almas de condenados que padecen su infierno en la tierra, destinados a atormentarnos en calidad de demonios, durante nuestro purgatorio, que sin duda alguna es el mundo actual, para los seres que han despertado...!

Nijinsky, el primer danzarín de nuestra época y *Santo* según mis cánones, al ser traicionado y vilmente ofendido por sus rivales, hasta hacerle un trampolín en el escenario para que se rompiese las piernas, contestó a los que le exigían venganza:

— *Ceux sont des pauvres animaux en train de devenir hommes.*

No necesitó ni siquiera perdonar, pues no cabe el perdón, que es grande, en la pequeñez de la inconsciencia.

Los hombres que forman las masas rugientes de odio, son animales en camino a humanidad. Me asalta una duda. ¿Irán hacia arriba? ¿O caerán al abismo?

No he olvidado que estamos en una decisiva encrucijada del camino... Sólo se embarcarán en la quinta ronda, para pasar a la sexta sub-raza, aquellos en quienes ha prendido fuego la chispita espiritual...

Para apiadarme del prójimo necesito creer que cada alma es la greda blanda en que Cristo, por dolor, va a esculpir su pasión, estampando su divina imagen... No esperemos hallar, en los discípulos del Señor, figuras gloriosas, sino seres humillados, torturados, incomprendidos y estropeados.

Me es necesario, para amar al prójimo, creer que cada criatura viviente es materia dúctil y susceptible de modelación, para el divino alfarero. Lo creo, ¡sí!; pero no lo siento, y a mí nunca me ha guiado la cabeza sino el corazón. Precisa que se me trueque la idea en sentimiento, y eso es obra de divina gracia, que aún no soy digna de recibir. Los razonamientos, por claros que sean, la inteligencia misma en su luz, me parecen artificiales. Sólo creo al Sol, que ilumina acariciando.

Necesito sentir en cada rústico, en la sirvienta torpe que golpea las puertas, o a quien se le caen de la mano las cosas, por carencia de destreza o de tacto,

que entiende al revés, tomando enseñanzas por retos, o en el criado holgazán que ignora el valor del tiempo y no sabe de orden y que a mi reconvención responde: «¡Ud., que pasa todo el día ociosa, sentada en el escritorio, me viene a decir a mí que no trabajo! ¡Si sintiera cómo tengo cansados los brazos de secar copas!»; por fin, en todos esos hermanitos pequeños que empiezan el camino — sendero que nosotros tenemos ya recorrido —, necesito, repito, anticipar la visión de la obra futura, imaginando, en el momento mismo que padecemos sus torpezas e injusticias, la belleza de la escultura que Cristo, con tiempo y dolor, realizará en sus almas por divina operación.

No de otro modo puede caber tanta rudeza y miseria en nuestra sensibilidad agudizada, sufriente y herida en los continuos roces de tan ásperos contactos.

Me han ayudado a soportar criados porros y plebeyas alzadas, así como dactilógrafas estúpidas y linógrafos que me convertían «intuición» en «intención», y a esos verdugos de todas las horas, que nos roban tiempo, nos complican la vida, nos confunden, distraen del trabajo, embrollan y encolerizan hasta sacarnos de quicio, las palabras de Cristo, con que invita a los Elegidos a su Reino: — «Venid vosotros que me disteis de beber y me hospedasteis cuando era peregrino...»

El invitado se sorprende de tan extraño convite, pues nunca encontró al Señor Jesús en su camino por la tierra.

Si lo hubiéramos hallado — pensamos —, habríamos sabido agasajarlo! Magdalena con su vaso de alabas-

tro pleno de fragante bálsamo y sus cabellos hermosos sirviendo de toalla a los pies del Maestro, nos parece magro obsequio a la divinidad, que presentía.

Cristo explica entonces al asombrado personaje que así invita a su celestial Reino: «Lo que hicisteis por el último de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis!»

Es grato y bien compensado servir a los grandes de la tierra, que pueden colmarnos de riquezas, honores y bienes terrenales.

El Señor se disfraza, se hace pequeñito, miserable, pobre y llagado, para ser amado en sí mismo, o sea, en el Dolor, máscara humana de su divina hermosura!

Quiere ser descubierto en el rudo padecer, que es el desconocimiento y la humillación — herramientas con que labora y pule las almas.

Al pobre y al desvalido se les ayuda sin esperanza de beneficio personal, a sabiendas de que no devolverán favores... Asimismo el Señor quiere que lo amemos de amor, en su carne de doliente humanidad, sin interés por recompensa alguna!

¡Señor, venga a nos tu Reino! Que estas luces se amasen en mí y hagan carne y sangre en mi alma egoísta!

Hay tanta distancia de mirar el fuego desde un sillón, al borde de la chimenea, a quemarse siquiera la punta de un dedo en la llama... Quiero, Dios mío, amar a mis prójimos, sentir hermanos míos a todos los que desconciertan mi ya agotado sistema nervioso... A los que aún me exigen una paciencia agotada de caminar sesenta y tantos años largos, de áspera ruta ascendente.

«*J'ai marché si longtemps  
et je suis lasse, mes Sœurs!*»

Vengo de tan lejos — de las brumas coloniales — a la tormenta de este siglo en que cruje la civilización y descendemos al caos...

Unos en pos de otros, van partiendo todos los míos. He luchado, he sufrido, estoy cansada y no llego, Señor, a la caridad cristiana que resume tu divina Ley.

En las masas enfurecidas, no hallo proximidad alguna a tu corazón... sino inconmensurable lejanía!

También sé que el camino más corto para llegar a Ti, es el que pasa por el alma de nuestro peor enemigo. Lo sé, Señor! Pero no puedo vivirlo! Pronto está el Espíritu, pero la carne es flaca!

Trato de ejercitar paciencia, soportando la rudeza, la incomprensión, los juicios torpes, las conversaciones necias, las exigencias inútiles, que me roban fuerzas, para alcanzar esta *Ciencia de la Paz* — stock agotado tiempo ha en mí, junto con la alegría, la dulzura, la condescendencia y el buen humor de antaño.

Sólo tu palabra de vida me ha sostenido, Señor, en las grandes derrotas y en la oscura batalla de las dolorosas miserias.

«En esos pequeñuelos — me respondes Tú — que te mortifican, que te dicen necedades y a quienes tú contestas en hirientes burlas que no alcanzan a traspasar su espesura, estoy Yo sepultado vivo, saturando de dolor la densidad de su carne, para que se torne fina y translúcida del Espíritu que la anima!»

Sólo de repetírmelo mucho, Señor, puede que esta luz caiga desde mi cerebro hasta mi corazón, que no la vive.

¡Venga a nos tu Reino! — repito a cada instante, como única plegaria—. Ruégote, Señor, que esta humanidad dividida en dos bandos enemigos y en que aun los *amigos* son sólo de intereses comunes, se vincule en lazo de amor, sintiéndose hija tuya!

Un escritor que se respeta como verídico (aun siendo mujer, que no toma en cuenta el hombre, por la inferioridad sexual que le atribuye) no debe esquivar su opinión, por poco que valga.

Vivimos una época de tinieblas y calamidades. Necesitamos confesarnos públicamente y hacer penitencia de nuestros pecados, para que nos perdone Dios.

Marquina nos dijo: «Los intelectuales tenemos la gran culpa de haber coqueteado con las izquierdas».

Yo no me sentí solidaria de dicho pecado al escucharlo, pues lo que él designaba *coqueteo*, ha sido en mí, y continúa siendo, ansia de orientarme y amplia comprensión de la injusticia social que vivimos.

Soy única y humildemente mística, sin estudios ni conocimientos de ningún género. Tengo mi mente limpia y desnuda de teorías o nuevos sistemas de organización social. La ignorancia de mi juventud continúa agravada por el acrecentamiento de la vida, de la ciencia y de los nuevos problemas que se han suscitado.

A trueque de esta mente en blanco de historia, de ciencia y de libros, y de todos los conocimientos modernos, tengo una sensibilidad cada vez más afinada.

Ignoro los medios prácticos de remediar los males que sufro vivamente, como los de armonizar el capital con el trabajo; pero, sí siento la grave injusticia que implica el régimen actual.

Sobra el dinero a unos y falta a otros, hasta la absoluta miseria... Siempre habrá pobres y ricos en el mundo, pero no debe haber *miserables*, a menos que sean degenerados o viciosos. Increpamos duramente y aun atribuímos la miseria de nuestro pueblo al alcohol, pero debemos darle medios de reemplazarlo por una vida más humana y espiritual, en que se sienta hombre libre y no bestia de carga.

Esa simpatía que los artistas—siempre más sensitivos que los demás hombres—muestran a las izquierdas, ha sido la natural compasión a los que sufren y el justo anhelo de que se les mejore su condición de esclavos, haciendo hombres conscientes de la dignidad humana.

Durante estos años, se me ha presionado del lado izquierdista, para que me aliste en sus filas.

Me suponían cobardemente egoísta y retenida además por familia e intereses. Me confieso libre de toda traba. Asumo mi propia responsabilidad. Sobre mi conciencia sólo pesa Dios.

Deseo que el dinero que mi esposo y su padre ganaron con esfuerzos y privaciones, y mediante una empresa grande el segundo (de ésas que sólo logran realizarse en sociedades anónimas y que mi suegro

hizo por propia iniciativa), para fertilizar la tierra, o sea, ambos con el sudor de su frente, como Dios manda, tenga destinación digna de la piedad humana, del amor a sus semejantes y de la afectuosa responsabilidad que ellos sentían para sus descendientes.

... Y mientras no haya en el mundo un régimen de organización social que en justicia pueda caberme dentro del corazón, emplearé ese dinero en obras dignas de aquéllos, que lo obtuvieron noblemente, y dentro de los ideales y voluntades que tendrían ahora si viviesen, pues hemos de considerar el querer de los muertos — ciertamente más vivos que nosotros —, no en el pasado, sino en la actualidad que vive el mundo y en que ellos, a no dudarlo, nos han precedido.

Me congratulo ahora más que nunca de ser Mujer, para sentirme libre de todo compromiso bastardo.

Guardaré los amigos de siempre, sin distinción de color político; llámense blancos o rojos, ya sean de bandos amigos o enemigos.

Las mujeres no hemos hecho las leyes; ¡padecemos sus crueles injusticias! Lógico es, por eso, que en los hombres podamos escoger calidad, sentimientos y buenas intenciones, aunque no las compartamos.

He heredado (y ciertas herencias son determinantes), de mi abuela materna, preferencia por las amistades masculinas, y entre éstas, por los hombres justamente destacados, que son siempre los más combatidos, eficientes, calumniados y desconocidos, pues lo mejor, o sea, lo más hondo y alto del alma humana, se revela tan sólo al sexo opuesto, por ley de polaridad.

Publico estas páginas sueltas, de mi Diario íntimo y actual, para hacer una confesión general de las causas que han determinado mi abstención *moral* de la lucha — única que nos cabe a las mujeres!

No he logrado abanderizarme, por las razones antedichas. Nunca me ha faltado el valor de confesarme, a sabiendas de que mi sinceridad me atraerá enemistades implacables.

Vine al mundo destinada a la soledad y no ha de cambiar mi suerte en lo poco de vida que me resta. Nací huérfana de madre, siendo hija única de mujer casi adolescente. No alcancé a tener hermana de sangre, aunque sí tuve una grande de alma.

En religión soy solitaria — beata para los ateos y herética (palabra anticuada) o católica desintegrada (expresión nueva) para los eclesiásticos. Mi misticismo no tiene buena acogida en el sacerdocio. Soy quizás la oveja negra del católico rebaño chileno.

No he merecido tampoco simpatía de los intelectuales. Me sienten irónica y patética, por ignorar que ironía y patetismo son parte del misticismo, a causa de la fuerza de contraste con que se oponen los dos mundos que habitamos.

En política soy tan solitaria como en religión y en arte. Nadie me reconoce por suya. No participo, en ninguna esfera social, de esa fuerza que da la unión.

...Mi fidelidad, ya vitalicia, al *Alessandrismo* (por considerarlo providencial, desde la recia sacudida del año 20, hasta este prudente compás de espera en que nos hallamos), se traduce más propiamente por *Arturismo*, o sea, afecto y admiración personal al hom-

bre, que juzgará la historia. Me entrego, sin temor, al *Tiempo*, en que con torcidas líneas escribe Dios sus inapelables sentencias.

Me quedaré, como siempre, sola, incomprendida y peor juzgada.

Mi individualidad crece con los años y también mi soledad, que es su hija legítima.

Consuélame de esta amargura el gran Maestro de los solitarios disconformes — Unamuno —, al proclamar esa gran verdad de que en la culminación individual — tanto vale decir espiritual — entramos en la universalidad, que es comunión con aquello que de más alto, eterno y divino contiene la humanidad!

Me resigno al triste destino de permanecer solitaria, sin complacer nunca enteramente a nadie, careciendo de correligionarios y sin formar parte de sociedad alguna.

Me quedaré sola con mi conciencia, ante Dios!

En esta desolación postrera de mi vida, me acojo a la dulce voz de Antígona, en la tragedia griega, que al cumplir su más alto deber de piedad humana, dentro del conflicto creado en su conciencia por su tierno corazón femenino, por las leyes de su patria, por la voz de su sangre y los intereses encontrados, exclamó:

*Je suis vouée à l'Amour,  
et non pas à la haine!*

I R I S.

## INDICE

	<i>Págs.</i>
ENTRE DOS SIGLOS ( <i>Diario Intimo de Iris</i> ), por RICARDO LEON.....	VII
PROLOGO.....	IX
En San Juan de Luz.....	9
Burgos.....	39
Escorial.....	54
¡Madrid!.....	76
Córdoba.....	127
Sevilla.....	155
Granada.....	238
En viaje a Toledo.....	275
De nuevo en Córdoba.....	279
Toledo.....	295
Hoy (1937).....	381

BIBLIOTECA NACIONAL  
SERV. SELECCION, ADQUISICION Y CONTROL

30 ENE. 1992